

**Wole Soyinka**

**El hombre ha muerto**

Traducción de Barbara McSbane y Javier Alfaya

Este libro está DEDICADO , como debe ser, a «L AIDE » que no quiso contemporizar y exigió JUSTICIA.

## DIEZ AÑOS DESPUÉS

Seinde Arigbede no murió. En el cumplimiento de sus deberes como médico, sin embargo, fue atrapado por la violencia desatada contra los ciudadanos de Ondo por el Estado nigeriano después de las discutidas elecciones de 1983 y estuvo a punto de morir. El relato de un testigo presencial que consiguió escapar con vida de unos ejercicios de «pacificación» llevados a cabo por la sección Fuerza Especial de Campo de la policía nigeriana fue publicado por The Guardian (Nigeria) el 24 de septiembre de 1983. The Guardian es un periódico independiente que ha conseguido una reputación por sus informaciones cuidadosamente comprobadas y sin un ápice de histeria.

Las circunstancias hubieran abrumado hasta a un Franz Kafka, aun sin la degradación física que conllevaron. Sin creer del todo que lo que le pasaba fuera real, el doctor Arigbede fue llevado a una celda vacía donde le colgaron por las muñecas, columpiándole, los pies sin tocar el suelo, sujeto a unos ganchos sujetos al techo. Entre palizas y otras formas de tortura le preguntaban constantemente: ¿Dónde está el campo de entrenamiento? Durante aquella prueba oyó los gritos de otras personas sometidas a un trato todavía peor - como descubriría luego - en sus celdas. ¡Tuvo que reconocer que, al contrario de lo que les pasó a otros, no sufrió la agonía de que le metieran por el pene palmitos de escoba!

El doctor Arigbede, como otras personas de mi clase, puede provocar voces de protesta y movilizar a las autoridades oficiales en caso de necesidad: algunas veces al menos. Su esposa, Aduni, se movió desesperadamente en todas las esferas posibles y por la intervención de altos funcionarios de la policía, la prueba a la que estaba sometido Seinde se acabó al cabo de una semana. Durante cierto tiempo no pudo emplear las dos manos; ha recuperado el uso de una de ellas casi totalmente. La suerte de la otra sigue siendo azarosa, a pesar de estar sometida diariamente a fisioterapia.

Mientras escribo esto el doctor Arigbede sigue intentando identificar a sus torturadores, que ha descubierto que eran estudiantes de Ciencias Políticas en la Universidad de I hadan. Tanto el ejército como la policía (incluida la Organización de Seguridad Nacional) envían a sus hombres a realizar cursos especiales

(Psicología, Relaciones Internacionales, Derecho, Sociología, Ciencias Políticas, etc.) a todas las universidades, lo cual no tiene nada de secreto o de malo en sí. Sin embargo, es el primer ejemplo que se conoce de que nuestras universidades se dediquen a preparar torturadores. Todavía es más terriblemente indecente que resulte imaginable que el sistema de control de poder haga posible, y hasta probable, que el estudiante de uno se convierta en su torturador, ¡o que el paciente estudiantil de un hospital universitario meta algún día agujas eléctricas por debajo de las uñas de su antiguo médico o incruste palmitos de escoba en sus órganos genitales!

A veces te ves obligado a preguntarte: ¿En qué clase de sociedad vivimos? ¿Qué clase de comunidad intelectual es la que permite, sin una sola protesta, la desaparición completa de un dirigente sindical? ¿Qué clase de solidaridad proletaria se demuestra cuando se deja morir como un perro en las mazmorras del Cuartel Dodan, sin levantar la voz o exigir una explicación, al secretario general del enorme ejército de trabajadores de Correos y Telégrafos? Vuelvo diez años atrás, a los acontecimientos que precedieron y provocaron El hombre ha muerto. Gogo Chu Nrezibe fue detenido por un delito desconocido durante el régimen de Gowon [El general se hizo con el poder, mediante un golpe de Estado en 1966, siendo desalojado de él por el mismo sistema en 1975. (N. de los T.)] y encarcelado en el Cuartel Dodan, donde murió. Entre las diversas versiones acerca de su muerte, la más fiable parece ser la de que se le dejó morir de hambre. Fue detenido por una razón que sigue siendo absolutamente incomprensible, y todos los días lo sacaban para azotarle. Un día se revolvió y como consecuencia de ello se ordenó que a partir de entonces estuviera encerrado de modo permanente en una celda solitaria y «olvidado». Me inclino por esta versión porque fue la que me dio un alto funcionario de la policía poco después de mi propia liberación y mis pesquisas. Los detalles de la muerte de Gogo Nzeribe son, sin embargo, irrelevantes; lo que importa siempre es la complicidad criminal de sus pares, y el fracaso de la arrogante voz de la intelectualidad progresista de la nación a la hora de plantear preguntas, el no comprender que sucesos semejantes crean hábito en la psicología del poder, y que los límites de la geografía de las víctimas se irán extendiendo hasta abarcar a los que se imaginan protegidos por su silencio. ¿O debemos simplemente evitar a la siempre molesta «Izquierda», cuyo «extremismo» es convenientemente acusado de ser la causa de sus propios problemas? Lancemos, pues, un vistazo a un respetable bastión del Sistema como es la Administración del Estado. Sería difícil encontrar un sector gubernamental con menos implicaciones «subversivas», y mucho menos cuando se trata del Departamento Médico y la víctima es el jefe de los Servicios Médicos Federales, el fallecido doctor Adeyemi Ademola. Ese funcionario fue misteriosamente asesinado a tiros en su residencia de Ikoyi por tres

intrusos armados, a dos minutos apenas en automóvil de la residencia del entonces jefe del Estado. Los asesinos ni siquiera simulaban que iban a robar. Era un bien informado escuadrón de asesinos que llevaron a cabo su operación con una precisión militar y se esfumaron luego, sin que se encontraran trazas de ellos (¿ni se buscaron!) por ninguna parte. El gobierno del general Yakubu Gowon no hizo el menor esfuerzo por enfrentarse con la oleada de especulaciones, alimentada por el hecho de que el políticamente inocuo pero consciente médico estaba realizando una delicada autopsia, en el momento de su muerte, de un militar de alta graduación, el jefe de una de las divisiones de las Fuerzas Armadas. Los periódicos se callaron de repente. No hubo ninguna comisión de encuesta sobre ese sensacional asesinato del más alto funcionario médico del Gobierno, ningún llamamiento público en favor de una información o de una pista. Aquellos con quienes hablé poco después de que me soltaran me acallaron aterrorizados: ni siquiera el que ese médico fuera hermano del entonces presidente del Tribunal Supremo de Nigeria, el juez Adetokumbo Ademola, fue suficiente para sacar de su increíble inercia a la policía, obligar a esa fuerza a hacer algo para descubrir a los culpables del tremendo asesinato. En cuanto al propio sindicato de la víctima, la prestigiosa Asociación de Médicos de Nigeria, fue como si el doctor Ademola hubiera sido ignominiosamente expulsado del Registro Médico por el abominable delito de ser asesinado cuando cumplía con su deber.

Comprendo y comparto, por lo tanto, la mojigata reacción ante el lenguaje que utilizo para hablar de los verdaderos culpables de esos y millares de crímenes parecidos. Es más que nada un camuflaje del fracaso de estos críticos por encontrar un lenguaje adecuado - mediante un acto o gesto simbólico - frente a esos ultrajes no sólo a su humanidad, sino a su ser civil. Piensan que lo que discuto es su coraje, lo cual está muy lejos de ser mi intención, pero ese sentimiento es una confesión de su desasosiego.

Si esos crímenes se consumaran en sí mismos, si terminaran en el hecho en sí y no tuvieran implicaciones para el futuro como no fuera un desagradable recuerdo, sería suficiente con que enterráramos a nuestros muertos, consoláramos a los afligidos y marcháramos hacia el futuro con tranquila voluntad. Pero ante la certeza de que esos sucesos no han sido aclarados y que su no resolución provocará millares de casos semejantes, promovidos por una maquinaria cada vez más sofisticada de atrocidades y de camuflaje, cuya audacia y cinismo sólo se detendrá cuando la voluntad popular esté completamente dominada, se percibe la santurronería narcotizante de expresiones populares tales como «lo pasado, pasado». Los que no son enteramente insensibles al lenguaje deben saber que eso pertenece al mismo tipo de piadosas trivialidades como la muy alabada

«magnanimidad» que se expresaba al final de la guerra con palabras como «Ni vencedores, ni vencidos», un narcótico contra la comprensión política, astutamente ideado por quienes saben muy bien quiénes eran los vencidos: no, no los biafreños, sino la engañada sociedad nacional, un pueblo manipulado para que hiciera sacrificios en favor de los verdaderos vencedores, los civiles y militares que se atrincheraron en una explotadora mutua socioeconómica.

Hasta en los Estados totalitarios llega el momento en que se admiten los «errores» del pasado, se desenmascara a los criminales situados en puestos elevados y se rehabilita a las víctimas, la mayor parte de las veces, ¡ay!, póstumamente. En Nigeria no hemos sido capaces de crear un clima de indagación que, aunque no produjera consecuencias inmediatas, al menos, por la fuerza con que se llevara a cabo y el rechazo claro de falsificaciones, garantizara que esas anomalías no resueltas quedarían «A MANO », formando finalmente parte del arsenal de injusticias cuyo conocimiento reforzaría los canales para un cambio posterior. La estrategia de escurrir el bulto, que lleva a cabo nuestra intelectualidad, especialmente la de Izquierda, que gasta la mayor parte de su energía combativa desdeñando el papel de la denuncia pero sustituyéndolo por un discurso igualmente impotente y monótono; su casi nula atención a la necesidad de apuntalar la tambaleante voluntad política de las masas mediante la auto-identificación con las cuestiones concretas e inmediatas, sería sencillamente patética si no fuera porque le hace a uno recordar con alarma los precedentes del ascenso del fascismo en Europa y el terror desnudo y no dialéctico que se desencadenó en otras naciones africanas, sobre todo en Uganda, Zaire, Malawi y Guinea Ecuatorial. Así esa evasión se convierte en algo verdaderamente trágico. Una vez afianzada la maquinaria política, cualquier sistema económico se puede imponer mediante un decreto o mediante la costumbre, sin necesidad de pedir permiso a los puristas ideológicos. Las lecciones de la península Ibérica - tanto de Portugal como de España - son suficientes para recordarle a uno que cuarenta o cincuenta años es demasiado tiempo de represión política como precio por la incertidumbre de una victoria ideológica «correcta».

Cuando hace unos doce años me puse a recuperar ciertas realidades de la experiencia de mi detención preventiva, ciertamente no pretendía escribir un tratado político. No iba a escribir la Historia de Nigeria, guerra civil incluida, ni tampoco a ofrecer recetas para su salvación política y económica. Que algunos materiales sobre aquellas cuestiones formarían parte de mi relato era inevitable, se da por sentado. Lo que yo no preveía era que en algunos de los sectores «ilustrados» se provocara una santurróna reacción ante mi fracaso a la hora de presentar un anteproyecto ideológico para posibles revolucionarios o de trazar la

evolución de la Historia nigeriana para profesores y estudiantes de Historia. Por supuesto, estos críticos no tenían sugerencias que ofrecer con respecto a un lenguaje que sirviera para representar realmente la indecencia que provocan ciertas experiencias. Quizá pueda explicarlo mejor con una corta digresión.

En los EE. UU. el televidente medio se quedó horrorizado cuando, por primera vez, la sangre y los sesos de los soldados en la guerra de Vietnam se esparcieron desde la pantalla, en medio de la confortable intimidad de la Coca-Cola y de las palomitas de maíz, en su sala de estar. De repente, era de verdad. Las distanciadas informaciones acerca de una guerra con unos seres extraños, apenas humanos - llamaban *gooks* a los vietnamitas - se transformaron en una espeluznante realidad que exhibía en color las entrañas de un hijo o de un marido cuando volaba en pedazos a miles de kilómetros de distancia. Por primera vez, el norteamericano medio entendió la guerra como una indecencia humana y, lo que es más importante, vio a esa guerra específica como una injustificable e indefendible variante de esa indecencia general que es la guerra entre seres humanos.

Un fotógrafo de guerra, David McCallum, al presentar sus fortísimas imágenes de la guerra de Vietnam en Aspen, Colorado, durante el conflicto, expresó sus motivaciones como una imperiosa necesidad de captar con su cámara algún aspecto de esa misma capacidad humana de autodestrucción que se expresa tan nítidamente en las guerras. En un idioma diferente, las grotescas teatralizaciones - verbales y en imágenes - que se crearon en torno a L. B. Johnson y Richard Nixon, los dos presidentes que ocupaban la Casa Blanca cuando los norteamericanos por fin comenzaron a comprender y a rechazar las implicaciones ideológicas y morales de la guerra, formaban parte también de la totalidad de mecanismos sociales de expresión cuyos efectos acumulativos llevaron con el tiempo a las negociaciones y al final de la guerra. De un valor más durable es, sin embargo, el cambio que aportó a las sensibilidades del norteamericano medio y los límites (por temporales que fueran) que pusieron a los indecentes ejercicios de poder presidencial, como los bombardeos masivos sobre Vietnam del Norte en nombre de la paz.

Cuando el poder se pone al servicio de una reacción maligna, hace falta crear un lenguaje que intente apropiarse de esa indecencia del poder y le arroje a la cara sus excesos. Las críticas a ese lenguaje son simplemente mojigatería o cosa de cristianos: se espera que el lenguaje ofrezca la otra mejilla en vez de sacar la lengua; que tienda la mano en signo de reconciliación en vez de hacer un corte de mangas, en un gesto obsceno y desafiante. Esas críticas tendrían que comenzar por atacar el abono fermentado de los abusos inhumanos de los cuales ese lenguaje extrae su ser;

entonces sus conclusiones serían dignas de crédito.

Cuando no consigue hacerlo, todo lo que queda es el rostro colaboracionista del intelectualismo hacia el poder, es decir, la consideración del poder y sus excesos como algo natural, a lo que incluso el lenguaje tiene que adecuarse. Pero supongamos que empezamos por considerar a todo poder arbitrario - es decir, todas las formas de dictadura - como algo innata y potencialmente indecedente. Entonces, por supuesto, la palabra debe comunicar su ilegitimidad mediante un lenguaje de rechazo fuerte e intransigente, que busque siempre mostrar lo ridículo y despreciable, desinflando sus pretensiones hasta la médula. Un lenguaje semejante no pretende dismantelar esa estructura de poder, lo cual únicamente se puede conseguir mediante un esfuerzo colectivo; contribuye, sin embargo, a la reconstitución psicológica de las actitudes públicas frente a las formas de opresión. El lenguaje tiene que ser una parte de la terapia de resistencia. Cuando desempeña su papel adecuadamente antes de las circunstancias propicias para el cambio, la voluntad política se escapa de la parálisis provocada por el aura de sacralidad que, mientras dura, ejerce hipnóticamente el poder en todo y en todos, pero especialmente sobre la intelectualidad racionalizadora y autoexculpadora.

La fría realidad del poder es, desde luego, que no queda más remedio que padecerlo. Hasta cuando es culpable - y eso es evidente -, la realidad efectiva es que no se puede escapar de él durante un tiempo, ya esté regulado mediante acuerdos constitucionales o sujeto a un abrupto final determinado por un choque de intereses. Lo único que pueden hacer entonces las masas sobre las cuales se manifiesta es tomar una actitud frente a él, ya sea expresada exteriormente o internalizada. Es eso y sólo eso lo que constituye el terreno accesible para la actividad pública -porque se sabe que la actividad es tanto de la mente como de la expresión pública -; la crítica en los medios de comunicación, las manifestaciones callejeras, la desobediencia civil, etc. Ninguna de esas diversas formas de actividad abierta se produce sin una preparación anterior para destruir la mística de la inviolabilidad y sobre todo de la impregnabilidad del poder. Vamos a concretar esto en unos ejemplos en apariencia ridículos.

Creo que desde el momento en que este poder se demuestra culpable en cualquier forma, cada unidad familiar debería, en lugar de, o después de sus rezos matutinos regulares, arrojar ritualmente el plato con el desayuno a una fotografía colgada del símbolo del poder, antes de salir a ganarse la vida bajo un sistema insoportable. Cada mañana, religiosamente. O quizá también como última acción de la noche; pero sobre todo por la mañana, como recordatorio de que el mismísimo acto de salir a ganarse la vida o estudiar bajo el sistema es un acto de colaboración,



una especie de legitimación cuya única excusa es la inmediata carencia de opciones. Su ser político consigue, entonces, convertirse en una máscara política, que cubre la constantemente endurecida realidad de sus sentimientos, que se mantienen unidos mediante una resistencia comunitaria secreta. Algunas de las formas de esta terapia ritual de aversión al poder precedieron a la extática aceptación, o incluso participación, en la decapitación de los reyes y déspotas «por la gracia de Dios», cuya mitología, esmeradamente cultivada, ha esclavizado de modo regular, en la historia del mundo, las mentes de los hombres y las mujeres poseídos por un temor supersticioso y reverencial. Si las ejecuciones del rey Carlos I de Inglaterra, de Luis XVI de Francia o del último zar de Rusia fueran aclamadas por las masas apenas unos meses después de que esa idea fuera simplemente impensable, el violento destronamiento de los actuales déspotas del continente africano debería ser reconocido como inevitable desarrollo de la sofisticación política de éste y todas las formas de ejercicios preparatorios de la mente pública hacia «el desear» lo «anteriormente impensable» deberían ser consideradas como contribuciones a la liberación de la esclavizada psique pública. El lenguaje que empleamos al dirigirnos al poder culpable es en sí mismo, parte de una necesaria actividad preparatoria hacia esa liberación de la voluntad política popular; es, nos parece, bastante más eficaz que estrellar el plato del desayuno mañanero contra la imagen del poder. Algo que ni siquiera los críticos de ese lenguaje en El hombre ha muerto pueden negar es que se han adoptado una serie de frases, incluida la del título, como puntos de referencia en los medios de comunicación, las conferencias públicas y hasta los sermones eclesiásticos nigerianos. Algunas de las alteraciones en los debates sobre temas de actualidad que se hacen sencillamente para encajar una cita procedente del texto, no tienen mucho que ver con su verdadero sentido. Aparte del propio título, que ha aparecido con centenares de disfraces, la otra frase favorita ha sido, de modo significativo, «accidente histórico», que se emplea en el libro para describir al depositario o símbolo del poder nacional. Es evidente que ese lenguaje no es tan sólo el de un escritor «agraviado»; es el lenguaje oculto de unas masas oprimidas; el escritor no hace más que exponerlo, volviendo a apropiárselo para iniciar la terapia de la liberación.

El círculo se ha cerrado y pronto se necesitará de nuevo algo más que ese lenguaje preparatorio. Está claro que los acontecimientos de 1983 nos han llevado más allá de esa etapa. El incidente que se describe al principio de esta introducción, los ignorados llamamientos de la Unión de Personal Académico de las Universidades de Nigeria, la Asociación Nacional de los Estudiantes Nigerianos, los sindicatos obreros, las iglesias, mezquitas, las obas y jefes, las vendedoras del mercado, las amenazas de leyes de detención preventiva y los numerosos gestos que la Derecha ha realizado en dirección al totalitarismo, ha convertido en

superfluos los testimonios personales. La locura del poder sin freno está a la vista de todo el mundo. Y, sin embargo, hay una nota de optimismo. ¿Por qué? Sencillamente porque el oportunismo étnico de 1965 y 1966 ya no se puede repetir. Creo que el estadio de oportunismo étnico, y por lo tanto las líneas de batalla étnicas, han sido superadas. Toda la nación sabe quienes son los desposeídos y sus explotadores, los oprimidos y sus opresores, los cínicos y los escarnecidos. El nigeriano medio es consciente de ello. Hasta el servil Daily Times se ha visto obligado, después de las elecciones, a reconocer, en un comentario publicado en primera página con titulares a toda plana:

Ya se ven los tremendos cambios producidos en el mapa político del país y, si los acontecimientos siguen a ese mismo ritmo, tendrán saludables efectos sobre el cuerpo político de la nación. Uno de los cambios más fácilmente discernibles es la gradual desaparición del anterior mito ubicuo de la etnicidad.

Pero citar al Daily Times es en realidad hacer el juego del enemigo. Desgraciadamente, el Daily Times sólo quería dar una apariencia de avance político a la victoria fraudulenta y reaccionaria que acababa de proclamar el Partido Nacional de Nigeria, para encubrir una «victoria» perversa y mortífera con el disfraz de virtud política. No hay palabras para expresar la amargura que produce esa reversión de las realidades que no sólo roba los votos de las masas, sino que se apropia de una realidad progresiva, expresada popularmente como algo perteneciente a los partidos de la oposición. Incita mucho más a la reflexión y es más significativa la declaración de la Unión de Personal Académico de las Universidades Nigerianas que identifica explícitamente «las fuerzas desmembradoras de la nación», y por tanto representa e implícitamente expresa esa realidad de desarrollo político que plantea una permanente amenaza a esos poderes de desmembramiento. En una reunión en Jos, en el Estado de Plateau, después de las elecciones, la Unión declaró (National Concord, 12 de septiembre de 1983, Informe):

Que el gobierno federal está creando deliberada y sistemáticamente una atmósfera en la que se podría desencadenar un estado de violencia y terror contra un segmento específico de la población del país; que el gobierno federal reprime violentamente las opiniones disidentes y que con eso ha creado una calma inquieta e incómoda en una zona particular del país; que el gobierno federal - al igual que algunos de los gobiernos de los estados -promovió actos de violencia, mientras que el propio gobierno federal ha provocado a alguna gente que ya había sido ultrajada por el resultado de las que han sido llamadas «chapuceras elecciones federales»; que el gobierno federal ha dividido, aislado y reprimido deliberadamente a un

sector del país y que ha hecho una acusación sin pruebas de que una parte de éste planeaba desestabilizar al resto.

La Unión acusó también al gobierno federal de situar policía, soldados, tanques, barricadas y otros instrumentos para crear un estado de terror en una zona del país.

Mi propósito con esta cita es llamar la atención acerca de la autoidentificación de organizaciones como la actual Unión con la nación como un todo, sin discriminaciones. Es todo lo contrario de la usual beatería retórica sobre la virtud de la «unicidad». Identificar con términos que nada tienen de ambiguos a los enemigos de esa unicidad es un acto de valor, pero que es sólo posible si traduce correctamente el talante de la nación contra la cual una minoría, pero una minoría con una temeraria concentración de poder, se ha alineado. Ese sector minoritario simplemente perpetúa el legado del régimen de Gowon, que intentó aislar a esa misma región a la que se refiere la declaración de la Unión, cuando aquel jefe del Estado se refería a ella impertinente como «El salvaje, el salvaje Oeste» al producirse las más mínimas señales de agitación contra las injusticias. Las espantosas matanzas de 1966 ocurrieron en otras partes del país, en todos los lugares salvo el «Salvaje, salvaje Oeste», aunque sólo consiguieron del humorista las respuestas que se detallan en el capítulo 15 de este libro. Así, pues, ¿quiénes son los verdaderos nacionalistas? ¿Quiénes son los patriotas comprometidos? No pueden ser a la vez la Unión de 1983 y el gobierno federal de Nigeria de 1983, como tampoco podían serlo al mismo tiempo los sindicatos obreros o estudiantiles y el régimen militar de la década de los sesenta.

Siempre es inevitable una elección de lealtades y eso conlleva la indisimulable demostración de oportunismo de las tácticas divisivas y diversionarias de nuestros descarados y arrogantes reaccionarios.

Así que diez años después de El hombre ha muerto es posible afirmar que se ha producido un giro positivo y nacionalista de la comprensión política de grupo del pueblo nigeriano. Esto no significa ignorar a las poderosas e influyentes voces que siguen insistiendo: es mejor que cada cual siga su propio camino. Recientemente se han oído voces progresistas que se han expresado en el mismo sentido; desilusionados, no ven la manera de salir del callejón sin salida en que ha sido metido el país por las recientes elecciones (1983) Irónicamente es una reacción similar a la de sus tradicionales enemigos, ese impenitente grupo de «desmembradores» quienes, aunque aplauden ruidosamente el concepto de Nigeria como Unidad, sin embargo indican al resto del país, con sus palabras y con

sus obras, que Nigeria únicamente puede seguir siendo una entidad si se cumple la condición de que el poder sea controlado de modo permanente por los que pertenecen a un sector particular del país. Véanse, por ejemplo, las arrogantes declaraciones del legislador federal Malam Muazu Babangida Aliyu, recogidas en la Nigerian Tribune del 29 de septiembre de 1983. A pesar de su capacidad de hacer daño, ese grupo es minoritario, situado casi exclusivamente en el partido dominante en Nigeria, el Partido Popular Nigeriano. Su actual predominio está condenado, y desde dentro. Desgraciadamente ése parece representar el único consuelo, ansiosamente abrazado por la mayoría de nigerianos en su situación actual de neurosis de guerra. Lo que muchos no tienen en cuenta es qué hará el PPN con el país cuando su centro se derrumbe y su organización se desintegre.

A pesar de ese éxito aparente de la reacción, continúa el optimismo. ¿Cómo explicar esa irracionalidad? Después de todo, a pesar de las violentas respuestas aquí y allá, el PPN sigue conservando su poder hinchado, arrogante y vengativo: dispuesto a cambiar el rampante desgobierno de los pasados cuatro años en un juego de niños durante su próximo mandato. Los gastos monetarios provocados por esta reciente toma del poder, que alcanzan billones de naira, tienen que ser recuperados. Los leales sirvientes tienen que ser recompensados con cargos, sin que importe la mediocridad de sus ideas o de sus realizaciones. Estos y otros tienen que salir de una forma u otra de una tesorería agotada y de una economía en bancarrota: ¿así que de dónde viene ese abierto optimismo con respecto al futuro?

Irónicamente, la respuesta se encuentra en la violencia, no sólo en la violencia en sí, sino en la naturaleza de la violencia con que se respondió a los opresores. Porque 1983 fue, desdichadamente, únicamente una repetición de 1965, cuando las elecciones también fueron manipuladas. Esa vez, sin embargo, ¡el pueblo no identificó al enemigo con ningún sector geográfico del país! La deprimente característica de la respuesta violenta en 1965 fue que, en muchos aspectos, se identificó al enemigo con un sector u otro, la consecuencia de lo cual fue la profunda desconfianza étnica que influyó y coloreó al abortado golpe militar de enero de 1966.

Por supuesto, cuando hablamos de este giro, de ese avance positivo en la conciencia política que se muestra capaz de identificar a los enemigos nacionales, tenemos que mostrarnos precavidos contra las actividades cada vez más desesperadas de un puñado de dirigentes políticos que están decididos a mantener una situación regresiva. Sus tácticas varían desde la tosca demagogia tribal hasta los falsos datos económicos. No vacilan, por ejemplo, en explicar que la extensa pobreza de la nación se debe a la carencia selectiva que se limita únicamente a su

sector del país y que por lo tanto es una consecuencia directa del monopolio de los recursos nacionales por parte de otro sector de la nación. En 1982 se produjo un breve respiro mediante un giro en su seccionalización con la expulsión inhumana de millones de extranjeros, siendo los ghanianos quienes más sufrieron en ese éxodo sin precedentes. Habiéndose terminado esos chivos expiatorios, tuvieron que recurrir a un villano interno para la consolidación de las bases geográficas que esos políticos representan.

Que fracasaron se prueba decisivamente por el hecho de que se robaran al pueblo las esperanzas de un cambio de gobierno en la más cínica no-elección de la breve historia de la existencia nacional. Entonces las masas se volvieron contra los representantes del partido en el poder, fueran quienes fueran. Al contrario de lo que ocurrió en 1965, no se produjeron ataques a los «barrios de extranjeros» dentro de ninguna comunidad.

La violencia en la política toma muchas formas. Todos los planteamientos sin soluciones a problemas políticos - esto es, actos políticos que crean un callejón sin salida para todos los participantes en el proceso político, incluidos aquellos que han iniciado el proceso -, constituyen una violencia que en sí misma genera la contraviolencia. La naturaleza de la violencia puede ser purificadora o puede ser indecente. La violencia que precedió, acompañó y fue la predecible consecuencia de las elecciones de Nigeria en 1983 fue, irónicamente, una inmensa indecencia. Lo primero que se observa es que fue desencadenada por el partido que ya estaba en el poder. El propósito era acobardar a las masas para mantener el status quo, aterrorizar a los votantes para que no fueran a votar a los suyos. Un ejemplo: en el Estado de Ondo, una de las más sólidas, si no la más implacable de las bases de la oposición al Partido Nacional de Nigeria, tres dirigentes del principal partido de la oposición, el PUN (Partido Unido de Nigeria), fueron asesinados, en una ejecución de estilo gangsteril, en sus propias casas. Los asesinos fueron tranquilamente de una casa a otra siguiendo una lista que llevaban y mataron a sus víctimas delante de sus familias.

Había siete en la lista; tres no estaban en casa cuando llegaron los asesinos y uno escapó herido de bala. Esos acontecimientos se produjeron meses antes de la elección. Fueron calculados: 1) para provocar una reacción violenta que permitiera al presidente utilizar los poderes de excepción, suspender las elecciones e imponer a un administrador propio, o 2) como un inequívoco aviso a la oposición. Si se podía asesinar impunemente a dirigentes políticos populares, ¿qué no podría ocurrir con los seguidores anónimos? Así, con detalles idénticos o cualitativamente similares, fueron los actos de violencia desencadenados sobre el pueblo de Nigeria.

Los activistas «más afortunados» del partido de la oposición fueron simplemente detenidos al azar, llevados a remotas celdas policíacas donde se morían de hambre, eran torturados y olvidados.

Quizá los derechistas escuadrones de la muerte de El Salvador tengan un par de cosas que enseñarle a nuestras recién creadas unidades policíacas paramilitares - aun así no puede ser mucho. Esas criaturas que desfilaron en la televisión y fueron presentadas por el inspector general de Policía, Sunday Adewusi, como algo peor que psicópatas asesinos, que serían lanzados sobre el pueblo a la menor señal de complicaciones, han cumplido con lo que prometieron: la dialéctica de «los puños y las pistolas» de los falangistas españoles ha sido modernizada convirtiéndose en la dialéctica de los látigos de cuero de caballo, gases lacrimógenos y metralletas. ¿No había dicho el presidente Alhaji Sheshu Shagari a la nación que esas creaciones de su mente tenían órdenes de «disparar sin previo aviso»? Lo hicieron aun mejor. Dispararon sin previo aviso, rociando de balas al primero que se les ponía por delante con una extraña mezcla de desdén y de deleite. Ni siquiera Eisenstein hubiera podido evocar el horror de las escenas en lugares como Odoona (Ibadan, Estado de Yo), Oke-Igbo (Estado de Otido), donde personas inocentes fueron arrancadas muertas del violado santuario de sus hogares.

Estos hechos son una advertencia de lo que nos espera: las atrocidades cometidas por los agentes paramilitares de Sunday Adewusi, con frecuencia junto a los matones del partido dominante, que a veces vestían uniformes de la policía - un hecho que tardíamente admitió el comisionado de Policía del Estado de Oyó, Alhaji Omolowo -, dejan chico lo realizado por el ejército en sus trece años de gobierno, siempre con la excepción, por supuesto, del período de la guerra civil y los actos específicos de genocidio a los que se refiere El hombre ha muerto. Se ven más blindados patrullando hoy los pueblos y las aldeas que nunca, más incluso que durante la guerra civil. El desprecio por la vida civil ha alcanzado su culminación y la tortura se ha institucionalizado hasta tal punto que todas las comisarías provincianas tienen sus propias celdas de tortura. Es por esta razón por la que he eliminado de esta edición algunos de los detalles y comentarios, ahora superfluos, sobre las atrocidades cometidas por el ejército contra nigerianos inocentes; ese siniestro récord ha sido superado con mucho por este gobierno civil y todavía vendrán cosas peores.

Sin embargo, creo que no se puede quebrantar la voluntad de nuestro pueblo. La actual fase de abatimiento es comprensible; no se pueden ver siempre los cimientos provisionales de su propia nación machacados por fuerzas inexorables completamente descontroladas sin tener una aguda sensación de futilidad. Pero la

alternativa, abandonar cualquier meta, es una negación tal de la existencia que es algo todavía peor que la aniquilación física. Nuestro pueblo acaba de ser víctima de una salvajada, despectivamente infligida sin más razón que su intento de cambiar el gobierno por medios pacíficos. Por tanto, es apropiado que adopte como epílogo una advertencia que, desde las elecciones, sirvió como titular para referirse a diversos asuntos en uno de los diarios nigerianos:

LOS QUE HACEN IMPOSIBLE EL CAMBIO PACÍFICO, HACEN INEVITABLE EL CAMBIO VIOLENTO.

WOLE SOYINKA

Octubre, 1983

**El hombre ha muerto**



## A LOS QUE NO PUEDO DAR LAS GRACIAS

Entre las líneas de *Primitive Religión*, de Paul Radin, y mi propio *Idanre*, hay escritos fragmentos garabateados de obras teatrales, poemas, una novela y una parte de las notas de prisión que componen este libro. Seis volúmenes más fueron desfigurados con mi escritura. Por temor a dar una pista que llevara a la reconstrucción de las circunstancias y a la segura persecución de funcionarios probablemente inocentes, ni siquiera podía indicar los títulos de esos libros y mucho menos en qué períodos de mi encarcelamiento me fueron pasados clandestinamente uno por uno.

Después del indescriptiblemente exquisito placer de leer, me ponía a cubrir los espacios interlineales con mi letra.

Los libros formaban parte de los que me fueron enviados a la cárcel desde varias procedencias.

Al principio estos envíos fueron bruscamente devueltos (véase la página siguiente); después les dejaron acumular polvo y telarañas en las oficinas de las cárceles de Lagos y Kaduna. Los libros y toda clase de escritura han producido siempre terror a quienes quieren ocultar la verdad. Sin embargo, a pesar de las medidas de seguridad más rigurosas que se han tomado contra un prisionero en las historias de las cárceles nigerianas, medidas que se tomaron tanto para paralizar como para destruir mi mente en la prisión, me llegaron. Pero aunque un prisionero sea muy astuto, muy ingenioso -y por definición la naturaleza de un prisionero es de una astucia animal-, el humanitario acto de coraje por parte de unos cuantos de los carceleros desempeña un papel clave en su supervivencia. Todavía no puedo pagar esa deuda mediante un reconocimiento público. Ni siquiera en los dos años que llevo en libertad me he atrevido a ponerme en contacto con esas personas a sabiendas de que la mayor fuerza de seguridad del continente sigue estando muy interesada en mis relaciones personales. A todos ellos, paciencia. En la continuación de los esfuerzos para derrotar y destruir todo ese mal, esa deuda será finalmente saldada.

WOLE SOYINKA

Tel. 2487IJ20P.H.Q. N.º 17034/53/80OFICINA CUARTEL  
GENERAL,DEPARTAMENTO DE PRISIONESSACA DE CORREO PRIVADO  
12522LAGOS, NIGERIA

28 de febrero 1968

Señor:

Referente a Wole Soyinka Detenido civil Me dirijo a usted con respecto a su carta de fecha 24 de enero de 1968 y para informarle que sintiéndolo mucho la correspondencia con el mencionado detenido no está permitida.

Por lo tanto, le devuelvo la carta adjunta y el libro de Penguin «Four Greek Poets».

Atentamente (E. A. Ajoni) por el DIRECTOR DE PRISIONES /JJA.

1

Una carta a los compatriotas

... movido por dos cosas que tengo sobre mi mesa en este momento. Una es el último ejemplar de la revista Transition, que ha reaparecido recientemente en Accra; la otra es un cablegrama procedente del país. El mensaje de este último es sencillo: El hombre ha muerto.

Sin embargo, es una carta de la primera, escrita por una víctima del actual fascismo griego, quien me ha provocado una impresión más fuerte. Siempre impresiona encontrarse en otro ser experiencias duplicadas, en especial si esas experiencias reproducen sensaciones, pensamientos, reacciones y hasta expresiones

casi idénticas en el otro hombre. Con respecto a experiencias íntimamente vividas, resulta incluso un tanto asustante. Se sabe, desde luego. Es la certeza de una indestructible continuidad de prueba-supervivencia-afirmación, constantemente reforzada por el saber de que existen predecesores en ese ciclo, lo que sostiene a un preso en sus momentos más sombríos y lo que, cuando recupera la libertad, le hace sentirse ligado por un deber a todas las víctimas del sadismo del poder dentro y fuera de su propio país.

El autor de esa carta es un profesor en Grecia, George Mangakis, actualmente cautivo de los dictadores fascistas. Cito algunos párrafos de su carta para resaltar algunas de las muy sencillas verdades de la precaria existencia de un preso en aislamiento. Me parece que testimonios como éste se deberían convertir en cadenas de cartas permanentemente colgadas de la pesada conciencia del mundo. Para derrotar, para desarraigar enteramente cualquier concepto y pretensión de disimular las atrocidades a que es sometido al espíritu humano, es esencial captar en su plenitud esa innatural presión. Después de eso no puede haber ni excusas ni argumentos. Cada individuo hará únicamente un simple acto de elección: ¿Debo decir sí o no a eso?

El preso griego escribe:

Entre otras muchas cosas, la angustia de estar en la cárcel es también una profunda necesidad de comunicarse con otros seres humanos. Es una necesidad que a veces lo sofoca a uno. Autodefensa. Por eso escribo. Es la forma en que consigo dominar mi mente. Si la dejo libre, sin el marco del pensamiento escrito, se vuelve loca. Toma por siniestros vericuetos y termina engendrando monstruos. ... necesitamos la mente de otro para que la nuestra siga funcionando. También necesitamos momentos en los que no haya pensamientos. Atestiguo que existen los extraños, siniestros vericuetos de la mente en el confinamiento solitario, los extraños monstruos que engendra. Es seguro que todos los guardianes y carceleros lo saben; crean ese tipo de condiciones en especial para aquellos cuya mente temen. Luego, confiadamente, esperan el derrumbe. Es necesario tener siempre presente que conocemos sólo a quienes han sobrevivido a ese trance inhumano.

Este libro ha asumido muchas formas. El problema de qué incluir, qué dejar fuera temporalmente, qué borrar por completo, todo ello influido por asuntos de oportunidad, de mi continua capacidad de influir en los acontecimientos de mi país, de llevar a cabo los cambios revolucionarios a los cuales estoy cada vez más dedicado, la consideración incluso de mi propia seguridad, una resistencia a romper los últimos límites de un régimen al cual el reconocimiento de su

culpabilidad le obliga a conservar mediante la fuerza un desacreditado poder..., todo ello ha cambiado el formato, el título, la concepción de este libro al menos una docena de veces. Aun en la pasada semana lo dividí en dos partes, dejando una en suspenso, una especie de espada de Damocles a la espera del preciso momento de eficacia política. Y esta mañana el título todavía era Un lento linchamiento.

Sin embargo, esta mañana me llegó el telegrama que decía estas sencillas palabras: El hombre ha muerto.

Al principio me chocó la redacción. Sonaba misteriosa, aunque familiar. Lo que tenía de familiar era su conclusión de cuento moral, de verso burlesco -«el perro fue el que murió»-, de declaración catecúmenica, los ojos de un cirujano por encima de la máscara o la sorpresa de un torturador que calculó mal su fuerza. Oí el sonido de muy diversas voces del pasado y del futuro.

Me pareció que ésa era en realidad la condición social de la tiranía: el hombre ha muerto, un perro ha muerto, el asunto ha muerto.

El hombre muere en todos los que guardan silencio frente a la tiranía. El perro de esa muerte que hablamos era un periodista, Según Sowemimo. Había sido brutalmente apaleado. él y otros colegas, por los soldados que cumplían las órdenes del gobernador militar del Oeste. ¿La razón? Un imaginario desaire. Pero al menos había sido afortunado... al principio. Recibió la ayuda de un sindicato y a medida que su estado empeoraba, el Gobierno se vio obligado -todo a expensas del Estado, su dinero y el mío, no una indemnización pagada por el gobernador y sus hombres- a enviarle a Inglaterra para que siguiera un tratamiento. Pero ya había empezado la gangrena y tuvieron que amputarle la pierna herida.

Seguí con interés su caso. Busqué al señor Sowemimo en Londres, pero me enteré de que se lo habían llevado de nuevo a Nigeria. Avisé a un colega para que lo buscara y me diera noticias suyas.

Su respuesta estaba en el cablegrama que tenía junto a mí en ese momento: El hombre ha muerto.

Esa tarde me di cuenta de que ése era el único título posible para mi libro. Me di cuenta de que hacía mucho que había dejado atrás cualquier compromiso, que ese libro es ahora, y que sólo debía de suprimir cosas que pudieran poner en peligro a aquellos de quienes depende la verdadera revolución dentro del país. Era mi juicio únicamente quien podía decidir en estos asuntos, ya que mi experiencia, cada

vez me doy más cuenta, es única entre los cincuenta millones de personas de mi país.

Debo citar de nuevo a George Mangakis, y al hacerlo tengo que confesar que no sólo da expresión contemporánea a nuestro destino actual, sino que para mí actúa como una terapia. Rescata a las palabras de la degradación a la cual fueron constantemente sometidas por mis carceleros, una degradación que, como demostrará la correspondiente sección de este libro, constituyó uno de los retos más graves a mi egoísta supervivencia después de la huida fantástica fabricada por unos potenciales asesinos. Cuando comencé a escribir clandestinamente en la cárcel observé, por ejemplo, cuántas vueltas y revueltas daba mi mente para buscar sustitutas a una inquietante palabra, adoptando incluso el artificio extremo de cambiar pasajes enteros, secuencias completas de acción para evitar el concepto que nombrara a determinada emoción, «humillación». Esa palabra, «humillación», la realidad de la emoción, la presencia de ella en este momento, ha sido repuesta y reconocida por fin en su verdadero contexto como el único sentimiento digno de todos aquellos a los que no se les han inyectado antes de nacer hormonas de abyección y servilismo. George Mangakis escribe:

«Cuando se le impone una dictadura a tu país, la primera cosa que uno siente, el primer día -y es un sentimiento que tiene una inmediatez totalmente espontánea, libre de toda elaboración mental-, el primer sentimiento es de humillación. Te privan del derecho de considerarte digno de ser responsable de tu propia vida y destino. Ese sentimiento de humillación va aumentando día a día, como resultado del incesante esfuerzo del opresor para obligar a tu mente a que acepte toda la vulgaridad de que está formado el atrofiado mundo mental de los dictadores. Te sientes como si tu razón y tu condición de ser humano fueran profundamente vejadas todos los días. Y luego viene el intento de imponer sobre ti mediante el miedo la aceptación de las acciones de barbarie de las cuales te vas enterando o que verás realmente cómo se cometen con otros seres humanos. Comenzarás a vivir la humillación diaria del miedo y empezarás a despreciarte, Y luego, profundamente herido en tu conciencia como ciudadano, comenzarás a sentir una solidaridad con el pueblo al que perteneces.)» Experimento esa solidaridad únicamente con quienes en mi pueblo comparten esa humillación ante la tiranía. Excluyo e ignoro a todos los demás. Si hubo factores que hicieron inevitable esa dictadura, ya no existen. La dictadura actual es una imposición degradante. Es además más humillante, porque ustedes y yo sabemos que esta dictadura ha rebasado centenares de veces en brutal arrogancia, en represión, en corrupción material y en una sistemática reversión de los fines revolucionarios originales, los peores excesos de los gobiernos civiles anteriores a 1966. Es vergonzoso reconocerlo, pero es

verdad. Dirijo este libro al pueblo al que pertenezco, no a la nueva élite, no al amplio estrato de esclavos privilegiados que apuntala los palacios de mármol de los tiranos de hoy. Atestiguo según mi experiencia personal y al hacerlo les acuso del crimen de beneficiarse de la guerra. No lo digo en un sentido material -eso se sabe de sobra, eso es fácilmente absorbible porque no provoca ninguna conmoción en una sociedad materialista. Hay, sin embargo, otra forma de beneficiarse, una humillación aún mayor que parece demasiado sutil como para desafiar la voluntad de un pueblo agotado por la guerra, y es beneficiarse del desastre común y del mutuo sacrificio de la guerra para seguir con el poder. Y el mayor insulto a la inteligencia del pueblo es que, como suprema ironía, esos beneficiarios del poder no están exentos de culpabilidad en lo que respecta a las causas fundamentales de la guerra. Mi testimonio es que lo único discutible es el grado; el hecho de la culpabilidad es evidente y reconocido por los beneficiarios actuales del poder. Sus excesos actuales y su mutua exculpación del crimen han hecho necesario que el contenido de este libro sea intransigente, porque el primer paso hacia el destronamiento del terror es el desinflar su hipócrita santurronería.

Es sólo el primer paso. En cualquier pueblo que se somete voluntariamente a «la humillación diaria del miedo», el hombre muere.

14 de diciembre de 1971

## Ibadan-Lagos

### 2

Mi detención e incriminación fraudulentas fueron dos asuntos completamente distintos. El primero fue provocado por mis siguientes actividades: mi denuncia de la guerra en los periódicos nigerianos; mis visitas al Este; mi intento de organizar a los intelectuales de dentro y de fuera del país con vistas a formar un grupo de presión que trabajara para conseguir la prohibición completa del suministro de armas a todas las partes de Nigeria; crear una tercera fuerza que intentara aprovechar el subsiguiente punto muerto al que llegaría la situación militar para repudiar y acabar con la secesión de Biafra y la dictadura militar consolidada por el genocidio que había hecho inevitables tanto la secesión como la guerra.

Fui incriminado fraudulentamente por mis actividades en la cárcel. Fui incriminado fraudulentamente y casi consiguieron liquidarme debido a mis actividades dentro de la prisión.

Desde Kiri-kiri escribí y saqué clandestinamente una carta que exponía las últimas pruebas acerca de la política de genocidio del gobierno de Gowon. Me traicionaron y la carta fue entregada a los hombres que eran los culpables; intentaron encubrir su traición mediante una conspiración criminal.

Al principio sostuve que mi detención y mi incriminación fraudulentas eran dos asuntos diferentes; no es cierto del todo. Es cierto únicamente en el sentido en que en el momento de mi detención, y hasta que la carta fue entregada traicioneramente a los que acusaba, mis guardianes sólo pensaban en tenerme fuera de circulación. Sin embargo, en esencia, los dos actos de violencia, la detención y la falsa acusación, procedían de la misma fuente de corrupción. Más importante aún, mi carta desde la cárcel era para mí una confirmación de la posición política que

había motivado mi detención. He de reconocer hoy que fue esa directa, inmediata y continua confirmación de la putrefacción del poder en su origen la que me impuso el deber de comunicar las últimas pruebas de la base moral de nuestra posición a mis colegas en libertad. Nos unía un constante compromiso en favor de hacer todo lo posible por demostrar un absoluto ético hasta en medio de la guerra. (Porque ahora, con la invasión del Medio Oeste, nos enfrentamos con la realidad de que esto se ha convertido en otra guerra civil que se luchará hasta el final.) Por lo tanto, creo que es apropiado utilizar esa carta como prefacio a este libro, ya que el tema que aborda es el que creó la secesión, la guerra y fomentó la actual pauta de brutalización de los instintos en un pueblo que acude en tropel de centenares de miles de mujeres, niños, mendigos y vacuos elitistas, a las ejecuciones públicas de malhechores comprobados, semicomprobados y nada comprobados, como si fuera a una fiesta. El tema más profundo de la carta -la justicia- resume un debate que ha sido cubierto escuetamente por una capa de sangre. Esa capa se va adelgazando diariamente con el continuo pisoteo de las botas opresoras. Resume el colosal fracaso moral dentro de la nación, un fracaso que provocó la secesión y la guerra. La verdad es simplemente que tanto entonces como ahora, la nación humillada por una traición promovida, sostenida y reforzada por unas fuerzas que carecían de otro propósito o ideología que no fuera la de perpetuarse mediante el terror organizado, fracasó en: conseguir una extraordinaria agudeza de visión histórica y ver con total claridad que las naciones humilladas son inevitablemente conducidas a una decadencia total, a un marchitamiento moral y espiritual, o a una pasión por la venganza que da como resultados baños de sangre y revueltas.

Cito a Mángalas por última vez. Lo que sigue es el texto de la carta que todavía está escondida en los cajones secretos de los actuales salvadores de la nación:

En Vil Prisión (septiembre de 1967) Cuando hace unos cuantos años los cadáveres de tres defensores de los Derechos Civiles, uno de ellos negro, fueron encontrados en el Profundo Sur de la salvaje Norteamérica, nosotros, como otros millones de negros en todo el mundo, experimentamos la indignada convicción de que sólo porque los otros dos eran blancos (y ricos) se llevó a cabo un esfuerzo masivo para averiguar cuál había sido su suerte y se hizo el fútil intento de llevar a los asesinos ante la justicia. El círculo se ha cerrado para nosotros. Recordemos el caso del fotógrafo ibo Emmanuel Ogbona, que fue secuestrado de su estudio en Odo Ona, Ibadan, en determinado día del pasado año, asesinado y arrojado a los matorrales unas cuantas millas más allá.

Dos soldados del Tercer Batallón, Ambrose Okpe y Gani Biban, fueron



posteriormente acusados del asesinato y llevados ante el tribunal de Ibadan. Intenten recordar los misteriosos retrasos que se produjeron en el juicio de esos dos hombres, los obstáculos y maniobras apenas disfrazados que harían bueno a cualquier tribunal impregnado por el Klan en el sur de Alabama. Hasta nos asombró cuando finalmente el fiscal anunció que «siguiendo instrucciones» no podía hacer más que retirar la acusación. Informó que las autoridades militares habían decidido ocuparse del caso. Ese fue el momento en que debimos hablar y actuar; nos decidimos por el remedio acostumbrado de las conciencias tímidas: «esperar y ver». ¡Con aquel suceso no sólo los Tribunales de Justicia de la región occidental, sino la propia apariencia de derecho y justicia en toda la federación, fueron subvertidos por la doctrina del genocidio justificable!

Y esto fue la secuela. Durante casi seis semanas llevo viviendo cerca de dos productos de lo que Hannah Arendt (Eichmann in Jerusalem) ha descrito con esa extraña expresión: la banalidad del mal. Me encontré aquí alojado (¿habrá sido el Destino?) -nada menos que entre todos los bloques de celdas de las cárceles nigerianas- como vecino de al lado de aquellos dos soldados acusados, obligado a escuchar, observar y ver confirmados absolutamente mis constantes afirmaciones de lo que ocurre con los seres humanos y con una nación cuando cualquier grupo dentro de esa nación es tácitamente declarado fuera de la ley y se convierte en presa legal de cualquier fanático homicida que considere que tiene el más mínimo motivo de rencor hacia ese grupo. Aquí no puedo ser más explícito, sobre todo acerca de la orgullosa y jactanciosa confesión de culpabilidad de uno de esos dos hombres. Baste con decir que hace tres días, estos dos -bueno, hay que seguir llamándoles sospechosos- fueron triunfalmente liberados de su simbólico confinamiento.

Ya tendremos tiempo de tratar de eso y de muchas más cosas que hemos visto ocurrir en esta nación en el último año cuando (si es que eso llega alguna vez) vuelva a reinar la tranquilidad.

Algunas cosas, sin embargo, no necesitan ni deben esperar tanto. Es preciso, incluso mientras dure esta guerra no santa, que exista una posición que audazmente se declare contraria a una doctrina perniciosa que, por la propia naturaleza de la lucha actual, puede convertirse en una verdadera epidemia de genocidio. Además, al menos que seamos muy miopes y confesemos que no tenemos el menor interés en la clase de sociedad que deberá levantarse sobre las cenizas de la actual, es evidente que hay que poner determinados cimientos ahora mismo, cuyos ideales impedirán que nuestra lucha se convierta en el habitual ejercicio de carnicería y bestialidad, y la alejarán del origen y causa de la perdición humana. Por algún lugar hay que empezar, así que empecemos nosotros por el

Oeste. Debéis esperar que se hagan deliberadas interpretaciones torcidas por parte de aquellos que consienten los asesinatos en la región occidental y de sus aliados manchados de sangre de otras regiones. Tarde o temprano la vergüenza les obligaría a seguir un ejemplo tan evidente. Propongo:

En primer lugar y por encima de todo, que el Poder Judicial del Oeste se declare independiente. No sé lo que ello significa en cuanto a nuestras relaciones con los Tribunales Federales ni tampoco me preocupa. Sólo exijo que de una forma u otra, el Poder Judicial occidental se coloque en una posición tal que ningún poder dentro o fuera de la región pueda volver a entrometerse en sus procesos judiciales y lo convierta, como lo es hoy, en cómplice por omisión de la doctrina del genocidio justificable.

Segundo: Que se apruebe en la región una ley que declare que es delito que un hombre o grupo moleste o se entrometa con otro por razones de tribu, o que practique cualquier forma de discriminación basada en lo tribal. (Añadid religión, etc., si se quiere hacer más abarcador.) Permitidme repetirlo: Lo que ocurrió en el caso de Emmanuel Ogbona es únicamente uno de los miles de flagrantes horrores de genocidio, consentido por el Poder Judicial occidental, apoyado por otras fuerzas y autoridades que deben ser nombradas, denunciadas y obligadas a ser juzgadas algún día, cuya filosofía emponzoña la esperanza de este país y condena a un gran sector de su pueblo al asesinato y la mutilación al azar y premeditada en nombre de la unidad. Sed sinceros y preguntaos ¿de qué sirve un Código de Conducta cuando el ejército está infestado de asesinos confesos, quienes -como su víctima era un ibo- reciben un trato, incluso en su breve confinamiento, de Prisioneros Muy Importantes, que salen regularmente a pasearse so capa de «investigaciones» y que reciben un trato deferente y privilegiado hasta por parte de los principales funcionarios de la cárcel? ¿El «Código de Conducta» contra millares, contra decenas de millares de jactanciosas actitudes de ese tipo? ¿Y dentro de una soldadesca que en su mayor parte es analfabeta? ¡Para mí eso es Hipocresía!

Como contraste he escogido una noticia del New Nigerian del 30 de enero de 1967.

N.º 330. New Nigerian, lunes 30 de enero de 1967. Página cinco.

UN HOMBRE SERA AHORCADO Y OTROS OCHO ENCARCELADOS POR EL ASESINATO DE UN MUCHACHO

Un hombre ha sido condenado a muerte y otros ocho, entre ellos un agente de policía del Gobierno Nativo, han sido sentenciados a diversas penas de prisión, que oscilan entre los diez y tres años, por el Tribunal Supremo de Sokoto, acusados de haber asesinado a un muchacho y de reunión ilegal en Sokoto durante las revueltas del pasado año. Los hombres son Mailayi (sentencia de muerte), Liba Mamman y Usman Sokoto, diez años cada uno, Alkali Tangaza, Duniya Mamman Wurno, Altine y Zagi, cada uno cinco años, y Bararable Dogon Daje (tres años).

Usman era sargento de la policía del Gobierno Nativo de Sokoto.

Según el fiscal, entre el 29 de septiembre y el 1 de octubre del pasado año, Mailayi y otros asaltaron una casa en el barrio Gayu de Sokoto, donde vivía el carcelero de una prisión gubernamental, señor Joseph Uche, un igala.

Maylayi y su banda, según el fiscal, creyeron que Uche era un ibo. Al no encontrarle a él, sino a su hermano menor, Ojibo Uche, que estaba dormido, Maylayi le golpeó en la cabeza y un guardián, Maikawa, cortó con un cuchillo la garganta del muchacho.

El sargento Usman, sostuvo el tribunal, no participó, pero se cree que estuvo presente.

El presidente, juez Holden, dijo a los condenados que podían apelar si lo deseaban. El Tribunal Supremo levantó la sesión indefinidamente.

La yuxtaposición de estos dos sucesos demostrativos, hasta sin evocar su contexto de horror en gran escala, la más amplia e indiscriminada violación de un pueblo que se recuerde en el continente negro, destruye las hipócritas desautorizaciones del régimen. Expone una sencilla verdad: que al menos existió la maquinaria de la justicia durante y después de las matanzas en el Norte y que si no funcionó fue debido a una deliberada y selectiva decisión del gobierno de Yakubu Gowon. O esa decisión representaba una decisión del pueblo de Nigeria o el gobierno de Yakubu Gowon es culpable de conspirar para subyugar a la voluntad popular. Rechazo lo primero. No tengo más remedio que acusar a Yakubu Gowon y su gobierno de traición, de falsificación de la voluntad popular de Nigeria.

Pero quizá ése sea un tema pasado. Mejor aún, a lo mejor ni se produjo. Quizá no hayan sido exterminados unos cincuenta mil nigerianos y no se haya producido el traslado de un millón y medio de personas. A lo mejor si no se produjo el exterminio ni siquiera fue planeado, y a lo mejor la maquinaria que podía haberlo

impedido no existía. Y siguiendo con este razonamiento, a lo mejor la guerra civil que vino después no tuvo su origen parcialmente en una subversión deliberada de la maquinaria de equidad y justicia por parte de los vómitos históricos que habían tomado el poder.

Quizá todo ese genocidio no tuvo nada que ver con la secesión de los ibos.

Por último, quizá no pueda, sea Impensable que eso pueda volver a ocurrir. Sin embargo, prefiero seguir mis propias observaciones de los impulsos humanos, no cegarme ante las realidades de la historia, con su abrumador catálogo de repetidas brutalidades. Las palabras de David Astor sobre el aniversario del levantamiento del ghetto de Varsovia nos servirán:

Las exterminaciones masivas están relacionadas con crímenes menores..., si se entiende el proceso que conduce a un linchamiento, se entiende mejor el proceso que subyace en las grandes perversiones del sentido moral..., esa comprensión más amplia nos permitirá a nosotros y a nuestros hijos combatir los futuros síntomas de esa enfermedad cualquiera que sea la forma en que aparezca...Debemos comprender mejor el proceso temible y fatal de pensamiento que lleva a la gente no sólo a sentirse justificada, sino a creer que tiene el deber de destruir a otros. No sabemos qué es lo que excita ese proceso de psicología de masas. La próxima forma en que aparezca quizá no sea ni racial ni religiosa, sino política (como ha ocurrido antes, en tiempos de revolución o de guerra civil...).Indonesia... Asaba, My Lai, Pakistán... ¡ ASABA ! Este no es un libro sobre un genocidio, sino que trata sobre todo de un linchamiento menor.

Excepto en lo referente a la confesión de culpabilidad por parte de la banda de linchadores, todo lo que hay que decir sobre el asunto se encuentra en esta sección. El resto son casi todas conversaciones privadas con un puñado de individuos -esa autogenerada comunidad de víctimas que han estado, o que se encontrarán algún día, en una batalla no tanto por defender unas ideas como por conseguir su supervivencia. Este no es un texto para poder sobrevivir, sino la historia privada de un superviviente. Y tal vez al menos ayude a despertar la conciencia del mundo acerca de la existencia de miles de almas sometidas por poderes pervertidos que para perpetuarse necesitan autoinyectarse actos inhumanos.

Mi regreso de Enugu fue seguido por una importante caza del hombre organizada por la Inteligencia Militar y la Gestapo desde Lagos. Me las arreglé para no caer en manos de ninguna de las dos, entregándome finalmente a un policía uniformado a las puertas de la Universidad de Ifé. A partir de mi detención, mi preocupación principal consistió en retrasar mi traslado a Lagos el tiempo suficiente como para poder montar un cierto número de precauciones elementales. Se inició una lucha por mi cuerpo, llevada a cabo con una rapidez que irritó y desconcertó a Lagos. Se comprometió al gobernador militar del Oeste en el asunto y se consiguió un precioso retraso de veinticuatro horas, pero por fin después de muchas negociaciones telefónicas, ardidés y garantías, se acordó que yo fuera conducido por un alto funcionario de la policía hasta Lagos, donde me entrevistaría con Gowon. Iríamos directamente en automóvil al Cuartel Dodan. Gowon me haría un par de preguntas sobre mis actividades y sería devuelto el mismo día a Ibadan.

Ya había estado en la División «E» antes, en mi perenne lucha por mi pasaporte, hacia el cual la policía de Seguridad sentía un afecto posesivo desde mis primeros e inicuos roces con los gobiernos, que empezaron alrededor de 1962. Periódicamente llegábamos incluso a montar un pacífico ménage a trois. Informarles con tiempo suficiente de mi intención de viajar a cambio de una declaración de intenciones y un cacheo en el aeropuerto al ir y venir, que llegaba hasta mis pelotas, me permitía emplear aquel desgastado y sumiso objeto de disputa que yo me empeñaba en decir que era un derecho mío inalienable. No siempre funcionaba el modus vivendi. Había algo en la malamente disimulada arrogancia del poder en los rostros de los sabelotodos de la División «E» que provocaba la agresividad hasta en el talante más flemático. Los trucos psicológicos eran demasiado visibles, donde yo aguardaba al funcionario encargado de mi caso. Solían no tener nombre. Eran S7 o E5, pero esa entidad numérica aparecía vestida como un ser humano, dispuesto a hacerse el simpático, a simular ignorancia y a soltarte de repente alguna ridícula información esperando que tú la niegues de plano. Pero siempre totalmente ignorante en cuanto al por qué, al propósito al que sirve ese acoso, ya que cualquier subversivo político sabe lo suficiente como para no llevar documentos acusadores al aeropuerto, sabe lo suficiente como para que no sellen su pasaporte a la entrada o salida de un país tabú -es decir, comunista-, y sabe demasiado bien que las señas extranjeras más respetables que puede ofrecer a la

División «E» son cualesquiera en nuestro querido Reino Unido. Pero éstos eran simplemente útiles preparativos: la hiriente y mareante impotencia que producían esas entrevistas, el saber que un individuo puede limitar todos tus movimientos, todos tus derechos, sin necesidad de justificar sus acciones ante ti o ante la sociedad de la cual los dos formáis parte, te hacía ver que ese poder existía para amargar tu vida privada, limitando tus movimientos y poniendo en peligro tu manera de ganarte la vida.

La barrera de silencio de la División «E» se cerró detrás de nosotros. Me llevaron a esperar a una oficina. Había movimiento. Sentí como si aquel departamento se hubiera galvanizado desde que entramos. Luego oí voces. Parece que el comisionado de Ibadan estaba recibiendo una reprimenda por parte de una criatura a la que conocería mejor más adelante. El comisionado insistía en las condiciones de su misión y el hombre de Lagos le decía que no recibía órdenes de nadie de Ibadan, por muy alto que fuera su cargo. La voz era violenta, llena de sentido del poder. Luego las voces se cortaron y hubo un portazo.

Unos segundos después un enorme gorila, con aspecto de patán, apareció en la oficina donde yo estaba sentado, me miró como si yo fuera un insecto al que iba a clavar y meter en formol, todavía excitado por su triunfo y afirmación sobre el hombre de Ibadan. No dudé que ése era el de la voz matonil. No dijo una palabra. Quizá el veneno de su entrevista con el de Ibadan seguía rezumando y necesitaba un objeto sobre el que derramar el sobrante, quizá pensaba abrasarse con las ascuas de su indignación, o tal vez tenía de verdad la intención -abrió con tanta fuerza la puerta que casi entra embistiendo en la habitación, pero siguió agarrado al picaporte- de aterrorizarme con las bien conocidas tácticas de violencia súbita: todas esas posibilidades estaban presentes en su abrupta entrada. La aparición, aterradora en su brusquedad -y desde luego parecía un gorila escapado y acosado-, esa aparición se materializó, se quedó en el umbral de la puerta y me miró. Al dominar mi involuntario sobresalto, no tuve más remedio que mirarle, primero interrogativamente -lo mejor es no enfrentarse con esos monos salvajes-, luego, como sólo encontré veneno, con un abrupto cambio de expresión, que quise mostrara mi disposición a aceptar cualquier desafío que me planteara. Con la misma brusquedad desapareció, oscilando sus peludos brazos, supongo que colgándose de un ventilador del techo. Desde luego alguna fuerza lo borró de mi vista porque era difícil de imaginar que lo hubiera hecho tan rápido él solo.

Más tarde supe cuál era su nombre: Yisa Adejo, comisionado asistente.

Después entró el comisionado de Ibadan, disculpándose. No íbamos al

Cuartel Dodan, parece que el asunto se le había ido de las manos..., y siguió hablando y hablando, casi incoherentemente debido a su agotamiento emotivo. Le aseguré que lo había adivinado todo aquello por las voces que oí. Entonces entró un joven. Petulante, seguro de sí mismo, le clasifiqué a primera vista como uno de esos inexpertos sustitutos en puestos profesionales de los ibo, que habían emprendido su éxodo.

No había duda de que quería demostrar quién era. Su actitud hacia el comisionado, que era su superior con mucho en la escala jerárquica, fue deliberadamente arrogante; le exigí a aquella nueva criatura que me dijera por qué estaba en la División de Seguridad en vez de en el Cuartel Dodan.

Levantó las cejas como si nunca hubiera oído hablar de ese lugar. Repetí mi protesta formalista y provoqué una brusca contestación: -¿Y quién es usted para hablar con el jefe del Estado? ¿Es que se cree que puede exigir ver al jefe del Estado así como así?

- Tengo una cita con él. Me está esperando.

- No sé nada de eso. Me han pedido que le haga unas preguntas. Cualquiera puede entrar aquí y decir que tiene una cita con el jefe del Estado.

Me volví hacia el comisionado. Saliendo con un sobresalto de una especie de amodorramiento, masculló una confirmación de lo que yo decía. El joven funcionario se limitó a repetir:

- He dicho que no sé nada de eso. Cualquiera puede decir que está citado con el jefe del Estado.

Irritado por la ligereza de aquel tipo, le dije:

- Espero que no insinúe usted que su superior está mintiendo. Acaba de decirle que yo tengo una cita.

D. levantó la cabeza con aire interrogativo, simulando -estaba claro- ignorancia. Sólo entonces el comisionado dijo quién era, contando confusamente la historia, lo que me aburrió de todo aquello. De mala manera, el joven petulante masculló alguna disculpa..., era normal que los de la División «E» no conocieran a los comisionados regionales personalmente, llevaba tiempo fuera -lo dijo con una especie de condescendencia despreocupada. Miré con cansancio a aquel comisionado delegado..., oh, lárgate, hombre, vete con tu mujer y tu familia... Por

fin se fue, lleno de sentido de culpabilidad, disculpándose hasta el último momento por el cambio de programa:

- Tranquilícese, haga lo que pueda para cooperar. Estoy seguro de que se dará cuenta de que está en buenas manos.

Me dio pena.

El joven parecía haberse aplicado el consejo. Se «tranquilizó». Hasta se disculpó de aquella escena, explicándome que a veces las órdenes oficiales se solapan. La Seguridad le había pedido a la policía de Ibadan que me detuviera y me trajera allí para un interrogatorio, así que lo del Cuartel Dodan era algo que no tenía por qué saberlo. Al presentarse -«a propósito, soy D.»- prometió llamar al aide-de-camp de Gowon para averiguar lo que estaba ocurriendo. Me quedé mirando su comedia de la llamada telefónica. Naturalmente, el aide-de-camp no se podía poner, pero por supuesto dejó un recado para que llamara inmediatamente a D. «Tenemos suerte», señaló, «le conozco personalmente, en realidad espero que venga por aquí esta misma tarde».

No había terminado aún con las disculpas. D. se disculpó por no haber leído todavía mis libros, aunque había oído hablar mucho de mí. «Es un trabajo demasiado odioso éste, casi no hay tiempo libre para hacer las cosas que a uno le gustan.» Estuvimos más de media hora así antes de entrar en materia. ¿Un cigarrillo? Decidí fumar mis «murada» locales. D. encendió su cigarrillo y me ofreció fuego. Luego, como quien no quiere la cosa: «Mientras esperamos que llegue el aide-de-camp, ¿por qué no hablamos de un par de cosas?» -¿Cuándo vio por última vez a Ojukwu?

- Hace ocho días.

Me hizo la pregunta con la más suave de las técnicas «abruptas». El silencio, luego el balbuceo, que siguió a mi réplica sólo podía ser consecuencia de su asombro. Evidentemente, lo que esperaba era una negación. O al menos ciertos rodeos. Se tomó un tiempo para reconsiderar su táctica, permitiéndose a la primera oportunidad que el interrogatorio se desviara por otros caminos irrelevantes. Luego volvió al tema. -¿Por qué le vio? -¿Está claro no? Supongo que ha leído mi artículo en los periódicos.

- Oh, sí.

Luego abrió un cajón de su escritorio y sacó una carpeta. Estaba llena de



recortes de prensa.

- Sí. Los he leído. Y también las respuestas. ¿Qué opina usted de las respuestas a su artículo?

El tono era de satisfacción. Era ese tono, admíranos, ¿no te parece que lo hemos hecho bien?, que adquirió su sentido unos momentos después.

- Me parece que procedían de una maquinaria propagandística frenética -contesté-. La mayor parte de los nombres que aparecen firmando esas cartas son falsos. El setenta y cinco por ciento de las cartas han sido escritas por el mismo grupo de plumas a sueldo. -¿Por qué está tan seguro de eso?

- Me chocó lo parecido del estilo. Hasta lo reconocí.

- Sí, por supuesto, usted es un literato.

- Sí. El estilo literario es para mí como una huella para usted. O el método de un ladrón en una operación. En realidad era evidente la misma mano colectiva también en las cartas escritas contra Tai Solarin. ¿Quiere saber quiénes las escribieron? -¿Quiénes?

Mencioné al grupo por su nombre. Se sonrió y guardó la carpeta.

- No puedo decir nada sobre eso. Tampoco importa...

Pero sí importaba. Mallam D. no tenía suficiente dominio de sí mismo -en aquella etapa- para resistir ni siquiera la más mínima sensación de que había grietas en la Seguridad. Se leía en su cara: ¿cómo podía yo saberlo? ¿Qué más sabía yo de las actividades de ese grupo favorable al régimen militar? Pensé que debía de tenerle desorientado un poco más -era únicamente una pequeña ventaja temporal en la escaramuza, pero era un momento para aguijonear en aquel adversario debilidades reales o imaginadas, mala conciencia o ambición. ¿Hasta qué punto Mallam D. «sabía», qué papel desempeñaba entre los hombres que habían ordenado mi detención o algo peor?

- Dígame -le pregunté-: ¿por qué tiene Lagos tantas ganas de liquidarme? -¿Qué quiere decir?

- Enviaron soldados a Ibadan para secuestrarme y matarme. Tenían órdenes de capturarme al precio que fuera. -¿Por qué cree que el ejército quiere matarle?

Mentí.

- Me encontré a un amigo de uno de los oficiales enviados desde Lagos. El me advirtió.

D. dijo acaloradamente:

- Le ha dicho absurdos. Lo que ha ocurrido es que pedimos al ejército que le detuviera. Eso es todo. -¿Para eso tenían que mandar un escuadrón especial desde Lagos?

- No tengo ni la más mínima idea de si enviaron o no un escuadrón especial desde Lagos.

Pedimos que le detuvieran, a lo mejor eso es lo que oyó usted. ¿Por qué iba a querer alguien matarle? -Se quitó la idea de encima como si fuera algo descabellado, con un vigoroso gesto repentino-. De todas maneras aquí está usted fuera de peligro.

- Eso espero -dije y le vi cómo buscaba las riendas de su papel, decidido a no permitir más interrupciones peligrosas en el camino trazado.

Pero conseguí prolongar un rato más aquella situación de papeles cambiados.

- El complot estaba muy bien coordinado. Comenzó con esas «espontáneas» réplicas a mi artículo. Dos de las cartas utilizaban exactamente las mismas frases, acusándome de llamar al ejército en el Oeste ejército de ocupación. Sé que su departamento guarda un álbum de recortes de todo lo que yo he escrito o se supone que he escrito. Dígame: ¿he dicho yo alguna vez eso?

- La gente escribe toda clase de cosas. Lo que quiero decir es que tiene que admitir que su artículo irritó a mucha gente.

- La inclusión de esa mentira era deliberada. Servía para incitar el odio contra los soldados y oficiales del Norte. ¡Y la cara que le han echado para mencionar mi condena del genocidio en el Norte! Lo normal sería pensar que lo mejor sería para ellos olvidarlo, salvo que, por supuesto, el fin inmediato fuera muy importante.

D. inesperadamente confesó algo.

- No ha habido ningún complot. Debía de haber visto usted las otras cosas que se iban a publicar. Algunas eran mucho más repugnantes. Terribles. Yo mismo tuve que ir al Morning Post a decirles que ya estaba bien. Ya estaba impreso pero tuvieron que levantarlo.

Eso era un aspecto desconocido para mí, el control de la Gestapo hasta de las «Cartas al director». Me pregunté si se daba cuenta de que aquella confesión era también una confesión de las otras mentiras. Los ojos de D. se hacían de vez en cuando huidizos, te miraba bajo unos párpados espesos, incomodado por pensamientos que no eran de cosas inmediatas. Yo todavía no había decidido nada cuando de repente, como si estuviera haciendo un esfuerzo para convencerse de la rectitud de cualquier táctica, explotó: -¿Quién les da el derecho a personas como usted y Tai Solarin a pensar que lo saben todo? ¿Qué es lo que les hace pensar que desde sus torres de marfil tienen la solución a todos los problemas del país? Cuando el Gobierno decide una política, ¿qué les hace creer que ustedes saben más? Son intelectuales que viven en un mundo soñado, sin embargo, creen que saben más que quienes han sopesado muchos factores y han tomado una decisión.

- No, son ustedes los que desde su fortaleza de la planta sexta no saben nada de la realidad. Los dos ejemplos que usted acusa, Tai y yo y unos cuantos más, estamos más cerca de las duras realidades que cualquier régimen o sus funcionarios, que pasan la mitad de su tiempo con miedo a la subversión y a los coups.

- Pero es que usted está contra los intelectuales. Contra otros, que apoyan la posición del Gobierno. -¿Como quiénes?

Vaciló.

- Bueno, el Comité de los Diez. Son intelectuales igual que usted. -¿Lo son?

- Bueno, ¿por qué no?

- No son intelectuales. Carecen de cualquier convicción. O compromiso. Excepto, por supuesto, el de intrigar en los pasillos del poder. ¿Cómo se puede tomar a eso en serio? -¿Qué han hecho mal?

- Lo poco que tenían para empezar lo han rebajado, eso es todo. Desde los días del viejo Akintola. ¿Ya ha olvidado cuál fue su papel durante ese período?

- Esa época ya pasó. Ahora todo el mundo se une para poner su talento al servicio del país. Uno de ellos es miembro del Gobierno.

- Sí, ha cogido usted al más abyecto de toda la banda, ¿no cree?

- Femi Okunnu. ¿Qué tiene usted contra él? -¿Lo dice en serio?

Pero no se dio cuenta del desprecio que había en mi voz.

- Por supuesto. Queremos saber lo que piensa usted no sólo de la política oficial, sino también de la gente que formula o ejecuta esa política. -¿Esto es parte del interrogatorio?

Protestó con energía.

- No, no, no es verdad que esto sea un interrogatorio. Queremos entender a gente como usted.

Quiero que tengamos una auténtica charla. Me ayudará. ¿Por qué escribe usted las cosas que escribe? ¿Por qué toma usted las posiciones que toma? ¿Qué piensa de cómo va el país? Y cosas por el estilo. Quisiera saber qué piensa usted de las figuras nacionales: el presidente del Tribunal Supremo, por ejemplo, Awolowo. Enahoro. Tarka. Incluso Gowon.

- No conozco a Gowon.

- Muy bien. Quizá le conozca muy pronto. En realidad estoy seguro de que él quiere conocerle.

Depende también, estoy seguro, del resultado de nuestras discusiones.

Lo metió como quien no quiere la cosa, pero no tanto como para que yo no fuera a darme cuenta, ni tampoco tan claramente como para que se pudiera tomar por una propuesta de trato.

- De todas maneras, no me ha dicho qué tiene usted contra el Comité de los Diez.

Moví la cabeza.

- Digamos sencillamente que no me gustan las prostitutas del poder.

- Ya veo. Así que ¿quiénes son los intelectuales que le gustan? Supongo que gente como Tai Solarin, ¿no?

- Tai no se considera un intelectual. Es un reformador social abnegado y entregado cuya manera de pensar es original, pero a veces confusa. Al país le vendría bien utilizar a pensadores confusos, pero originales, como Tai. -¿Pero es que el país no necesita a los Okunnu? Usted piensa que Tai Solarin debería ser Comisionado en lugar de Okunnu.

Volví a suspirar.

- Dígame: ¿sabe usted algo de Femi Okunnu? ¿Sabe usted algo de jóvenes oportunistas burgueses del tipo Okunnu?

- No, hábleme de ello.

Negué con la cabeza.

- Ya se enterará con el tiempo.

- No. Quiero que me lo diga usted. Estamos preguntándole cuáles son sus puntos de vista.

- No -repetí-. Prefiero no hablar de él. Déjeme decirle que cuando se escogen personas de ese tipo para formular la política nacional no es sorprendente que lo que se busque en los intelectuales es que sean pelotilleros.

Abruptamente, D. me preguntó: -¿Qué sabe usted de la Tercera Fuerza?

Evidentemente, no había más digresiones esa tarde.

Me instalé en un despacho que no se usaba en el piso de arriba del cuarto donde hacían los interrogatorios. Mallam D. estaba nervioso.

- Me gustaría que me hiciera un favor, señor Soyinka. Póngame por escrito

todo lo que me ha dicho, todo lo que se refiere a lo que ha hecho usted para parar la guerra, cómo empezó todo, lo que ha podido conseguir, la gente con la que ha hablado, o la que tenía intención de ver... Ya sabe, todos los detalles y todo lo que se le haya podido olvidar. Estoy seguro de que su caso se resolverá en seguida; lo único que tiene que hacer es ayudarme poniéndolo todo por escrito y después podremos volver sobre uno o dos puntos... -¿Podría utilizar una máquina de escribir? Mi letra es tan mala...

Eso fue lo primero que pensé. Nada de escribir a mano. Y ni una firma en ningún sitio. Incluso sin formularme claramente los posibles peligros, podía reducir los riesgos adoptando el anonimato de la máquina. Mallam D. exploró rápidamente varios despachos y volvió al cabo de unos instantes: nada, no había encontrado ninguna máquina de escribir. «No importa», dije, pensando: ¡vaya si importa! Tal cantidad de documentos manuscritos haría las delicias de un falsificador hábil. No pensaba en absoluto en esas falsificaciones destinadas al consumo del público, sino en ese truco tan manido de la policía: enseñar una confesión a cualquier otro infeliz y comerle la moral... «Ya ves, te ha buscado un lío en su declaración. Más vale que digas tú mismo lo que has hecho.»

Cuidado. Incluso para respirar, prudencia, calma. Desde este momento hay que calcularlo todo.

Una rápida mirada circular por la habitación: ¿habrá algún micrófono oculto? ¿Algún chivato? ¡Micrófonos! ¡Si estás solo, muchacho! ¿Entonces? Quizás más adelante te metan un compañero de celda «comprensivo». Bueno, entonces es cuando habrá que buscar micrófonos. Entretanto, concéntrate en tu declaración. Organiza tus pensamientos, escoge lo que quieres decir y escríbelo.

No taches nada después de escribirlo. Lo único que haría sería levantar sospechas. ¿Qué ha tachado? ¿Por qué? La primera sesión con Mallam D. era lo que era: una escaramuza preliminar. No existe un interrogador «ilustrado». Los métodos varían, eso es todo. Cualquier sistema que utiliza la maquinaria del secreto contra un individuo emplea el método de la Gestapo. La mente de la Gestapo cree más en mantener preso que en dejar en libertad, en la culpabilidad más que en la justicia. Este edificio es el cuartel general de la Gestapo, no tiene otro nombre, no puedo considerarlo desde otro punto de vista si quiero sobrevivir... Empecé a escribir.

El recuerdo era oportuno. Tres hombres acababan de entrar en la habitación. Al principio creí que se habían equivocado porque llevaban grilletes y pesadas

cadenas parecidas a las que había visto en museos sobre la trata de esclavos. Tenían un aire tímido y avergonzado y casi esperé que fueran a darse la vuelta y desaparecer disculpándose por la interrupción. Pero se pararon y me miraron. Uno de ellos tosió y balbuceó la noticia. Habían recibido órdenes de encadenar mis piernas. -¿Están seguros? Me han puesto aquí para redactar mi declaración.

No había error. Sin embargo, no habían pasado ni quince minutos desde que se había ido Mallam D. Por supuesto, no había dicho nada de cadenas. Estiré las piernas, me pusieron los grilletes, y éstas se bajaron debido a su nuevo peso.

No resultaba fácil ponerme cómodo de nuevo. La sensación de las cadenas era una novedad a la cual no pude adaptarme inmediatamente. Miré aquellos objetos extraños con una curiosidad distante, levanté otra vez las piernas para sentir su peso, intenté andar con ellas e hice un montón de experimentos más. Me era posible pasear, o mejor dicho, arrastrar mis pies. Sentí otra oleada de irrealidad, creo que en ese momento me reí en voz alta. Me incliné, recogí la cadena floja y la sostuve en alto. Tenía como mínimo un pie y medio.

Sentí una viva contradicción en todo aquello, una contradicción en mi ser, en mi conciencia y definición de mí mismo como ser humano. En realidad se podría decir que nunca, hasta ese momento, nunca, mi autodefinición había sido tan clara como cuando vi aquellas cadenas en torno a mis tobillos. La definición era negativa; me definí como un ser para el que no estaban hechas las cadenas; finalmente, como ser humano. Hasta el punto en que se puede decir que la esencia humana posee a veces una cualidad tangible, puedo decir que probé y sentí esa esencia en la contradicción de aquel momento. Yo no era nada nuevo; indirectamente, por ideología o por memoria racial, esa contradicción puede sentirse, se siente, con una viveza suficiente como para convertir en apasionadamente revolucionaria la vida más blanda. Los grilletes abstractos, intelectuales, se rechazan con la misma pasión. Pero en la experiencia de la cosa física el individuo no está solo, sobre todo un hombre negro. Me pareció que la había sentido, hacía centenares de años, como creo que me produjo una experiencia de reencarnación encontrar por primera vez en el colegio grabados de filas de esclavos en los libros de historia. Hasta cuando vi a los primeros locos bajo el cuidado de sanadores tradicionales, encadenados por los tobillos para refrenar su violencia, mi rechazo de esa terapia tuvo algo que ver con la memoria racial. Seguramente no puede ser una experiencia estrictamente personal.

Aquel momento en que cerraron con llave la cerradura vuelve con frecuencia a mi memoria -yo, sentado en una silla de respaldo recto, los dos hombres a mis

pies cerrando los grilletes, el tercer hombre vigilando al peligroso animal por si atacaba- y se me ocurrió, no, entonces, no, ahora, con la escena del encadenamiento pasando ante mis ojos, que éramos todos negros, que Mallam D., otro negro, había dado la orden y huido, que yo no era un preso en una cuadrilla de trabajos forzados en Alabama, en el Sur, o en Johannesburgo, sino que esa antítesis humana se estaba llevando a cabo en la moderna oficina de un rascacielos moderno en la cosmopolita Lagos de 1967.

Bueno, por si acaso aquello era real, en el caso de que otras realidades como ir al retrete, estirar las piernas en la mitad del sueño o dar un tirón involuntario por la noche debido a la picadura de un mosquito, por si esos azares de la existencia se manifestaban, aumentaban la sensación de aquellos colgantes en mis pies, comencé, sin pensarlo dos veces, una huelga de hambre. Era un evidente antídoto a un talante que rabiaba medio en burlas, medio en serio: ¡Ogun [es el dios de la guerra y el hierro de los yorubas. (N. de los T.)], camarada, mira cómo han travestido tu metal! Bueno, los antiguos cirujanos sangraban a los coléricos; he aprendido a calmar mi violencia con el hambre.

Funcionó. El mismo acto de tomar la decisión de no comer controló el fútil espasmo de rabia y los temblores casi de golpe. Mi mente comenzó a funcionar de nuevo desapasionadamente. Mi propósito inmediato, mi propósito a largo plazo. Las contingencias. Qué efecto habría de producir en la mente de la Gestapo. Comencé a trabajar de nuevo en mi redacción, ahora dominaba un nuevo motivo: la expectativa de un juicio y la clásica reversión de los papeles. ¡Imágenes de La Historia me absolverá, de Castro! La declaración era una densa afirmación de mi papel como organizador de grupos de presión para detener el suministro de armas a los dos beligerantes. Escribí de una manera calculada para provocar el que me llevaran a un juicio bajo la acusación de que mis actividades eran antigubernamentales, terminé el ensayo dos o tres horas más tarde, me trasladé a un sillón, eché otro vistazo a las cadenas e intenté quedarme dormido.

Una llamada. El cocinero contratado por la Gestapo para alimentar a un centenar de detenidos bajo interrogatorio hacía su ronda. Gracias, no. El guardián que estaba al otro lado de la puerta pensó que yo preferiría una dieta «europea», el máximo honor a un prisionero o detenido. ¿No? ¿Ni siquiera una lata de sardinas? ¿Pan? ¿Leche? Dije, es peligroso darle de comer a los animales encadenados, ¿no lo sabía? Podrían tomar fuerzas para romper los grilletes.

La tarde. La División «E» estaba atestada. Cada oficina, la biblioteca, hasta algunos rellanos de las escaleras, se utilizaban para interrogatorios. A lo largo del



día trajeron a centenares de ibos y de sospechosos de simpatizar con ellos. La denuncia era fácil y se saldaban viejas cuentas mediante un susurro al oído de la policía. Algunos, casi todos no-ibos, llegaban ya casi derrotados por el terror, postrándose, rogando que les dieran una oportunidad de defenderse. Toda la tarde oí las voces de los recién llegados, hombres y mujeres. Las palabras eran monótonas, las protestas y las contraacusaciones: «Nunca he dicho eso. No, mentira. No dije nada de eso.» Era suficiente con acusar a un hombre de expresar su simpatía hacia los ibos o decir pestes del ejército. O contar la verdad sobre una tortura o asesinato que hubiera visto. Era suficiente con desaprobar los métodos de terror.

Noche. Un encuentro extraño y breve. Había estado dormitando. De repente se abrió estrepitosamente la puerta y catapultaron a una mujer. «Quédate ahí y cállate.» El funcionario dio órdenes para que otros fueran encerrados en diferentes oficinas. Por su acento supe que ella era ibo.

Nunca había visto tanto terror en una mujer. Tardó algún tiempo en darse cuenta de que había otra persona en la habitación. El susto -al principio estaba convencida de que yo era un funcionario, quizá el señalado para torturarla-, el susto la llevó al extremo opuesto de la habitación, desde donde me miró con ojos llenos de pánico y una temblorosa garganta al borde del chillido. Luego bajó los ojos y vio las cadenas. Vi que su cuerpo se distendía, demostrando su simpatía. Avanzó, tocando la mesa como si quisiera buscar alguna seguridad en las cosas concretas. La miré en silencio. No necesitaba más consuelos por mi parte; la visión de mis cadenas hizo más de lo que podían haber hecho las palabras, la tranquilizó. Pero entonces vi todavía otro cambio en su rostro.

Se quedó de pronto quieta, incrédula. Reconocimiento. Lo vi antes de que me hablara. «¿No es usted..., no es usted Wole Soyinka?» Dije que sí con la cabeza. Sus ojos fueron desde mi rostro hasta mis piernas y volvieron a mi rostro. Hizo una pausa para entenderlo. Luego estalló en lágrimas.

El guardián -debió de irse un momento para ayudar con los que iban trayendo- entró a mirar un momento y resolló. ¿Qué está haciendo ella aquí? Gritó por el pasillo llamando al funcionario de servicio. ¡Nadie podía estar en la habitación con el sospechoso! Cuando todos entraron apresuradamente, ella había dejado de llorar. El funcionario de servicio lo sentía mucho; no sabía que había alguien allí. Sacaron a la mujer, más tranquila, más fuerte. Se volvió desde la puerta, de manera que pudiera estar segura de que yo la veía, para que supiera que no tenía miedo, que nada podría aterrorizarla ya. Agradecía aquel gesto. Me pregunto si ella sabría la fuerza que extraje de aquel encuentro.

D. volvió a la mañana siguiente, tarde. -¿Por qué hace usted huelga de hambre?

- No estoy haciendo ninguna huelga de hambre. -¿No? -Parecía desconcertado-. Me han dicho que no ha comido usted anoche ni esta mañana. -¡Oh, eso! Me han entendido mal. No es una huelga de hambre en absoluto. -Su preocupación era conmovedora. -¿Qué le pasa? ¿Está usted enfermo?

- No, estoy muy bien. Es sencillamente una medida de precaución, nada más.

Con aire ultrajado:

- Tiene miedo de que le envenenemos.

- Permítame que le explique. Son estas cadenas (oh, no es que me molesten), resultan bastante cómodas cuando estoy sentado. Desgraciadamente, ir al retrete es un paseo que un hombre no puede evitar. Lo evito o lo minimizo al no comer.

- No puede usted dejar de comer por completo.

Señalé el vaso de agua que había encima de la mesa.

- Uno al día. Es suficiente. Mañana necesitaré hacer pis sólo una vez. Después quizá no necesite hacerlo en absoluto. Mi declaración está sobre la mesa.

Recogió mis notas y salió.

- Ya veré lo que puedo hacer.

Aquel día, nada. La segunda noche seguí con las cadenas. La tercera mañana D. entró para hacerme unas preguntas, o eso dijo. Llegó sonriente.

- Espero que haya usted empezado a comer.

- No. La situación no ha cambiado.

Miró hacia abajo y vio, o fingió ver, las cadenas por primera vez. Irritado -o simulándolo- llamó al guardián y exigió saber por qué no me las habían quitado. El guardián le explicó que no le habían dado órdenes. -¡Vayase a buscar las llaves y quítelas inmediatamente!

El guardián desapareció.

- Lo siento, Wole -sí, me había convertido en Wole desde aquella mañana-. Di órdenes sobre esto anoche. Tan pronto como se las hayan quitado y haya comido algo, me gustaría que tuviéramos otra charla. Mandaré a alguien a buscarle.

Me quitaron las cadenas, pero ya había superado aquella etapa fundamental a la que llamo la Batalla de los Bichos de la Barriga. Una vez que pasa esa sensación de picazón, parece como si flotaras. El ayuno me hacía sentirme tranquilo, flemático -decidí seguir en tono menor-, bebiendo una lata de leche aguada al día. El guardián envió a alguien a buscármela.

Nunca llegué a probar la leche. Una hora después irrumpió D., colérico. -¿Cómo es que los periódicos extranjeros ya traen la noticia de su detención?

Le miré sin expresión. ¿Y a mí qué me importa? -¿Cómo se han enterado y a qué viene tanta publicidad? Insinúan que está usted recibiendo malos tratos. Espero que se dé cuenta que toda esa publicidad no ayuda a resolver su caso. Lo que hace es que su posición sea más difícil. -¿Quiere decirme de qué caso y de qué posición está hablando? Si soy inocente de lo que usted pueda sospechar de mí, ¿qué diferencia puede haber con publicidad en el extranjero o aquí? ¿O es que lo que quiere decir es que me consideran ya culpable?

- No le consideramos nada...

- Escuche, no soy un desconocido. Hasta se publica la detención de ladrones desconocidos. ¿Es que pide usted privilegios especiales para la Gestapo de Nigeria?

- Nadie pide nada.

O no me había oído o había decidido pasar por alto la etiqueta de Gestapo. Domínate..., domínate... El parecía darse también el mismo consejo.

- Mire, Wole, sabemos que es usted una figura conocida internacionalmente, pero a esos periódicos extranjeros les gusta meter cizaña. Aprovechan cualquier oportunidad para desacreditar a las autoridades...

Joven, vehemente, inseguro y víctima de los dilemas de su posición, estaba constantemente tratando de convencerse de que lo que hacía no era irracional. Después de todo había entrado en la habitación como un torbellino, utilizando un tono de acusación y de condena. Y soltaba un tufillo a chantaje.

- Realmente no sé qué esperan que haga -me quejé-. No puedo salir a hablar con ellos. Por supuesto, siempre se podría convocar una conferencia de prensa y presentarme...

Una hora más tarde dio órdenes para que me trasladaran a la prisión Kiri-kiri.

## 5

Curiosidad. Desconcierto. Reconocimiento. Los ojos de los prisioneros se alimentan del recién llegado. Ya había estado antes en celdas policiales, en reclusión provisional, pero nunca dentro de un complejo entero llamado prisión. La adaptación se produjo inconscientemente. El ritmo de mi cuerpo ya había aminorado. Lo aminoré aún más.

- Quisiera enviar dinero a mi familia. ¿Puedo arreglármelas para conseguir un cheque aquí, en la cárcel?

- No, es usted un detenido. No podemos hacer nada sin el consentimiento de la policía. Son muy estrictos en estas cosas. -¿Libros?

- Puede quedarse con los libros que ha traído. También hay una especie de biblioteca en el despacho del superintendente.

La cosa más fácil del mundo es adaptarse a la rutina de una prisión. El hecho de que a escala minúscula se produzca la vida de fuera, la hace más aceptable: durante una semana o dos. Es como hacer un retiro o entrar en un monasterio. Durante una semana o dos. Y hay diversos seres humanos. No tenía ganas de compañía. Sentía una gran necesidad de estar a solas con mis pensamientos. Con una sola excepción, los demás se dieron cuenta de esa necesidad y la respetaron.

Un pequeño bloque, de diez o doce celdas, con una población de algo más de treinta personas.

La llamaban la «Celda Negra», era en realidad el bloque de castigo, pero desde que se puso de moda el encarcelamiento sin juicio y el aumento de la población carcelaria, las celdas de castigo en todo el país se habían convertido en bloques para detenidos especiales. Había unos antiguos «indomables» de los Grupos de Acción, entrenados en Ghana. Con esa ingenuidad política tan frecuente en esas plagas de imbéciles que infestan el cadáver del poder serio en el continente, el nuevo régimen de Ghana, había enviado sus fotografías y datos personales a la Seguridad Nigeriana después de la caída de Nkrumah. En Nigeria los metieron en la cárcel y ya llevaban más de un año encerrados. Uno tenía perturbaciones mentales, hablaba todo el día consigo mismo y lanzaba terribles amenazas contra enemigos invisibles. Un día se volvió loco del todo...

Había también un preso que era un antiguo funcionario de NNDP, acusado de malversación de fondos en un cargo público que le habían dado por favoritismo. Era un prisionero especial. También era un chivato. Lo descubrí antes de que los otros pensarán que era necesario advertírmelo.

Allí estaba Tiger Pedro, un delincuente sexual confeso que se empeñaba en contar la historia de su vida. Tengo un órgano sensible, me decía, no es culpa mía, así me creó Dios. Sé que es mi debilidad...

Aparte del malversador del NNDP, había dos internos especiales más. Soldados. Uno era un sargento, el otro un simple cabo. Su situación en aquel bloque provocaba inmediatamente la curiosidad porque recibían un trato especial de Prisioneros Muy Importantes y eran objeto de toda clase de deferencias por parte de los funcionarios. Los otros detenidos y prisioneros les consideraban mal, pero a la vez con envidia y cierta obsequiosidad cuando veían a aquellos soldados abrir sus cartas no censuradas, cuando volvían de sus «interrogatorios», que duraban todo un día, apestando a alcohol y limpiándose los dientes con palillos, cuando traían los bolsillos llenos de cigarrillos, nueces de cola y centenares de otros artículos de contrabando, cuando intimidaban a los funcionarios de la prisión y se quejaban de lo mal que funcionaban centenares de otros privilegios...

Le pregunté al celador si ése era el trato normal para los militares detenidos. Me contestó que no.

Había otros militares detenidos tanto en Kiri-kiri como en Máxima Seguridad. Salvo los oficiales, ninguno de ellos disfrutaba de ese tipo de privilegios. Pero esos dos eran los que habían sido arrancados del juicio por asesinato en Ibadan por orden del Alto Mando Militar.

Tres días después la Gestapo volvió a acordarse de mí.

6

Mallam D. tenía ahora hambre de nombres. Nombres y más nombres, aquella sabrosa mercancía le provocaba, lógicamente, un hambre rabiosa.

- Sí, sí, las notas que ha redactado usted para nosotros son muy interesantes, pero no le gusta a usted dar muchos nombres, ¿no es verdad, señor Soyinka?

Le corregí cortésmente, indicándole que en mis notas mencionaba media docena de nombres.

- Ah, pero todos están fuera del país.

- No todos. Me dijo usted que Aminu ha vuelto al país.

- Sí. Pero ése es otro asunto. Los nombres que nos proporciona usted en realidad son nombres de personas que no han hecho nada. Al menos según usted. Son personas que usted reclutó, o intentó reclutar, para ese movimiento suyo, pero según dice no ha conseguido nada. ¿Insinúa que no hay nigerianos residentes en el país en ese Comité suyo?

- Si me hubieran dado tiempo los habría. Pero me detuvieron antes de que empezara a actuar.

La guerra comenzó cuando yo estaba en el extranjero.

- Sin embargo, usted habló con gente aquí.

- Por supuesto. Hablo con toda clase de gente.

- No ha citado sus nombres en su declaración.

- No consideré que fuera necesario. Me refiero a conversaciones informales.

- Muy bien. Dígame algunos de esos nombres.

- No sé cómo podría darle esos nombres. Hablo con todo el mundo sobre cualquier tema. Me expreso libremente ante cualquiera -realmente me han dicho que ése es uno de mis problemas.

- Con nosotros no se expresa usted libremente.

- Demasiado libremente, me parece. Porque el resultado es que usted quiere que acuse a personas inocentes.

- No le he pedido eso.

- Significa lo mismo, ¿no? Yo le doy un nombre y usted piensa que tiene que detener a esa persona: ¿sobre qué habló con W. S. ese día? ¿Por qué?

- Señor Soyinka -habíamos vuelto al señor-, me temo que usted no esté cooperando mucho.

- Me parece que coopero demasiado.

- En absoluto. Le voy a dar otro ejemplo. Dice usted que formó un comité para hacer una campaña internacional contra la exportación de armas a Nigeria, ¿no se da cuenta que es desleal por su parte?

- No estoy de acuerdo. -¿No cree que eso ayuda a los rebeldes? ¿Cómo se va a hacer una guerra sin armas?

- Los rebeldes utilizarían la misma argumentación con toda razón para demostrar mi antagonismo con su causa.

- No nos interesan particularmente las opiniones de los rebeldes.

- A mí sí. Ya he dicho que esta guerra es moralmente injustificable. -¿Es usted pacifista?

- Por supuesto que no.

- Usted aceptaría otras guerras.

- Depende. Y siempre como último recurso.

- Por ejemplo, ¿qué clase de guerras apoyaría?

- Cualquier guerra en defensa de la libertad. -¿Y qué pasa con la gente de Rivers que se ha visto obligada a formar parte de la llamada Biafra? Usted cree que no debemos darles su libertad.

- Yo no apoyo la secesión de Biafra, por lo tanto soy partidario de que los grupos minoritarios tengan sus Estados.

- Entonces ¿cómo cree que se puede acabar con esa secesión?

- No mediante esta guerra. -¿Cómo? ¿Tiene alguna idea que sea algo más que no apoyar a eso o lo otro?

- Si no tuviera propuestas concretas y prácticas no hubiera pedido ver a Gowon. Tampoco hubiera ido a hablar con Ojukwu.

- Bueno, dígamelas. ¿Cuáles son esas propuestas?

- Se las diré a Gowon cuando le vea.

- Me temo que no hay ninguna garantía de eso. Si me lo cuenta ahora puedo transmitir su mensaje y no tengo duda de que querrá recibirle.

- Ya se lo he dicho, yo represento a un grupo independiente. Mi mensaje era para Gowon y Ojukwu.

No tengo autoridad para hablar del tema con la policía.

- Muy bien, señor Soyinka, vamos a volver a su campaña para despojar al gobierno legítimo de sus medios para acabar con una secesión que según usted desaprueba. ¿Realmente reclama usted el derecho a meterse a hacer diplomacia internacional a esa escala?

- Tengo experiencia internacional.

- Ese hombre que usted menciona, el primero que metió esa idea en su cabeza, tiene un nombre extraño.



- Es brasileño.

- Y usted dice que es nigeriano.

- Ha nacido y vivió en Lagos.

- Pues yo le digo que no existe.

- Sí existe.

- De modo que ese hombre se entera de que está usted en Nueva York, le llama por teléfono, ese hombre completamente desconocido...

- Le había visto antes.

- Ah, sí, eso decía usted. Un hombre de negocios. Creí que era usted un artista. ¿Tiene usted negocios con hombres tan siniestros como éste? -¿Siniestro? Creí que nos estarían agradecidos a él y a mí. Pudo actuar en favor de los biafrenos y no lo hizo.

- Si es cierta su historia.

- Creí en su palabra. ¿Por qué se iba a molestar en ponerse en contacto conmigo si no fuera así?

- A lo mejor sabe que usted es partidario de los rebeldes. -¿Es que estoy a favor de los rebeldes?

- Eso está por ver. Ese hombre llega, se pone en contacto con usted, le cuenta unas patrañas acerca de biafrenos que le piden armamento. A pesar de la oportunidad de hacer un buen negocio, dice que no. ¿Quiere usted decirme que un hombre de negocios norteamericano deja pasar una oportunidad de ganar dinero?

- No es un norteamericano.

- Educado a la norteamericana. Tiene negocios en Estados Unidos, ¿no es cierto?

- Conozco muchos patriotas vocingleros de Nigeria que venderían armas a los biafrenos si se les presentara la oportunidad.

- Quizá su amigo sea de éstos. Es nigeriano también, ¿no es cierto?

- Hace un mes era norteamericano.

- O brasileño, quién sabe. Dígame, señor Soyinka, ¿se puso en contacto con usted o la iniciativa fue suya?

- Ya se lo he contado. Mi foto apareció en el New York Times por una entrevista. Estaba allí por una película. Buscó mi hotel y me llamó por teléfono.  
-¿Por qué?

- Ya lo he dicho. Para ver a un viejo amigo y hablar del encuentro con los agentes biafreños. -¿Quería oír su opinión?

- Sí y se la di. Y se mostró de acuerdo. Estuvimos de acuerdo en un punto concreto y fue que por nosotros esa guerra civil se podía pelear con arcos y flechas. Llamé a unos amigos en las Naciones Unidas y se unieron a las conversaciones. Montamos un grupo para presionar contra el suministro a cualquiera de los contrincantes. Los hechos están en mi declaración.

- Ah, son estos nombres, ¿no es así? ¿Entiende usted lo que quiero decir, no, señor Soyinka? No está cooperando. Cada vez que llegamos al asunto de los nombres nos los da de personas que están fuera de nuestro alcance. O no son nigerianos o no residen en el país. -¿Pero para qué quieren tenerlos a su alcance?  
-¿Para qué? ¿No quiere usted que alguien corrobore su versión del caso? -¿Es que lo mío es un caso? No me ha acusado usted de nada. Si es un crimen organizarse contra la guerra, ya lo he confesado. ¿Qué se necesita corroborar?

- Usted no habla en serio cuando dice que no tiene cómplices nigerianos.  
-¿Cómplices, Mallan D.?

- Ya sabe lo que quiero decir: sus compañeros..., sus partidarios.

- Me temo que no tengo ninguno aquí.

- Está poniendo las cosas muy difíciles para usted. No coopera en absoluto.

Siguiendo el guión, entró un antiguo adversario, mi acusador en el juicio al asalto a la radio del 65, Ugowe.

Ugowe tenía una voz de naturaleza llorosa. Su bondad procedía de unas

convicciones auténticamente cristianas, aunque, por supuesto, podía ser tan duro y despiadado como se lo exigía su profesión. Le he visto tanto en su papel de policía como cuando no lo desempeñaba y me parece que nunca perdía del todo un humanitarismo casi piadoso. Era del tipo de los que nunca se portaban injustamente con un acusado. (D., en un momento de confusión, llegó a admitir literalmente que a veces él lo hacía.) Ugowe se apoyó contra la puerta escuchando durante unos momentos el rutinario interrogatorio. Era evidente que su entrada estaba calculada y simplemente esperaba el momento oportuno para realizar su misión. Al principio se mostró tranquilo, hablando en un tono de compañerismo, casi lacrimógeno en su sentimentalismo. Hubo un largo razonamiento en favor de la «cooperación», hablándome de mi familia y de mis hijos. Por fin reveló el verdadero fin de su visita, aludiendo delicadamente a las posibilidades de una «recompensa» tal como entrar a formar parte del Gobierno.

Fue un sermón largo y lacrimógeno, piadoso, bien pensante y lleno de referencias a las recientes actividades traicioneras de los biafreños que habían entrado en su región del Medio Oeste provocando la destrucción. Se marchó dejándome con aquellos elevados pensamientos, con esta observación Mallam D. también pensó que yo debía de descansar un rato y me llevaron hasta mi celda.

Para asegurarse de que yo no me olvidaba del tema planteado en la meditación, tres figuras familiares entraron en la habitación. Cadenas. -¿Otra vez? Creí que la cuestión de las cadenas estaba ya resuelta.

- Tenemos órdenes de encadenarle, señor.

- Mallam D. dijo que no habría más cadenas.

- Me temo que ésas son nuestras órdenes. -¿Órdenes de quién?

- El oficial de guardia. Dijo que eran órdenes de Mallam D. Por las tardes debemos tenerle encadenado.

- Cuando me quitaron las cadenas, no me las pusieron en todo el día.

- Son órdenes.

Las cerraduras hicieron un chasquido en torno a mis tobillos. Antes de que D. llegara a la mañana siguiente, me las habían quitado. Le pregunté a qué se debía todo aquello. Se mostró sorprendido. -¿Le han encadenado?

- Sí, por la tarde.

- Oh, pero yo... creí que usted comprendía. Tienen que dejar las cadenas por la tarde. ¿A qué hora se las pusieron?

- A las cinco y media.

- Vaya bobada. Diré que se las pongan más tarde. A esa hora todavía hay luz.  
-¿Quiere decirme por qué consideran necesario tenerme encadenado?

- Hemos recibido información de que usted podría intentar escaparse.  
-¿Escaparme? ¿Del quinto piso de esta fortaleza? ¿Por dónde? ¿Y quién les dio esa información?

- Bueno, ésa es la información que recibimos.

- En ese caso vuelvo al ayuno.

- Como usted quiera. No se lo aconsejo. No le ayudará en absoluto. ¡Escaparme! Ya en aquella etapa había comenzado a poner los cimientos. El interrogatorio sin tregua duró otros dos días, aumentando en intensidad. ¡Nombres! ¡Nombres! ¡ NOMBRES ! El catálogo preparado de nombres pasó en rápida sucesión. ¿Cuándo es la última vez que vio usted a X.? ¿De qué hablaron? Dijo antes que usted le había visto la última vez en Londres. No lo he dicho.

D. comprueba mi declaración o al menos lo simula, dice un brusco «Lo siento», hasta una o dos veces confiesa que él mismo empieza a confundirse. Sólo medias verdades. La otra mitad del tiempo se dedica a tratar de desorientar al sospechoso. Falsificaciones deliberadas, incluso insistencia en su propia versión, luego capitulación.

Las tácticas confusionistas en las cuales había sido entrenado aparecían en cada maniobra, una técnica mecánica que sin embargo podía resultar eficaz si las víctimas mismas juegan con las mismas reglas de evasión y camuflaje. Yo no me dedicaba al camuflaje, sino a todo lo contrario.

Una y otra vez, D. cayó en sus propias trampas, había puesto tantas pistas falsas que no sabía qué camino era el que seguía yo. Observé su creciente confusión y me puse en guardia contra un peligro contra el cual estaba prevenido sólo en teoría. La simpatía.

Para eliminar ese peligro, el desarrollo de una simpatía mutua entre el interrogador y su víctima, examiné detalladamente mis relaciones con D. Reconocí que sentía hacia él una tenue solidaridad propia de nuestra generación. Era joven, carecía de confianza en sí mismo e intentaba compensarlo mediante estallidos de pasión progubernamental y autoritarismo. Incapaz de realizar un análisis profundo, se apegaba a un sólido tipo de doble dogma; el dogma del poder dentro de la policía secreta y el dogma del poder dentro del Gobierno. Nunca pude decidir cuál de las dos fidelidades era más fuerte, el dogmatismo *cosa nostra* del servicio secreto o aquella persistente aura de poder, originada por el hecho de que había habido varios sucesivos Gobiernos dirigidos por gente del Norte, a lo cual desgraciadamente se aferraban muchos jóvenes norteños de su edad. (Aminu era, tal vez, el único norteño de mi generación que yo conocí que estaba totalmente libre de ese reflejo interior del poder divino.) Me pregunté si la confusión política de D. no sería apta en el futuro para una cuidadosa educación subversiva, al recordar que una vez de repente se cogió la cabeza entre las manos y dijo:

- A veces, Wole, tenemos que hacer cosas que..., que sabemos que están mal. Muy mal. Pero las cosas son así. Sabe, yo empecé trabajando en la Administración. Me enviaron a Inglaterra a estudiar administración. Luego, no sé muy bien cómo, me trasladaron a la policía. Tal vez cuando la guerra termine volveré. Hay cosas que he visto aquí que me hacen... no creer en que exista la justicia.

En la lucha contra la tiranía a principios de los años sesenta ayudaron muchos policías y funcionarios que expresaban sentimientos parecidos. O los tenían de verdad. Algunos, cuyas posiciones les convirtieron en claves para la lucha no sentían más que una cierta desazón. La tarea de conversión (o subversión, desde el punto de vista del Sistema) se llevaba a cabo esmeradamente hasta que se conseguía otro aliado, otro agujero abierto en el podrido casco de aquel régimen. A veces se les reclutaba porque les movía su propio interés; la perspectiva de que la lucha podía tener éxito creó la necesidad del doble juego, hacer ocasionales favores a un grupo antigubernamental.

Pero había un núcleo de sabuesos de la justicia altruistas que formaban, entonces y ahora, en las filas de la policía y también del ejército y la Administración; y forman un sustrato de gente con agallas en la carne corrompida de los sucesivos gobiernos. Cuando no se dedican a salvar las vidas de individuos pasando información sobre complots fríamente eficaces de exterminio, recopilan materiales sobre crímenes, bestialidades y corrupción material llevados a cabo por una jerarquía fanfarrona y arrogante. La mayor parte de ellos ayudan independiente y anónimamente, movidos únicamente por la repugnancia que les produce lo que

saben, y la convicción de que su profesión tiene que ser algo más que un arma de la Mafia nigeriana. Salvan a individuos que sólo conocen de nombre, objeto de sórdidos acosos de diabólicas conspiraciones que se dan en alturas supuestamente más elevadas e incluso planes de asesinato. Cuando fracasan lo archivan, esperando el día en que puedan hacer públicas esas informaciones.

Prestando toda mi atención a las diversas características de D., sus ideas a medio hacer, sus idealismos no resueltos, ampliando los vislumbres de su alma interior, teniendo en cuenta incluso el obstáculo enorme que representaba su ambición personal, comencé a meditar en la posible dulce venganza de subvertir a ese hombre del sistema, una vez terminada la guerra y se reanudara la revolución interna. Era una buena idea y el imaginado proceso de reeducación y conversión me ocupó una o dos noches mientras estaba sentado, inmovilizado por mis cadenas. Acontecimientos posteriores me mostraron que no había nada que hacer. Mallam D. seguiría siendo siempre un baluarte de la cosa nostra.

## 7

Por la mañana un funcionario trajo a un nuevo sospechoso, una réplica masculina de aquella mujer que había sido arrojada en mi habitación durante mi primera estancia en la oficina. Estaba enfermo, desalentado, fumaba continuamente y los dedos le temblaban. Las cenizas le caían por encima. Me miraba con precaución de vez en cuando, pero no decía nada. Afuera, los pasillos retemblaban de actividad.

La visión de otro ser sufriente crea una demanda instantánea de la propia fuerza, amortiguando durante un momento al menos la ansiedad ante la situación de uno. Decidí hablarle para quitarle su miedo impotente. -¿Por qué le han detenido?

Era un médico del Hospital Universitario de Lagos, procedente del Medio Oeste. No hacía ni tres semanas que había vuelto de Moscú como titulado. Al principio se encontró con enormes problemas debido al hecho de que había estudiado en Moscú. Luego, entre otras cosas, en el Hospital Universitario, en lugar

de trabajar como interno le pusieron bajo las órdenes de la matrona del hospital. No lo soportaba. Las relaciones entre él y la matrona empeoraron. Tenía un nombre con guión, que no puedo recordar, pero como parecía ibo, la matrona le recordó, cuando se produjeron choques con ella, que su posición era muy precaria. Finalmente tuvieron un gran altercado público; según él, ella había contravenido sus órdenes con respecto a un paciente, A la noche siguiente la policía fue a buscarle. Acusaciones: le habían denunciado por haber dicho que no trataría a militares porque eran todos unos asesinos.

El Doctor X juraba que era la matrona quien le había denunciado; por supuesto, la policía se negó a decirle quién era el causante de su detención o permitir un careo con sus acusadores. Le metieron en la cárcel de Ikoyi, donde se enfermó y vivió atemorizado. Después de varios días recibió la visita de su jefe de departamento. A través de éste o de otra persona envió instrucciones a su familia para que publicaran un anuncio en los periódicos cambiando su nombre por uno que sonara menos a ibo.

- Sí, me aconsejaron de que era la única cosa que podía hacer. Debería salir en los periódicos hoy o mañana.

No pude disimular mi disgusto. -¿Ha cambiado su nombre por esos cerdos? Es usted un médico, un hombre inteligente.

Sus ojos giraron directamente hacia la puerta.

- Discúlpeme -dijo-, prefiero no continuar esta conversación. Usted parece suponer que estoy contra el Gobierno.

- No me importa lo que sea usted -dije-. Estoy en contra de cualquier gobierno que permita, so capa de una situación crítica, la persecución de hombres inocentes.

- Bueno, eso dice usted. Yo no he dicho nada y en verdad no quiero seguir con esta conversación.

Luego comprendí su problema y me eché a reír.

- Ah, ya entiendo. Cree usted que me han puesto aquí para escuchar lo que diga. Yo no soy un chivato de la policía.

No dijo nada y siguió fumando nerviosamente.

- Quizá haya leído usted mi nombre en estos últimos días. -Me presenté.

Su reacción era la previsible.

- Oh, lo siento... No soy un hombre político en absoluto. No me interesa la política. Pero conozco su nombre.

- No se inquiete por mí. Y no se preocupe por las cosas que yo diga. Les he dicho cosas peores a mis interrogadores. No me creerían si me comportara de otra forma.

Hubo otro silencio nervioso, que luego él rompió.

- He estado muy enfermo. Al principio no me dejaban salir para tener un tratamiento. No podía comer y creo que he cogido una especie de virus, vomitando y con fiebres altas. Me trajeron aquí hoy para interrogarme. Fue uno nuevo. Vio lo enfermo que estoy y quiere enviarme a un hospital.

- No cambie usted su nombre -le dije.

- Oh, pero es que en nuestra familia siempre hemos querido cambiarlo. ¿Sabe?, realmente no somos ibos. Pertenece a la familia..., pero es que nuestra familia se trasladó y se asentó con el clan de...

Escuché la historia entera del clan, sus emigraciones, sus disputas por la tierra, sus matrimonios.

Me dolían los oídos.

- No cambie su nombre -repetí-. Espere un momento más propicio. Compréndalo, esta gente odia a los intelectuales. Si cambia su nombre, lo que hará es halagar sus bestiales egos...

Entró un inspector en la habitación.

- Por favor, prepárense. Van a volver a la prisión. -Luego se volvió hacia mi compañero-. El automóvil está aquí. Le llevaremos al hospital después de dejar al señor Soyinka en Kiri-kiri.

Aquella era una magnífica oportunidad. Si yo también podía ir al hospital tendría la oportunidad de comunicarme con el mundo exterior. Hasta podría llamar



por teléfono a mi familia. Dije:

- Pero yo también tengo una cita en el hospital.

- No. Sólo este médico. Debemos llevarle a usted a Kiri-kiri.

- Debe haber algún error. Será mejor que pregunte a Mallam D. Yo también debo ir al hospital y luego a Kiri-kiri.

- Mallam D. no ha venido esta mañana -dijo Akpan.

- Me dijo ayer que vería hoy al médico. ¿No va a llevar a este hombre al Hospital Universitario?

- Sí.

- Pues si pasa por el hospital antes, puedo ver antes a un médico.

El inspector se encogió de hombros. «Vamos.» Rogué con todas mis fuerzas que a Mallam D. no se le ocurriera entrar en ese momento.

Estábamos a punto de entrar en el automóvil cuando vi al gorila bajar del suyo y luego dirigirse a la entrada. Me metí apresuradamente en el coche y me hundí en el extremo del asiento mientras el inspector y su colega se saludaban militarmente. Cuando nos marchamos después de aquel posible obstáculo, pregunté: -¿Quién era el pez gordo?

El suboficial replicó: -¿Quién? ¿King Kong? -¿Le llaman así?

- Oh, sí.

- Debe tener muy alta graduación. ¿Quién es?

- El comisionado asistente Yisa Adejo. -Luego añadió-: Espero que no sea él el encargado de su caso.

- No, ¿por qué?

- Le llamamos el Comisionado de la Tortura. O King Kong. En realidad tiene más apodos que el propio Gowon. De todas maneras no le encargarían a un hombre así su caso. Es analfabeto. -¡Cállate! -gritó bruscamente el inspector-. Siempre te vas

de la lengua. Vas a tener problemas cualquier día.

- Oh, vamos, Oga, sabes que es verdad lo que digo. Ese y el tal Ceulman son de la misma madre.

En el hospital vi a mi propio médico, Koku Adadevoh. El inspector permaneció con nosotros. Le dije a Koku que tenía síntomas de una antigua dolencia. Sabía lo que haría: me mandaría un análisis y me diría que volviera. Era lo que necesitaba: establecer un vínculo con el exterior.

Como esperaba, me dijo que volviera a su clínica tres días más tarde. Esta vez las autoridades de la cárcel concertaron la visita. Y diez minutos después de nuestra llegada la División de Seguridad apareció por allí.

En el pasillo, cuando miré hacia arriba, estaban Mallam D., otro funcionario y el inspector. Miré afuera. En el estacionamiento había una ranchera llena de funcionarios de Seguridad. Empecé a angustiarme cuando los funcionarios se empeñaron en que Koku fuera con ellos. Ya le veía haciéndole compañía al aterrorizado médico de Moscú. Era una intolerable carga de culpabilidad sobre mis hombros.

Primero hablaron con Koku en su despacho mientras yo esperaba, lleno de impotencia, fuera.

Luego salió la pareja. Entraron en el retrete junto a la consulta para hacer un registro, miraron por las ventanas, volvieron para reñir al funcionario de prisiones por no haberse quedado en el despacho de Koku conmigo. Les contestó desafiante que sabía su oficio y que no era asunto de ellos cómo lo hacía. (Eran extrañas ésta y otras coincidencias. El funcionario era el hermano de una mujer que formaba parte de mi compañía teatral, que procedía del Medio Oeste pero no era ibo.) Discutí con Mallam D. por el injusto acoso al médico. Le rogué que le dejaran en paz. Fue una pérdida de tiempo. Le permitieron venir en su automóvil con un conductor. La caravana de coches se dirigió a la División «E».

De un sentimiento de culpabilidad mi humor pasó a otro de furia. No valía la pena lamentar haber metido a Koku en todo aquello. Ahora todo se centró en el intolerable acoso a un hombre inocente. Y antes de que dejáramos el hospital el doctor Adadevoh fue acompañado a su consultorio y le cogieron todas las notas, análisis y radiografías de mi caso. El informe del laboratorio no había llegado todavía, pero le llevaron al laboratorio donde exigieron, y les dieron, los análisis,

llevando todo a la División «E».

El momento en que las puertas del ascensor se abrieron y salimos a la cuarta planta, nos encontramos con un comité de recepción paseando violentamente bajo la forma del Gorila. En seguida comenzó a bramar órdenes a voz en grito. El hombre rebosaba de sentido y ejercicio del poder. Los hombres vestidos de paisano corrieron en cien direcciones para ejecutar órdenes que ninguno podía entender porque estaban mezcladas con toda clase de maldiciones y de gritos. La imprecación más suave fue la de «¡No seáis estúpidos! ¡Ahí no!» Se lanzaban a abrir puertas que tenían que cerrar inmediatamente. Mallam D. y su colega se unieron a él en un obsequioso frenesí, cambiando cien veces de dirección y esperando que nosotros les siguiéramos en ese insensato, estúpido y errático paseo. Si yo no hubiera visto la cara cubierta de espumarajos de Yisa Adejo y la expresión de miedo en los rostros de sus hombres podría creer que era un ejercicio deliberado para enloquecer a un sospechoso recién llegado. Era un manicomio dominado por una mole de carne demente. En determinado momento el funcionario de prisiones y yo fuimos metidos de mala manera en un despacho, inmediatamente después se abrió la puerta y el pobre Okotie fue cargado boca abajo por sus extremidades y llevado en una dirección diferente. Dos segundos más tarde abrieron estrepitosamente mi puerta, entró un funcionario y dijo:

- Tiene que venir conmigo.

Me levanté tranquilamente y le seguí a mi paso, íbamos a la puerta de al lado, a la biblioteca.

Apenas se había cerrado la puerta cuando volvió a abrirse de nuevo y fue catapultado un funcionario adentro para que se quedara conmigo. Se sentó en una silla junto a la ventana y masculló con aire lúgubre para sí mismo. Antes de que se cerrara la puerta oí la voz inimitable de King Kong, empleando el mismo registro histérico que había empleado con el comisionado de Ibadan:

- Te han sobornado. Sé que te han sobornado. Si tuviera una pistola aquí te mataría. Te mataré y no me pasará nada.

Estaba seguro de que la víctima de todo aquel barullo era el inspector que me había llevado en mi primera visita al hospital.

El funcionario que estaba conmigo murmuró: «Pobre.» Se levantó, se acercó a la puerta y siguió escuchando.

Unos quince minutos más tarde y ¡hela aquí, la Bestia en persona! Repitió aquella misma larga mirada con que había pretendido fulminarme en nuestro primer encuentro. Esta vez le miré un momento y luego le di la espalda. El edificio retembló cuando cerró la puerta.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando entró Mallam D. «Venga, por favor.» Lancé un suspiro y le seguí. Bajamos en el ascensor, salimos por la puerta; luego, para mi asombro, cruzamos el portalón hacia el mundo exterior. Esperó a que aminorara el tráfico y luego cruzamos a un edificio que estaba enfrente de la puerta de la policía, a un hospital privado dirigido por el doctor..., un médico que se había hecho célebre por actuar como testigo del Estado contra Tarka, Enahoro, Awolowo, etc., en el juicio por traición de 1963. ¿Qué juega iba a empezar ahora?

El bueno del doctor nos estaba esperando. Salió con la mano extendida para saludarme, se disculpó porque tuviéramos que esperar unos momentos antes de que terminara con un paciente. Yo no le conocía y me quedé sorprendido al oírle hablarme con tanta familiaridad. Miré el rostro de aquel hombre, el rostro de un sapo untuoso. Mi repulsión fue inmediata. Mientras esperaba afuera no pude menos que reflexionar la línea de continuidad que había en mis encuentros. Antes de que estallara la guerra me encontré en el mismo avión con su hermano, un viejo conocido y hombre de negocios. En ese viaje me invitó a quedarme en su piso de Dolphin Square. Durante el régimen de Balewa ciertas coincidencias muy extrañas nos hicieron sospechar que trabajaba para el Gobierno, ya fuera como espía en el extranjero o simplemente para la Seguridad Interna. Una vez quedé convencido de que su presencia en cierto país, en un momento en que yo estaba sometido a constante vigilancia policial, no era ninguna coincidencia. En el avión le pregunté abiertamente cuál era su verdadera profesión. Me aseguró que no era un espía, sino un hombre de negocios. Acepté su invitación y me quedé unos días en su piso, más que nada por curiosidad. Todos sus visitantes eran hombres de negocios que querían montar compañía en Nigeria, Eso no demostraba ni dejaba de demostrar nada. Sin embargo, aunque fuera espía, al mismo tiempo era un serio hombre de negocios. Y muy hospitalario. Lo pasé bien en mi breve estancia en Dolphin Square.

Y ahora me encontraba en la clínica de su hermano esperando: ¿esperando qué? No le pregunté nada a Mallam D., me limité a esperar. El doctor - salió y me invitó a pasar.

- Bueno, Wole, ¿qué le pasa?

Le miré. ¿A qué venía ese «Wole» tan impertinente?

Impávido, su sonrisa se hizo mucho mayor y más viscosa, su rostro era una arruga grasosa. Sus manos eran como de pez, sin nervios y sin huesos.

- Todo esto. ¿Por qué le está dando la lata esta vez la policía?

- Será mejor que les pregunte a ellos, ¿no le parece?

- Bueno, ¿pero qué ha hecho? -¿No se lo han contado? Mire, dígame, ¿quiere decirme qué estoy haciendo aquí, en su clínica?

- No lo sé. Me pidieron que le hiciera un examen. Eso es todo. -¿Examinarme? ¿Para qué? Tengo mi médico.

- Oh, bueno, de vez en cuando tengo que hacer exámenes para ellos...

- Ellos. ¿Quiénes son ellos?

- La policía.

- Entiendo. Un momento.

Me levanté y salí. D. seguía esperando junto a la puerta.

- Quiero hablar con usted -dije. -¿Ha terminado?

- Ni siquiera ha empezado. ¿No podemos alejarnos un poco?

Me acompañó, desconcertado.

- No quiero que me examine ese hombre. -¿Qué le pasa? ¿Lo conoce?

- No quiero que ni siquiera me toque. No quiero que me ponga una mano encima, ¿me ha comprendido?

Sus modales cambiaron rápidamente.

- Lo lamento, pero es nuestro médico. Usted dice que está enfermo, tenemos que hacer que le vean.

- Tiene que haber otros médicos gubernamentales. Si por alguna razón tienen miedo de mi médico, pueden llevarme para que me examinen en algún hospital gubernamental.

- Eso no es conveniente... Tiene que ser el doctor -.

- Entonces no pienso cooperar. Escuche, D., he cooperado bastante hasta ahora. Me he mostrado tratable en lo que respecta a las cadenas, pero me niego a que me examine ese hombre.

Mallam se puso muy desagradable.

- Es una lástima. Si no está de acuerdo en que le examine él, las cosas se van a complicar mucho.

Me reí. -¿Para mí? ¿Y qué va a ocurrir?

- Yo he sido amable con usted. En realidad le he tratado muy bien. Pero si empieza a negarse a cooperar las cosas se le van a poner muy difíciles.

Le repetí:

- Me da igual lo que haga. No voy a permitir que ese hombre me examine.

- No sólo para usted. Le va a complicar las cosas a todo el mundo.

D. me miró un momento a los ojos, luego apartó la vista repitiendo:

- Va usted a complicarle las cosas a todo el mundo.

A lo que se refería era muy claro, pero quería oírsele decir. -¿Se refiere a mi médico?

- Únicamente le repito lo que he dicho. Usted dijo en el hospital que no quería meter a su médico en líos. Lo mejor será que coopere.

Como si estuviera planeado previamente, entró un funcionario en ese momento y le entregó a Mallam D. mi tarjeta de hospital y los análisis de laboratorio. Mallam D. los cogió y esperó mi decisión, Me volví y fui a la consulta del médico, donde aquel buen hombre me esperaba para recibirme con babosa y untuosa amabilidad.

- Por favor, quítese la ropa.

Me la quité pero no separé la vista de él, ni de sus manos, ni del instrumento

que cogió. Mientras tocaba mi pecho con su estetoscopio seguí mirando lo que hacía su otra mano. Dijo que tenía que sacar una muestra de sangre y miré de dónde recogía la aguja para hacerlo. Después del pinchazo esperé una sensación de mareo, mis ojos clavados en el escalpelo, que ya había visto, para cortarle la garganta a la primera señal de traición. El llevarme a ese hombre y el chantaje a que me sometieron por mi médico me estaba arrastrando a una creciente paranoia. Pero el examen terminó sin incidentes.

- Por favor, vístase. -Luego-. Y ahora dígame, ¿quiere usted algo? Ya sabe que soy su médico y si les doy una orden tienen que cumplirla. ¿Hay alguna comida especial que quiere que recomiende? Cualquier cosa, estoy aquí para ayudarlo, ya sabe.

Le miré con ganas de escupirle a la cara. Pero finalmente sonreí.

- No necesito comida. Ayuno con frecuencia. Pero sí necesito ropa. Sólo tengo esta ropa y a veces por las noches hace mucho frío.

Como si le hubieran hecho un regalo, murmuró: «Muy bien, muy bien», y comenzó a escribir furiosamente. -¿Algo más? ¿Seguro que no quiere alguna comida especial?

Me levanté. En la calle me detuve y miré a D.

- Quiero que sepa que me he sometido a eso, pero bajo protesta. Para mí ha sido una experiencia muy humillante. Me daba náuseas que ese hombre me examinara y protesto contra esta humillación. -¿Humillación? ¿Por qué le llama humillación? Es un médico titulado, ¿no es cierto?

- En este momento me interesa mucho más mi médico. ¿Van a soltarle o no?

- No se preocupe por eso. Estará bien. -¿Le va a soltar? ¿Ya?

- Sí.

En determinadas situaciones el tocamiento se convierte en algo personal, íntimo, psíquico, político, emocional e intelectual. Que me tocara ese soplón protegido por el emblema médico, un espécimen de ese género tan especialmente repelente, que me tocara, que me sobara, que me inspeccionara semejante objeto era un ejercicio de degradación. Mi fuerte reacción al ser tocado por él debió de expresarse de una manera muy fuerte, porque Mallam D. o sus funcionarios

superiores a los que informó, no lo olvidaron. No fue ninguna coincidencia que casi las mismas frases las utilizaran luego en la famosa historia de la huida. Como era de esperar, la policía (y el Gobierno) se asustaron después del episodio público en el hospital. Corrieron a la prensa al otro día con un comunicado que decía: «Duerme bien, come bien y se le permite ver a su propio médico...»

## 8

Me acomodé a la monotonía de Kiri-kiri, que se convirtió en la rutina de leer-pasear-leer-comer-dormir. No habría más interrogatorios: ya lo sabía. ¿Libros? Casi todas novelas baratas de una pequeña estantería en el despacho del superintendente. No había biblioteca propiamente dicha.

Pregunté si podría conseguir libros de la biblioteca principal de la ciudad, pero el incidente del hospital había tenido como consecuencia que se tomaran medidas más estrictas para con los detenidos en nuestra cárcel. Se emitían directrices primitivas e inhumanas por parte de la Gestapo en nombre de la seguridad para mantener a los presos bajo un control más estrecho y reducir su contacto con el mundo exterior a un cero absoluto. En ello se incluyó hasta los detenidos más antiguos, que al igual que los «indomables» estaban allí desde el régimen de Ironsi. El superintendente, después de la audaz actitud en lo referente a mi secuestro en el hospital cedió, cuando le recordaron que pertenecía a una tribu sospechosa. Las únicas excepciones a todo esto eran los dos soldados acusados del asesinato del fotógrafo ibo. Eran los únicos que continuaban recibiendo cartas, periódicos, visitas, se iban de la cárcel por la mañana y volvían por la tarde, cuando sus funcionarios encontraban un momento libre y un vehículo para llevarles a sus «interrogatorios». Era casi habitual verles levantarse de un salto, coger su ropa y salir corriendo a medio vestir para ir de excursión, gritando «Vale, vale» a las peticiones de los otros detenidos de cigarrillos y otros contrabandos.

Y así un día, como era inevitable, llegó la orden de su liberación. Los otros detenidos se apresuraron a darles golpecitos en el hombro y a gritarles su «enhorabuena». Los presos estaban silenciosos, sin ninguna expresión. Un detenido



le dijo al sargento: «Supongo que te habrán ascendido», y Jack Palance, terminadas sus operaciones de limpieza, añadió con energía: «Claro que le tienen que ascender. Imagínate, después de todo el tiempo que ha pasado aquí.» Atónito, me quedé en mi celda, mientras los gritos de felicitación sonaban por todas partes, incapaz de creer lo que oía. Los restantes prisioneros, que vivían en la celda de atrás, por diversos delitos, se sentaron y miraban fijamente. Cuando se apagó el ruido y las puertas sonaron estrepitosamente detrás de ellos, salí a ver los rostros de los festejantes. Tenía curiosidad por saber hasta qué punto su sinceridad era verdadera. ¿Sería que la liberación de una persona encendía en sus pechos la esperanza de su futura libertad? Me encontré a todos sentados en el patio con los rostros inexpresivos. La emoción se había cortado tan artificialmente como había estallado. Uno siseó: «Cerdo asesino», y volvió a su celda.

Otros menearon sus cabezas como si no se lo creyeran del todo. Entonces ¿porqué? ¿Por qué esa falsa felicitación? Sólo podía significar una cosa: que esos dos asesinos habían exudado tanto poder durante su detención, su liberación perversa, injusta e innatural les había dotado de tal autoridad, que cada detenido del bloque sentía instintivamente que una vez fuera podrían tal vez hablar bien de ellos. Al gritar su aprobación por esa liberación, estaban anunciando a aquellos instrumentos de genocidio de la política gubernamental que eran buenos y leales ciudadanos.

Tres días más tarde, incapaz de seguir soportando durante más tiempo la exención propiciada por los muros de la prisión, comencé la carta a mis colegas políticos. Prefiero utilizar este término al otro, «camaradas políticos», para distinguir actitudes en una situación de conflicto, para distinguir por un lado entre los que creen que la cárcel -por hablar de esa situación inmediata- es una especie de terreno sagrado en el cual el presidiario debe no sólo obedecer las leyes de la Administración, sino renunciar a cualquier compromiso con la lucha que le ha llevado allí, comportándose siempre de una manera que conduzca a una pronta liberación. Por otro, a los camaradas que saben que la cárcel no es más que un nuevo escenario en el cual se debe de seguir luchando, que la cárcel, sobre todo la cárcel política, es una construcción artificial en más de un sentido, que debe ser desenmascarada y cuya impotencia hay que demostrar. Y no es sólo la injusticia dentro de la cárcel la que se debe atacar, no es sólo el continuum fascista del poder exterior dentro de la cárcel lo que se debe derrotar, aunque eso forma, naturalmente, el núcleo central de las luchas del recluso. Donde sea necesario, donde se apele a su conciencia social, el compromiso con ideales absolutos hace que la inmovilización no pueda servir de excusa para dar la espalda a la lucha por una sociedad justa.

Mientras mis colegas vacilaban con respecto a las exigencias de aquel renovado llamamiento en favor de la justicia, uno de los centenares de soplones gubernamentales entre el personal académico de Ibadan, se enteró de la existencia de esa carta. Se las arregló para conseguirla, hizo una fotocopia y se la pasó adecuadamente a sus jefes militares.

Antes de la carta se había tomado una decisión con respecto a mi liberación. Según los informes, tanto de Mallam D. como de un tal Chinkafe, no sólo se había dado la orden de mi liberación -todavía no estaba formalmente detenido-, sino que la información había sido prematuramente divulgada por la oficina de prensa de la policía. Un periódico llegó a publicar la noticia.

La tragedia de los jóvenes funcionarios ambiciosos del sistema como Mallam D. es que se imaginan que están plenamente al tanto de las diversas motivaciones del poder, porque se consideran parte de ese poder. Creen que al permitir que los utilicen para fines sórdidos, sus acciones son en defensa propia, ya que la víctima ha dirigido sus acciones contra el poder del cual forman parte. Piensan, en resumen, que se encuentran en la zona más secreta, la porción más íntima del poder, que lo saben todo. Mi decisión al referirme a Mallam D. nada más que con su inicial, aunque tengo pruebas de su colaboración en el complot, se debe únicamente a su juventud e ingenuidad y a la posibilidad de que individuos como él todavía puedan salvarse. Los demás, Yisa Adejo, Kem Salem, Femi Okunnu, Remi Ilori, el médico, etc., son irredimibles, que tan sólo varían en el grado de animalidad y de servilismo.

Con la traición de la entrega de la carta a un miembro del Consejo Supremo Militar, mis asuntos entraron en una fase completamente nueva. Más que nunca se llegó a convertir en una cuestión de vida y muerte. Normalmente toda la información falsa que recibía la policía sobre mis actividades me llegaba incluso estando en la cárcel; era de fácil acceso porque, entre otras razones, primero era fabricada, luego discutida, después propuesta formalmente para que Propaganda e Inteligencia pudieran cribar, revisar y valorar. Y el sentido del poder, de participación en acontecimientos históricos, abría muchas bocas hasta un grado que apenas se les podía creer. Sin embargo, ese letal documento fue directamente a las manos de la jerarquía superior. De repente la policía, hasta la Seguridad, se dieron cuenta de que funcionaban otras fuerzas además de ellos.

El resto, como Mallam D. y Tony Enahoro, eran pobres e ignorantes instrumentos, instrumentos como siempre lo serán en manos de un poder sin escrúpulos.

Una mañana llegaron a la cárcel los funcionarios de Seguridad. Me llevaron a un despacho y ante mi asombro me tomaron las huellas dactilares. Durante un momento de estupidez llegué a creer que iban a hacerme una acusación formal y presentarme la citación para el futuro juicio. Pero ellos se limitaron a envolver su rodillo y marcharse con mis huellas. Después, a última hora de la tarde, recibí una visita, la de mi mujer. Hablamos alrededor de una hora no en privado, sino en presencia de Mallam D. y tres funcionarios de prisiones. La reunión tuvo lugar en el despacho del superintendente. Al día siguiente Tony Enahoro hizo el siguiente comunicado de prensa.

The Sunday Post, 29 de octubre de 1967, informa que:

Un famoso dramaturgo nigeriano, jefe de Arte Dramático y profesor de Inglés de la Universidad de Lagos, el señor Wole Soyinka, ha sido detenido durante el estado de excepción.

El señor Soyinka ha sido ominosamente relacionado con actividades de espionaje a favor del dirigente rebelde Odumegwu-Ojukwu contra el Gobierno Federal Militar.

El señor Enahoro ha señalado que está autorizado a hacer las siguientes revelaciones en nombre del Gobierno Militar Federal.

El comisionado dijo luego que las investigaciones policíacas demostraron que Soyinka estuvo en Enugu el 6 de agosto con el archirebelde Odumegwu-Ojukwu. Se dijo también que el señor Soyinka había confesado en una declaración que llegó a un acuerdo con el señor Ojukwu para ayudar a comprar aviones a reacción para ser utilizados por la Fuerza Aérea rebelde.

En esa misma declaración se decía que el señor Soyinka había confesado que desde entonces había cambiado de opinión sobre esto.

También el 9 de agosto el señor Soyinka se entrevistó en Benin con el coronel Victor Banjo y se mostró de acuerdo en ayudarlo a derribar el Gobierno de Nigeria Occidental. Soyinka también se mostró de acuerdo con el consiguiente derrocamiento del Gobierno Militar Federal, dijo el comisionado a la prensa.

Era perfecto, magníficamente compacto. La inesperada adehala de una reunión doméstica dejaba la siguiente impresión en la mente del lector: a cambio de su «confesión» el traidor arrepentido podía recibir una visita de su esposa. Estaba feliz, contento y tranquilo, encantado de haber aliviado su pecho. La máquina

militar tiene unos expertos muy eficaces en psicología pública trabajando en mis asuntos.

Dentro de los muros de la cárcel todo es secreto. La Gestapo había ordenado un total apagón exterior para mí y para todos los reclusos de la celda de atrás antes de la conferencia de prensa de Enahoro. No sólo podría ser embarazosa una refutación, sino que podría resultar peligroso arrojar sospechas sobre cualquier informe oficial de la ejecución del acto final. El día de la conferencia no se vio ni un solo periódico por el bloque. No se cumplió nunca la norma de presentar una orden de detención; lo habitual es presentar una citación al detenido, normalmente hecha por un funcionario superior de la policía acompañado por el superintendente. El recluso firma un recibo de la citación y se queda con una copia: ¡quizá yo no haya estado nunca preso, ya que no he firmado todavía mi documento! El débil sudario de ignorancia en el que intentaban envolverme no hubiera podido aguantar. Aparte de mis líneas de comunicación privadas, la red clandestina de la cárcel tenía largos tentáculos. Antes del mediodía no sólo me había enterado de la noticia, sino que tenía en mi mano el recorte de prensa. Reflexioné sobre la enormidad de mi situación.

Mi línea privada funcionaba a través de dos fieles que se habían instalado en el puesto militar junto a la prisión. Utilizaban los nombres de «Dan» y «Sojo». Durante casi todo el día se les podía encontrar en la choza donde tomaban vino de palma, en la que estaban de jarana con los soldados y se veían con celadores fuera de servicio. Se comunicaban con facilidad con los presos que trabajaban extramuros de la prisión, cortando el césped de los jardines o pintando las paredes de los funcionarios superiores de la cárcel. Todos los días uno de ellos veía a un amigo, un oficial del ejército de deberes extraños e indefinibles. Le llamábamos G. Debo la vida a la vigilancia de ese trío.

Te van a trasladar esta noche. Avión esperado en pista aérea antes de oscurecer. Destino oficial, Jos, pero confidencialmente, no hay destino.

¿Comprendes? G. dice que lo puede arreglar, pero necesita tiempo. Margen de seguridad demasiado estrecho en este momento. ¿Puedes montar un barullo, cualquier barullo? Si fuera posible, un motín en gran escala. Intenta hacer cualquier cosa para ganar tiempo. ¿Quién es Peter? Es su hombre ahí adentro -no le dejes acercarse a ti. ¿Peter? Si era él, desde luego que habían elegido bien. Todos los días Peter y yo nos sonreíamos, pero le conocía bien. Los celadores solían hablar de él, y también los presos, pero sobre todo aquéllos, molestos por su aire arrogante, su meteórico ascenso y sus relaciones. Sexto de Escuela Primaria. Había empezado como carpintero que trabajaba en las cárceles, siendo escogido, sin ningún mérito especial, para ser entrenado en Inglaterra en trabajos ocupacionales de prisión. Al volver fue ascendido inmediatamente a cadete y luego en rápidos ascensos se convirtió en superintendente asistente. Los celadores hablaban con amargura del nepotismo tribal al que debía su ascenso. Me había fijado en dos cosas en aquel hombre. Astucia y una increíble capacidad de sadismo. Le había visto actuando contra los presos llevados a la celda de al lado para un interrogatorio. Los reclusos le llamaban Cara Gorda. Tanto ellos como los detenidos decían que cuando aspiraban al puesto que tenía había organizado una caza a muerte no oficial contra su jefe, llevada a cabo por soldados renegados, residentes yoruba y norteros de Agbomalu, en el momento de la invasión del Medio Oeste. Cuando el superintendente se refugió en la selva durante tres días, él dirigió la prisión. La experiencia de su breve régimen unió tanto a celadores como a prisioneros contra la perspectiva de una sucesión duradera. Se mostraron encantados cuando volvió el fugitivo asaba.

Instintivamente se me ocurrió ir a ver al superintendente. Le pedí al celador que fuera a buscarle y le dije que era muy urgente. Se fue. Estaba pensando en lo que debería decirle para que decidiera en seguida con respecto a mi propuesta de un inmediato traslado de bloque. El guardián estuvo fuera diez minutos y luego volvió con un jefe de celadores. No, insistí, era una cosa de la que sólo podía hablar con el superintendente. ¿No podría ser con el superintendente asistente? No, en absoluto. No quería ver a Peter. El hombre me prometió que llamaría al superintendente a su casa.

Entretanto escribí una rápida nota negando la estúpida falsificación, la entregué a otro detenido para la siguiente «recogida de correo».

Eran las seis y media y el superintendente todavía no había aparecido. Me quedaba sólo media hora hasta el encierro. Luego comencé a pensar en la personalidad del superintendente. ¿Aceptaría la posibilidad de que mi vida estuviera en peligro? Antecedentes: ibo del Medio Oeste. Pensé si eso le pondría de

mi parte o no. La respuesta era No. Los nigerianos más vulnerables en ese momento eran los ibos del Medio Oeste, sobre todo después de la invasión. Habían sido acosados, cazados y asesinados desde entonces y se les consideraba más peligrosos para la seguridad que hasta los verdaderos ibos. Al día siguiente de la invasión tanto el jefe de los celadores como el superintendente habían pasado más de tres días en los bosques que rodeaban la cárcel, esperando que se apagara la sed de sangre. Los ibos de Asaba tenían que llevar a cabo diez actos de lealtad por uno que realizara el resto de la nación para demostrar que eran seres humanos. Llevar una vida retraída, ir de casa al trabajo, discretamente, evitando llamar la atención, cumpliendo estrictamente las órdenes y sin hacer preguntas: era la única manera con que podían seguir trabajando y permanecer en libertad o con vida.

A las siete menos cuarto supe que no iba a venir. Y estaba completamente seguro de que si le ordenaban quedarse en su casa y firmar una orden para entregar las llaves necesarias no le quedaría más remedio que hacerlo. Y en cualquier caso allí estaba Peter. ¿Cómo guardarme de mis guardianes en el poco tiempo que me quedaba?

Me pasaron mil ideas por la cabeza, luego llamé a dos reclusos con los que me había dedicado a hacer proselitismo en las pocas semanas que llevábamos juntos.

- Necesito un motín -dije-. Tengo que mantener despierta a toda la prisión hasta que esté fuera de peligro.

Les leí la nota y les expliqué la situación. Se mostraron de acuerdo en colaborar y sólo nos quedaban diez minutos para poner en marcha una cadena de acciones. Ellos tenían sus propias fuerzas de confianza en la cárcel -yo ya había observado sus actividades clandestinas, supuestamente no relacionadas, después incluso del encierro nocturno.

El superintendente llegó con casi dos docenas de funcionarios de prisiones, obligado por fin a levantarse de la cama después de ignorar mi llamamiento durante toda la tarde. Le atacué en seguida, ganando tiempo con un largo discurso en el que acusé a la cárcel de colaborar en un complot gubernamental para liquidarme. Miré directamente a Peter y en su rostro lleno de odio se leía claramente la contrariedad. Yo había absuelto al superintendente de un conocimiento previo o colaboración. Le anuncié mi decisión de iniciar una huelga de hambre hasta la muerte o hasta que el gobierno retirara la falsa confesión.

" Seguí hablando, improvisando, esperando alguna señal de la segunda fase de mi plan que debía haber empezado desde que entraron los funcionarios, provocado por el otro colaborador. Sin embargo, estaba en la cama repentinamente paralizado por el miedo. Tuvo, como confesó a la mañana siguiente, cuando vino «a pedirme perdón», una súbita visión de sí mismo contra un paredón del Cuartel Dodon frente a un pelotón de ejecución por su parte en la acción nocturna. Sus piernas simplemente se negaron a obedecer. El extraño alborozo que sentí al enfrentarme con Peter aquella noche, de identificar para mi gusto un rostro de todo aquel ejército de carniceros anónimos y de iniciar un primer acto positivo contra el Sistema; el final de un largo período de pasividad, de simplemente esperar y dejar la iniciativa a la otra parte, de impedir (temporalmente al menos) un crudo y perverso atentado contra mi vida, todo ese fondo de euforia comenzó a disminuir mientras hablaba y esperaba otros sonidos que no terminaban de llegar. Me iba quedando poco a poco atontado y estupefacto.

Sin embargo, Dan y Sojo habían llegado con refuerzos. El avión que había empezado a calentar los motores en la pista paró las hélices y se quedó quieto en la oscuridad. Por el momento no se puede decir mucho más de los acontecimientos que ocurrieron en la pista y la crisis que provocó en la alta jerarquía de los asesinos. El motivo principal del programa exacto de liquidación, tal como me contó G., se basó, durante una reunión «en comité», sobre el hecho de que yo había sido juzgado una vez por atacar a una emisora de radio. Sostuvieron que el público se creería su falsa historia, que era así: mientras me llevaban en avión a Jos sacaba una pistola, intentaba hacerme con el avión y era muerto durante el intento. Un hombre violento que encuentra un fin violento; el dramaturgo que se dramatizaba más de lo prudente.

Dentro, el fallo del otro recluso provocó un desastre de incalculables proposiciones. Después de mucha confusión, rabia y sospechas aterrorizadas acerca de quiénes habían respondido y coordinado mi SOS, los asesinos se entregaron a un frenesí siniestro, inescrupulosamente destructivo, en el que usaron únicamente los métodos más sórdidos. La primera dosis llegó en forma de fantasía montada en torno a los acontecimientos de aquella noche. Me trasladaron a la Prisión de Máxima Seguridad, donde permanecía enjaulado durante veinticuatro horas al día. Pero yo había previsto todo eso y podía ignorarlo. Lo que yo no había creído era que ya fuera posible otra falsificación. Me habían sorprendido, según la declaración a la prensa, «saliendo clandestinamente a lo largo de los muros»; y había un «maniquí» en mi cama; y por último, y lo más eficazmente desmoralizador de todo, yo, al negar mi intento de escapar, declaré que estaba simplemente «¡protestando contra la humillación gubernamental!».

En el período de devastación que viví después de aquel bajar los humos de mi amor propio, ni siquiera recordé que aquella frase había sido extraída de mi protesta a Mallam D., la expresión de mi repugnancia a ser sometido al examen de su médico.

## 10

«Confesión-huida abortada-llanto de humillación.» Una trilogía dirigida a la mente más cínica o más ciegameamente leal. Una lógica hermosa en sí misma. Una obra maestra de fantasía creíble, calculada para quebrantar cualquier resto de resistencia frente a la omnipotencia del régimen. Si él puede derrumbarse y de una forma tan abyecta, a cualquiera le puede pasar. El ejército es una fuerza que puede destruir a cualquiera. Y lo hará. La secuencia estaba cargada de susurros, traiciones furtivas a la que pronto seguirían las purgas.

En un momento de calma forzosa me alejé de los ecos de las voces en las calles, de las voces en los mercados, de los susurros en los pasillos, de las miradas en las reuniones, de la lluvia de escupitajos y desprecios, me alejé de los dedos acusadores, de las risas en la oscuridad, me alejé de los sensatos movimientos afirmativos de las conciencias geriátricas, me alejé del escarnio, de la envidia aplacada de los que se engañan a sí mismos. Lenta, tortuosamente, comencé una exploración de la mentalidad del enemigo y de los peligros futuros. ¿Qué estaban haciendo ahora?

Brindando con champán, claro. ¿Qué más? Dándose palmadas en la espalda por ese golpe magistral, lanzando suspiros de alivio. Sí, sí, pero ¿qué más? Ponte en su posición, ¿qué harías tú ahora? ¡En este momento! ¿Cuál sería el paso siguiente?

Aprovecha la ventaja. No descanses No des cuartel a los disidentes. Pega una barrida general de cualquier partícula de oposición. Detenciones. ¡Purgas! Un pequeño anuncio misterioso, una insinuación de que, gracias a otras revelaciones hechas por el recién convertido pilar del régimen, es posible limpiar a la nación de una vez por todas de sus quintacolumnistas. ¡Ajuste de viejas cuentas!



En cuanto a ti...

Sí, venga. Después de todo eres un escritor, un estudioso de la naturaleza humana. Muéstranos tu capacidad creativa. ¿Cuál es la peor cosa que podrías hacer con el último peligro posible, el único testigo de los fundamentos de mentira que subyacen en la superestructura de la represión violenta?

Porque ese peligro no ha desaparecido, ni siquiera aunque yo haya llenado las cárceles hasta arriba y construido nuevos campos de concentración para alojar a nuevos saboteadores «confesos», el peligro de una filtración en la burbuja sigue existiendo mientras estés vivo. Cuando las tumbas secretas estén llenas y las agonías de los torturados hayan saciado el ansia pública de venganza, ¿qué haría yo? ¿Qué puedo hacer yo para destruirte totalmente, sin dejarte ninguna escapatoria?

La contestación llegó con una paralizante claridad: Ponerte en libertad. Sí. En un gesto que sólo puede ser interpretado como el cumplimiento de un infame trato, abrir las puertas y ponerte en libertad. Te han arrancado los dientes, te han cortado las garras, te han quebrado la voz.

Simplemente abrir las puertas y dejarte frente a las miradas públicas.

Cuéntame, ¿qué dirías? ¿Negarlo? Amigo mío, tus camaradas están muertos, encerrados, acobardados y rotos. Hasta si no son camaradas, hasta si no los has visto nunca en tu vida o nada sabes de ellos, la verdad, sí, la verdad -¿reconoces esa maleable palabra?-, la verdad, la verdad es la verdad de su detención que vino después de las insinuaciones de tu amplia confesión. Esa es la Verdad. Hemos vuelto a recrear la verdad y la definimos según nuestra imagen. Cada hombre que pierde su libertad o su vida se añade al historial de tu traición. ¿Qué vas a decir? ¿Cómo lo dirás? ¿Quién te va a creer? ¿Quién, sobre todo, se atrevería a creerte? ¿Quién querrá creerte? ¿Quién va a pensar en creerte? ¡La verdad, mi querido amigo, son los millares que han desaparecido desde que ajustamos cuentas con tu pequeña mente entrometida!

En la jaula para un animal, en el aislamiento espiritual de los primeros días, la perspectiva se convirtió en real y horrorosa. Comenzó como un ejercicio para armarme contra lo peor, se zambulló en los horrores de la imaginación. Empecé a perder la cuerda distinción entre lo supuesto y lo real.

Hasta mucho después de haber restablecido el contacto con el mundo exterior, después de que me garantizaran que se sabía la verdad donde más

importaba, era sólo necesaria una pequeña activación de los recuerdos para meterme de nuevo en ese caldero de pulso galopante y tensión nerviosa. Sin embargo, había ese extraño hecho, que contradecía toda expectativa lógica: mi mente seguía funcionando. Si algo había desarrollado era una astucia aguda y dispuesta a todo. Trasladado a la Prisión de Máxima Seguridad, cortadas abruptamente las líneas de contacto, dándome cuenta y casi aterrorizado por el pensamiento de estar más que nunca a la merced de la máquina de propaganda del Estado, me obsesioné por encontrar un medio de renovar el contacto. Lo único en que podía pensar era en aquella negativa garabateada entregada al mismo recluso que había perdido los nervios en el momento crítico. Me daba cuenta de que probablemente la habría masticado y tragado antes del cacheo que se produciría inevitablemente.

Era una loca ambición, que consumía todo mi tiempo: sacar a toda costa una declaración para contrarrestar el plan de otras denuncias que se estaban seguramente montando sobre la piedra angular de la falsificación acumulativa. La condición dual de mi mente, la dualidad de mi atónita desesperanza y la rara astucia instintiva de aquellos tiempos, me sorprendió mucho tiempo después.

Vigilaba, esperaba y proyectaba. Mi mente maquinaba cien proyectos, observaba a cada celador, analizaba a cada preso de confianza que aparecía para alimentar al animal, me introduje en el alma de cada recluso buscando un chispazo que me hiciera pensar en la colaboración. Un preso sabe en seguida quién va a ayudarlo y quién no. Yo estaba dispuesto a arriesgarme, ya que no tenía nada que perder. Mi mente trabajaba a toda velocidad cuando llegó la oportunidad, una simple chispa de oportunidad tentadora. Conseguí atrapar esa chispa y utilizarla.

Era una posibilidad entre mil, una coincidencia de ésas que casi te convierte en creyente en la Providencia, una combinación de circunstancias que surgió irónicamente por virtud del anillo de hierro que me rodeaba. Al haber demasiadas precauciones, unas anulaban a las otras: mi mensaje esperaba.

Incluso en aquella loca precipitación yo sabía que tenía que escribir una declaración que pareciera que procedía de la otra prisión. Ponía una intolerable limitación sobre mí, pero era mejor que ser trasladado en seguida de aquel imaginado aislamiento que había podido romper. Una brecha vale cualquier cosa en un confinamiento. Mi nota adquirió alas y voló hasta manos hambrientas de esperanza. Uno o dos periódicos dentro del país encontraron valor suficiente para reproducir mis palabras; una perversa caza de brujas comenzó en la prisión que no era.

Aquella pequeña victoria fue mi único consuelo en los días de abismal existencia que vinieron.

El horror de la visión que había imaginado se convirtió en una obsesiva realidad. Mientras esperaba noticias de confirmación supe lo que era la corrosión de la ansiedad. Me reconcomía en zonas invisibles del ser, en rincones que no podía alcanzar.

Fueron días en blanco, días de sombra impenetrable y de pulso sin control. Hubo tranquilizantes, píldoras para dormir, visitas del médico de la cárcel. Una ligera movilización de las fuentes de mi voluntad me prevenían contra la dependencia de las píldoras, me advertían que rechazara toda ayuda artificial. Al cabo de dos días me obligué a tirarlas al cubo del lavabo. Dos días después volví a pedir al médico más, confesando lo que había hecho con la primera entrega. Guardé las píldoras en una caja que servía como mesa, inventé un ejercicio de cogerlas en los malos momentos, contarlas cuidadosamente, haciendo un dibujo con ellas y devolviéndolas a su sitio. Me tumbaba, me sentaba con las piernas cruzadas, me ponía cabeza abajo, pasando por un repertorio de posiciones practicadas e improvisadas durante la batalla para dominar mi pulso, acallar los ruidos en mi cabeza. Me rogaba a mí mismo permitirme una píldora, una y nunca más, me movía rápidamente para tomarlas en la mano, contarlas y luego hacer dibujos con ellas sobre la caja. El sabor de la comida o del agua desapareció por completo. Los cigarrillos simplemente me mareaban.

La respuesta a lo que me rodeaba, el reconocimiento de los reclusos que pasaban como seres humanos, como individuos de rasgos definidos, llegó poco a poco. La crisis había terminado. Si volvía tendría fuerzas para dominarla. Me ayudó el enterarme, por fin, de que mi refutación había atravesado el anillo de hierro e incluso que había sido publicada. Lo que aún me animó más fue la confirmación de mis temores, cuando Dan y Sojo pudieron ponerse en contacto conmigo, de que el programa proyectado de purgas tuvo que ser abandonado. O retrasado. Se vengarían de los que estaban al alcance de su poder, pero aquella fuente de placer no podía ampliarse ni podía basarse en la fantasía de una traición.

Sueños. Mejor dicho, variaciones sobre un sueño. Estaba en el andamio de un edificio en construcción muy alto. Frío. Niebla. A través de la niebla apenas podía ver los perfiles de mis compañeros de trabajo en las otras partes del edificio. Eran formas oscuras, con contornos borrosos.

Una cadena de manos me pasa los ladrillos desde el suelo. Cuando está colocado en su sitio el último ladrillo doy la señal y un nuevo ladrillo vuela entre la niebla, invisible hasta que está a uno o dos metros. Pero la puntería cada vez es perfecta. Apenas tengo que mirar, literalmente estiro la mano y el ladrillo se posa encima. Coloco el ladrillo en su sitio, lleno los huecos con mortero y corto lo que sobresale. Apenas es trabajo; cada momento es pausado, de movimiento lento, ritualístico. La niebla gira en torno a nosotros, pasa un rostro cerca, balanceándose sobre la estrecha tabla, llevando una carretilla a otra parte del edificio.

Pasa mucho tiempo antes de que me dé cuenta de que todo el mundo se ha ido. No oí el gong del almuerzo. No podía sospechar que había sonado puesto que los ladrillos seguían posándose sobre mis manos extendidas. El silencio es lo primero que me llama la atención y lentamente me doy cuenta de que el trabajo ha cesado. El trabajo se había realizado hasta entonces en un silencio implícito, pero ahora ese silencio se ha hecho todavía más profundo. Me inclino para preguntar al que está más abajo si quieren parar o continuar hasta que esa línea de la pared se haya terminado.

Le digo que sólo quedan siete ladrillos; la cifra es siempre siete. No me contesta y ahora veo que también se ha ido. Un ladrillo viene volando lentamente a través de la niebla, aunque no hay nadie abajo. Estiro la mano para cogerlo. Resbala, me adelanto para cogerlo y me caigo. Estoy cayéndome durante mucho tiempo en el vacío.

Más tarde reconozco el paisaje físico. Es uno de los hilos que forman la trama de la telaraña metafísica que para a los hombres en seco con la temible certeza de haber vuelto a un punto en un ciclo. El paisaje de Shaki conjuró imágenes enterradas hacía mucho tiempo de las llanuras de Holanda donde hace muchos años, cuando era estudiante, ayudé a construir nuevas casas para las víctimas de una inundación. Recordé la entrega pura y sin complicaciones y supe lo que provocó la tristeza nostálgica de antes. El resto es horror, la larga caída en el abismo, noche tras noche, el espantoso silencio...

A través de los barrotes veía más allá de los tejados de los otros edificios en el patio. Hectáreas de desolación entre edificios, grandes ringleras de espacio dentro de los muros. Estas colmenas fabricadas por el hombre parecían pequeñas cacarañas sobre el auténtico rostro del vacío. Los matojos de helechos, los agujeros y las ciénagas hablaban de algo recientemente arrancado a un mar que seguía prometiendo que lucharía para recuperar todo aquello. Podía, imaginé, oír el suave, casi estancado, fluir del agua sobre las tupidas copas de las palmeras visibles por encima de los muros.

Las voces de los prisioneros ociosos, que murmuran, que tienen esperanzas, me llegaban como ecos de otro mundo. Desde alguna oscura región de la memoria me daba un golpecito una voz, un roce, un hilo de telaraña desde la oscuridad. Era ese momento inquietante de intentar alcanzar, tocar, resbalar, volver a intentarlo pero no coger nada. Ni siquiera fui capaz del esfuerzo de alcanzar mi propia mente, un receptáculo confuso que flotaba en el éter mientras esa gota de rocío de un pasado distante se posaba suavemente sobre su borde y se transformaba de nuevo en vapor porque la fiebre acababa de empezar.

El tiempo se esfumó. Me convertí en piedra. El mundo se retiró a las emanaciones del pantano.

Yo había estado allí antes. Había pasado por ese punto una y otra vez. Mi cabeza estaba llena de olores y sensaciones de aquella otra vez y con el reconocimiento vino el dolor añadido de una despedida repetida. Me esforcé por sujetar ese momento, por aceptarlo y, si fuera posible, darle un lugar y un tiempo. La desolación aumentaba con mi aguda certidumbre de que la sensación era más profunda que simplemente un lugar o un suceso recordado. Está más cerca a una fase del ser. Un ser que se entiende en términos de humanidad, fe, honor, justicia e ideales. Se resuelve a sí mismo, hasta el punto en que se puede resolver algo hoy día, en el borde de la conciencia. Una conciencia de saber dónde he estado hasta ese momento, saber que nunca volveré a esa fase, pero también saber que ese ritual de

transición es perpetuo y que la adquisición de experiencia al salir de ese paso no disminuye la abrumadora tristeza.

Una y otra vez reconozco ese territorio de existencia. Sé que he llegado a ese punto del ciclo más de una vez y ahora los recuerdos son tan nítidos que me pregunto si no habrán sido una mera expectativa profética de todo esto, en una espera cautiva, preguntándome simplemente ¿cuándo?

Entonces ¿qué significado le voy a dar, qué nombre, qué definición daré a la monstruosidad de este nacimiento? Intento proporcionar un poco de músculo a esas sensaciones tan blandas. ¿Una búsqueda privada? ¿Materia para el escenario trágico y los rituales de la Pasión? ¿Una búsqueda valerosa que se desvía, sin mirar hacia atrás a la marcha de la Historia por el camino comunal? ¿Es ése, entonces, el tan temido momento de desechar, por ejemplo, las ideas de responsabilidad individual y la lucha que impone? ¿Debo rechazar a Kant? ¿A Karl Jaspers? «Por diminuto que sea como cantidad el individuo puede contarse entre los factores que forman la Historia, es un factor.» ¿Debo decir, sí, un factor muerto? Tan eficaz como los restos flotantes en las corrientes del océano. ¿En vez de eso agarrarse a la ambigüedad del otro rostro de la realización? «El hombre sólo puede entender su auténtico ser mediante el enfrentamiento con las vicisitudes de la vida.»

He discutido muchas veces, hasta demasiadas, las interpretaciones egocéntricas que el ser existencialista ha propiciado. Cualquiera fe que sitúa la búsqueda consciente del ser interior como meta, para la cual el contexto de fuerzas es simplemente ayuda en la batalla, es finalmente destructiva del potencial social de ese poder. Salvo como fuente de fuerza y visión mantén al margen al ser interior de toda expectación, que continúe siendo un beneficiario inconsciente de la experiencia. Sospecha de toda búsqueda consciente del ser auténtico: es el pasto favorito de la debilitadora musa trágica. No busco: encuentro. Deja que las acciones sean la única manifestación del ser auténtico en defensa de sus visiones auténticas. La Historia está demasiado llena de fracasados prometeicos que bañan sus heridos espíritus en la corriente trágica. ¡Destruid la atracción trágica! La tragedia es posible solamente gracias a las limitaciones del espíritu humano. Hay niveles de desesperación de los cuales parece que el espíritu humano no debería recuperarse. Meterse en un nivel semejante es ser abrumado por los desechos de todas esas barreras antihumanas que han sido levantadas por los dioses celosos. El poder de recuperación casi exige energías sobrehumanas y la sociedad humana, que ama lo estancado, debe, por interés de autoconservación, desviar esas colosales energías hacia canales relativamente tranquilos, ya que constituyen una fuerza que, cuando se emplea como parte del bagaje de un individuo en la normal lucha humana, no lo

resisten las armas humanas normales. De ahí la conspiración histórica, el lavado de cerebros literal que eleva la tragedia muy por encima de la continuidad regenerativa de la lucha prometeica.

Para sobrevivir, pero para sobrevivir en una forma transmitida, llena de sabidurías nebulosas, corrompida y seducida por homenajes a la cordura, cuidadosamente aislada del contacto con los asuntos de los hombres, esa especie de soborno que al principio Edipo quiso coger, cegándose físicamente para borrar por completo la ruta hacia una acción socialmente redentora: eso es lo que quieren todos los poderes establecidos. Contra toda crítica y cambio, contra cualquier remedio de los factores causativos de cualquier crisis, la sociedad se protege mediante esa desviación de las energías regenerativas hacia un egotismo espiritualmente cerrado. Para garantizar que no habrá una reafirmación de la voluntad, la trampa poética de trágica altivez se extiende delante de él: ¡qué sublimidad mayor que la de la ciega figura oracular, qué final más grande a la búsqueda del ser que graciosa aceptación, inmovilidad y senectud! ¿Reconozco o no la trampa? Convoco la historia en mi ayuda, pero más que la historia, conocimientos similares, revelaciones similares, rebeliones similares contra la atracción del tragiexistencialismo; porque la rabia ya no es suficiente para combatir las tentaciones que se entregan a sabidurías improductivas y destructoras de la voluntad. Busco únicamente las voces combativas y las voy atrapando desde la más remota antigüedad hasta los últimos reencuentros fortuitos en fórums ocasionales. «La tragedia es una manera de rescatar la infelicidad humana, de subsumirla y así justificarla en la forma de necesidad, sabiduría o purificación. El rechazo de ese proceso y la búsqueda de medios técnicos de evitar la insidiosa trampa que plantea es un empeño necesario hoy.» ¿Cuándo? ¿Dónde? Ni me acuerdo ni me importa. Recuerdo que una vez hice una nota para utilizarla en lo que un estudiante llamó mis seminarios especiales antiliteratura. Pero las palabras martillean una estridente oposición a las oleadas de negatividad que me envuelven, al odio del populacho que oigo claramente hasta en esta soledad con barrotes. Me da fuerzas para murmurar -lavados de cerebros, tontos crédulos, multitudes de múltiples cabezas, ¿por qué tienen vuestras voces ignorantes que afectar mi paz? Pero lo hacen. No puedo negarlo.

Desde este pozo de angustia, cavado por manos humanas, desde este caldero removido por manos humanas, desde ese ensordecedor clamor de odio humano, el ser que emerge es literalmente un anjonnu. Volverá sin la comprensión ni tolerancia de antes. Ya no pesará ni medirá en términos mundanos.

Para él, la realidad estará siempre coloreada por las llamas de un terrible

camino, sus pensamientos ya no están limitados por las experiencias. Vosotros, al otro lado de estos muros, cuya histeria he de confesar que atraviesa mis orgullosas defensas, sé que sentís la amenaza de una futura venganza y en defensa propia debéis renovar vuestros esfuerzos aniquiladores-espirituales, psíquicos, físicos y simbólicos. Y por ello tengo que hurgar en mi ser y comprender por qué tenéis en estos momentos poder para dañarme. Porque aunque rechacé racionalmente la trampa trágica, me siguen abrumando vahos depresivos en la cápsula de mi totalidad individualista.

Dijo Hernias de Aternias, el cuerpo roto y sin aliento: «Decid a mis amigos y compañeros que no he hecho nada indigno de la filosofía.» Esa voluntad de los seres humanos que prefieren gastar su último aliento en palabras de afirmación, pensando que la vida se justifica cuando se abandona, al lanzar contra el enemigo la escasa saliva que queda sobre la lengua seca en un desafiante gesto de desprecio, en un acto final de esperanza, de ánimo para los vivos, que dignifica al ser entero en ese gesto último o en una palabra de afirmación. Superando el dolor, la degradación física y hasta la derrota de los ideales para unir, para enviar un impulso de fe a los camaradas que quedan atrás y hacer de la agonía un triunfo, una afirmación final. Ya sé por qué me habéis herido, chusma estúpida. Me veo entregado a una muerte en vida, negáis esa afirmación. Y lo que es aún peor, no sólo me la negáis, sino que exponéis mi cadáver viviente al mundo en el hediondo líquido embalsamador de su antítesis: ¡retractación! Sale, como si lo hiciera de mi cuerpo catatónico, la propaganda ventrilocua de los criminales asustados, desesperados, pero poderosos, que carecen hasta de las más elementales ideas de decencia, justicia y juego limpio. Reviso rápidamente el catálogo de todas las situaciones totalitarias donde esos «autoenvilecimientos» se han revelado en ocasiones mucho después de las muertes reales o en vida de las víctimas de las locuras del poder, pero en ello encuentro escaso consuelo. Trato en vano de ponerme en guardia contra esa aceptación de la moralidad del poder, enumerando sus mentiras y exponiéndolas a las luces fundamentales. Las muelo en el crisol de las verdades permanentes, preguntándome primero: Suponte que intentas escapar, ¿qué ética se sentirá ultrajada como no sea la de esos que tú has demostrado que están moralmente envilecidos? ¿Debe esa charada, el repentino despertar «moral» de millones cuyo sentido moral siguió muerto ante el masivo asesinato que provocó tu persecución individual, se debe considerar esa comedia como algo sano o cuerdo? ¿Qué sentido moral? Ese fétido cadáver de la abdicación de la voluntad ¿resucita únicamente con el olor de víctimas sin voz, ni poder, y se pone en marcha con la patada del poder con botas?

Y, sin embargo, eso no es bastante. Ni siquiera esa procesión de espectros



pasados y vivientes que aparecen flotando en las imágenes de juicios paralelos, reforzando la fe en las decisiones individuales. Surgen delante de mí los destinos individuales de los que se enfrentaron con el fanatismo y la represión, que viven en mí desde siempre: Abraham Fischer; Nicodemus Frischlin (primer ejemplo que se conoce de la fórmula «muerto cuando intentaba escapar»); el cardenal Mindszenty (que escogió su propia cárcel); la figura paralizada por herida de balas en una silla de ruedas del doctor Arias, que huye del dictador dominicano; John Wilkes, que se movía dentro y fuera de la inmunidad parlamentaria, hasta el apóstol Pablo, con la repetitiva ayuda de lo «milagroso...».

Con San Pablo me detengo en seco. Al esforzarme por burlarme de mí mismo compongo una mueca dolorosa, pero que afloja ligeramente el nudo estrangulador que se ha formado en mis intestinos. ¿Ah, así que te creías el autor de epístolas, no es así? La epístola de San-ustedes-sabenquién de Kiri-kiri a los ibadianos..., estad contentos, el Señor está con vosotros, tened cuidado con los lobos con piel de cordero que hay entre nosotros, sacando el cadáver de antaño...

El esfuerzo humorístico saca a relucir a otro fantasma más, esta vez de las páginas locales de la ironía: Tony Enahoro, megáfono de las falsedades oficiales. La ironía es uno de esos chistes desternillantes que la historia juega a los hombres. Cuando huyó de la escena después del golpe abortado y fue obsequiosamente retenido por el Gobierno británico en beneficio de sus favoritos feudales, volé a Londres, empujado por una sencilla convicción. Era también la convicción de un grupo pequeño, sin partido y en gran medida anónimo, que es el único de muchos movimientos que ha mantenido una visión sin desviaciones de la sociedad futura. Nuestra creencia era: la repatriación de Enahoro sería una gran pérdida en las flacas filas de los radicales. Quizá los amigos de Enahoro habían empezado a presionar para evitar su regreso; lo único que sé es que la campaña pública comenzó tras el inicio de mis actividades en Londres. Conseguí la ayuda de los únicos políticos que conocía, Tom Driberg y Wayland Young (Lord Kennet) y recluté a los estudiantes más políticamente conscientes para trabajar como grupo de presión.

La cárcel proyecta escenas de recuerdos vividos, totales. Casi puedo tocar el rostro de Wayland cuando decía: «Sé poco de vuestra situación política: ¿es un hombre bueno Enahoro?»

Le contesté: «Le necesitamos y en circulación.» Entonces no conocía personalmente a Enahoro.

En la patria, los «intelectuales» decían: «Cobarde, que vuelva a casa y que se

enfrente con las consecuencias.» A lo cual había y todavía hay una respuesta: el alma del baile revolucionario está en las manos del flautista. ¿Cuál era el nombre de aquel otro profesor de Wurtenburg, compatriota de Frischlin, quizá también su contemporáneo? El digno doctor que a pesar de estar convencido de la injusticia indefendible y supersticiosa de los juicios contra las brujas, sin embargo, presidió más de doscientos procesamientos de hechiceras que terminaron convenientemente asadas en sus postes. ¿Era una dicotomía de convicción y sentido de la responsabilidad, cuya justificación era buscar al mismo tiempo las vías y los medios de arrancar a la sociedad medieval de su bárbaro comportamiento? ¿De modo que el papel de los intelectuales se reduce a esto! Qué diremos de vuestras disertaciones doctorales, cerebros huecos, cuyos libros comenzarán a asaltarnos con títulos que serán variaciones a la Anomía Social de 1966, sus raíces y consecuencias en la guerra civil de Nigeria, etc., con las referencias especiales al papel de los intereses comerciales imperialistas, etc. ¿Doscientas brujas? ¿Doscientas mil? ¿Dos millones? ¿Veinte? ¿En volúmenes especiales encuadernados de silencio?

En el reino privado de mis pensamientos busco piedras angulares que fortalezcan mi ser contra ataques sin forma nacidos de períodos de agresiva certeza. Es extraño cómo comenzó a obsesionarme aquella revelación creativa de Picasso: Yo no busco, encuentro. Como un conjuro que entrara inadvertidamente en una mente hipnotizada. Finalmente pregunto: ¿Qué es? ¿Qué me dices? ¿Qué intentas decirme que antes no supiera? ¿Un nuevo giro que me permita adaptarme a esa situación, para reconciliarme con ese círculo? Por ejemplo, ¿pasivo o provocador, protagonista o resignado, era mi destino seguir ese camino? ¿El camino de un visionario es que encuentra aunque vaya con los ojos cerrados y los brazos cruzados? Por ejemplo: ¿es que cada situación encuentra su propia respuesta? Antitéticamente, para variar el acento sobre ese diario truismo de abdicaciones: tienen ojos, ¿es que no ven? Es extraño y yo no soy capaz de resolverlo. La frase golpea rítmicamente mi pecho como un ambiguo talismán. Sin embargo, otra nada ambigua, fuerte, un repique afirmativo y no puedo recordar si las palabras son de Jaspers o de Kant: La responsabilidad siempre es nuestra de decidir críticamente si es inmoral obedecer una orden de la autoridad o no.

Sí, admito un único factor de decisión: la capacidad física de elegir.

Dreyfus, Dimitrov contra Goering. ¿Por cuánto tiempo seguirán existiendo esos crímenes desencadenados por el poder y los chivos expiatorios políticos? Surge amenazante de las brumas nazis una imagen espantosa, un rabioso gruñido y un modelo de esclavización para los Yisa Adejo del mundo, regresiones a lo animalístico que provocan un estremecimiento hasta en quienes justifican las

carnicerías. Pensándolo de nuevo, me pregunto si sería cuerdo enviar desde la cárcel una carta que contenía pruebas de su culpabilidad mientras estaba en poder de esos hombres. (La conciencia liberal incluso en los tiempos de Dimitrov sabía hacer algo más que quedarse tan tranquila ante los chivos expiatorios búlgaros de Goering.) Me culpo, aceptando implícitamente aquel imperativo kantiano, al reconocer que no me quedó ninguna duda sobre la bancarrota moral de Gowon desde el momento en que puso en libertad a aquellos dos asesinos, de que no era suficiente con enviar una carta a una bandada de intelectuales castrados. Debí de hacer eso de lo que ahora me acusan: escaparme. Porque entonces existía, y sigue existiendo, una alternativa verdaderamente moral, nacional y revolucionaria -la Tercera Fuerza de Víctor Banjo.

La moralidad, y por tanto las acciones de inspiración moral, crean el único «ser auténtico»; constituyen la personalidad continua del individuo y no la pueden sustituir paliativos absolutos.

El hueco de mis intestinos, el dañino hiato que amenaza con chupar mi esencia egoísta dentro de su propio vacío, es la evasión de ese imperativo moral; la desesperación que procede del conocimiento de que no puedo realizar esa única afirmación, ni siquiera la puedo concebir en este estéril encierro, la posibilidad de una sustitución racional. En cuanto a ese ego herido cuyas depredaciones de mi paz espiritual han sido y serán (me temo) mi mejor amigo y mi mejor enemigo en este lugar, recojo las palabras que motivaron mi peor náusea física. Bajo forzándome a la sentina que se había empezado a formar con sólo recordar y me prevengo sobre la maligna capacidad de los que han utilizado esas palabras y su conocimiento de la psicología de las masas. Es un ejercicio duro pero debo hacerlo. Me obligo a que esas palabras pasen por mis labios y escucho el chapoteo -«declaró que protestaba contra la humillación gubernamental». Mastico esas palabras como si fueran un raticida y las bebo como cicuta -«declaró que protestaba contra la humillación gubernamental».

Vosotros, criminales, habéis impregnado vuestra causa con un poder sin límites. Vuestra despectiva penetración en las mentes de una chusma a la que habéis manipulado hasta volverla histérica, os ha inmunizado contra otros enfrentamientos: ése es vuestro objetivo y he de reconocer vuestro triunfo actual. Si se provocan dudas, aunque sea en un caso solitario, si una voz reconocidamente exigente está contaminada, si la afirmación se convierte en retractación en las mentes de la chusma, entonces es que habéis creado una raza de siervos cuya docilidad será justificada para siempre con el «si él se viene abajo, ¿quiénes somos nosotros para luchar?».

Para los pocos que han sido y son independientes, al recordar este caso se encontrarán con un grano de desconfianza en sí mismos.

Debería sentir únicamente desprecio por ese mundo de zombies. Lo tendré, pero antes tenéis que crearlos. Creo que en última instancia no seréis capaces. Es cierto que las voces que oigo no son las que quisiera oír. No son testimonios del vínculo casi místico, aun teniendo en cuenta los autoengaños que hay entre el más solitario de los combatientes y el pueblo cuya causa defiende. No he escuchado, por ejemplo, el grito largamente esperando que exige justicia. Sacadlo de ahí para juzgarle, no: ¡Crucificadle! Vamos a asistir al desenmascaramiento. En lugar de eso veo cómo levantan los brazos, horrorizados. Percibo vislumbres de vergüenza en la calle, en los rincones oscuros de las casas. Huelo odio, mal, miedo y capitulación. Pero es vuestro olor, el olor de la corrupción irredimible el que lleváis encima y se pega a todos los que están al alcance de vuestro aliento de mentiras. Y escucho un viento fresco que viene de más allá de las fronteras de lo conveniente.

Escuchad lo que Adolf Joffe escribió a Trotsky antes de suicidarse: «La vida humana tiene sentido únicamente como servicio a la humanidad. Para mí, la humanidad es infinita.»

Para mí, la justicia es la primera condición de la humanidad.

### 13

Shaki. Agosto y noviembre del 67. Dos veces he invadido la Máxima Seguridad. Este bloque es especial, está atestado de una humanidad putrefacta y en descomposición. En mi esplendor solitario pensaba con frecuencia en ellos, recordaba sus sufrimientos y su valor. E intenté triunfar sobre los condicionamientos poniéndome por lo menos a su altura.

Apestaban.

El bloque de la prisión tenía dos plantas. Encima de nosotros, la planta adonde me iban a mandar después de que se fraguara el complot y sus planes se

malograrán. En esa planta vivían los ladrones ricos del antiguo Gobierno NNDP, los señores de la prisión, gourmets de los manjares de la cocina, con privilegios de sastre. Cada planta tenía dos filas de celdas con un pasillo entre ellas que era casi tan ancho como las celdas. Al final del pasillo se encontraba la entrada desde el patio, dos puertas de hierro; en el otro extremo, al final: baños, retretes y lavabos y un espacio grande que servía como lugar de reunión. El bloque formaba parte de un complejo, encajonado entre los campos de recreo.

Había una mesa de ping-pong y un espacio que se utilizaba para tenniquoit y badminton.

Los detenidos civiles y militares utilizaban los campos. Hasta los prisioneros. Pero no los ibos detenidos.

Les dejaban entrar en el pasillo y los baños dos veces al día durante una hora cada vez.

Ocupaban una línea entera de celdas en el piso bajo. Enfrente de ellas había la otra línea, vacía, sin más que la ropa de cama amontonada contra las paredes -a veces llegaba hasta el techo. Estaba ocupada únicamente una celda en ese lado, por Yon da Kolo, un hombre de negocios. Al principio compartimos la celda, antes de mi abrupto traslado a la Prisión de Seguridad Media, Kiri-kiri.

Teníamos mosquiteros. Teníamos un armario y una tosca mesa. Podíamos ir y venir por el resonante pasillo y utilizar el vasto espacio que para los ibos era durante casi todo el día una burla y una provocación. Pero en aquel momento, en agosto, podían incluso pasar de una celda a otra.

Dormían sobre el suelo desnudo, tenían ante su vista mantas y camas en las celdas vacías. Algunos no tenían mantas y en ciertas celdas había hasta ocho personas. Las celdas estaban pensadas para una sola persona, dos a lo sumo.

Entre ellos había pequeños comerciantes, estudiantes, médicos, altos funcionarios y subalternos, y hasta ladrones, porque todos eran seres humanos. Había un anciano con la cabeza cubierta de cabellos blancos. Encontré al famoso trompetista Agu Norris entre ellos. Continuamente hacía bromas que levantaban la moral de los otros. Esa fue mi primera visita, en agosto. No creí que pudiera «mejorar» su situación hasta que volví en noviembre.

Ahora estaban encerrados de modo permanente. Abrían las celdas -para todos, casi sesenta hombres- durante treinta minutos al día. Y esa media hora no era

para estar al aire libre. La puerta principal de aquella planta seguía cerrada. Como no podían lavar su ropa, como tenían que defecar en cubos en sus celdas hasta durante el día, porque en aquellos escasos minutos -treinta minutos para casi sesenta hombres en un espacio atestado- que las puertas estaban abiertas, con frecuencia no salía agua de los grifos y porque a veces, durante todo el día, por la razón más nimia, las celdas no se abrían en absoluto, apestaban. Para da Kolo y para mí, hasta en aquellos días «más fáciles» de agosto el paseo hasta el baño resultaba una prueba moral. Nuestra situación, comparada con la suya, era la de un oasis para hombres paralizados por la insolación.

Ni siquiera abrían ahora las celdas para darles la comida. Los platos -de aluminio, muy poco hondos- los deslizaban bajo las puertas de hierro, otras veces los pasaban entre los barrotes verticales si la comida tenía cierta consistencia. Se turnaban para tomar el aire fresco en un ventanuco. Verles, olerles, pasar frente a ellos durante el día, cuando estaban sentados en el suelo, era bastante desagradable en agosto. Ahora hasta pasar junto a los muros desde fuera, pasar por delante de sus ventanas, pararse para hablarles desafiando a los soplones, significaba ser asaltado por aquel hedor de carne putrefacta que salía traído por el aire de las celdas.

Durante mi primera estancia le dije a Yon, alguien tiene que hablar, alguien tiene que protestar por este crimen. Me dijo, sin adivinar lo profético que resultaría: «Tranquilízate, aún no sabes lo que te espera a ti.» El soplón siempre andaba por allí, un preso del NNDP de la parte de arriba, que informó debidamente de nuestra conversación. Dos días después el jefe de Prisiones de Lagos nos visitó en persona. De la manera más amable nos dijo: «Oh, no creo que ustedes deban verse obligados a compartir una celda.» Lo lógico hubiera sido que abrieran una de las celdas vacías de aquella fila. Pero no. Aquella misma tarde me trasladaron a la prisión hermana de Kiri-kiri.

Volví al mismo bloque en noviembre. En la planta de arriba y encerrado a cal y canto. Cuando pasó aquella fase de hierro salí al pasillo para hacer ejercicio y les hablé a través de las ventanas.

Podía ofrecerles cigarrillos, pero lo que necesitaban realmente era aire fresco. Aire libre, no aire del pasillo.

Inesperadamente una mañana tuvieron media hora completa de aire, acompañada del episodio más cómico que vi durante toda mi estancia en la cárcel. Aquella mañana comprendí también por qué sobreviven tantos prisioneros -los

guardianes se ponen en evidencia. Los torturadores muestran a las víctimas una y otra vez que ellas, las víctimas, no han caído tan bajo como sus perseguidores, que por lo tanto hay en ellas una chispa de esencia humana digna de ser conservada.

No importa de qué forma ocurre, ya sea como manifestaciones de animalidad por parte de los carceleros, por súbita revelación de su estupidez o porque se muestra un aspecto ridículo que hace ver al prisionero de repente lo grotesco de ese supuesto homo dignus: el preso súbitamente se dice a sí mismo: «Este individuo no me puede tocar. No me puede salvar, por lo tanto no me puede destruir. Este individuo es irrelevante, no es real. Yo represento la realidad.»

Al mirar la actuación del gobernador aquel día, no se podía ni siquiera honestamente acusarle de inhumanidad. En los actos de inhumanidad hay cierta lógica (aunque falseada). Ese gobernador lo rebasaba todo. Casi juraría que era un agente biafreño empleado secretamente para divertir a los detenidos.

El ataque comenzó al alba de aquella mañana. El día antes -en realidad llevaba mucho tiempo cociéndose- los ibos habían decidido negarse a comer durante todo el día. Pero el soplón de nuestra planta había escuchado sus conversaciones. Adebajo y yo observamos cómo le sacaron después del encierro normal a petición propia para entrevistarse urgentemente con el superintendente. Supusimos que iba a llevarle algún cuento, pero no teníamos ni idea de la crisis de la planta de abajo. (A veces sospechaba que aquel hombre utilizaba un periscopio invertido para escuchar.) Así que temprano, a la mañana siguiente, antes de que se abrieran las celdas, comenzó el ataque.

El gobernador creía en las tácticas de choque. Llevó consigo todo un batallón de celadores, todos ellos armados con porras especiales contra motines, formidables garrotes de tres pies de largo.

Tomaron posiciones a paso ligero en toda clase de lugares estratégicos, llenaron el pequeño patio del bloque en doble fila y se situaron en lo alto de las escaleras en actitud amenazadora. Como operación militar pensada contra un posible levantamiento de criminales violentos y peligrosos, era impresionante. Nos preguntábamos qué nuevos y desafiantes prisioneros de guerra habían merecido esa distinguida recepción. Ningún hombre cuerdo hubiera imaginado ni siquiera por un momento que era contra aquellos despojos humanos que ocupaban un lado de la planta baja en el Bloque X.

El generalísimo, una vez preparado el escenario, entró, jactándose en el

pasillo: «¡Abran las celdas y sáquenles! ¡Paso ligero!»

Mientras se abrían una tras otra las puertas: «¡Fuera! ¡Todo el mundo afuera!  
A paso ligero.

Uno-dos, uno-dos, uno-dos...»

Pero todos los presos eran civiles. No veían la razón para desfilar siguiendo órdenes militares.

Salieron de cualquier manera, hosca,, desafiadamente. El gobernador blandió su fusta para incitarles a moverse un poco y dio al más próximo en el hombro. Como siempre su destino le hizo escoger al que no era. Se trataba de Joe, que en el Cuartel Dodan había escupido a los soldados cuando se dedicaban a sus sádicos pasatiempos con él. Medía casi dos metros, su estatura y la curiosa curvatura de su cuello le daban al inclinarse el aspecto de un chimpancé. Se dio la vuelta y lanzó una mirada larga y fría al gobernador. El hombre se asustó y retrocedió al leer una advertencia en aquellos ojos y chocó contra otros detenidos que salían de sus celdas. Se dio cuenta en seguida de que había hecho el ridículo, de modo que se cuadró y le volvió a empujar -en el pecho, mientras gritaba para demostrar su valor:

- Muévete. A paso ligero. Sal afuera o te habrás. Te habrás.

Siempre le pasaba lo mismo. Las ideas y las palabras se fundían en un lío ininteligible cuando el gobernador se picaba o intentaba impresionar demasiado. Habría más muestra de eso antes de que terminara la mañana.

Joe se volvió y comenzó a avanzar lentamente. Un obsequioso celador ayudó al gobernador dándole un empujón a Joe. Pronto estuvieron todos en el patio.

- A formar en dos filas. Rápido. Dos filas rectas a paso ligero.

Era una visión miserable. Todos tenían aspecto de vencidos, desalentados a pesar de los lentos movimientos de desafío que habían adoptado para aquella confrontación. Hay algo de vil en todos los conflictos desiguales. Su esfuerzo ante un desafío concertado tenía que terminar como todos los demás, llevaría a los chivos expiatorios a las celdas de atrás, donde les encadenarían a la pared y luego inundarían la celda. Les golpearían científicamente. Algo que no iban a temer perder eran los privilegios. Literalmente lo único que tenían que perder era su hedor. Costaría cierto esfuerzo inventar un nuevo castigo de grupo para ellos, pero



se podía confiar en que el gobernador iba a intentarlo. Leí el hastío de todo aquello en media docena de rostros mientras el superintendente hacía su teatro de siempre. Ni siquiera podía esperar que terminara por sí aquella prolongada y deliberadamente estirada maniobra de formación en filas. Se metía entre ellos, empujando por aquí, tirando de la ropa, parecía olvidar el hedor que hasta al aire libre flotaba hacia arriba, hacia los que mirábamos, ya que por una vez todo lo rancio de las diversas celdas se juntó en una apestosa fusión química.

Por fin se sentía satisfecho. Miró la formación y pareció tranquilizarse como para lanzar un discurso. Lo hizo caminando de arriba abajo, otorgándoles el beneficio de su omnipotencia. Al final: -¡Ahora! Quiero que me escuchéis. Sí, ya voy. A hablaros en serio. Aquello, debéis escuchar y aseguraros. ¡Que no entre por un oído y salga! Por el otro oído. Si piensan que han venido aquí para crear problemas. ¡A mí! Les estoy diciendo ahora. Que, yo os daré. También daré problemas a vosotros. Soy un soldado. Ya sabéis. Luché en Sudán y en Egipto. Soy uno. De los primeros nigerianos que fue ascendido a sargento preboste...

Me parecía tan increíble que tomé un lápiz de su escondite y arranqué un poco de papel higiénico. Era una escena de Shaky-Shaky [Comedia radiofónica de la Nigerian Broadcasting Service. Es una comedia sobre dos personajes, dos camioneros, y los desafueros con el idioma que comete su jefe, un magnate.] -Sí, el primer nigeriano. Podéis preguntárselo al difunto Ironsi. Estaba conmigo. Yo era su superior. Os lo dirá. Que si quiero quedarme. En el ejército yo seré oficial superior. De él. Y el difunto Ademulegun y todos. Los otros. Son mis subordinados. »Yo estudio arqueología. No soy solo. Aun gobernador de prisiones sabéis que estudio en Jartum. Arqueología. Y si yo estoy en universidad hoy os puedo decir. Que, también daré clase de ecología humana. Sí. Vosotros sois los enemigos. Del Estado. ¡Saboteadores! Por eso estáis aquí.

Sois. Saboteadores. Y por eso os tenemos aquí. Como tales. Y os tratamos. Así que cómo os atrevéis venir aquí otra vez y hacer. Conspiración. Estáis intentando conspirar. ¡Os reunisteis ayer!

Lo sé. Contra mí, tenéis una reunión. Rechazasteis vuestra ración, ésa es la reunión que tuvisteis. ¿Me conocéis? (Dándose un golpe en el pecho.) Mantengo la disciplina. Os puedo tratar como.

Caballeros, pero si os comportáis como gamberros os enseñaré que soy un gran. Gamberro más que vosotros. Oh, ¿me conocéis? Puedo ser un bribón. Puedo hacer bromas para reír y estar alegre. Pero si queréis enseñarme que. Sois fuertes yo

os enseñaré...

Las medallas de servicio que se había puesto especialmente para esa ocasión se fueron hinchando de modo que parecía que iban a romper sus enganches. Las alisó de nuevo sobre su pecho con otro golpe, pero éste se siguió hinchando «... que yo soy duro. Pongan sus quejas correctamente si las tenéis. Pero no toleraré infrin. Gir. Yo soy psicólogo. Sé. Psicología. Estudio arqueología. No soy solo. Gobernador. Una cárcel, ¡a las celdas otras vez!»

Mientras volvían de mala gana a sus celdas les siguieron los que llevaban la comida, con sus platos mañaneros de gorgojo -¡Y servidles la comida!

Cada judía colocada en aquella bazofia parecía, hasta vista desde arriba, como si hubiera muerto ametrallada. -¡Aquél hombre!

Señaló a Joe; ya había escogido a su chivo expiatorio.

- Llevadlo a un lado. Piensa que es duro y es jefe. De una banda. Le vamos a dar algunos días.

En la celda de atrás y que aprenda sentido común.

Después supimos que Joe se volvió en la entrada, le miró y escupió.

- Y en cuanto a los otros -les iba siguiendo por el bloque y su voz aguda sonaba por el pasillo-, que se queden encerrados durante dos días. No les abráis. Nada. Se debe esta rebelión.

Cortar en raíces.

Cerraron las puertas. Sacaron la comida de sus celdas sin tocarla. Por la tarde les quitaron las judías y las sustituyeron por una húmeda masa de fécula y una incurable enfermedad que llamaban estofado. Tampoco lo tocaron. Los detenidos tampoco tocaron su cena.

Por la tarde se produjo uno de esos actos aislados que le recuerdan a uno constantemente que los tontos no son ni la suma total ni el verdadero rostro de la humanidad. El celador de servicio por la tarde, un hombre de Benin, entró blandiendo sus llaves y les abrió a los ibos. «He oído que no se debe abriros. Pero no me han informado de nada oficialmente.» Los soltó durante una hora.

Aproveché aquella humanitaria oportunidad para bajar y hablar con ellos, llevándoles el único artículo consolador que había en la prisión: cigarrillos. En la celda de Agu había un joven estudiante de la Universidad de Nsukka. Le habían detenido en un camión de pasajeros en el puesto de control de Maryland (Ikeja) junto con otros pasajeros ibos y llevado con los demás al Cuartel Dodan. Como otros centenares, fue un cautivo no registrado en las celdas del Cuartel Dodan desde marzo. La secesión de Biafra se produjo en abril. La guerra empezó en junio. Sus padres vivían en Lagos e iba a pasar las vacaciones de Pascuas con ellos.

Agu Norris dijo:

- Debemos dar gracias a Dios por tener semejante gobernador. Si salimos de aquí cuerdos será gracias a ese comediante.

El estudiante dijo:

- Dime, ¿cuál es la diferencia entre media hora y nada?

- Ninguna -contestó Agu.

- Es un imbécil. Dice que no nos abran en absoluto. Como si esto fuera tan molesto. ¿Es que no sabe las semanas que estuvimos sin ver la luz del sol en el Agujero Negro de Dodan?

Les pedí que me lo contaran. Agu dijo:

- Todos estuvimos allí. Un día simplemente decidieron trasladarnos para aquí. Pero todos nos hemos licenciado en Dodan.

- Pero ¿por qué delitos? ¿No te acusaron de nada?

- Sí, me acusaron -confesó Agu-. Pero no entendía nada de todo aquello. Me preguntaron: ¿has estado recientemente en el Este? Dije que sí. Me preguntaron: ¿por qué? Les dije que tenía allí mi casa. Había ido a ver a mi gente. No pasamos nunca de ese ABC.

Me volví al estudiante: -¿Y tú? ¿Te interrogaron?

- No. El único interrogatorio que nos hicieron fue cuando nos sacaron los soldados para jugar a la ruleta Dodan. Le puse así. Los soldados te sacaban, te ponían en fila contra una pared para disparar. Podía ser una bala de verdad o de

fogueo. Dependía de tu suerte.

- Enséñale tu espalda -dijo Agu repentinamente. -¿Te azotaron? -Fue lo primero que se me ocurrió, ya que sabía de sobra que ése era uno de los pasatiempos del ejército.

- No. Tuve suerte. Sólo la ruleta. -Comenzó a quitarse la camisa-. Pero tengo otra cosa.

No era únicamente la espalda. Una especie de hongo cubría toda su piel, un hongo verde y amarillo que se extendía como una plaga contagiosa por todo su cuerpo.

- Ahora está mejor -dijo-. Al menos, eso creo. Lo cogí en el Agujero Negro. Me parece que crece rápidamente en la oscuridad.

- Una enfermedad del espacio exterior -dijo Agu-. ¿Quieres ver una enfermedad del espacio humano? Vete a la celda tres y di que te dije que el hombre te enseñe la espalda. -¿Cuál?

- Amigo mío, a cualquiera de los que están ahí detrás vale la pena verlos, pero éste en concreto sabrá a qué me refiero. Le han dibujado en la espalda todos los afluentes que desembocan en el delta del Níger. A propósito, ¿sabes lo que me salvó de la blala? [En jerga, látigo de piel de vaca.] Me llevaron a darme el tratamiento cuando uno de los soldados me reconoció. Dijo: Aja, éste es Agu Norris, el músico. Le he oído en una sala de fiestas y su música me gusta. Eso me salvó. Pero no me sacaron de allí, aunque vi las palizas con mis propios ojos y di gracias a Dios por saber música. Los atan a postes clavados en tierra, boca abajo. A veces veinticuatro azotes, otras treinta y seis. Si no gritas no te dejan. Al hombre que digo que tiene el delta del Níger en la espalda le daban veinticuatro todos los días. Cuando se desmayaba lo dejaban. Y no le curaban las heridas. Cuando vino aquí fue cuando se le empezaron a hacer curas. Vete a mirarle. Diles que enseñe su espalda el Lagarto. -¿El Lagarto?

- Ya sabes el proverbio: los lagartos se ponen boca abajo, pero a uno le dolía la barriga. Bueno, ya sabemos lo que a éste le dieron.

Fui y miré una espalda cubierta de heridas purulentas. Ya no tenía piel. Nada en absoluto. Era una masa de heridas sin definición porque cada costra parecía salir de la anterior.

Volví y les pedí que me hablaran del Agujero Negro.

Entre los dos calcularon cuál era su longitud y su anchura. Era casi completamente cuadrado. Lo compartían once personas, de las cuales únicamente podían tumbarse tres a la vez. La ventana era un pequeño agujero arriba en la pared. Para conseguir aire fresco, se turnaban poniéndose de pie sobre el cubo de la letrina. Ese pequeño agujero que hacía de ventana estaba situado contra el techo, de manera que llegaba poca luz a la celda. Durante cinco meses vivieron entre la luz crepuscular y la perpetua oscuridad. Se acostumbraron a dormir sentados, encogidos en posición fetal. El gran placer consistía en sacar afuera el cubo de la letrina. Eso significaba aire y ejercicio. Y de vez en cuando había un guardián bondadoso que prolongaba ese placer para un hombre afortunado, dejándole quedarse allí durante un rato y hasta dándole un cigarrillo. En un fin de semana, cuando sus superiores no andaban por allí, uno de los guardianes les dejó vaciar el cubo once veces.

Una vez, a consecuencia de un malentendido acerca de a quién le tocaba sacar el cubo, llegaron a liarse a golpes. El aire fresco y el ejercicio eran algo precioso.

Mi mente volvió a la espalda que acababa de ver, los surcos todavía supurando, las hinchazones oscuras y permanentes, los agujeros donde la punta del látigo habría entrado más de una vez.

Costras que parecían tener una pulgada de espesor. Y su cuello, hasta la base de la cabeza, cubierto de ronchas.

- Dices que les azotaban al aire libre.

- Sí. -¿Y gritaban?

Agu se echó a reír.

- Amigo mío, tienes que inventar una nueva palabra. ¿No es un especialista del inglés? Inventa una palabra nueva.

- Pero Gowon vive en ese cuartel. Tiene que haber oído los gritos.

Agu dijo:

- Francamente no creo que lo supiera. Vivía lejos del cuerpo de guardia.

- Esos gritos deben haber traspasado el hormigón -insistí.

Agu siguió:

- No creo que lo supiera. Ni siquiera creo que lo supieran algunos de los oficiales superiores.

Oh, había hijos de puta entre ellos, pero, por ejemplo, piensa en el guardián que nos dejó vaciar el cubo once veces durante su servicio. Así que había tipos decentes también.

El estudiante se quedó mirando a Agu.

- Hemos discutido esto antes. Agu cree en éste..., cómo se llama a sí mismo, ah, sí, el Instrumento Elegido por Dios. -Se volvió hacia mí-. En aquella mazmorra pensé durante mucho tiempo qué personaje me recordaba. Por fin me di cuenta. Fue cuando me llegaban los gritos de los torturados a la celda cuando me acordé. Tú conoces a Flecker. -¿El Hassan de Flecker?

Agu parecía desconcertado.

- Hassan tenía aún menos que ver con eso. Nunca iba allí.

- No es el brigadier -le expliqué-. Hassan es el título de un drama. -¿Tuyo?

El estudiante continuó.

- Fue el cuadro que me vino a la mente. La imagen de un tranquilo sádico que come y bebe y se adormece con el ruido de los torturados.

Agu se dio por vencido.

- No entiendo tanta cosa de literatos.

Al cabo de un rato el estudiante dijo:

- La huelga de hambre fue idea mía.

- Era una buena idea -dije-. La cuestión es cuánto tiempo vais a poder resistir.

- Todos durante todo el día. Los que no puedan aguantar ya conseguirán

algo de los presos que hay por ahí. Eso no importa. ¿Sabes por qué se me ocurrió? No ha sido tanto por las condiciones, aunque éstas son como son. No somos animales como para estar aquí encerrados. No, fueron los detenidos y prisioneros del ejército los que lo provocaron. Están en el bloque de enfrente. A uno le condenaron a seis años por robar ropa de cama y muebles del ejército. A otro le pusieron dos años por falsificar cupones de petróleo y venderlos. Ha habido varias sentencias por el estilo por delitos menores. Luego hace dos semanas trajeron a un cabo, todavía no había sido juzgado o presentado ante un consejo de guerra. Fue enviado por su oficial de campo a Lagos para que hicieran un escarmiento con él. Había matado a trece detenidos en Asaba, entre ellos algunos prisioneros de guerra. A sangre fría. Estaban todos juntos en una empalizada y él estaba de guardia. Un joven yoruba, un chico bastante simpático. Todos vienen aquí a jugar al ping-pong con los Prisioneros Muy Importantes. Confesó que los mató por miedo, dijo que hablaban en ibo y él les había pedido que hablaran en inglés. No le hicieron caso. Pensó que estaban maquinando algún complot, así que volvió su metralleta hacia ellos y los mató. »Le han soltado hace dos días, enviándole a una nueva división. Estaba aquí mismo fuera cuando le llegó la orden de liberación. Todos hablaban de ello, sus compañeros, quiero decir. Ni siquiera ellos tienen una idea muy elevada de semejante sistema de justicia. -¿Dijeron quién firmaba la orden?

- Sólo que procedía de la oficina del jefe del Estado Mayor. El muchacho quedó más sorprendido que nadie. Esperaba un consejo de guerra y por lo menos muchos años de cárcel.

Bueno, supongo que un día por cada ibo asesinado es suficiente.

- Es la guerra -dijo encogiendo los hombros uno de sus compañeros de celda.

- Lo pensé. Luego me pregunté que si es la guerra, ¿por qué están en la cárcel los falsificadores de esos vales de petróleo? No, es sólo parte del mismo lento proceso de exterminio. Lo llevan dentro de sí. Es una epidemia de locura. Aquel joven hizo lo que tenía que hacer y le ponen en libertad. Ese estúpido de gobernador de prisiones también cumple con su papel y por eso nos deshumaniza. Necesito hacer algo para protestar, no importa lo vago o inútil que sea.

Le aseguré que no era inútil.

- Tengo miedo, ¿sabes? Tengo mucho miedo por el Medio Oeste. Incluso después de que se hayan apoderado del sitio y ya no haya más tiros. Las atrocidades del Norte van a ser cosas de niños a su lado.

En la celda se produjo un silencio. Cada uno de los ocupantes tenía sus recuerdos de aquella matanza y se ensimismó en ellos. La comida se puso rancia bajo sus puertas sin que la tocaran. La voz del estudiante no podía haberse escuchado tanto, sin embargo había la sensación de que ese indeleble trauma se había comunicado al resto de los detenidos, tan rápidamente se extendió aquel opresivo silencio por las demás celdas. El estudiante se apoyó contra la ventana mirando por encima de mí. Me di cuenta de mi superfluidad y me alejé silenciosamente. Al pasar por las celdas, parecían pobladas por cadáveres apoyados contra la pared.

Por la tarde, el superintendente llegó acompañado por unos cuantos hombres encargados de la comida. Pero ya no eran cómicos sus fanfarroneos y sus amenazas, que mezclaba con un principio de ruegos y promesas; resultaban simplemente escandalosos. Una y otra vez sonó el gimoteo de su voz: «¿De qué os quejáis exactamente? Decidme de una vez, ¿de qué os quejáis?» Nadie le hizo caso ni le habló. Ordenó que se abrieran las puertas y que colocaran la comida dentro de las celdas.

Las puertas se cerraron estrepitosamente de nuevo, pero los prisioneros no se movieron. Cuando sus pasos se fueron perdiendo, oímos los ruidos de las latas de aluminio rascando el suelo. Pronto el pasillo se llenó de platos con comida intacta.

Noche. Las monstruosas, agresivas, pero lúgubres, estridencias de las puertas al cerrarse y de los cerrojos que a su vez se quedan encerrados en agujeros al vacío. Cada cárcel tiene su cuota de locos; antes de que pasara mucho tiempo el llanto de uno de ellos, de un bloque distante, comenzó a verter los oscuros secretos de su alma. El sonido metálico de las cadenas que le sujetaban le acompañó; por la noche esos sonidos corrían claramente a través del aire de Shaki. Era casi luna llena, su aullido formaba parte del movimiento de aquel ojo leproso y entrometido.

Hacia medianoche comenzó a desaparecer de la conciencia, fusionándose con el silencio de los sueños.

Cuando llegó el nuevo sonido, un poco antes de la medianoche, no parecía pertenecer a nuestro mundo, ni tampoco al mundo que se desvanecía diariamente fuera de esos muros. Un sonido extraño, que comenzó con un flujo sosegado, derramándose en una corriente oscura, dando vueltas por la noche. Era algo que tocaba y envolvía la piel, suave como el sueño, pero demasiado extraño para ser parte de lo que nosotros éramos, de lo que sentíamos diariamente, de lo que nos



tocaba o sostenía. Sabía que procedía de algún lugar muy profundo en la tierra, de una parte aplastada, conocía los frágiles tentáculos del dolor y del triunfo.

Aquella humanidad tratada brutalmente debajo de nosotros estaba cantando, y los cuerpos que escuchaban de los reclusos se convirtieron en algo tangible, comunal. Sentía como si cada alma del bloque estuviera completamente despierta, escuchando, atreviéndose apenas a respirar o a moverse.

Nadie pudo recordar durante cuánto tiempo cantaron. Nadie gritó, nadie se quejó de que le hubieran perturbado el sueño. Duró entre dos y tres horas, tal vez, cada canción fluía tras la otra, sin rupturas.

Terminaba una canción y una nueva voz comenzaba otra y casi desde sus primeras notas parecía como si fuera la continuación de la última. Una especie de angustia y de fuerza lo invadía todo.

Nada salvo el sonido de los himnos en los rezos matinales y vespertinos se había oído antes de aquella gente. Ahora, de repente, en la mitad de la noche, la oscuridad en sus corazones había extraído aquellos sonidos de hogar y altar. Nos envolvía a todos, que no conocíamos sus hogares, en una común humanidad.

Y todo aquello se confirmó a la mañana siguiente. Hasta el soplón se había sentido conmovido y tal vez secretamente avergonzado. Con la ascensión de aquellas voces nocturnas escuchamos no sólo cómo cedían sus ataduras, sino también las nuestras, y sentimos como si el techo se hubiera abierto enseñándonos un cielo común. Envolvieron con sus voces nuestras entrañas e hicieron que cada hombre participara en el sacramento fraternal de la sangre, la culpabilidad y el dolor.

Casi simultáneamente, cuando se abrieron las puertas de las celdas a la mañana siguiente, salió la misma pregunta de los labios de todos: «¿Les oíste? ¿Les oíste anoche?», y la respuesta que la acompañaba: «No pude dormir. Ni siquiera cuando terminaron de cantar fui capaz de dormir.»

Hasta los criminales más sanguinarios y los más rabiosos presos del NNDP, cuya única fe política era la ibofobia, se detuvieron al ir al baño frente a las celdas de sus archienemigos políticos. Les oí decir: «¿Les oíste? ¿Les oíste cantar?» Era la primera vez que reconocían la existencia de Ikoku y Adebajo, pero querían compartir su experiencia y pensaron que aquellos dos eran las dos criaturas más sensibles que tenían a mano. Cada uno de ellos encontró una explicación sin

exigirla, cada uno buscó un significado que no era fácilmente definible. Cada uno comenzó a tener miedo de la respuesta que había sido evocada en su interior, sus interpretaciones y exigencias. Por encima de todo, había una conciencia en ellos, por primera vez quizá, de que las ataduras físicas y la angustia habían sido trascendidas, aunque fuera durante unas cuantas horas, por los gusanos situados en el grado más bajo de la escala oficial en la comunidad de la prisión.

Yon da Kolo, que seguía solo en su privilegiado oasis entre los desperdicios, fue el que se emocionó más. Bajé a hablar con él porque quería ver cómo le había afectado, ya que estaba en la misma planta. Le encontré caminando coléricamente arriba y abajo por su celda, expresando incoherentes pensamientos, irritado con algo que no podía captar, pero sobre todo consigo mismo. ¡Tan pronto como me vio explotó!

«¿De esa inmundicia? ¿De ese estiércol? ¿Sabes?, a veces me daba cuenta de que casi les despreciaba simplemente porque les tratan como les tratan. Es fácil, ya sabes. Si ves a la miseria durante demasiado tiempo comienzas a despreciarla. ¿Qué es todo eso? ¿Qué les salió de dentro?»

Tú no sabes, tú no estabas dentro de esta cámara de sonido con ellos. Todo eso... era como si te torturaran. Me hacía daño y, sin embargo, era... No lo sé. Vosotros sois escritores. Si no podéis...

Fuerza, eso es lo que era. Fuerza. Tenía mucha fuerza, ¿sabes? Me daba fuerzas aunque al mismo tiempo me hacía daño. Nunca he pasado una noche semejante, nunca en mi vida.»

Pasó por mi celda arriba alrededor de una hora más tarde, llevando su jabón y su toalla, y se paró para hablarme. «Me di por vencido. Intenté reunir el valor para pasar frente a sus celdas al ir al baño, pero no he podido. Es como si tuviera miedo de encontrar algo en sus rostros que no sea humano. Te lo digo, no puedo olvidar esta noche.»

Adebanjo dijo: «Ojalá que el ecologista humano les haya oído.»

Postdata para la Cruz Roja Cuando visitaron ustedes las cárceles en diciembre de 1967, miré desde mi ventana mientras inspeccionaban las filas de detenidos ibos en el patio fuera del bloque. El día antes de su llegada habían abierto sus celdas durante más de dos horas por primera vez en más de un mes. El gobernador de la prisión, el payaso que yo llamo el Generalísimo, fue quien dio las

órdenes un mes antes de que no se les debía de dar más jabón. No sólo eso, ordenó que los celadores quitaran cualquier trozo de jabón de las celdas. La razón era que los detenidos se habían quejado de que no recibían la cantidad estipulada de jabón. Eso era cierto. El jabón que tenía que haberles sido entregado fue reducido por la complicidad de los presos de confianza y algunos celadores. Así que durante un mes, hasta ayer, no tuvieron jabón.

Ayer, sin embargo, el día mágico, fueron abiertas sus celdas, les dieron jabón y les hicieron lavar sus ropas y mantas. Fueron aireados y soleados, incluso hubo barberos para los que se querían cortar el pelo. La fila de detenidos oliendo a limpio que ustedes vieron no era, por lo tanto, la masa de desperdicios que había vivido llena de suciedad, en condiciones antihigiénicas durante meses.

Tuvieron que llevarles, por supuesto, al aire libre para que ustedes no vieran las pruebas de que viven apiñados. ¿No han relacionado ustedes el espacio de ese bloque bajo con el número de detenidos que había fuera?

Finalmente, es algo elemental que exijan ustedes hablar privadamente con los presos. Su manera habitual de hacer preguntas a los presos cuando están rodeados por sus guardianes, acerca de su situación, fue una farsa penosa. Deberían saber ustedes la posibilidad de represalias si daban una respuesta inconveniente. Si no pueden hacer ustedes «investigaciones» completas, no visiten las prisiones políticas; no produce en los reclusos más que falsas esperanzas.

Llegaron a la mitad de la noche, un funcionario superior acompañado por tres celadores. Estos iban envueltos en sus negras capas nocturnas, el otro adoptó unas maneras bruscas y terminantes.

Mientras buscaban con torpeza la cerradura, mi mente dio un salto instintivamente hacia el otro atentado contra mi vida en la Seguridad Media. -¡Prepare sus cosas!

Fue como ladrar una orden a un perro, sin embargo, mi mente estaba tan distante en ese momento de su presencia inmediata, estaba tan obsesionada por ese siniestro paseo que iba a dar, que le obedecí como un autómata. Y había otro rincón de mi mente, el instinto de supervivencia en una cárcel, que había comenzado a discurrir cómo podría distraerle para desenterrar mis trozos de papel, mis pedazos de lápiz, las notas que había preparado para cuando pudiera tener contactos exteriores...

Me sentí aliviado al darme cuenta de que otros detenidos estaban despiertos y se habían reunido cerca de la entrada de mi celda -las puertas de sus celdas nunca estaban cerradas por la noche.

Adebanjo en particular se había acercado a uno de los celadores y oí su cuchicheo de actor por encima del ruido que yo seguía haciendo con el cubo y la caja de la letrina. «¿Dónde le van a llevar?» Por el rabillo del ojo vi cómo el celador se encogía de hombros. ¿Cómo es que no habían podido avisarme esta vez? Pensé en G. y en mis dos camaradas. ¿Por fin habían acabado con mi Inteligencia?

Cuando salí de mi celda, Ikoku preguntó si necesitaba algo y me obligó a aceptar algunos de sus cigarrillos. Adebanjo se empeñó en que yo llevara su toalla. La cogí pensando que a lo mejor no necesitaba nada en el sitio adonde iba.

El funcionario se puso a un lado y yo marché el primero. Al final del pasillo, la presión de aquel paso tan estrecho aumentó mis temores y la oscura amenaza de aquellos celadores me hizo detenerme, me di la vuelta y grité con todas mis fuerzas:

- Quiero que todos vosotros sepáis que no voy a hacer ningún intento de escapar. Si algo me ocurre, ¡recordadlo!

Cuando bajamos la escalera oí la voz de Olu Adebanjo sonando por todo el pasillo, diciendo a los reclusos que no se olvidaran, recordándoles que yo salía de aquel bloque en medio de la noche, sano y salvo hacia un lugar desconocido. Pasamos por los terrenos baldíos de la prisión, mi fardo bajo el sobaco de un celador. En el despacho, los tres celadores se marcharon, dejándome a solas con el funcionario y un individuo viejo de servicio. El funcionario seguía mostrándose ceñudo, pero por fin llevó su deprimente existencia a otro sitio. Antes de que volviera el viejo me miró y luego estalló repentinamente: -¿Por qué no le dejan a usted en paz? ¿Adonde le llevan esta vez?

Volví las palmas de mis manos para indicar mi impotencia en estos asuntos.

De repente el Generalísimo irrumpió en escena, vestido de paisano. Rebosaba entusiasmo, como si estuviera dedicándose a una elevada operación en favor de la humanidad. A aquella hora de la noche, ese ser increíble apareció recién lavado, engominado y todo acicalado, rezumando una misteriosa felicidad a través de su magnífico agdaba. -¿Tiene todo? Oh, está bien. ¿Le han dado su libro? -¿Qué libro? -¿No le han dado su libro? El libro que ha escrito usted.

Salió corriendo y volvió con un ejemplar de Idanre. No lo había visto hasta entonces. Le di la vuelta en mi mano. Allí estaba mi nombre en grandes letras en la portada. Milagrosamente, sentí una oleada de elevación ante ese trozo tangible y recién acuñado de mi ser interior, que tenía entre las manos. Le di la vuelta, vi la foto en la contraportada, abrí las páginas. Se abrió en el poema a mi hija.

Le pregunté al hombre: -¿Cómo me lo dan ahora?

Agitó las manos:

- Oh, alguien se olvidó de dárselo antes, eso es todo. -¿Adonde me llevan?

Tartamudeó durante una eternidad. Cuando había empezado a mentir en los límites de lo inaudible, yo me había dado la vuelta y estaba leyendo mis poemas publicados.

Y ahora comenzó la larga espera. Una hora. Dos horas. Luego tres. Al cabo de dos horas el inquieto superintendente había renunciado y se había vuelto a su casa, dejándome a cargo del Gran Ceño. Sonó un teléfono poco antes del amanecer, el funcionario contestó, dio un par de vueltas y anunció:

- Vamos a volver a la celda.

Aquella misma tarde me llegó, retrasada, la nota de G. Estaba dirigida a Dan y decía sencillamente: «Di a tu amigo que no tenga miedo si vuelven otra vez.»

*Una digresión sobre el tema de las ATROCIDADES y COMISIONES y las  
LACUNAE en la mente del PODER*

Inmediatamente después de la liberación del Medio Oeste del control de los vándalos rebeldes por los valerosos soldados federales, el Gobierno de Gowon-Ogbemudia en el Medio Oeste estableció de inmediato una comisión llamada la Comisión de las ATROCIDADES . Por supuesto la guerra seguía su curso. Se podía decir que era más violenta, más feroz y más total que nunca. Las palabras eran GUERRA TOTAL , MOVILIZACIÓN TOTAL , GOLPE APLASTANTE , etc.

Sin embargo, en medio de esa concentración de voluntad guerrera, hubo un sobrante de tiempo y energía como para permitir el funcionamiento de una comisión -los testigos, los guardias armados, la burocracia y los gastos. Así debe ser. Es necesario registrar esas cosas. En términos de esta guerra en particular y en términos de -vamos a admitirlo- mayoría del pueblo del Medio Oeste, fue un crimen. Todos los crímenes deben ser investigados, en tiempo de paz o en tiempo de guerra.

A mí aquello me pareció muy bien. Durante mucho tiempo llegué a temer que esa palabra, ATROCIDADES , ya no estuviera de moda en nuestro vocabulario y en su significado. Después de todo, la palabra quiere decir algo. Describe un fenómeno, define un acontecimiento que se ha producido o que se está produciendo. Desde luego, es una palabra muy enérgica. A veces, desde luego, una palabra ya no sirve, al menos no por sí sola. Su realidad tiene que ser ratificada por una respuesta, por una aceptación positiva o una acción contraria. El Gobierno Federal del Medio Oeste, al crear la Comisión, me demostró que la palabra ATROCIDADES evoca esa última respuesta. Fue más allá y demostró la forma precisa que debe tomar esa acción contraria. En mi celda de Kiri-kiri me sentía feliz al saber que esa palabra había sido rescatada del desuso.

El Gobierno de Ironsi parecía en su tiempo reaccionar ante las responsabilidades de esta palabra, una responsabilidad que, como hemos mostrado más arriba, también le dio Yakubu Gowon de una forma concreta en noviembre de 1967. En mayo de 1966, Ironsi nombró una comisión (la misma forma de acción) para investigar las ATROCIDADES a las que se llamó generalmente Las Matanzas

Menores del Norte. La Comisión todavía seguía funcionando cuando Gowon tomó (¿o se le facilitó?) el poder en junio de aquel año. Públicamente declaró que el trabajo de la Comisión seguiría sin obstáculos -fue una de sus primeras declaraciones a la nación. En privado liquidó la Comisión. La nación no volvió a oír hablar de esa Comisión creada por Ironsi y heredada por Gowon para investigar las ATROCIDADES de mayo. A propósito, eran tiempos de paz.

En septiembre-octubre de 1966, Gowon tuvo una oportunidad excelente de lanzar una gran Comisión propia. Tenía todo el derecho del mundo en no creer a las comisiones sobre ATROCIDADES . El silenciamiento de la Comisión anterior (la de mayo) indicó que eso podía suceder.

Fue privilegio suyo. Un hombre, en especial un hombre que tiene mucho trabajo, tiene derecho a considerar las comisiones irrelevantes en sí. El hecho siguiente, por lo tanto, es algo plenamente comprobado: en septiembre-octubre de 1966 se produjeron otras ATROCIDADES por toda Nigeria, incluida Lagos, sede del Gobierno de Yakubu Gowon. Pero donde se produjeron realmente en gran estilo fue en el Norte. Las ATROCIDADES fueron tan públicas hasta en el propio Sur (Lagos) que delegados a una Conferencia Constitucional promovida por Yakubu Gowon fueron maltratados físicamente por el ejército de éste a la vista de los edificios de la Casa de la Asamblea donde se celebraban esas conversaciones constitucionales. Cazas de hombres, anunciadas por el tableteo de las metralletas, se llevaron a cabo en torno a Ikoyi, donde Gowon vivía, y las ejecuciones y los juegos de tortura que ocurrían en su residencia oficial, el Cuartel Dodan, a civiles que simplemente habían sido detenidos en la vía pública -el puesto de control de Ikorudu era el lugar favorito para los secuestros-, eran hechos corrientes que Yakubu Gowon sabía de sobra. En cuanto a los acontecimientos en el Norte, simplemente hubo ATROCIDADES en una escala tan vasta y tan completa y tan bien organizada que se les llama Las Grandes Matanzas (para diferenciarlas de los ensayos de mayo), genocidio y a veces únicamente disturbios y -esa joya se debe a Ukpabi Asika- ¡estado de anomia! Yakubu Gowon llegó a referirse a ellas como ATROCIDADES en su llamamiento. La palabra misma, llamamiento, es significativa. Es muy reveladora del señor Gowon.

La cursiva es mía:

Compatriotas del Norte:Hoy quiero dirigir este llamamiento específicamente a todos vosotros. Tenía muchas ganas de ir a visitar personalmente porque sé que muchos de vosotros no me conocéis, pero esa visita no ha sido posible por el exceso de trabajo.Todos sabéis que desde finales de julio, Dios, con su poder, ha confiado

la responsabilidad de esta gran patria nuestra a otro norteño... Ese importante punto (importante para Gowon) lo reitera, porque es evidente que son los norteños los que tienen que ser apaciguados, no las víctimas. El efecto de ese lenguaje de apaciguamiento sobre las víctimas mutiladas y despedazadas, por supuesto no tenía importancia.

Así que recalca ese punto:

Aquí me gustaría repetir lo que he dicho antes. La responsabilidad del bienestar de Nigeria está ahora en nuestras manos y no se puede tratar con ligereza.

Por supuesto, la provocación seccional de este llamamiento no puede definirse como algo hecho a la ligera, sólo el anarquista más rabioso podría sugerir que una manera de tomarse en serio las responsabilidades es evitar el tono de apaciguamiento frente a las ATROCIDADES . Sin embargo, vamos a continuar:

Desde enero de este año, cuando algunos soldados trajeron la confusión a nuestro país matando a sus jefes, tanto políticos como militares, el Gobierno no se ha recuperado plenamente de esa confusión. La tristeza provocada en los espíritus del pueblo por el suceso de enero ha provocado disturbios llevados a cabo por civiles en el Norte en mayo, causando pérdidas humanas. A diario recibo quejas en las que se me dice que los orientales que viven en el Norte están siendo asesinados, molestados, sus propiedades saqueadas. Eso no me gusta nada. Tenemos que parar todo eso. Parece que se ha ido más allá de cualquier razón hasta llegar a un punto de imprudencia e irresponsabilidad. ¡Me parece que estoy más allá de cualquier razón!

Notas añadidas algunos días más tarde

Acabo de recordar lo que iba a decir: Ahora que la laguna de la Comisión de ATROCIDADES ha sido rellenada en el tabloide de la mentalidad del poder en octubre de 1967 (Medio Oeste), me pregunto si habiendo limpiado el Medio Oeste de los últimos intrusos, y puesta la segura y acorazada armadura resplandeciente de nación libre de ATROCIDADES , será creada una Comisión de ATROCIDADES para investigar las carnicerías y torturas realizadas con los ibos civiles del Medio Oeste por las tropas ayudantes y sus ayudantes civiles. En Shaki, antes de mi traslado, escuché el testimonio ocular de un soldado federal, un joven estudiante que había visto cómo se hacían pedazos sus ideales con las despiadadas ejecuciones de civiles. Protestó, luego, pensando que su vida estaba en peligro, desertó y se fue



a Lagos. Allí fue detenido y encarcelado una semana después. Las ejecuciones y las torturas seguían produciéndose cuando él se marchó. Vio a familias enteras azotadas a sangre fría. ¿ ATROCIDADES ? ¿O sencillamente guerra?

Comenzó la procesión en el despacho del superintendente. Una hilera de safari, una fila de porteadores compartiendo unas cuantas propiedades miserables, apenas una carga para un niño de cinco años, y comenzamos el viaje pasando a través de jaulas de animales. Jaulas entrecerradas, que parecen a los no iniciados como si fueran laberintos proyectados por científicos locos para probar la inteligencia de los ratones. ¿Quién va a probar vuestra inteligencia, esclavos, la vuestra y la de esos animales cuyos gruñidos obedecéis? Oh, para trabajos diabólicos, esa clase de astucia no necesita pruebas. Yo seré vuestra prueba, vuestro testigo científico. De los ratones hasta los hombres hay un paso fácil e inteligente, jaulas y laberintos para desorientar la mente. Se llaman pruebas. O condicionamientos. Y tal vez sea útil comenzar ahí, novicio, porque esas jaulas forman parte de un conjunto para valorar algo. ¿Y quiénes valoran? Lo peor para ellos es que no saben lo que hacen. ¿Desecharles por inconsecuencia? ¿Instrumentos? ¿Simples funcionarios del proceso? ¿Despreciables chicos de los recados para una realidad que es sólo tuya? No te engañes, sabes que tienen el poder de hacer daño. Es verdad, pero también lo tiene una víbora viscosa y venenosa, que ataca a ciegas.

Jaulas. Jaulas de hormigón y con un corredor con mimbres de hierro acanalado para pasar. Una forma estólida guarda esas aberturas y la propia puerta es una barrera de pesados cerrojos, de candados inenarrables. Una mano se mete por un agujero en la puerta, un ojo mira, se da vueltas a una llave y se corre un cerrojo. Pasamos. Todavía no se ve el final del viaje. Una mano sin cuerpo abre cerrojos que atruenan en cada patio resonante, siempre el mismo agujero cuadrado en la puerta, la mano de un torturador y la puerta que se abre hacia adentro, colocada de tal manera que el rostro y cuerpo del guardián quedan ocultos. ¿Me tienes miedo? ¿O tanta vergüenza que te cubres con un escudo? Y pensándolo bien,

¿por qué son necesarios ocho hombres para llevarme a mi celda?

Cuatro delante y cuatro atrás. ¿Es que la simple presencia del uniforme no es suficiente talismán?

Una pregunta en los ojos de cada recluso que hace ejercicio en el patio: ¿Quién es? ¿Quién es esta nueva víctima? El paso es rápido a través de las catacumbas. Pero si no fuera por determinadas dificultades «técnicas» que yo me sé, me hubierais traído aquí por la noche, metiéndome furtivamente para evitar esos ojos interrogativos y sus sospechas fundamentadas. Nada escapa a un prisionero, menos que nada los detalles de un nuevo recluso. Dentro de unas cuantas horas irán poco a poco, comparando deducciones hasta llegar a la verdad. Todavía otra jaula. Y la misma mano que pasa por el agujero cuadrado..., de repente sospecho, luego abrazo una convicción: nunca llegaremos a un destino. No hay ninguno adonde ir. Seguiremos caminando por estos pasillos durante una eternidad. Seguiré por esos eternos pasillos con el crujido de botas delante y detrás de mí sobre la árida grava, yo y esos trapos de mis propiedades humanas llevadas delante de mí como una prueba de mis crímenes. Caminaremos por el pasillo sin fin y la procesión se terminará uno por uno, uno delante y uno detrás y con ellos las dudosas pruebas de mi memoria humana.

Salvo para Polifemo. Polifemo -el nombre llega sin esfuerzo, con naturalidad, a la mente-, no puedo deshacerme de Polifemo. ¿Deshacerme de? Desde luego es insondable. (Tienes gracia, novato, ¿sigues pudiendo hacer esas bromitas? Polifemo te va a sacar un montón de gracias, ya verás.) Polifemo es el que cierra la marcha, pero no puedo apartar mi mente de él, de su presencia antes en el despacho mientras comprobaban mis propiedades y sus ojos me estudiaban esperando el momento en que lo oficial se terminara y se quedara a solas con su cena: yo. Lo suficientemente negro como para hacer que el purista negro más recalcitrante tenga que buscar nuevas definiciones de negro, Polifemo mide más de dos metros, es una torre amenazadora cubierta de cicatrices que gruñe, mira rápidamente a otra parte cuando yo sondeo sus vacías profundidades con una mirada, luego comienza furtivamente su inspección de ese extraño bocado que puede perturbar su digestión.

Si hay potros o empulgueras, porras de goma o toallas mojadas al final, sé que Polifemo será el sacerdote de los ritos de sumisión. Nada de quemaduras con cigarrillos, ni electrodos en los órganos nerviosos ni otros refinamientos por el estilo. El de Polifemo es el tratamiento de levantarte, tirarte y estrellarte. Cuando se vean los tuétanos en la pared, entonces a lo mejor se detiene, desconcertado.

«Sé enseguida cuándo llegamos a nuestro destino. Los muros son más altos y están cubiertos de cascos de botellas, túneles de alambre con púas todavía más siniestros que antes. Y ahora la fila de delante se detiene y abre camino para que Polifemo pueda llegar hasta la puerta. Una llave sale de los pliegues de su carne, una enorme forma se encoge sobre la cerradura. A pesar de lo enorme que es el candado, desaparece en la palma de su mano. Aprovecho esos pocos momentos de espera para echar un vistazo por esa jaula y me encuentro con la increíble mirada de un mono. Encogido como si estuviera a punto de saltar, se metamorfosea luego en un ser humano reconocible aunque irremediabilmente loco. Está tan delgado que parece no tener carne, su piel es como ceniza sucia con el hollín de unos huesos salientes y una mueca fija en el rostro. Mis guardianes se dan con el codo unos a otros y le señalan con el dedo. El loco es una broma para ellos. Rápidamente mis ojos recorren otros rostros. Otro recluso más lejos mira con el rostro lleno de compasión. ¡Maldito seas! ¡Maldito seas tú y todos los que son como tú! No ofrezcas más que odio. Odio. La pura llama ardiente de odio que calienta a través de la humedad y aguza tu espíritu como un arma para sobrevivir. ¡No lástima por las víctimas, idiota, sino simplemente no más víctimas! Si no tienes más que hacer en el mundo, tumbate y muérete.

Mis pertenencias ofrecen un aspecto harapiento y cómico. Un peine, un chaleco blancuzco encogido después de tanto lavar y de tanto usar, un par de pantalones de muda que brillan de viejos, una toallita, cepillo de dientes y pasta -se han confiscado las aspirinas y el thalazole hasta que las vea el médico; al día siguiente me las dan- y tres libros de mi última residencia, medio deshechos de tanto manejarlos y de la lluvia que llegó de repente una noche y lo inundó todo en la celda. Más tarde hasta éstos desaparecieron una mañana, sin advertencia previa, sin justificar la razón. Plumás, lápices, todos los trozos de papel fuera, hasta un cartón vacío de cigarrillos cuyo interior era un precioso espacio para la escritura.

Ocurrió unos pocos días después. Siguiendo un ejercicio fijo y es evidente que muy practicado, una escuadra de inspección irrumpió en el patio y se dispersó en todas las direcciones. Buscan grietas, tantean el suelo, sacan las camas y sacuden los agujeros en la red. Llenan en seguida un patio tan pequeño, sus botas pasan sobre mi piel allí donde yo estoy, un poco aparte para mirar.

Polifemo es el que da las órdenes, pero el ejercicio se lleva a cabo bajo la mirada apacible y supervisora de un funcionario superior. Sin embargo, su misión no es simplemente quitar.

Pasada la primera etapa, que fue desinfectarme de la corruptora, alentadora

(¡y amenazadora!) presencia de papel para escribir y leer, revisan los objetos esenciales para vivir y donde faltan o son inadecuados, me dan unos nuevos o los sustituyen. Y así estoy equipado: Fuera, una ducha (sin la ducha); una letrina, un agujero hecho en el hormigón, para ponerme en cucullas. Dentro, la celda donde duermo; un cubo de agua con tapa; taza y plato de aluminio; una cama de hierro; un colchón de materia que no cede; una manta; una sábana pardusca pero limpia, un bulto duro e indegerible, la almohada; una caja letrina con cubo para la noche; cuatro palos de rafia colocados en los extremos de la cama y que sostienen el mosquitero más sucio que se pueda concebir, un recogedor de polvo que no se utiliza y no ha sido sacudido debido, descubrí pronto, a razones de obvia futilidad ya que por él puede entrar cualquier criatura menor que un cuervo. Ciego. Y volando con las alas extendidas. En la otra celda, la Celda de Día, una silla, una mesa, otra caja de letrina pero destinada a armario de alimentos. Esta caja de letrina está hecha de madera castaña y aunque está lavada, las manchas permanentes en la madera lo contaminan mentalmente todo. La crisis surge un día cuando tengo que meter la mano detrás y una plaga de mosquitos surge de las grietas oscuras, gordos como moscones azules (los verdaderos moscones azules son más gordos que las abejas), sus barrigas hinchadas y oscuras sugieren instantáneamente no la sangre de los prisioneros del otro lado del muro -¡toda esa sangre no puede proceder de MI !-, sino de porquería, carne putrefacta y excrementos. Enloquecido por este espectáculo, los atacé con la escoba, luego tiré la caja de letrina y la comida que había dentro. Al día siguiente me dieron para sustituirla un recorte de caja de kerosene.

Las celdas que no son paredañas, son las dos de en medio de una choza con cuatro celdas dentro del patio de aislamiento. Las otras están siempre cerradas. Cada celda tiene aproximadamente uno veinte por dos cuarenta. Normalmente éste es el bloque de castigo, los gritos de los prisioneros que reciben «tratamiento» aquí no pueden ser oídos por nadie salvo por quien esté en la última jaula junto a la mía, y ésta es la destinada a los casos difíciles, reservada a los locos, los condenados a cadena perpetua y a los violentos. La mayor parte de los que vienen aquí a pasar una temporada de castigo en este patio, proceden del otro lado. Pero aún hay más descubrimientos. Mi inventario actual de objetos y sus vidas se relaciona exclusivamente con celdas de techos altos (supongo que para evitar el suicidio), los ventanucos en la parte alta de los muros, que únicamente se abren a un horizonte de cascos de botella y alambradas de púas, el espacio de ejercicio alrededor de la choza dentro del patio, la presencia hostil del guardián condenado -oh, sí, condenado- a estar encerrado en el patio y hacer sus rondas eternas hasta que lo releven. Y el conocimiento profundo, pesado de un aislamiento sin fracturas que llega cuando uno se encuentra a merced de fuerzas anónimas y sin rostro.

Reconozco, y me alegro, el principio de un proceso de apartamiento, una acentuación del aislamiento impuesto por un autoaislamiento instintivo. Lo primero que encuentro es que mi cuerpo rechaza todo objeto, un proceso que no ocurrió durante mis cuatro meses en Lagos. En Lagos pasó lo contrario. Mi cuerpo se adaptó a su ambiente, recogió el ritmo de la cárcel, aceptó y absorbió el pulso, los sonidos, el tacto de los objetos y la sensación de la comida. Reaccionó sólo contra las cosas que normalmente me disgustan: la inmundicia y los malos olores, la traición entre los prisioneros, la insensibilidad de los celadores. Entré en la vida de la cárcel igual que uno se zambulle en una corriente de agua, un elemento no natural pero al cual el cuerpo se adapta. Aquí ocurrió al revés. Lo rechacé todo, no hice contacto. Mi piel rechaza un objeto tras otro. Ni siquiera estando tumbado hago contacto. Al caminar no siento el contacto de la tierra. El proceso se acelera hacia una terminación total. La realidad es asesinada y enterrada por los recuerdos del pasado. Las palabras cumplen en ello un papel, hipnotizando la mente y desensibilizando el cuerpo. Por ejemplo, mientras la última puerta se abría, descubrí que había establecido un ciclo sin objeto de palabras. Volvía a repetirse una y otra vez, una y otra vez hasta que mi mente consciente tomó por fin nota de ese conjuro. ¿Una cita de un libro olvidado hace mucho tiempo? ¿O simplemente una variante del tema familiar: Abandona toda esperanza, el que al espíritu creativo quiere dar un toque original a toda costa? No importa, es así y lo acentúan las campanadas: En malos tiempos llego a este lugar malo, traído por manos malas y quién sabe si no me pasará algo malo en este lugar malo... Luego comienza de nuevo. Ahora, semanas más tarde, me doy cuenta de que lo había grabado sobre el arco de la última puerta cuando Polifemo tenía en la palma de su mano de estrangulador el candado enorme y esa puerta se abrió al infierno.

Todos los sonidos resuenan no contra los muros puntiagudos del patio, sino contra las paredes de la celda, He empezado a encerrarme. Al proceso le ayudó mi más hábil atormentador, Ambrose.

Los otros guardianes normalmente escogen para su ronda el perímetro del patio, caminando a su aire dentro de los muros y lanzando miradas cumplidoras al pasar por delante de la choza. Pero Ambrose no. El camina sobre la parte pavimentada delante de la choza, da la vuelta a la esquina y vuelve. A un paso regular arriba y abajo. ¡Hijo de puta! ¿Quién es el prisionero, tú o yo? Una cosa que no he hecho, evitándolo con cuidado, es dar paseos regulares. Hasta ahora. Las botas con tachuelas de Ambrose caminan arriba y abajo por el pasillo -me niego a mirarle, a verle, a reconocerle-, su pesado paso militar, la monotonía golpeteante de andar, me obligo conscientemente a acelerar el ritmo de mi interiorización. No hay otra protección. Pero significa también que las líneas exteriores de defensa se están

abandonando. Ni siquiera los ruidos distantes resuenan como antes en los muros del patio, luego de las celdas, sino directamente en los muros de la mente, perdiendo dirección y perspectiva. He decidido que es lo mejor. Que el mundo se centre en mi persona. Ambrose con su paso regular otra vez, y la cápsula todavía no está completa, todavía no está herméticamente cerrada, ni es resistente al tormento. Me envuelve una gran rabia y sé que estoy al borde de la violencia o la capitulación. Puede pedirle cortesmente u ordenarle coléricamente que se aleje. Cualquiera de las dos cosas tiene la misma posibilidad de éxito, porque hay una cosa que tengo clara en este lugar: no sé qué le han dicho a los celadores o qué opinión tienen ellos a partir de su conocimiento de mí; pero es evidente: sin excepción me tienen un temor reverencial. Pero yo también estoy seguro de que si les ordenaran que pusieran fin a mi vida, lo harían. Están llenos de deferencia. Un factor que está almacenado en mi inventario para utilizarlo cuándo y cómo sea necesario y si es posible fortalecerlo. En cuanto a los paseos de Ambrose, decido finalmente no hacer nada. Domínalos, destiéralos, acostúmbrate a ello. No pidas nada, ni rechaces nada visible. No traiciones nada, nada de lo que te pueda afectar. No indiques ni placer ni dolor, ni agitación ni disgusto. Construye una cápsula que te proteja, tan lisa que ellos no tengan dónde agarrarla. Pinta una mueca que nunca cambie sobre esa cápsula y deja que sus mentes indagadoras no encuentren más que vacuidad.

Pero el pasado sigue interponiéndose. Y ya que he matado con éxito el pasado vulnerable -amor, vínculos, recuerdos de auténtica realización-, son los acontecimientos inmediatos los que rompen la cápsula protectora, obligando a una inútil rabia y abriendo puertas a la autorrecriminación. Un talante semejante ofrece la parte más vulnerable a los torturadores. Escojo la única vía, pero con deliberación. Empiezo recordar toda la secuencia de acontecimientos incluso en un intervalo de tiempo, aunque no siempre cuantitativamente exacto. En realidad, casi nunca.

Pensamientos, hasta recuerdos, destellan en la mente con un desprecio real por el dolor crucificante de proyectar, esperar, ejecutar, esperar, concluir y recomenzar en tiempo activo. Una y otra vez echo el freno: tienes todo el tiempo del mundo, estúpido. Unos cuantos meses recordando unos cuantos meses pasados significa unos cuantos meses tachados en un futuro vacío. Será, reconozco poco a poco, el modelo de tu existencia. ¡Ojalá lo controle Cronos! Controla los restos o los recuerdos en las aguas de Leteo. Un poco cada vez, haciendo a su vez desvanecerse la concreta realidad del presente. El juego de palabras me divierte, aunque no quiero ni tocar el suelo de hormigón.

El agua es la única excepción en este rechazo del cuerpo. Como lluvia que procede del cielo o hasta cuando viene helada en el barmatán, me pongo bajo el

tubo de la ducha y me espabilo bajo la fuerza de la manguera del bombero. Limpio, aislado, por la tarde suele haber un arcoiris que cuelga del rocío. Un sólido sonido de turbina cuando su chorro golpea el suelo de hormigón: entonces mis pies no rehuyen el suelo. Pero después, el lento paseo hasta un paciente ataúd...

17

*Hraagrath hraagrh... ptuj-ipláj! ¡Cerdo!*

*Hraaaagrh kraaaagrh... ptuuth-jpláj! ¡Cerdo!*

*Hraaaaaagrrrrh hraaaaaagrrrhaaarrh... ptuh-jpláf!*

¡Vil cerdo pagano!

No es que la cólera tenga punta. Nada más que una rabia cansada y flácida, una hastiada incredulidad..., ¿existen animales como tú? ¿Pertenece a la misma especie que dice tener alma, sensaciones y pensamiento?... Las sórdidas tres cosas se han terminado, quito los dedos de los oídos -un esfuerzo inútil en cualquier caso; esta expectoración fangosa y profunda rompe todos los tapones antisonido. No hay forma de evitar ese odioso abrevadero cuando se entona para limpiar su boca. Un promedio de ocho veces cada turno. Fue fácil darle un nombre: Hogroth. Lentamente el estómago baja y se pasan las ganas de vomitar. Hace ya tres meses y todavía no he aprendido a resistirlo. Sé que no podré nunca.

A veces da un aviso. Oigo su costrosa mano metiéndose en el cubo y poco después un chapoteo de agua haciendo su ronda en su boca manchada de cola. Es entonces cuando apresuradamente intento tapar mis oídos con los dedos. Sé lo que va a venir después. Sin fallo, como si todos los sapos se convirtieran en uno y ése, enorme y repugnante, se metiera en su garganta. -¡Hraaaag! -y ¡pláf!, el grumo del escupitajo choca contra la pared.

Ese hombre, esa cosa, tiene una familia. Tiene mujeres, tiene niños, muy probablemente tendrá otros familiares que dependen de él y le llaman Baba. Irá a



lugares públicos, andará entre la gente para ver algún triste espectáculo, pasará el día en algún acto social, por la tarde irá a la taberna del pueblo, es una entre las otras vacuas presencias en cien actividades oficiosas. Entonces, ¿es que haces ese ruido de cerdo en todas las ocasiones y con toda clase de compañías? Sí, cerdo, lo haces, con tu garganta que parece una mezcladora de cemento, ¿regurgitando mortero, escoria y yeso de estiércol? ¿Lo haces?

A casi cuatro metros un escupitajo da en la franja de hierba de la alcantarilla, el final de un arco borroso que comienza psss y termina en el ¡pláf! La agitación vuelve de nuevo a la garganta, preparando al mundo para otro «goro gritty gob». Pasea, se sienta, habla a través del agujero en la puerta a su compañero guardián del otro lado, hasta cuando dormita sobre un cubo puesto del revés, la cabeza apoyada en el muro, una boca multicolor abierta de par en par, un hoyo de dientes cariados, con hongos verdiamarillos, el paladar con una espesa capa de cola que desaparece por oscuras entradas hasta una tina repugnante, en alguna parte en medio de sus errabundeos pantanosos un hilo de cola cosquillea el forro de su garganta y provoca ese temible castigo, después viene el triple dragar y la rojiza viscosidad es eyaculada al mundo. No despierta. Los ronquidos que la acompañan siguen sin interrupción.

Su cuello es igual al cuello de un buitre. Un gemelo, flácida piel escamosa, marchita y llena de manchas. No costaría nada poner fin a este azote: sin embargo, ¿cómo se podría después con el recuerdo y la sensación del contacto con esa carne, por breve que sea? No tengo una mano de sobra para hacer el trabajo. Sin embargo, si no quedara más remedio, se podría frotar la piel hasta levantarla. Me sobra tiempo para que salga una nueva piel mientras me paso toda una vida en la cárcel. Si me ahorcan no importa. Si es cadena perpetua, frota las manos hasta que sangren y ponías al sol para que se queme todo contacto. Pero nunca más se atrevería un guardia, encerrado con un preso solitario, a infligir algo tan repugnante. Hogroth muerto. El universo con un nuevo resplandor.

Ya oigo la celebración en la prisión. El problema es a cuántos de ellos hay que matar. Cada uno, casi sin excepción, tiene su propia manera de vejar. Lo hacen con el sonido porque la cripta es una cámara resonante. De registro alto y bajo llegan al repositorio, a la maléfica magnifactoría de los sonidos. Desde el vecino Pantano de la Desesperanza nosotros, la cripta y yo, escuchamos los gritos de las almas atormentadas, los gritos de los flagelantes, los aullidos de glotón en medio de la noche, diálogos mascullados con espíritus invisibles, la risa enloquecida de las hienas. Sobre selectas autopistas aéreas pasan a la Cripta, magnificados cien veces, resonando mil veces en la cámara de la mente.

La Cerda es otra enemiga. No, la Cerda no tan inmediatamente después de Hogroth. Prefiero a Calibán, es un cierto alivio.

A Calibán nunca lo he visto. Visualmente sigue siendo un misterio. Pero sé que tiene una pierna y media. O tres. Ciertamente una pierna es el doble de larga (o de pesada) que la otra, sus golpes secos y desiguales son inconfundibles cuando machaca su ronda nocturna en los huecos de mi cabeza. Arrastra el pie, luego martillea. En el silencio de la noche, al compás de arrastre y martilleo de sus desiguales zancadas de espectro cuyo olor pasa y vuelve a pasar. Es el hedor de una levadura cuando está ya fermentada, un pasar de chinches de las maderas envueltas en el olor de gomina barata: ¿su olor es tan fuerte porque tiene que disfrazar la hediondez del alcohol? Calibán bebe una poción privada, desconocida por hombres y animales, y la combinación de sus exhalaciones y el hedor impregna la celda en su breve paso.

Y Calibán canta. En el silencio de la noche, al compás del arrastre y martilleo, Calibán rompe en su coloquio siguiendo el idioma de sus pasos: alterna compases de un misterioso canto fúnebre, primero para sus adentros y luego en audaz reto a los cielos. El cielo se amedrenta ante su poderoso aliento y permanece sensatamente mudo. Desde un remoto rincón del patio llega un nuevo sonido, rompiendo la monodia cielo-alma de Calibán. Es la batalla de su impermeable enganchado en la regadera o cogido en las agonías del limonero. La batalla dura un largo tiempo. Primero hay una lucha silenciosa, transmitida enteramente por las violentas sacudidas del limonero o los aullidos de la regadera y las botas de Calibán buscando puntos de apoyo más firmes en la grava traidora. Luego se interponen, arrancadas de la torturada alma de Calibán. Su largamente interrumpido tempo unodos se amplifica ahora en unos pasos también desiguales y el monstruo, sutilmente analítico en las profundidades de su embriaguez, rodea el impermeable y el obstáculo durante varios minutos, luego finalmente convencido de que lo único que funcionará será un ataque por sorpresa, salta de nuevo a la refriega con un vigoroso torrente de maldiciones coercitivas.

Oleadas de sueño vuelven lentamente a través del asalto de la noche, pero una vez más se ve obligado a retirarse. Un violento crujido corta el aire, un crujido de lona que se tensa en el viento.

Es Calibán una vez más. Su impermeable ha quedado libre y lo sacude y lo extiende para sus oraciones de las cinco. Su canto está pensado para llegar hasta la divinidad del otro lado del cosmos mediante el puro esfuerzo físico. Pasa sus cuentas con la misma capacidad de sonido, tensa la lona al final de los rezos, da un

par de patadas al cubo deliberadamente, supongo que una patada triunfal, y luego, vuelve a su desigual merodeo hasta la llegada de su relevo. Calibán no duerme nunca. Ni yo tampoco cuando Calibán patrulla por la noche.

## 18

Ya he dominado las pisadas de Ambrose; pero ahora me enfrento con una nueva amenaza de sonido; penetra la cápsula, amenaza con quebrarla por completo. Que ese sonido haya permanecido tanto tiempo ignorado o es un tributo al poder del tormento ambrosiano o a mis anteriores poderes de exclusión. Anteriores, porque el tormento sónico se nota, cosa que no ocurría antes.

Procede del gran supervisor que, seguido por cinco o seis funcionarios, Polifemo incluido y un cadete subalterno, hacen su inspección mañanera. Surgen súbitamente, él contra el marco de barrotes, tapando la luz, los otros fuera de la vista, al fondo. Invariablemente me despierto unos segundos antes de su verdadera aparición, reanimado por el sonido de las botas que se arrastran hasta situarse en posición de atención y el cerrojo en la puerta del patio furiosamente arrancado de su agujero.

Hasta ahora ha sido pacífico. Sin ver, sin ser -sí, creo que he aniquilado mi ser como aniquilé lo que me rodea- una vaga sensación flotante es lo que queda del espacio y tiempo eliminados. Si realmente una mente puede estar en blanco, verdaderamente en blanco, yo lo he conseguido.

Debido a la necesidad, debido a un conocimiento instintivo de los medios de supervivencia. La comida es una mera tarea. No le permito que tenga sabor, ni placer ni disgusto, ni contacto físico ni sensual, ni intimidad con mi cuerpo ni reconocimiento de la mente. En determinado punto, registré una norma para la comida, instruyendo a mi cuerpo: come esto, siempre come esto. Rechaza eso, tu cuerpo no lo necesita. Como naranjas, dominando mi repugnancia hacia ellas. Odio el ácido pegajoso y sin sangre que chorrea desde la piel, estoy hastiado del sabor de la naranja. No como las mandarinas, finos gajos de sol en la boca. O el pomelo. Ni como una docena de otras frutas con personalidad. Ni siquiera como el mango, el

cual, como es también pegajoso, no me molesto en comerlo, pero que es una fruta cuyo sabor característico aprecio. Pero las naranjas son las frutas de regulación y su mundana carne contiene, desgraciadamente, una cantidad abundante de vitamina C. ¡De eso me acuerdo, así que come naranjas! Una y otra vez me recuerdo a mí mismo que éste no es un lugar para ponerte enfermo.

Pero las infecciones de la mente continúan amenazando desde todas las direcciones y de éstas la variedad sónica es la peor. Y ante este nuevo ataque, el sonido de un disco rayado, me despierto una mañana de harmatán - Buenos días qué tal está hoy quic buenos días qué tal está hoy quic buenos días qué tal está hoy quic... Lucho por despertarme y sé ahora que hace semanas que está puesto este disco. Un rostro enjuto y evasivo al otro lado de los barrotes, el gran supervisor, que hace su ronda, inspeccionando nada, remediando nada, incapaz de nada salvo de ponerme frenético -buenos días qué tal está quic buenos días qué tal está quic buenos días qué tal está quic.

Como ayer, hijo de puta, y el día anterior. ¡Como mañana y los largos días que vendrán después, animal insensible!

Empiezo a levantarme tan pronto como abren la puerta, la puerta de mi celda quiero decir, añadiendo a la extensión de tiempo esa hora extra que antes mataba quedándome quieto en la cama, sin hacer, ni sentir nada, permitiendo que los humos del sueño se fueran dispersando lentamente por sí mismos, a veces dormitando de nuevo para retrasar el encuentro con las paredes, los guardianes, la comida, el viento y hasta con el sol. Acortando el día. Llevado por una facilidad cada vez mayor a esos ejercicios de ingravidez que cuando estaba en libertad practicaba mecánicamente sólo para relajarme unos instantes. Me dedico a levantarme más temprano, liberándome, al caminar, de la tensión de esperar ese saludo absurdo y predecible. Al aire libre, de una forma u otra, me siento menos vulnerable.

Un error táctico. En la cama el grito era amortiguado en la crisálida de un cuerpo relajado, la blasfemia que acompañaba mi negativa a su saludo, cuando sentía, literalmente, ganas de subirme por las paredes. Cualquier ruido que yo hiciera a través de las mantas se sentía como si fuera una respuesta a su pregunta. Lo cambiaba de un día a otro: desde «Perdóname en el crepúsculo» hasta «Como el coño de tu abuela». Amortiguada por la manta o la almohada le sonaba igual. Fui un tonto por abandonar mi ventaja de estar tumbado. Con su enjuto rostro en tres dimensiones al aire libre, ya no plano como el cartón, aplanado por los barrotes, con la vuelta a la tensión de verle y esperar el saludo, tenía que luchar contra la

tentación de golpearle con las palmas en las mejillas.

Porque cada vez estoy más convencido de que si pudiera atacarle de ese modo, su rostro se aplanaría formando un disco entre mis manos. Cogería ese disco y lo destrozaría contra el muro, silenciando para siempre esa siniestra burla.

Vuelvo huyendo al refugio de la cama. La persecución continúa. Hay harmatán y ningún hombre cuerdo se ducha con agua fría antes del mediodía, pero es la única defensa que me queda. Cojo la esponja y el jabón, huyo hacia el helado santuario del baño abierto. Cuando oigo el imperioso golpear de su fusta en la puerta, abro el grifo. Un estremecimiento recorre todo mi cuerpo y un chorro helado aplasta mi cráneo. Pero estoy a salvo.

Vuelvo a reparar mi cápsula. El caracol retirando sus cuernos, que sella la entrada de la concha con saliva endurecida. Un puercoespín que da vueltas en una bola invernal de amnesia. Puedo ignorar la caída de la hoja, las motas de sol y hasta el granizo. Pero no la iska. No el lacerante viento harmatán del Norte. No en una celda con una pared que es casi toda puerta, cuya parte superior está completamente abierta, salvo unos barrotes, cada media pulgada. Iska convierte en ridícula hasta la mitad inferior. Sus trozos de madera dejan agujeros de varios centímetros para la codiciosa penetración de la malicia y rabia del viento. Para un vendaval de harmatán, la cripta es la trampa más perfecta que se ha construido nunca. El viento se lanza contra una pared y otra, embiste y sacude la choza, aullando y resollando alternativamente, como una máquina infernal posada entre la explosión y la entrada estruendosa en el espacio. Le oigo con claridad acumularse en el pasillo, al otro lado de mi puerta, detenerse allí y reagruparse, comenzar un nuevo asalto en direcciones simultáneas acuchillando mis vasos sanguíneos, deshidratando hueso y tuétano. Luego la celda se convierte en un nuevo centro del vendaval, el viento entra a través de cada grieta, aumentando hasta formar una presión inaguantable de hielo antes de librarse gradualmente a través de los barrotes abiertos y la ventana del techo elevado. El ciclo continúa durante toda la noche. El dormir durante sus pausas está marcado por un sueño y sólo un sueño. Estoy glaseado en un bloque de hielo, durante un espectáculo de magia, por haberme presentado voluntario a ser partido en dos por el serrucho de un mago, que pierde los estribos y desaparece. Gritando o más bien gesticulando con ojos que dan vueltas pidiendo ayuda, algunas de las personas del público corren al escenario, atacan el glaciar con martillos. Despierto con el martillazo de iska en mi pecho.

Buenos días qué tal está quic buenos días qué tal está. ¡Frío! Necesito otra manta. ¿Qué ¿Cuántas tiene? Una. ¿Qué? ¿Sólo una? Se vuelve a Polifemo. Jefe,

tráigale otra manta del almacén. ¿Del almacén? Sí, creo que tendremos alguna. Le traigo una hoy.

Es la segunda vez, reflexiono, que he roto mi ley de supervivencia. La primera fue por el mosquitero. Auténticamente alarmado por el río de sangre diario en la sábana, por los enjambres de mosquitos que se levantaban de sus rincones oscuros cuando les molestaba durante el día, mosquitos hinchados de sangre a centenares, me decidí a pedir un auténtico mosquitero. Fue una discusión conmigo mismo que me alegro de haber ganado. Escucha, la tesis fue la siguiente: en los otros bloques hay centenares de reclusos y los mosquitos comparten esa cantidad de sangre entre todos ellos, como mucho a un recluso le prestarían atención cuatro mosquitos. Por el contrario, tú estás solo en este patio con por lo menos cien mosquitos para ti. Exigir un mosquitero no es, por tanto, exigir un privilegio, sino una necesidad. Si me lo niegan es una injusticia. No me lo negaron.

Recibí una red que no sólo estaba limpia, sino que únicamente tenía tres agujeros, todos ellos reparables.

Ese pequeño triunfo y los cuchillos de iska me movieron a exigir una manta. Una semana después todavía no había aparecido la manta. Se lo recordé dos veces a Polifemo. Obligado a permanecer más tiempo en la cama por iska o tal vez por razones más siniestras, el Gran S. resulta estar menos religiosamente comprometido con su inspección matinal de lo que antes creía. Ya no le veo. Su ayudante realiza el servicio durante un cierto tiempo, apareciendo embozado hasta los ojos en abrigos y bufandas. La cabeza baja frente al viento, corre por el patio, mudo. Finalmente hasta él renuncia a aparecer. Es un tiempo de paz. Todos los discos se han callado. Los celadores están perpetuamente envueltos en sus grandes capas; las Ordenanzas les permiten llevar ya gruesos jerseys debajo de sus camisas caqui. Sin excepción sus pechos están forrados también con chalecos de lana, casi todos de origen militar, de la Primera Guerra Mundial. Abundan las orejeras. Hasta el preso de confianza que me trae la comida lleva ropa interior de franela. Las patrullas nocturnas van abrigadas como esquimales, con gruesas polainas y capas de fieltro doble. Polifemo lleva la ropa más extraña de todos: un espeso gabán militar que parece impermeabilizado. Por tercera vez en dos semanas le recuerdo mi necesidad de una manta. Y también por última vez. Decido no volver a pedírsela. Al iska se le debe enfrentar en mangas de camisa y con una manta.

No tengo pomadas. Ni zapatos. Sólo zapatillas. Mi cuerpo es el centro polvoriento y espeso de un frío seco. La piel se ha convertido en escamas, labios, palmas y plantas se han convertido en cuero viejo. Miro las enormes grietas que

bostezan en mis talones y a los lados de los pies. Mi cuerpo adquiere un interés absorbente y renovado para mí, una nueva ocupación para pasar las horas. Hasta ahora no me había fijado mucho en el hecho físico del cuerpo, sólo en sus sensaciones.

Se ha convertido ya en un terreno extraño del que caen escamas al simplemente frotarlo. Hay una callosidad de una pulgada de grosor en los talones, donde empiezan las grietas. Pelo tiras de carne muerta, mis uñas se rompen, quebradizas, con el esfuerzo. Los labios duelen y sangran, sus grietas comienzan a contribuir a la cosecha de escamas. Froto las manos muy ligeramente y su electricidad estática magnetiza trozos de papel higiénico. Los cabellos crujen locamente cuando paso por ellos un peine. Se rompen como ramitas.

Los ojos sufren más por el frío y el polvo. Se han vuelto perpetuamente lacrimosos y me temo que el ojo derecho esté dañado. Comienzo a convencerme de que la visión se está yendo y me pregunto: ¿no sería divertido un monóculo si tengo que llevar gafas? Aunque aquí no hay ninguna posibilidad de eso. Las peticiones para ver al médico fueron recibidas con un movimiento distraído de la cabeza. Interpretado esto decía: «Hemos tomado nota.» Posteriormente fueron recibidas con abierto aburrimiento. Un enfermero vino una vez, levantó los brazos y se encogió de hombros.

El juego con mi cuerpo ha dejado de interesarme. Mi cuerpo, que ahora se define como el toque de la suciedad en mi camisa, ha empezado a repugnarme, pero no me atrevo a dar la camisa para que la laven hasta que no salga de nuevo el sol. Me queda una opción: continuar duchándome por la tarde hasta en una fase de sol, de sol débil y lacrimoso, o lavar la camisa y quedarme en la cama todo el día. Después de la ducha tengo una desesperada necesidad del calor de toda la ropa. Y tengo sólo la camisa y un chaleco con agujeros del tamaño de los que tenía el mosquitero que rechacé.

Podría arriesgarme a lavar el chaleco, pero la camisa sirve para engañar al viento; si no se seca en una tarde estoy a la merced de la furia de la noche.

Tengo una sensación extraña en mi piel. Ha llegado ya a ese estado de deshidratación que la hace agrietarse dolorosamente. El proceso se produce en el hueco escondido de la espalda. Significa que no debo hacer ningún movimiento repentino. Debo estirarme lentamente, no debo inclinarme de pronto y no debo agacharme en absoluto. Tengo que moverme de manera que las grietas se abran al mismo tiempo. He aprendido la lección lentamente, con agudos pinchazos como

recordatorio. Los dedos de mis manos se han convertido en excrecencias extrañas, con las articulaciones rígidas, tengo que engatusarlas para que lleven a cabo las tareas más ordinarias. Una taza que no se adapta rápidamente al peso añadido del agua que hay en ella, se desliza de los dedos. Aprendo a sentir mi agarro con más seguridad a través de una barrera de callos en las manos.

Una inspiración súbita. Hasta ahora, como no me gusta la margarina, he devuelto mi ración a la cocina (con frecuencia fingiendo no darme cuenta de que un celador la mete en el bolsillo para aumentar la dieta de su familia). Mi desesperación por algún tipo de pomada antes de que mi piel se convierta en pellejo de caimán, me lleva a experimentar con la margarina. Comienzo por contraer la corteza de tierra en el hueco de mi espalda, contorsionándome para lubricarla y a la vez evitar fisuras repentinas en la piel. Luego los labios, hasta las plantas de los pies y por supuesto las articulaciones de mis dedos. Nada podrá salvar a los pies hasta que termine el harmatán, pero las demás escamas se van rindiendo a la administración de margarina. Dedos, labios y el hueco de la espalda se van haciendo de nuevo elásticos y humanos. Debe ser, sospecho, como mudarse de piel.

Al cabo de una semana he conseguido una piel suave y envidiable, una piel que simplemente espera que la encuentre un buscador de talentos -luego-, ¡los contratos que se quieran para la más reciente crema de belleza! Esta piel... también,, apesta horribilmente.

El cadete entró una mañana con los brazos llenos de hojas de papel nítidamente cortadas, pero que llevaban el familiar desorden de la burocracia del ciclostil.

- Buenos días, señor. Tenemos unos formularios para rellenar.

Su sonrisa era la del que trae buenas noticias. Esperé que me explicara qué producía tanta alegría en su inocencia. Me dio una hoja de papel y su sonrisa



enseñó aún más los dientes. «Al menos no tendrá que preocuparse por su familia. No hay nada más terrible para un hombre aquí que tener que preocuparse por problemas familiares.»

Mis sospechas me hicieron mantener instintivamente el formulario a distancia de mi cuerpo. De modo muy sencillo pedía que yo lo rellenara con el nombre y la dirección de un beneficiario de mi salario, luego que lo firmara. Al otro lado había unos puntos suspensivos para escribir el nombre y la dirección de mis empresarios. -¿A quién se le ha ocurrido esta idea? -indagué.

- Es una orden del Gobierno. Gowon ha distribuido una circular a todos los departamentos gubernamentales y las corporaciones, que tienen que pagar los salarios completos de los detenidos a los que dependen de éstos. Eso incluye las empresas privadas y las compañías mercantiles. Cada detenido tiene que recibir su sueldo. -¿Y los autónomos? -¿Perdón?

- Los autónomos, ¿quién les paga sus salarios? ¿Quién cuida de quienes dependen de ellos?

Hubo una prolongada mirada de vacío. Por fin dijo:

- Bueno, no sabemos nada de eso. Todo lo que sabemos es que han enviado esa circular y que han llegado estos formularios para rellenar. ¿Por qué preocuparse de los que están sin trabajo? Su familia es lo principal; la caridad empieza en la propia casa.

- En Lagos -le expliqué- yo estaba en un bloque de celdas con un electricista autónomo, unos granjeros, pequeños comerciantes, abogados, un director de banda y un vendedor, por nombrar a algunos. ¿Van a recibir ellos y otros mil tipos por el estilo que están en la cárcel estos formularios?

- Por supuesto -me contestó-. Debemos distribuir los formularios a cada detenido. Esas son las directrices del cuartel general.

Le mostré el formulario y le señalé la sección donde se debía de poner el nombre y dirección del empresario. ¿Qué pondría esa gente en esa sección? ¿No es a esa dirección adonde hay que enviar el formulario?

- Sí.

- Entonces ¿qué van a escribir en esa sección? ¿Quién va a cuidar de los que

dependen de ellos?

Se quitó el gorro porque así le era más fácil rascarse la cabeza. Por fin:

- No lo sé.

Le devolví el formulario. Su incredulidad era conmovedora. -¿No va a rellenarlo, señor Soyinka?

- Gowon y sus consejeros no harán desaparecer a la justicia con un soborno tan infantil. -¡Pero su familia, señor Soyinka! Le ruego que piense en ellos. Cómo se las van a poder arreglar sin...

- No se preocupe, no se van a morir de hambre. Tenemos amigos y somos una familia grande.

Mi esposa trabaja.

- Aunque fuera una Rockefeller, señor, el dinero es el dinero.

- No siempre. O al menos hay algo que se llama dinero ensangrentado. O dinero para callar. ¿Ha oído hablar de esa? Se podría decir: pagar a alguien para que no hable. O para que piense mejor de sus perseguidores.

- No estoy de acuerdo, señor. Este dinero no es su dinero. Es el dinero de usted. Su salario. Es lo que estaría ganando si no le hubieran metido aquí. Después de todo usted no es un criminal. En lo que a mí se me alcanza, ahí está la diferencia entre un convicto y un detenido. Si fuera usted un convicto le habrían echado de su trabajo. Pero sigue siendo el jefe del departamento, por lo tanto debe de recibir su salario. Eso es lo que dice el Gobierno.

- Está usted equivocado. Aunque este plan se ampliara de manera que en él cupiera todo el mundo, aun sería fundamentalmente un fraude. ¿Quién les da el derecho a hacer caridad con el dinero público cuando la situación exige únicamente justicia?

Permaneció enfurruñado y preocupado por mí.

- Señor, si no firma usted el formulario su familia sufrirá inútilmente.

Le tranquilicé, manteniéndome extrañamente apartado de un ego ajeno, que

resolvió fácilmente sus dudas, confortando mi quebrantada fuerza con una súbita confianza colérica.

- Cada día que paso en este agujero será pagado por alguien. Mi trabajo, mi vida suspendida, mis privaciones. Eso no es posible medirlo en términos de dinero.

También supe por primera vez que después de mi detención legal la administración de la Universidad había decidido que técnicamente yo no me había hecho cargo del puesto de director de la Escuela de Arte Dramático y que por lo tanto la Universidad no tenía ninguna obligación financiera para conmigo.

Menos mal que no acepté la caridad del señor Gowon.

Un sol débil a través de un aire tenue era un descenso pasajero en el harmatán que soplabla cuando por fin volvió a entrar el Gran Supervisor en la cripta precedido por un celador que traía dos sillas. Polifemo cerraba la marcha, luego se dedicó a rondar al fondo mientras proseguía el diálogo.

Era yo quien había solicitado esa entrevista. Veía cómo la vida en Kaduna iba cayendo en algo que ni siquiera un modelo o un no-modelo. Yo sabía cuál era el funcionamiento de una mente condicionada por la rutina; si el comienzo puramente fortuito te ajustaba, al tiempo, las instalaciones y servicios, el temor al trabajo, la letargia u oficiosidad de la cárcel y sus funcionarios, entonces ese comienzo se convertía en algo fijo e inmutable. Cualquier posible mejora tenía que conseguirse en seguida u olvidarla. Así que una mañana interrumpí su «Buenos días, qué tal» con la noticia de que mi día tomaría un color de rosa si él se dignaba, a su conveniencia, a concederme una entrevista. Sólo cuando usted disponga de tiempo, insistí, necesito por lo menos una hora.

Casi tres semanas más tarde encontró el momento. Ingenuamente creí que me iban a llevar a su despacho; pero en lugar de ello él decidió que fuera yo quien hiciera de anfitrión, aunque él haría su aportación de muebles. Nos sentamos fuera,

bajo el templado sol.

- Quiero hacerle varias preguntas y peticiones -comencé-. Pero primero las preguntas, porque las peticiones dependerán de las respuestas. Sé que voy a estar aquí durante mucho tiempo...

Hizo unos ruidos de reprobación:

- No, no diga eso. Ya verá usted lo pronto que termina la guerra y luego...

- Aunque la guerra terminara hoy, no me van a soltar. ¿Sabe?, sé por qué he sido fraudulentamente incriminado, así que he preparado mi mente para una larga estancia. Lo único que me preocupa es cómo vivir lo mejor posible en estas condiciones. Deseo saber qué cosas me puede ofrecer la prisión. Libros, por ejemplo. ¿Qué pasa con los libros?

El seguía:

- No sé por qué ha de creer que va a estar aquí mucho tiempo. Si es usted completamente inocente...

- No. En tiempo de guerra ningún hombre es completamente inocente. Pero soy completamente inocente de las acusaciones que hay contra mí. Para empezar puedo asegurarle sinceramente que no hice ninguna confesión.

- Dígame: ¿cómo es que acabó usted metiéndose en ese asunto?

- No es que acabara metiéndome. He estado metido desde siempre. Por ejemplo, en mayo del año pasado estuve por aquí.

- Sí, ya lo sé. -Cuando vio mi asombro me explicó-. Por pura casualidad. Me encontré con alguien que le vio en un club nocturno el día anterior a las revueltas.

Le pregunté si era alguien a quien yo conocía.

- No le recordará usted. Pero él le reconoció por las fotografías en los periódicos. Me lo mencionó cuando leímos las noticias de su detención. Creo que me dijo que se acercó hasta su mesa para saludarle.

- Es posible. Conocí a mucha gente en aquel viaje. Es que ya sabíamos que iba a haber problemas.

De repente me preguntó: -¿Qué opina usted del golpe del 15 de enero?

Era la defensa de siempre. Desde las matanzas de 1966 se había convertido en la táctica defensiva no sólo de los que por ser norteños estaban más manchados de sangre, sino de los que habían sido cómplices por su silencio. Yo también le di mi respuesta de siempre:

- Un asunto mal dirigido. Había los idealistas y su motivo esencial era un auténtico celo revolucionario. Pero en el grupo los había también que no tenían motivos tan puros. -¡Aja! Eso es exactamente lo que quiero decir. Todo el mundo sabe que Nzeogwu era bastante sincero...

Nzeogwu. ¿Se revolvería en su tumba al oír esa concesión tan constante, tan normal, automática?

He visto lenguas pasar suave y fácilmente del reto de escoger a utilizar su nombre con fines deshonestos.

Dije:

- Sí, todo el mundo sabe lo de Nzeogwu.

- Y las muertes fueron tan terribles. Sólo fueron de un lado.

- Fue una lástima que tuviera que haber muertos, pero es una revolución rara y afortunada la que consigue evitar el derramamiento de sangre. Sin embargo, algunos vimos las probables consecuencias de lo que usted ha llamado con razón las muertes de un solo lado, por eso vine al Norte. Yo formaba parte de un movimiento que intentaba disminuir, si no evitar por completo, las consecuencias. Las revueltas me atraparon. No se debería decir, porque la muerte es una cosa completamente individual y no se puede medir con estadísticas, pero me sentí aliviado de que hubiera menos muertes de las que esperábamos. Y después de junio pensamos que seguramente eran más que suficientes.

Esperé su comentario. Ya que se limitó a mover la cabeza ambiguamente, le pregunté: -¿Qué opina usted de las matanzas de septiembre?

Su respuesta fue sorprendente.

- Se les avisó -dijo-. Yo personalmente avisé a varios. - ¿A los políticos?

- No, a mis amigos ibos. La mayor parte tuvieron ellos mismos la culpa de lo que les pasó. No pueden decir que no se les advirtió.

Era el más extraño añadido a las fórmulas autoexculpatorias. Y además una involuntaria refutación de la teoría del genocidio «espontáneo».

Recordé otra, la primera, que se produjo antes de los acontecimientos. La revelación me llegó en una capital europea donde asistía a un programa de un mes, fundamentalmente cultural, en el para mí extraño papel de representante del Gobierno. El tercer representante, Onuara Nzekwu, sabía que se jugaba la vida si intentaba tomar el avión en Ikeja. Ni siquiera a mí me dejaron pasar en el aeropuerto en un ambiente cargado de tensión, que estaba lleno de soldados dedicados a ominosas maniobras y tuve que esperar una semana.

Que yo siguiera intentándolo una y otra vez en el aeropuerto no se debía al valor del seminario, sino a la periódica necesidad que me abrumaba de repente para pasar un período de mi existencia al margen de las tensiones de mi país. Una sobreactividad a lo largo de todo el año, marcado por pérdidas de amigos y camaradas, manchado por la desnuda humillación de unas masas por parte de una soldadesca arrogante, violadora, asesina y terrorista, semanas (a partir del 29 de julio) de dirigir un importante vínculo de la «red clandestina» que rescataba soldados orientales -Ibo, Efilc, Ogoja, Rivers- y hasta algunos occidentales (éstos estaban simplemente escondidos), de los cuales ni siquiera el más bajo era olvidado por la caza implacable de sus colegas (la mitad de la ropa de mi mujer fue utilizada para disfraces), impotente para responder y aliviar a las miles de peticiones de ayuda que me llegaban de civiles indefensos (occidentales, del Medio Oeste y también orientales), cuyos parientes o amigos se encontraban bajo el caprichoso control de los militares, asistiendo diariamente a la castración de todo un pueblo por parte de una banda de excrecencias oportunistas de la mística del poder -a mediados de septiembre de 1966 me encontraba en un estado tal que hubiera embestido de cabeza contra un blindado sencillamente por pasar cuarenta y ocho horas fuera del país.

Recuperé mi pasaporte, y como insistí en un vuelo diurno, pasé el día en el aeropuerto de Ikeja, fingiendo que no me fijaba en aquel comandante del aeropuerto de infames hazañas, que entró con unos hombres y se sentó a unas cuantas mesas de la mía mirándome recelosamente, como si yo fuera un manjar delicado pero posiblemente indigerible.

Quizá el hecho de que yo fuera nombrado por el Gobierno hizo que aquel

diplomático pensara que yo era un hombre progubernamental, un partidario del régimen de Gowon, o quizá el ejemplo de lealtad de su colega subalterno, un regordete yoruba, que era el tercero en el almuerzo que me dio en el elegante restaurante para diplomáticos que daba a un río, motivó el más memorable acontecimiento de aquellas tres semanas, la franca declaración realizada por ese funcionario en aquella comida. Dijo:

- Los ibos todavía no han aprendido la lección. Aún no sabemos todo lo que va a ocurrir el quince de enero, pero no se preocupe. Uno de los nuestros ha venido hace poco aquí, nuestro correo diplomático, y antes un antiguo ministro pasó un día aquí y tuvimos una larga conversación. Es sólo una cuestión de días, y luego, créame, los ibos no volverán a molestarnos.

Le pregunté qué quería decir, despreciándome por la sonrisa de complicidad que había en mi rostro.

- Espere y ya lo verá. ¿No se ha dado usted cuenta cómo continúan creando dificultades en la conferencia constitucional? ¡Ese tal Ojukwu! Creen que pueden quejarse por lo que ha ocurrido en mayo y junio. Todavía no han aprendido la lección. Esta vez van a recibir algo de lo que de verdad podrán quejarse.

Tres días más tarde me llegaron las noticias del pogrom, ibo. No tuve que hacer ningún esfuerzo para recordar aquel almuerzo y el diálogo. Está grabado para siempre en mi mente.

¡No vuelvas a ser tan tonto, nunca! ¿Quién te crees que eras? Dime: ¿dónde te crees que estabas? ¿Realmente pensabas que esa gente es? ¡Tres semanas de libros y luego nada! Me sentía tan contento, la reunión con el Gran Cero había producido la importantísima concesión de libros. Aun así el primer libro tardó una semana en llegar.

Llegó de la «biblioteca» de la cárcel, un tomo harapiento, mutilado, con el

título apenas legible, Cartas de la Reina Victoria. Tardé sólo una hora en leer las páginas que quedaban, nueve días para terminar con toda la colección de libros de la cárcel, el surtido más extraño que jamás haya recogido polvo y huevos de cucaracha sobre sus páginas dobladas. Tampoco podía elegir el orden de lectura.

Al principio me quejé de que no me dieran una lista para que pudiera escoger: era evidente que no me iban a llevar adonde estaban los libros para que eligiera. Cuando al noveno día el cadete me dijo que acababa de leer el último, comprendí. Después de la rápida liquidación de la Reina Victoria, el incrédulo cadete comenzó a traerlos de cuatro o cinco a la vez. Tuve por compañía a P. G.

Wodehuse, Agatha Christie, las plantas de África Occidental y la piedad de otros países.

Debía haber una biblioteca pública en esta ciudad, dije. ¿Por qué un funcionario no va a buscarme libros? Me lo prometieron y enviaron a un funcionario subalterno. Le dije al cadete que no me importaba el tema. Búsqueme tan sólo los libros más gruesos y tráigamelos. Cuanto más gruesos, mejor. Charles Dickens hizo dos visitas, luego aquel réprobo de Boswell y le siguió un réprobo aún mayor y el volumen más grueso de todos, un sapo sobrealimentado en la analfabeta persona del director de Prisiones, un volumen tan enorme que acabó con todos los demás.

No hicieron falta palabras para informarme de los repentinos cambios en mi régimen que iban a seguir a su inesperada visita. Los libros se acabaron abruptamente y en ese vacío los guardianes llegaron y colocaron una pizarra.

El agujerito cuadrado en la puerta es una mirilla para ver a los vivos. Entra furtivamente en el patio del Purgatorio, la casa de los locos, condenados a perpetuidad, nervios violentos y violados, lisiados, tuberculosos, víctimas del sadismo del poder, todos ocultos para que no haya preguntas.

Los guardianes meten la mano a través del agujero y manipulan el cerrojo desde el otro lado. Y yo, mientras me paseo por el patio, lanzo una mirada distraída, oh sí distraída, a la carne rara de una mano, un rostro, un gesto en aquel Purgatorio. Desgraciadamente con demasiada frecuencia todo lo que veo es un borrón de caqui, la parte trasera, cuadrada, del guardián del otro lado.

Hasta esta mañana, tumbado en la cama, oigo el ruido de martillazos. Toda la mañana el asalto de los golpes se multiplica y magnifica por los insólitos poderes



de resonancia de la cripta. (Cuando truena en mi cráneo es el yunque de los dioses.) Salgo a investigar y me encuentro a una escuadra de celadores en la puerta dando martillazos, serrando y clavando hasta el mediodía, cuando el agujero queda tapado. Ahora sólo el cielo está abierto, un cielo del tamaño de una servilleta atrapado por puntas elevadas y cascos de botella, pero un cielo. Los buitres se posan en un tejado que se ve sólo un poco desde otro patio. Y cuervos. Airones vuelan por encima de la cripta y los murciélagos vuelan en enjambres al crepúsculo. Murciélagos albinos, enfermizamente pálidos, que emiten silbidos cortos de radio, que recorren la cámara de ecos. Pero el mundo se muere, de repente. Durante una eternidad después de cesar, los martillos sostienen su vehemencia. Hasta el cielo se retira, muerto. ¿Enterrado vivo? No. Eso es algo que leen los hombres.

Pasan los días, las semanas, los meses. Desaparecen boyas y señales. Lenta y sin remordimientos la realidad se disuelve y la certidumbre traiciona a la mente.

Estoy solo con los sonidos. Adquieren una cuarta dimensión en la cripta viviente, una claridad que, como en el caso del trueno, se convierte en físicamente inaguantable. Los silbidos cortos de los murciélagos albinos se mezclan con el murmullo de los rezos vespertinos: musulmanes y cristianos, paganos e inclasificables. Han convertido a mi cripta en un caldero, un baile invertido de fe cuyas sonoridades se juntan, se mezclan, se desnatán, se cuelan por la trama y urdimbre del moho sucio de las paredes, de hongos verdes aterciopelados tejidos por los astutos dedos de la lluvia. ¿Enterrado vivo? Debo luchar para librarme a través de la trampilla de mi mente. Debo respirar profundamente.

Días innumerables sentado en el patio sin mirar a nada. Un crujido de una silla atrae, «como por casualidad», al carcelero, su pisada es demasiado pesada sobre la grava para ser absorbida por la mente algodonosa, demasiado áspera, demasiado hostil, demasiado temerosa de ser cogida en alguna ingeniosa trampa, demasiado nerviosa y demasiado implorante, apologético e insegura para que uno pueda hundirse pacíficamente en el paisaje interior del reposo. Sin embargo, pasan las horas, los días, las semanas. Cuando el harmatán brama, me voy adentro y cierro la puerta. Se sienta nerviosamente fuera, caminando arriba y abajo envuelto en su gruesa capa, haciendo las cuencas de los ojos para ver por encima de la ventana. Estoy tumbado, fijándome en los agujeros del mosquitero, Espero, estudiando el momento en que pueda sacar una antena de la crisálida sin que pisada caiga sobre la sonda.

De los muchos fantasmas que allí me acosaban, los más frecuentes y más queridos eran los fantasmas de parientes muertos, sobre todo el abuelo, y los dos fantasmas de Christopher Okigbo, Adekunle Fajuyi... Banjo, Alale venían también, pero no como fantasmas...

Mi abuelo se sienta como un gnomo, riéndose socarronamente, cada trozo de su cuerpo late de amor y de fuerza... ¿Dónde has estado, dónde vas, cuándo vuelves, por qué no te quedas nunca? Uj.

No me lo digas, no es que quiera que me contestes. Pero todos acuden a mí y me hacen esas tontas preguntas. Les digo que no me pregunten a mí. Pregúntale a él cuando venga. Todo lo que sé está escondido en esa caja parlante, porque ahí es donde oigo su nombre. Enciendo la caja y dice que estás haciendo algo en Australia. Pero estaba aquí ayer mismo; ¡digo, ayer mismo! De todas maneras, si no te quejas de lo que te pasa, yo tampoco lo haré. Saca la calabaza de vino de detrás del armario. Está pasado pero, como siempre, no me has avisado que venías. Y supongo que no podrás quedarte hasta la tarde, cuando haya vino fresco...

Qué apropiado resultó que la noticia de su muerte me llegara también por el aire, como si fuera una venganza de gnomo por no haberle dejado de mí mismo más que un poco de voz en el aire.

Estaba en Estocolmo esperando en vano por Chinua y los otros en el tenso mes de abril del 67, intentando construir una vez más un frente común de los escombros del 66. Como un fantasma que persigue a un bribón, el telegrama que traía la noticia me seguía de un punto a otro de desilusión y desesperación... Me pregunto: ¿volveré alguna vez a tener recuerdos verdaderamente privados, desvinculados, sin las presiones y las tensiones del pasado inmediato?

Christopher entra como un torbellino en el despacho de un ayudante en Enugu. Yo estoy hundido en un sillón que hay detrás de la puerta, donde me había colocado el ayudante después de las sumarias amenazas de la Seguridad biafreña, de modo que Christopher no me vio en seguida cuando entró en la oficina. Congestionado y sin alientos da las instrucciones que trae del frente. La guerra tiene

ya tres semanas. El ayudante toma nota rápidamente, luego dice: Mira ahí detrás. Los ojos de Christopher casi se desorbitaron, luego rompió a bailar una jiga, dando esos gritos a lo cherokee, que ponían incómodos a sus avergonzados conocidos en cualquier lugar del globo. Se tranquiliza en unos minutos, me hace sitio en un descapotable, tirando atrás su uniforme de comandante. Mientras conduce hacia el frente: -¿Sabes?, aprendí a utilizar un arma sobre el terreno. Ni siquiera había disparado un rifle de aire comprimido en mi vida. Te lo juro, sabes que no soy un hombre violento. No soy como tú. Pero esa cosa, voy a quedarme en ella hasta el final.

Christopher sentado ante mí durante horas, frente a una mesa, mientras yo esperaba juicio en una celda de la policía en noviembre del 65, hablando de poesía...

Fajuyi, de todos esos fantasmas, parece ser el de más sólida carne, Caminando desconcertado, mordiéndose el labio inferior, haciendo gestos repentinos. -¿Cómo lo hiciste?

Le miré inexpresivamente, simulando ignorancia. El brillo de malicia en sus ojos era demasiado evidente como para no comprender lo que quería decir, pero yo dije: «¿Cómo hice qué?»

Levantó los brazos fingiendo desesperación, luego bramó: -¡Asaltar la emisora de radio! Sabes de sobra lo que has hecho. ¿Cómo lo hiciste? Había soldados y policías de guardia en el lugar. ¿Cómo te colaste y volviste a escabullirte después de haber asaltado a todo el mundo...?

Le interrumpí para recordarle que había habido un juicio y me absolvieron.

- Jo, jo, jo, ésa sí que es buena. Olvídate de lo que dijo el tribunal. Lo que yo quiero saber es cómo lo hiciste. -¿No crees en la honradez de los tribunales?

Soltó una carcajada, luego se puso serio de repente:

- Bueno, creo en el valor de ese tribunal y de ese juez. ¿Qué pasa contigo?Cuál es tu opinión de los tribunales occidentales, en general.

- Corruptos. Ya nadie cree en los tribunales.

Se detiene junto a un enorme escritorio victoriano que había en un rincón, una reliquia de los gustos por lo voluminoso de los antiguos gobernadores

coloniales, levanta una tapa biselada y coge un revólver de servicio. Juega con el arma. -¿Sabes?, él estaba aquí, sentado donde tú estás, en esa misma silla. Envié a buscarle. Tenía muchas ganas de conocer al hombre que era el responsable de todo aquel caos en el Oeste. Cuando la gente cree que ya no puede conseguir justicia en los tribunales se toma la justicia por la mano. Yo soy de la opinión que el presidente del Tribunal es personalmente responsable por todas las muertes y destrucciones que se produjeron aquí. El día que deliberadamente aplazó las peticiones de elecciones y luego volvió para anunciar que habían sido superados por los acontecimientos, se convirtió en responsable de todo aquel lío. Asesinato, incendio premeditado, violaciones, todo.

Dicen que nosotros, los soldados, somos gente sencilla; es verdad. Así es como lo veo con mi sencilla mente. De todas formas mandé a buscarle. Cuando llegó me di cuenta de que mi sencillo juicio era acertado. Le dije: cuénteme exactamente lo que ocurrió aquel día en el tribunal. Quiero que me dé su versión. ¿Sabes?, comenzó a temblar. Temblaba tanto que creí que se iba a caer de la silla. Le pregunté: ¿qué le pasa? Le dije: ¿me tiene miedo? Esperé y esperé, pero el hombre no era capaz de hablar. »Fue entonces cuando saqué este arma. ¿Sabes?, nosotros los soldados somos muy sencillos. Mi intención no era asustarle en absoluto, en realidad quería tranquilizarle. Cogí el revólver y abrí la culata y se la enseñé. Le dije: Mire, ésta es la única arma que hay en la habitación y no tiene balas.

Porque yo sea un soldado no tiene por qué tenerme miedo. Estamos solos aquí usted y yo. Abrí la puerta y las ventanas. Le garanticé que no había nadie escondido en la habitación para dispararle.

Bien, hablemos. Millones de personas fueron a las urnas para elegir su Gobierno. Usted, el presidente del Tribunal Supremo de la región, se supone que debe estar por encima de la política, así que supongo que lo que hizo usted se correspondía a su preparación como juez y a los ideales más elevados de la justicia. Lo que quiero saber es qué ocurrió en el tribunal aquel día desde su punto de vista. Cuénteme la historia paso a paso. »Nuestra gente es muy curiosa. ¿Sabes lo que hizo? No, primero voy a decirte lo que esperaba de él. Creí que iba a defenderse bien, o hasta tontamente, o que si no me daría su dimisión allí mismo.

Nada más. Muy bien, alguien no ha cumplido con su deber. Es una vergüenza y tiene que pagarlo, pero no es el fin del mundo. ¡Lo honorable es dimitir! Pero ¿sabes lo que hizo aquel hombre? Se puso de rodillas, ahí, ahí mismo, un anciano como él, todo un presidente del Tribunal Supremo, se puso de rodillas y comenzó a suplicarme. Yo me puse furioso. Le grité que se levantara pero no lo hizo.

Siguió diciendo: Le suplico, señor. Así que yo me marché. Cuando creí que ya se habría recuperado envié a un guarda para decirle que se marchara.

Otro largo silencio pensativo.

- Ese es el problema. A la gente no le gusta marcharse. Quizá veo las cosas con demasiada sencillez otra vez, pero es así. Nuestra gente no es capaz de darse cuenta cuando ha dejado de ser útil. Los políticos quieren seguir para siempre, de modo que meten al país en el caos.. Un juez sabe que su conducta ha sido corrompida, pero ruega que le dejen quedarse. Hizo sus visitas cuando le obligué a tomarse un permiso. Sus intermediarios intentaron engatusar a Ironsi. De todas maneras, fue la primera decisión que tomé para esta región. Que se vaya. Y si no dimite pronto, tendré que echarle.

Luego, abruptamente:

- Debes volver aquí. La región necesita una urgente reconstrucción.

Le dije:

- La Universidad de Lagos se portó muy bien durante mi juicio. Les debo unas cuantas cosas.

- Tienen mucha gente. No te necesitan. -Se rió de pronto-. Puedo hacer un decreto, ¿sabes? ¿Qué harías si te hiciera volver por decreto?

Fingí reflexionar sobre ello.

- Bueno, la verdad es que no lo sé. No aguanto mucho que me den órdenes. A lo mejor simplemente desaparezco.

Se rió de nuevo a carcajadas.

- Como aquel misterioso intruso en aquella emisora de radio.

Le contesté con severidad:

- Señor, permítame que le recuerde...

- Que fuiste absuelto y puesto en libertad. Muy bien, pero debes pensártelo un poco. Nuestra necesidad es mayor que la de ellos, recuérdalo.

- La verdad es que tengo alergia a ser empleado del Gobierno. Sin embargo, trabajaré para ti si me necesitas, pero no quiero ser empleado tuyo. Quiero decir, si tienes proyectos específicos para los cuales necesitas ayuda de fuera, ese tipo de cosas.

Sus amenazas suenan en mis oídos mientras me acompaña hasta la puerta: «¡Voy a aceptar tu oferta antes de lo que te imaginas!»

Rumores de consejo de guerra inminente, incluso de ejecuciones secretas de los golpistas, enero del 66. Formamos grupos de presión, firmamos peticiones pidiendo su liberación de la cárcel.

Es una petición incómoda. Los hechos que han comenzado a conocerse, los detalles del desastre y lo que se deduce de ello constituyen enormes amenazas para el sentimiento nacional. A pesar del fracaso de la acción inicial y su atenuación por una figura respetada como Ironsi, se sabe que cualquier situación que nace de una destrucción del pasado es siempre aprovechable en manos de unos cuantos entregados. Un rechazo o condena de los creadores de esa situación supone una victoria para las fuerzas que fueron derrotadas. Una decisión para participar, mucho menos organizar un movimiento para su vindicación, no puede terminar, por lo tanto, con una simple firma en una petición. En primer lugar, la decisión de cada individuo de firmar esa petición sólo puede surgir de una aceptación razonada de las imperfecciones inherentes de esa situación, incluidos los actos culpables que la provocaron. Me enfurecen las estupideces y las malas intenciones de una parte; hasta reconozco la continuación de una explotación fraudulenta, vil, partidaria y mezquina de la nueva situación por unos pocos; me enfrento con el espectáculo escasamente edificante en el que antiguos camaradas no comprenden la nueva situación, se despojan a sí mismos de razón e integridad y se dedican codiciosamente a la explotación material e intelectual inmediata de ella.

Pero llega un momento en que el comprometido debe preguntarse: ¿acepto la acción -en este caso la acción del 15 de enero- como base para el objetivo final o lo rechazo? Rechazarlo significa tomar dos caminos: denuncia inmediata y pública de los promotores del 15 de enero y exigencia de una restauración de la posición anterior al 15 de enero.

La otra elección, aceptar las bases de enero, era una alternativa exigente y no se podía tomar esa alternativa sin un profundo resentimiento, al menos por parte de quienes participaron en la estrategia más amplia de la sublevación en el Oeste. La intervención del ejército fue aceptada con agradecimiento porque se anticipó a la

otra intervención del ejército planeada por la alianza Mafiafeudalista que se iba a producir dos días más tarde. Yo había pasado las últimas noches antes del 15 de enero cambiando de escondites porque me habían advertido acerca del programa de tierra quemada para el Oeste, una barrida de «intelectuales disidentes», de sindicalistas y hasta de unos cuantos jueces que se habían negado a plegarse a la línea política. Pasé la víspera del golpe en mi despacho en la Universidad de Lagos, cerca de una canoa para «pescar» atracada en la laguna de detrás de la Universidad. Todo aquello fue dispuesto por un Efik de la escuadra de anticontrabandistas del Cuartel General de Obalende, uno de los muchos partidarios del movimiento.

No me había lavado la mañana del 15 de enero cuando dos periodistas extranjeros, Walter Schwartz, de *The Guardian*, y Lloyd Garrison, de *The New York Times*, irrumpieron en mi despacho, locos por comprobar la corazonada de que yo sabía algo del golpe. En vez de eso, yo comencé a hacerles a ellos preguntas. Les hice repetir lo que habían oído o visto hasta que Lloyd Garrison comentó: «Me da la impresión de que a ti no te ha sorprendido.»

No estaba sorprendido pero sí desconcertado. En cuanto a que lo hubiera hecho el ejército no me sorprendía. Pero los detalles que me daban eran de lo más extraño. Esa no era la forma en que yo esperaba que interviniera el ejército. Era pedir demasiado aceptar que Akintola, recién llegado de su decisiva reunión con Sardauna, hubiera sido muerto a tiros, o que a los diabólicos planes maquinados entre los dos, con el consentimiento directo de Balewa, se le adelantara un «golpe preventivo».

No pude, cuando hube digerido la naturaleza del 15 de enero, negar una reacción de euforia.

Deseaba y sigo deseando que la revuelta en el Oeste hubiera acabado con una victoria del levantamiento popular. Si hubiera dispuesto de unas semanas más, eso hubiera sido posible. Todos los pueblos y ciudades habían caído excepto Ibadan. El Gobierno, tal y como lo entendían los rechazados hombres del NNDP, ya ni siquiera pretendía que funcionaba en el Oeste, donde casi todos los consejos locales estaban dirigidos por los guardianes de la insurrección. La fase siguiente, la liquidación de la autoridad de aquel Gobierno en la capital, Ibadan, había comenzado y se hubiera consumado en un par de semanas. Akintola y Balewa y sus amos del NPC leyeron y entendieron correctamente los presagios. También disponían de los informes de Seguridad de la policía y la Inteligencia militar. En zonas de Ibadan la noche ya pertenecía a las fuerzas antigubernamentales.

No quedaba más alternativa que la capitulación o la traición militar. Los dirigentes del NNA escogieron esto último y se reunieron en Kaduna para organizar los detalles. Era demasiado tarde para acelerar el proceso de estrangulamiento de Ibadan de manera que impidiera la proyectada cínica declaración del estado de excepción y el exterminio despiadado de toda la oposición a una tiranía aborrecible. Hasta si los rumoreados planes de asesinar a Akintola cuando volviera de Kaduna la tarde del 14 de enero hubieran sido llevados a cabo, no hubiera impedido los preparativos apisonadores de la reacción Mafia-feudalista. Lo único que quedaba era prepararse para continuar la resistencia clandestina después del golpe inevitable.

Con sus fallos, autotraiciones, con lo que tenía de incompleto y con su degradación final, ¿era el 15 de enero aceptable como base de una lucha nacional? La violencia y la muerte son cosas personales y al final lo único que queda es ese código, según el cual la responsabilidad es rechazada o asumida: sabiendo de antemano cómo serían los resultados si me hubieran dado a elegir un papel de colaboración o participación en el proceso de acción llevado a cabo por los oficiales jóvenes, ¿habría aceptado ese papel? Mi contestación tendría que haber sido afirmativa.

Después de una larga temporada de pesadilla, la suerte del Oeste cambió por fin para mejorar.

Observábamos a Fajuyi desde lejos, estudiando sus acciones, sus decisiones. La primera reunión con él me dijo todo lo que yo quería saber, pero yo conocía de sobra que había un modelo de gradual corrupción del poder. Nos entrevistamos de nuevo. Decidí llevarle en persona nuestra petición en favor de los golpistas.

Fajuyi dijo:

- Hay que verlo uno por uno. Hay algunos indeseables entre ellos que lo que querían era ajustar cuentas personales. El joven jefe del Estado Mayor, Gowon, ha sido nombrado para llevar a cabo una investigación y me dará un informe. He interrogado yo mismo a algunos. Te lo digo, estamos entre la espada y la pared. No siento envidia por ninguno de nosotros; después de todo estamos metidos en el mismo barco. Esperemos no tomar una decisión equivocada. ¡Pero tenemos que tomar alguna! Tan pronto como Gowon nos dé su informe tendremos que hacer algo, pero que Dios nos ampare si nos equivocamos.

- Hablando de decisiones, ¿qué pasa con Awolowo y compañía?



- Todos estamos de acuerdo en que hay que soltarles, pero Hassan sigue poniendo pegas. No es que esté en contra, pero dice que debemos de esperar si no queremos que su gente acuse al Gobierno de ser antinorteño. Dice que ya han empezado a quejarse de que el golpe era decididamente anti-Norte. De todas maneras, quiere que esperemos el momento oportuno.

- El Norte es importante -concedí- porque casi todo ocurrió allí. Pero sólo el nuevo Norte, no el viejo. No se deben hacer concesiones al viejo Norte y se debe hacer algo en seguida para que el nuevo Norte se convierta en una fuerza tangible. -¿Y cómo se puede conseguir?

- Más adelante te lo diré, porque creo que puedo ayudarte. Sabemos que casi toda la iniciativa vendrá del Oeste. No nos consideran culpables de las muertes del quince de enero, así que tenemos una ventaja. Un grupo de nosotros planea hacer una gira por el Norte pronto; espero encontrar tiempo para poder ir yo también.

Mirándole de cerca llegué a un asunto que me había prometido a mí mismo que le plantearía:

- Te vi llegando a un acto en un Rolls-Royce...

- Ah, ya sé qué vas a decirme y confieso que a mí tampoco me gustó. Pero por el momento no podía hacer nada. Casi llegamos tarde y los hombres de Seguridad ya habían reservado el automóvil para mí. No tuve más remedio. Pero estoy de acuerdo contigo completamente. Es una vergüenza que nosotros, soldados, asumamos la misma ostentación que esos políticos inútiles. ¿Qué automóvil crees que debo usar?

Le dije:

- Un jeep.

Se quedó muy sorprendido. -¿Un jeep abierto?

- Cerrado o abierto, un jeep.

Dijo que no con la cabeza.

- No, eso es ir demasiado lejos. Para empezar, los hombres de la Seguridad no estarán de acuerdo. Y tengo que viajar mucho, ya sabes. Tengo que hacer miles de kilómetros.

- Está bien, para los viajes algo un poco más cómodo. -¿Como qué...? -Antes de que yo pudiera hablar siguió diciendo:- ¿Por qué no un Mercedes Benz? Es un coche bastante habitual en este país. Cualquiera abogado corriente y moliente lo tiene.

Hice como que le daba vueltas a la idea, haciéndole añadir rápidamente:

- Te diré lo que puedo hacer. Voy a coger uno del garaje (hay una flota entera) y que lo pinten de colores militares. Así no parecerá tan opulento, si es eso lo que te molesta.

Me reí.

- Está bien. Me doy por vencido.

- En cuanto a los otros automóviles, los voy a vender. Los Cadillac, los Rolls, todos los submarinos. El Gobierno podrá aprovechar el dinero.

En mayo del 66 me llegó un mensaje de él para que fuera a verle urgentemente. Era poco después del Decreto número 34, el Decreto de la Unificación. Me atacó inmediatamente al entrar:

- Vosotros los intelectuales sois todos iguales. ¿Por qué no has hecho esa gira por el Norte?

Me disculpé:

- No he podido marcharme. Tenemos muy poca gente en mi departamento. Pero he estado en contacto con colegas del Norte. Hemos pensado un congreso para finales del curso universitario.

- Te dije que vinieras al Oeste. Tenía que haberte traído aquí por decreto. ¿Cuándo puedes marcharte? -¿De la Universidad?

- No. ¿Cuándo puedes hacer esa gira? Ven al despacho. Quiero enseñarte los informes de la Inteligencia acerca del Norte. ¿De verdad crees que los asuntos pueden espetar hasta que tu Universidad esté de vacaciones?

Cuando los hube leído dije:

- No es por el Decreto de Unificación. Eso es sólo una excusa.

- Lo sé. Por eso prefiero escuchar una opinión que no sea de la policía.

Estábamos a la mitad del curso, pero le aseguré que me marcharía dentro de tres días.

Birkin Ladi, a unas treinta millas de Jos, fue donde encontramos las revueltas. Por todo el Norte, viajando en compañía de Francis, un amigo, director de una compañía cinematográfica, el tema favorito fue el Decreto de Unificación que había abolido las regiones semiautónomas y las había reducido, como primer paso, a un grupo de provincias. Era una atrevida decisión revolucionaria.

Había varias maneras alternativas de combatir a una burocracia corrupta y proliferante, de destruir el tribalismo y fomentar un sentido de una sola nacionalidad. El Decreto de Unificación era uno de los comienzos posibles entre muchos, y todos estaban de acuerdo, salvo los monopolios feudales del Norte y los funcionarios nacionales conscientes de su situación, que temían la supresión de puestos administrativos grandiosos y excesivamente pagados. Sin embargo, la exigencia de esta drástica acción ahogó las voces de la disidencia, algunas de las cuales tenían auténticos miedos de que hubiera motivaciones que no eran idealistas, como el dominio de los ibos. La Mafia del Norte ya se estaba aprovechando de esa atávica desconfianza, ayudada por sus aliados sureños, muchos de los cuales se habían trasladado al Norte llenos de dinero para pagar los trabajos sucios. Nosotros no andábamos detrás de un territorio en venta, sino de una supuestamente diferente generación ilustrada. No me daba cuenta todavía de que entre estas dos caras la distinción era más que borrosa.

Un extraño encuentro en vísperas del holocausto, una fantasía cómica en medio de la tensión histórica, confirmó por casualidad el primer indicio de desilusión. En el Hotel Hamdala, un desfile de modelos se convirtió en el principal acontecimiento para las amas de casa modernas en el Norte, patrocinado, naturalmente, por el British Council. La inocente diseñadora, Shade, fue contratada por el Council para dar charlas de demostración a esposas de clase media de la nueva élite de Kaduna, sobre cosméticos, maquillaje, modas, modales y preocupaciones femeninas por el estilo. Fuimos después a un club nocturno con Shade, acompañados también después por una periodista que iba a informar del acontecimiento en la página femenina del Daily Times.

Llamé a nuestro colega norteño desde el hotel. Dijo que se reuniría con nosotros en el club.

Llegó con una tensión apenas disimulada y durante mucho rato se limitó a participar vagamente en la charla general. Por teléfono había percibido los primeros avisos de duda, pero no les hice caso.

La voz que me respondió no se podía decir que fuera muy alegre, sin embargo era una visita que él y nuestros colegas norteños habían insistido en que hiciera. En el club esperé que escogiera su momento para que me hablara de la situación en Kaduna, sobre todo acerca del éxito o fracaso de su misión educativa. Cuando yo sugerí que nos pusiéramos en un grupo aparte, contestó que tenía un compromiso y que tendría que volver más tarde.

Por fin se marchó con el mismo temple brusco e inquieto que había tenido en la mesa, prometiendo volver en una hora. No me miró ni una sola vez a la cara. No he vuelta a verle desde entonces.

De vuelta al hotel, resultaron fallidos todos mis esfuerzos por encontrar a otros. Como era Francis el que mandaba porque tenía el coche, estaba sujeto a su horario y sólo podía dejar notas diciendo que volvería a pasar por Kaduna. Estuvimos de vuelta mucho antes de lo proyectado.

Un tufo de violencia se percibía ya en el aire entre Jos y Birkin Ladi. En Birkin Ladi se había intensificado hasta el punto de que empezaba a oler a sangre. Los hombres se reunían en grupos, arremolinándose como espirales de arena hacia el vórtice de la violencia. Nadie se preocupaba de ocultar las espadas y cuchillos y los arcos y flechas con púas de hierro. No se hacía ningún esfuerzo por disimular el largo y calculador brillo mortal en los ojos que vigilaban a los extranjeros.

Octavillas ciclostiladas circulaban abiertamente. Recogí una; estaba escrita en hausa, de modo que la guardé para traducirla después.

El tío de Francis, que era un geólogo en las minas de estaño, tenía una escopeta y licencia.

Conduciendo hacia Kaura Falls cazamos algo, sin darnos cuenta de que nos habíamos librado por poco de una caza mucho más letal en la aldea que acabábamos de dejar. Volvimos tarde a una aldea envuelta en un silencio espectral y tuvimos la sensación de ojos que nos miraban desde detrás de persianas y puertas. En la casa del geólogo nos enteramos que había habido disturbios, con algunas víctimas. Entonces me acordé de la octavilla ciclostilada y pedí a aquel hombre, que hablaba fluidamente hausa, que me la tradujera. Era un llamamiento abierto,

inflamado pidiendo una Jihad contra los «yaminrin». Pedía a los maestros que cerraran sus escuelas, que los padres mantuvieran a sus hijos en casa y que todos los verdaderos nativos de la tierra se quedaran encerrados hasta que «hayamos descargado nuestra voluntad contra los infieles del Sur».

Le dije a Francis: «Tengo que irme en seguida, en tren. No sé cuál es mi posición aquí con los sabuesos de la Seguridad en Lagos, pero no me puedo permitir el lujo de estar donde hay una revuelta. A los hombres de Ironsi se les puede meter en la cabeza la idea de que he venido aquí a fomentarla.»

Francis decidió también que iba a suspender el resto de su viaje de negocios y volver hacia la sensatez.

Salimos en coche justo antes de la segunda oleada de terror. Los escuadrones de la muerte se estaban reagrupando. Sonaba en nuestros oídos el grito de movilización: ¡Araba!

En los arrabales de Kaduna llegamos a una «buka» local, un lugar de comidas, donde habíamos parado a almorzar cuando pasamos antes. El ambiente era bastante pacífico, no parecía que las revueltas hubieran llegado aún a Kaduna. Alguien sugirió que paráramos un momento para tomar algo. Cuando Francis salió de la carretera hacia el terreno sin asfaltar me chocaron varias cosas a la vez: una puerta que colgaba de un tornillo de la bisagra de abajo; una pared chamuscada en el interior de la cabaña; figuras silenciosas, quietas y vigilantes en la vecindad. Cuando le grité a Francis que saliéramos de allí, me cogió por el brazo y señaló con el dedo. Sobresaliendo de los arbustos había una pierna humana.

En el silencioso viaje hasta Kaduna, que hicimos a toda velocidad, recordé que la cabaña era de una pareja ibo.

Separación. Secesión.

Tuvimos suerte para entrar en Kaduna. Unos minutos más tarde había oscurecido y la ciudad fue cerrada. Ningún coche podía entrar ni salir. Ya las calles parecían desiertas, los mercados junto a la carretera estaban sin nadie. La ciudad estaba cerrada y, sin embargo, curiosamente no habían impuesto ningún toque de queda. Uno podía circular libremente por la ciudad.

Nadie lo hizo salvo nosotros. Quizá fuera porque a pesar de que lo preveíamos no fuimos capaces de impedir el acontecimiento, no comprendimos el ritmo al que avanzaba hacia su realización; de repente fue muy importante para mí

comprender todo lo que pudiera de ese preludio -porque no me engañaba en absoluto pensando que ésa fuera la acción definitiva-, me parecía que mi viaje retrasado no sería un fracaso total si podía aprender algo del futuro modelo de disturbios observando los signos presentes. Dije a Francis: «Voy a coger el coche y daré una vuelta por la ciudad.» Aburridos por el confinamiento forzoso en el hotel, todos decidieron acompañarme.

Hasta la modista se negó a quedarse sola.

Fui al Club del Princess Hotel, cuyo dueño era un yoruba llamado Adejumo. Tenía un camarada que trabajaba allí como barman, un antiguo sindicalista traicionado y victimizado desde la huelga de la Morgan Comission. No tenía intención de verle, porque se había desanimado desde el fracaso de aquel movimiento de envergadura nacional. Pero ahora parecía que no había nadie más.

Tampoco había un Princess Hotel. Quedaban las paredes, pero poco más. Los amotinados se habían marchado una hora antes de que llegáramos; un solo camarero salió de detrás de los escombros de sillas y mesas rotas. Le pregunté dónde podía encontrar a mi amigo, pero él no lo sabía. ¿Y el gerente? Comenzó a dar rodeos hasta que le dimos seguridades. Eramos amigos de Adejumo, procedentes de Ibadan; si no le veíamos, ¿cómo íbamos a tranquilizar a su gente allí?

Seguimos sus semiincoherentes instrucciones y localizamos por fin la casa de Adejumo en el corazón de Kaduna. La puerta se abrió ligeramente cuando llamé. Ojos que no veíamos atisbaban desde grietas invisibles en las casas vecinas. De pie, en el pavimento delante de las casas, me sentí súbitamente vulnerable; la excursión de la tarde se había convertido en un ejercicio inexcusable de temeridad y estupidez. Durante un largo rato el gerente ni siquiera hizo caso a las llamadas.

Finalmente oímos un sonido, una voz aterrorizada comprobó escrupulosamente mi identidad antes de que una ventana lejana se abriera una pizca, una cabeza precavida inspeccionó primero a los otros en el coche, luego a mí, luego otras manos abrieron la puerta y el gerente nos metió en casa.

Me limité a escuchar sólo la historia de la devastación del Club, el ataque a los clientes y prostitutas no-nortañas antes de abandonar mi búsqueda. Estaba ansioso por recuperar la seguridad del hotel. El nuestro era el único vehículo en las calles de Kaduna durante el viaje de regreso. Al volver llegamos a la comisaría de policía. Hice una parada más y hablé con el funcionario de servicio.

Mientras volvíamos se me ocurrió preguntarle a Shade si había encontrado a mi colega durante el período de las revueltas. Me dijo: «No»; luego añadió: «Supongo que estaba metido en eso. Llevaba una larga espada debajo de su túnica aquella noche en el Club. Las mangas cayeron una vez y la vi antes de que pudiera esconderla.»

De camarada a renegado. Ya no podía dudar de que habíamos sido testigos de un mero preludio de un terror anárquico más amplio.

En Ibadan, Fajuyi estudió las octavillas que yo había traído, preguntando por fin: -¿Qué hacemos ahora?

La situación no era completamente desesperada aún. Dije que haría una gira por el Este tan pronto como me fuera posible.

Dio un suspiro.

- Me gustaría hablar con Ironsi. Desgraciadamente ya no confía en mí. ¿Sabes cómo me saluda ahora? «Hola, radical.» Desde que me mantuve firme en el asunto del presidente del Tribunal. El hubiera cedido ante las presiones, ¿sabes?, prefiere no ponerse enfrente de la gente importante. Si yo le hablara de todo lo que está ocurriendo inmediatamente sospecharía de mis motivos. La gente que le rodea... -Se encogió de hombros. -¿Aún piensas en seguir adelante con el Congreso?

- Se ha convertido en algo aún más importante. Te diré la fecha después de mi gira por el Este.

No podía deshacerse del constante pesar que le causaba la desconfianza de Ironsi.

- Solía llamarme todas las tardes..., pero ya te he contado todo eso. Sabes que la primera vez que me enteré de su decisión de rotar a los gobernadores fue por la radio. ¿Puedes imaginártelo? Por supuesto estoy totalmente a favor...

- Yo no. -¿Por qué no? Está bien como principio.

- Por supuesto que como principio está bien. Pero todavía no. Hemos tenido una larga racha de mala suerte con los dirigentes y ahora te tenemos a ti. ¿Quién va a venir aquí? ¿Ese lechuguino ceremonioso del Este o el borrachín que juega al polo del Norte? Tampoco me gusta mucho vuestro hombre del Medio Oeste.

- A decir verdad, tampoco me siento muy feliz con eso. Me gustaría terminar lo que hemos empezado, quiero decir ¡lo que acabamos de empezar! Sin embargo, siempre me recuerdo lo que yo critico en otros: nadie quiere marcharse. Empiezo a temer que el propio ejército no sepa cuando le haya llegado la hora de marcharse. ¡Si el pueblo comenzara a sospechar...!

La visita al Este restauró el optimismo, mi regreso lo hizo pedazos. En el Este había control, una disminución del resentimiento y de las ideas de venganza, había hasta los comienzos de una cierta auto-estimación, no mucha, pero más que suficiente para crear una confrontación pública que podría hacer nacer un frente nacional. Se había iniciado una insatisfacción hacia la presunción elitista de la administración de Ojukwu. Los daños de los acontecimientos del Norte habían vuelto el radicalismo del Este hacia adentro. Un fenómeno curioso e inesperado, cuyo potencial parecía ilimitado.

Una carpeta de ominosas señales que me entregaron en mano la noche de mi regreso del Este terminó con mi breve optimismo. El informe se centraba en las actividades de la Mafia entre los soldados, de enormes cantidades abiertamente repartidas entre oficiales de los cuarteles norteños y occidentales, de las esposas de los ex-ministros haciendo de correos entre el ejército y los políticos.

Parece que Fajuyi esperaba mi llamada. Nos sentamos en el salón de la State House y comparamos notas. De repente me chocó el silencio y el vacío. Tal vez el sentimiento de vacío dentro de mí había embotado mi sensibilidad hacia lo que me rodeaba. Habían pasado dos horas por lo menos y casi era de noche antes de que le preguntara:

- A propósito, ¿dónde está la gente?

Movió la mano irritadamente.

- Los eché. Cada vez que suprimía una estupidez ceremonial alguien inventaba otra nueva.

Sobre todo esos hombres de la Seguridad.

Le dije:

- No puedes ignorarles por completo.

- Son un estorbo. Hace unas semanas miré a mi alrededor y allí estaban todos



esos guardias.

Pensé para mis adentros: qué demonios, si alguien quiere disparar contra mí no lo va a hacer aquí.

Esperará a que esté al aire libre -se rió- o en uno de tus jeeps abiertos.

Era ya de noche. Tenía períodos de silencio más frecuentes de lo normal. Resulta tentador pensar que sentía premoniciones de una muerte inminente. Vuelvo a ver su compostura, los largos períodos de inactividad pensativa. Yo bebía, pero él no. Había, en un gesto característico de fuerza de voluntad, renunciado al alcohol -demasiadas ceremonias, se quejaba, demasiadas recepciones oficiales y él bebía mucho. De manera que lo resolvió simplemente dejando de beber. Y había reducido a la nada las ceremonias de la State House.

Repitió su convencimiento de que yo debía de hablar con Ironsi:

- Sabe que tú no eres de ningún partido, así que te escuchará.

- No creo que vaya a escucharme y de todas maneras no creo que sea capaz de entender nada. Y no tiene ninguna intuición. Cualquier dirigente, sobre todo un dirigente militar, que deja a su mujer salir a la peluquería con escolta y con sirenas sonando...

El silencioso vacío de la casa fue roto por su risa:

- Vuestra gente no se pierde una.

- El hecho en sí no es lo importante. Es lo que tienen de indicativo esos síntomas lo que asusta.

El hombre va hacia el suicidio, pero con la vía que ha elegido llevará a la nación consigo.

- De todas formas háblale. Tendrá que hacerte caso. -De nuevo se puso triste-. Realmente no se fía mucho de mí, ¿sabes? Es una lástima. Oh, no te lo he contado nunca, en una de nuestras reuniones intenté introducir algunas de esas ideas, ya sabes, de coches, de casas, etc. Y tierras. Ya sabes la manera en que nuestros oficiales superiores han comenzado a adquirir tierras de la Corona.

Dije que debemos de dar ejemplo. -Se rió-. Debías de haber estado allí. Me

eché atrás en seguida. Una vez que la gente empieza a mirarte como si dijeran que quieres ser más papista que el Papa, es mejor renunciar. De todas maneras -levantó los brazos indicando el vacío-, he intentado poner mi casa en orden.

- Cualquier lugar es bueno para empezar.

- Si tenemos tiempo -se sacudió la ominosidad inesperada de lo que parecía un comentario involuntario, volvió a su ser enérgico de nuevo-. ¿Hablarás con Ironsi?

Me encogí de hombros:

- Está bien. -¡Maldita sea! Acabo de recordar que en este momento está en el Norte. Pero puedes llamar a su oficina y pedir una entrevista -se detuvo abruptamente-. ¡Ogundipe! ¿Por qué no hablas con él? Es el jefe del Estado Mayor, es el más próximo en el mando. En realidad..., sí, eso es. Lo comprenderá mucho mejor. Habla a Ogundipe.

Nos despedimos en las escaleras de la State House. Eran alrededor de las siete de la tarde del 26 de julio. Fui en automóvil al día siguiente a Lagos. Desde la oficina de Francis llamé a Ogundipe en el Cuartel General Supremo. Le pedí una entrevista, subrayando la urgencia. Al cabo de quince minutos me vi obligado a colgar el teléfono y comenzar la lucha para volver de una bruma de irrealidad. Francis me preguntó qué había pasado. Las palabras parecían casi increíbles mientras salían de mi boca.

- Insiste en que primero le escriba un memorándum.

No habían pasado ni treinta y seis horas y tuvo que buscar un refugio en un buque de la Marina.

Y Fajuyi había muerto.

Y Víctor Banjo...

¡Si esa revolución se perdió para la historia, no fue en uno de esos famosos momentos, sino día a día! Un espacio entero de veinticuatro horas, luego un segundo y después un tercero. Hasta después de cuatro días había esperanzas para aquel movimiento. A partir del quinto día la oportunidad comenzó a desvanecerse. Al final de la semana había desaparecido para siempre. Otra causa perdida. ¿Qué le detuvo? ¿Qué le detuvo en Benin mientras el desnudo bajo vientre de Lagos yacía desamparado con su enorme corrupción inerte, esperando que lo abrieran? Adivino la respuesta, pero eso no es ningún consuelo. Esperando la primera señal del apoyo activo que le habían garantizado aquellos que no se movían por el mismo idealismo. Banjo había olvidado que su nación era una nación que espera a ver de dónde sopla el viento, que en una crisis el poder establecido comienza con una ventaja que ejerce una parálisis psicológica en todos salvo en los más entregados.

Como ya había declarado públicamente que enviaría sus fuerzas contra la secesión del Este, Banjo imaginó que ésa era una respuesta suficiente para el dilema de los vacilantes. Y por tanto, discursos por radio, largas reuniones con los dirigentes civiles del Medio Oeste y largas conversaciones por teléfono con supuestos camaradas de armas en otras zonas del país. La base revolucionaria, que se suponía consolidada por su constante presencia en el Medio Oeste, comenzó a desmoronarse. Pagó con su vida. Y con él Alale, Ifeajuna, Agbam...

Hasta cuando se reconoce que una nación no es lo que es en un momento dado, sino lo que es en su potencial entero, sigue en pie un peligro para todos los que se preguntan, como yo suelo hacerlo, si la nación no es simplemente algo imaginado. Porque ese potencial consolador del futuro es también de doble filo, a la vez un potencial para el bien o para el mal, para la regresión o para el progreso, para la consolidación reaccionaria o la recreación radical. La historia demuestra continuamente que no hay certeza de cuál será la dirección final, incluso en el mismo conjunto de circunstancias.

Parcialmente porque el factor humano es el determinante más demostrable, trato de prevenirme e intento sustituir las naciones por los pueblos. Es mejor creer en los pueblos que en las naciones. En momentos de graves dudas es esencial aferrarse a la realidad de los pueblos; éstos no pueden desaparecer, no tienen ningún cuestionable a priori: existen. Para el pensador verdaderamente independiente es siempre fácil -y con frecuencia importante- recordar la artificialidad, la arrogancia caballerisca, las motivaciones de explotación que llevaron a la disposición de los pueblos africanos en nacionalidades. Uno supera el

sentido de humillación que acompaña el recuerdo de esa génesis, al establecer su identidad esencial como un ingrediente en la creación de la entidad de un pueblo. No puedo considerar esa esencia como una cuestión de fronteras. Sólo se puede juzgar a los pueblos, juzgar, en su sentido ético básico sólo se puede aplicar a los pueblos; la lealtad, el sacrificio, el idealismo, incluso las ideologías son virtudes que se nutren y se ejercen únicamente en los pueblos. Cualquier ejercicio de autodestrucción únicamente en defensa de la inviolabilidad de las demarcaciones temporales llamadas naciones es un absurdo disfraz del idealismo. Los pueblos no son temporales porque se les puede definir con ideas infinitas. Las fronteras no.

Las ambulancias provisionales, los camiones de pasajeros kia-kia, pasaban frente a la ventana del apartamento en Enogu donde estábamos sentados hablando de la guerra, trayendo los heridos del frente de Nsukka. ¿Dentro de cuánto tiempo llevaría uno de aquellos vehículos los restos de Christopher Okigbo del que me había despedido hacía sólo unas horas, él hacia el sonido de las armas, yo en qué dirección precisamente? ¿Hacia qué futuro para vivir plagado de abdicaciones acusadoras? -¿Cuál es el mensaje del Oeste? -preguntó Banjo por lo menos por quinta vez-. Quiero decir, ¿qué están diciendo? ¿Qué dicen realmente de esta guerra?

- Lo único que sé es lo que todos sentimos con respecto a la secesión.

Contestó irritadamente:

- Sí y en cuanto a eso estamos todos de acuerdo. ¡Por qué no pudieron ser igualmente claros con respecto al pogrom! Los ibos no representaban ningún peligro para nadie. Los asesinatos de mayo y julio habían agotado su capacidad de plantear serios problemas. ¿Qué explicaciones teníais vosotros para estar tan callados durante aquellos terribles días de septiembre y octubre?

- La esencia de este enfrentamiento -dijo Alale- es el rechazo o la defensa del beneficio que se extrae del genocidio. O del chovinismo tribal.

El genocidio fue la cura escogida para las investigaciones acerca de bienes. En Lagos, en lo que se refiere a los antiguos ministros federales, directores de corporaciones, etc., ni siquiera comenzaron. Los millones acaparados por los políticos norteños permanecieron intactos, intocados por el Gobierno, a pesar de las vociferaciones de los periódicos del Sur y la nueva generación del Norte. Hubo numerosos ejemplos: un emir norteño, que era también director de una corporación, tenía seis millones de libras, de los que no podía dar explicación, en su cuenta

particular. La investigación fue suspendida abruptamente. No tuvo más consecuencias para él que el apartamiento de su cargo. Comenzaron a salir extrañas declaraciones de la boca del gobernador militar Hassan, tales como que había que dedicarse más a reparar las grietas en la unidad nacional que a malgastar el tiempo con los males del pasado. Lagos continuó extrañamente inmune; los beneficiarios de la expropiación del aparato civil de propiedad privada se paseaban por el país, intocables y al parecer invulnerables. Sólo el Oeste permanecía escrupulosamente entregado a los ideales revolucionarios.

Allí se hizo una restitución completa. Públicamente y sin compromisos.

Pero las voces de la disidencia no se silenciaron. Sindicalistas, intelectuales y columnistas de la prensa denunciaron la traición, exigieron que el Gobierno llevara a cabo los objetivos del 15 de enero, especialmente ya que éstos habían sido suscritos públicamente por el nuevo Gobierno del contragolpe de junio. Por fin los acaparadores civiles y políticos se dieron cuenta de que estaban en peligro. Tenían que hacer una maniobra de distracción y tenía que ser tan grande que oscureciera por completo todos los demás objetivos de la sociedad. La Mafia norsteña se reunió con sus colegas de Lagos y contribuyó con la necesaria inversión para la autodefensa. Se planeó el pogrom a sangre fría, se maquinó cada etapa y el dinero para las operaciones se distribuyó en varios centros de criminales. Los ibos, que ya habían sido dos veces víctimas, eran las víctimas más obvias y más lógicas de esa nueva matanza motivada por el beneficio. Pero para que la lección fuera completa, para que no hubiera peligro de un retorno a la antigua interferencia interregional en los asuntos de esa base de las conspiraciones reaccionarias, decidieron incluir en esa barrida masiva a los «perturbadores» del Sur; no importaba la región. Pero los ibos iban a ser las víctimas incondicionales.

- Cuando hubo la secesión en el Este -dije-, nos dejaron a la Mafia y los militares como una alianza inquebrantable culpable mutua y lucrativa. Y con una triunfante filosofía del genocidio.

Porque si el Este se iba no habría crímenes en la nueva entidad que aún conocemos por Nigeria. Y la nación estaría demasiado ocupada en resolver sus problemas como para preocuparse de la -para entonces- monótona demanda de una completa purga moral. En cuanto a las esperanzas de construir algo que se acerque a un Estado socialista...

Alale estalló de nuevo: -¿Estás de acuerdo en que eso es la única posibilidad para Nigeria?

- No hay alternativa. El ejército debe ser devuelto a su situación de parte del proletariado. La mentalidad político-patricia ya está destruida, pero ha comenzado una nueva vida con su anónima infiltración en el ingenuo y puramente instintivo ejército. Necesitamos una Tercera Fuerza que piense en términos de denominador común para el pueblo. Si el Este se detiene, pide un alto el fuego y da tiempo a la Tercera Fuerza para proliferar en todos los sitios clave..., bueno, será el momento. No he hecho este largo viaje para pedirle al Este que se rinda. Pero la secesión debe quedar en suspenso.

Banjo negó con la cabeza:

- Ojukwu nunca estará de acuerdo. Para ser justo con él tengo que decir que no le quedaba más remedio. Vi las manifestaciones. Si no hubiera cedido, lo hubieran echado físicamente.

- Me contó todo eso. Escenas de emociones desatadas en las calles y ante la State House. Estoy dispuesto a admitir que le forzaron la mano; pero a pesar de eso creo que es lo suficientemente listo como para encontrar otra salida. Si la hubiera querido realmente. -¡Por supuesto! Esa es la clave. No quiso buscar una salida y te diré por qué. Porque es un reaccionario nato. Sabe lo que pienso de él. Se lo he dicho a la cara.

Y aun otro recordatorio de las realidades morales de una guerra que se combatía a sólo veinte millas de nosotros nos lo trajo un joven oficial que entró en el apartamento y le entregó a Banjo un trozo de papel. Banjo lo leyó, le pasó el papel a Alale y luego se volvió hacia mí. -¿Conoces a Joe Akhahan?

- Sí.

- Se ha muerto. Caída de un helicóptero. Interceptaron una señal federal.

El joven oficial estaba allí aún. Dijo:

- Fui su ordenanza durante la campaña del Tiv.

Banjo comentó:

- Pues ya no tendremos que preocuparnos de qué lado se iba a poner.

El joven oficial dijo llanamente:

- No creo que haya sido un accidente.

El diálogo, como muchos otros diálogos durante aquella visita a Enugu, tendrá que seguir formando parte del mayor enigma de la guerra. Como nuestra presencia en aquel apartamento, la vivienda de Banjo, que le servía también de despacho. Ninguno de nosotros era ibo. Víctor Banjo era, como yo, yoruba. Alale, un ijaw del Medio Oeste, un marxista educado en Moscú, que había estado con el CPP de Nkrumah, cada vez más acosado por pedir que disminuyera el culto a la personalidad y por llamar la atención acerca de la separación creciente entre la élite del partido y las masas, había conseguido pasar una temporada de detención preventiva. Alale, ágil e inquieto, paseaba por la habitación dando largas y elásticas zancadas, estallando de vez en cuando para preguntar: -¿Cómo creen esos tipos a lo Gowon que pueden construir una nación sobre un genocidio triunfante? ¿O como Ojukwu, construida sobre la reacción emocional al genocidio? ¿Qué pasa con todos esos intelectuales, de los que se habla tanto, con su jerga seudosocialista? Nos reíamos de todos esos farsantes cuando yo estaba con Nkrumah. ¿Qué pasa cuando ocurre algo antisocial y amenaza con hacer pedazos a la nación? ¿Por qué no les oímos en el momento de los acontecimientos?

- No les oirás nunca -dije-. Están disfrutando de la angustia de tener que decidir entre dos males.

Banjo dijo:

- La nación ni siquiera tiene que escoger entre dos males. Se desarrolle como se desarrolle esta guerra, los únicos resultados serán el reforzamiento del peor de los dos males.

- Los soviéticos hicieron su guerra civil con las armas en la mano y la ideología política en sus cabezas. Eso fue hace medio siglo. Pero nosotros ponemos a nuestros soldados en el campo de batalla sólo con la consigna de Mata Yanmirin o Mata Hauda. ¿Y quién se aprovecha de eso? Los malditos capitalistas burgueses que ya han empezado a beneficiarse de una industria de guerra en auge. ¿Cómo podremos deshacernos de la alianza entre el aventurero capitalista y el militar burgués después de la guerra? ¿No saben Historia todos esos intelectuales? ¿No han oído hablar de España?

- Y cuanto más tiempo dure la guerra... -comenzó a decir Banjo.

Les interrumpí para preguntarles si creían que los ibos lucharían hasta el fin,

porque recordé un comentario de George Orwell.

«Si era justo... animar a los españoles para que siguieran luchando cuando ya no podían ganar, es una cuestión difícil de responder. Yo pienso que era justo, porque creo que es mejor, hasta desde el punto de vista de la supervivencia, luchar y ser vencido que rendirse sin luchar.»

Por lo que yo había visto y oído, no era posible que los ibos fueran a entregarse.

Banjo suspiró: -¿Quién sabe lo que harán los ibos? Todo esto es una locura desde el comienzo, pero ¿quién no iba a volverse loco después de lo que ocurrió?

Una y otra vez, al igual que Alale, volvía al mismo meollo del fracaso, la obstinada frustración de una increíble dejación moral de la cual era culpable toda la nación.

- Pero ¿qué pasó con todos vosotros en el Oeste? Otegbeye y toda esa gente que aparece siempre en los periódicos. Ni una palabra de condena por parte de nadie. Ni una protesta a Gowon, ni siquiera una manifestación estudiantil, ni un acto de solidaridad con las víctimas. ¿Cómo creía el resto del país que no iban a sentirse aislados?

- Tal vez querían el aislamiento -dije-. Hay razones mutuas en ambos bandos para los que tienen intereses creados. -¡Especuladores! -Alale escupió la palabra con disgusto-. Están en los negocios y en la administración. Estos últimos son los peores. Al menos tú conoces a los hombres de negocios. El tipo de la administración es más peligroso. Finge que únicamente le interesa el Estado. -Cortó el aire con limpios golpes de kárate, izquierda, derecha y enfrente-. No es la nación la que tiene que ser fragmentada. Es la mentalidad del pueblo en su conjunto. Sacar las piezas y volver a reunirías.

Lo que Dios (el hombre blanco) ha juntado, que ningún negro lo separe. Las complicaciones de la política de interferencia neocolonial obliga a uno a aceptar ese maldito catecismo por ahora como una necesidad pragmática. Tal vez más tarde las propias naciones negras se sentarán juntas y de mutuo acuerdo, con la regla y el compás sobre un papel, reformularán la limitadora imposición de esa autoridad divina, destructora de energías vitales y estupizadora. Lo que está claro, miserable y humillantemente claro, es que se está luchando una guerra sin un programa simultáneo de reforma y redefinición de los objetivos sociales. Una guerra de



solidificación; porque solidificación es una palabra mucho más exacta que unidad para describir una guerra que únicamente puede consolidar los mismos valores que la provocaron, porque en ningún lugar y en ningún momento se han discutido esos valores. En ningún lugar ha aparecido un programa pensado para garantizar la erradicación de las iniquidades fundamentales que provocaron los conflictos iniciales.

Por supuesto habrá triunfadores, pero no serán las masas sacrificadas de Biafra ni el resto de la nación. Ahita y saciada por los esperados dividendos de la guerra, la pirámide elitista dejará los mecanismos naturales de hartura, el pedo, absorberá a los nuevos sectores elitistas, creando una regurgitación autoconsolidada, dominio de la Mafia y el lumpen de los militares, los viejos políticos y los negociantes. Después de todo, la voluntad de combate de un pueblo no es ilimitada. La guerra exigirá un esfuerzo tan intolerable de esa voluntad que poco quedará después para enfrentarse con los acaparadores de la guerra (poder) cuando comiencen a agotar la nación hasta la muerte. Como lo harán, hinchados por el viento de la victoria, gobernantes indiscutidos, únicos beneficiarios del hedor de la muerte. Por prioridad, la fuerza combativa de un pueblo pertenece a la crucial tarea de la revolución interna. Violentarla o gastarla innecesariamente es colocar al pueblo a la merced de los más avispados oportunistas del flujo y del caos.

Especuladores militaristas y múltiples dictaduras: ésa será a la fuerza la herencia de una guerra que es dirigida de esta manera. El vacío en la base ética -porque una frontera nacional no es ni una base ética ni ideológica de cualquier conflicto-, este vacío será llenado por una nueva ética militar: la coerción. Y la formulación elitista del ejército, la entera resaca colonial, se apoyará en una carencia de revaluación nacional, que conservará y promoverá la herencia de clase de la sociedad.

Las ramificaciones de la alianza entre un militarismo corrupto y una Mafia rapaz en la sociedad son interminables y casi incurables. La guerra significa la consolidación del crimen, una aceptación de la escala de valores que creó el conflicto, fidelidad y veneración a esa escala misma de valores porque ya está íntimamente vinculada a un sentido de la identidad nacional.

Todo se define cuando esa consigna, identidad nacional, es proclamada ruidosamente. Todo se une en el amorfo abrazo de la unidad nacional. El pensamiento (no puedo encontrar la palabra, pero el proceso es largamente irracional), el pensamiento es que los valores presentes al conseguirse la victoria son los valores que han creado la victoria. En las nieblas distorsionadoras de la

euforia nacional, la falta de moral y la esterilidad ideológica que provocaron el conflicto, ya no se consideran como tales, ni se considera que sigan formando parte de la identidad de la nación, ya que la identidad no ha cambiado, no ha pasado por una purga revolucionaria ni en sus entrañas ni en su cabeza. Una guerra, que conlleva el sufrimiento humano, debe, cuando ese mal es inevitable, destrozar algo más que edificios; debe destrozar los cimientos del pensamiento y recrear. Sólo de esta manera puede cada individuo participar en el cataclismo y comprender el objetivo del sacrificio.

Pienso, después de todo, que únicamente hay una definición común para un pueblo y una nación: una unidad humana mantenida por una ideología común. Debe ser esa identidad o la falta de ella la que siento en los momentos de pesimismo cuando los versos de Platen rondan por mi cabeza:

Y los que odian el mal en lo profundo de sus corazones  
Serán arrojados de su patria, cuando el mal  
Sea venerado por una nación de esclavos  
Es mucho más sabio renunciar a ese país  
Que soportar el yugo del odio de una chusma ciega  
En la regresión infantil de un pueblo.

O en los momentos más eufóricos cuando, lleno de confianza, recuerdo los versos de Castro:

Esta tierra  
Este aire  
Este cielo  
Son nuestros  
Los defenderemos.

En defensa de esa tierra, ese aire y ese cielo que formaron nuestra visión más allá de las líneas trazadas por los amos de un pasado colonial o vueltas a trazar por la rabia instintiva de los violados, partimos cada cual a un destino diferente.

Los momentos en que uno se siente más vulnerable son los de antes de despertar, los que salen a la superficie entre la capa más alta de la conciencia y la realidad del pisar tierra. Pienso en las peligrosas mañanas de esta manera: tal vez hay demasiadas conciencias revoloteando sobre una superficie común en esa hora, demasiados montones de ropa en la playa y mentes drogadas que entran y salen sin huellas propias. Si un hombre en ese estado escogiera la ropa equivocada, o flotara sin encontrar ninguna, todo misteriosamente se desvanecería...

Cada día me cuesta más encontrar mi ropa. Prendas sueltas me miran a la cara, una camisa manchada, calzoncillos largos, sandalias desparejadas. Luego cometo errores y recibo extrañas miradas, a veces oigo una risa burlona. ¿Cuánto tiempo dura? ¿Una fulguración, como en los sueños? ¿O una eternidad? ¿Cuánto tiempo ha durado la búsqueda? ¿Es cada día más larga? ¿De quiénes son los rostros que se reconocen vagamente? ¿Cómo echa raíces tan reales una simple metáfora? No es posible tener el mismo sueño un amanecer tras otro. Tal vez ese pensamiento haya generado terror y la mente salte instintivamente hacia el miedo enterrado, provocado por el despertar que se aproxima.

Mis ensueños me llevan hacia aquel lago, volviendo una y otra vez hacia mi búsqueda obsesiva entre rostros extraños, los pies arrastrándose con un terror creciente, un miedo al error, un miedo de despertar siendo un extraño para mí mismo.

Conozco la causa. Conozco el suceso de hace unos días cuya definición evito. Está claro que es el pánico. ¿Pero la causa inmediata? El cierre con clavos. Hago un diagnóstico de esa experiencia sin precedentes: la claustrofobia.

Se desbordan las represiones ciegas, aplastantes, un chorro de humos ponzoñosos en los atrapados sedimentos de mi cápsula de aislamiento..., de repente en el silencio de la noche me arrancaron del sueño como si mi cápsula se hubiera convertido en una simple burbuja en el lago de la conciencia. La cápsula resistió, se negó a estallar. Arañé su lisa superficie y pedí aire. Fue un despertar frío, noche de harmatan. El frío intensificó el aislamiento de la burbuja, el pánico llegó en puñaladas de presión helada. ¿Por qué? ¿Por qué esa repentina obstrucción de mis pulmones? Mis latidos se indisciplinaron enloquecidamente, oí su martilleo en mi cabeza y mis puños apretados se convirtieron en algo vivo, un pájaro frenético presionando contra mi alma. Era latido, puro latido.

Sentí que mi corazón estaba a punto de estallar, que la cápsula se desintegraba. Una manada de sementales golpeaba mis sienes. ¿Se puede soportar todo eso? Mi cráneo estaba a punto de estallar.

El plácido lago entró en erupción de repente y me vi levantado limpiamente, jaula de plástico burbuja de cristal cápsula de oropel insecto clavado, elevado limpiamente por la erupción y lanzado de una cresta a otra de enormes olas. El largo brazo de una ola lo atrapó en una curva maligna y lo hizo bajar de nuevo al lecho de légamo, nos deslizamos desde una cima viscosa a otra. Sin luz, sin guía. El lago es una caverna subterránea, sellado de un extremo a otro. No hay dónde agarrarse dentro, sólo un rugido en los oídos de la bóveda, una demencia desnuda en el meollo de la tierra, granadas de agua dirigidas hacia los centros de los latidos provocando destrucción.

¡Pero tú sabes lo que es! ¡ PÁNICO ! ¡L O conoces por una sola cosa! ¡ NO TIENE SENTIDO !

Oí mi propio grito y me desperté. Salté a tierra desde la superficie del lago y fui directamente a mi ropa.

Pero la cápsula fue absorbida de nuevo. Y ahora me incorporé agitado en la cama y me senté con las piernas cruzadas. Eso es lo que quieres hacer, me advertí: saltar, coger los barrotos y sacudirlos como un simio frenético. ¡Y gritar! Porque había eso, esa contracción de hierro debajo del corazón y la respiración se convirtió en un tormento. Y el cuerpo deseaba pegar sacudidas, dar saltos, estrellarse contra la pared, abrirla de par en par, barriendo todos los objetos con una fuerza inhumana que se había apoderado de mí. Sentí una fuerza titánica. ¡Allí estaba! Una fuerza palpable. Si la dejara dominar mi cuerpo aunque sólo fuera cambiar ligeramente mi posición restrictiva de piernas cruzadas debajo de mí, liberaría una fuerza autodestructora.

¿ POR QUE ? ¿ PERO POR QUE ? ¿No eres el dueño de este espacio? ¿No te he coronado rey de la soledad?

Control. Control. Inhalar. Exhalar. No dejes que se te escape otro sonido. Agarra las dos barras paralelas de la puerta, tus signos de ecuación para esas ciencias esotéricas que te ocupan. Dos barras, una ecuación. Equilibra el cielo con la tierra, la tierra con el cielo. Agárralos con fuerza pero en silencio. Toca el hierro y clávatelo en tu alma. Déjalo ahí. ¿Pero cuándo llegaste a la puerta?

Tierra. Tierra. Siéntate en el suelo. Manta. Si no hiciera tanto frío. La almohada entonces, siéntate sobre la almohada para protegerte los tobillos, envuélvete en la manta. Respira. Cuenta todos los objetos, comenzando por el cepillo de dientes sobre la repisa. ¿Para qué sirve? ¿Y el jabón? Cuenta las barras una por una, dejando fuera los signos de ecuación. No, por la nariz, respira sólo por la nariz. Todo el aire que necesitas puede llegarte por la nariz. No jadees, no has estado corriendo, hay poco espacio aquí para hacer eso. No dejes entrar a los demonios. Vacía tu mente.

Echa el ancla.

En esta fría noche de harmatán estoy cubierto por charcos de sudor. Tal vez después de todo sea mejor quedarse en cama, tumbado. Una superficie mayor en tierra. Los brazos extendidos hacia abajo, los talones enterrados en montones de lana, espero el momento de descuido de ese asalto, reuniendo fuerza en los momentos lúcidos. ¿Cómo puedo describirlo? Se convierte en un modelo, un ritmo aceptable de flujo y reflujo, de desorden y claridad. Un ataque por parte de una manada de lobos, luego un breve respiro bajo el saliente. Los dedos sobre un precipicio que se debilitan enfermizamente. Una larga caída hacia el vacío, una quietud confusa en el centro de la succión. Una vez yacía contra un acantilado totalmente vertical, sostenido únicamente por la fuerza que me había elevado hasta allí. ¿Cuándo? No puedo decirlo. Una lapa sostenida por la distribución regularmente siniestra de fuerza, nada podía apalancarse para soltarla, no había ningún espacio para meter una cuña de racionalidad. Después de cada movimiento de la marea, la profundidad y la dimensión disminuía. Pacientemente lavada y erosionada para formar una placa sensorial. ¿Es eso mi radiografía sobre el esquisto?

Fragmentos

No podemos cogerlos, persisten  
Cortezas de intuición  
Pasos  
Pasando y repasando la puerta del reconocimiento.

Al menos mi memoria resulta tenaz. Aquella «mantra» servirá. Murmura palabras, ordena los ánimos si los pensamientos no se sostienen. Otra vez. Y otra vez. Haz girar las palabras en la boca.

Prueba el vino final, el sabor del polen, el espíritu del polvo. Viaja ahora más allá, deja que las palabras preparen su pasaje, luego viajan a través del pasaje,

esparciendo incienso en el camino.

Dilata las ventanas de la nariz. Codiciosamente. ¡Pero codiciosamente! Traga hasta la saciedad. ¿Victoria? No, flujo y reflujo. Pero uno puede también ser la luna y controlar el peligro, desde arriba aunque tirado y asolado en profundidades sombrías. De una forma u otra separa el ser esencial del reflejo gemelo y haz todas las fases horripilantes más armónicamente sensoriales. Han atrapado mi sombra pero no mi esencia. Repítelo. Han atrapado mi sombra pero no mi esencia.

Lanza un nuevo hechizo por si hay un nuevo asalto.

Viejas									lunas
Poned		vuestros		ojos					crecientes
Sobre		puentes		de		mis			manos
Desenreda				con					peine
Las melenas	de	viento	sobre	mi	arena	barrida	por	la	marea.

Mi hígado está curado. Espero a los buitres porque aquí no hay águilas.

Ambrose llegó tarde de servicio. Al menos que le pare en seco o le congele con mi hostilidad, siempre ofrece una explicación si llega un minuto tarde, o no ha aparecido en el último relevo. El propósito real: ver si hay algunas sobras antes de que las limpien. ¡Días, señor!, con un saludo. «No viste ayer -fui al tribunal.» «Tardes, señor, ve que vengo un poco tarde -hablando en oficina.» Esta mañana fue: «Mañana, señor, tarde porque los celadores fuimos a una inyección. Meningitis en el pueblo. Muchos mueren.» Demostré interés sin querer, él aprovechó la oportunidad. «Sí, pienso nombre es meningitis. Eso de mover para atrás la cabeza.

Todo el mundo en la cárcel hoy para inyección, todos los prisioneros y detenidos. Así que prepara tu brazo, señor. No dolé mucho.»

Cualquier cosa que pase es importante en la cárcel, hasta la amenaza de

meningitis cerebroespinal y los desagradables pinchazos de la aguja. Hay las horas esperando que vengan, luego el acontecimiento en sí, después del resto del día cuando la realidad de ese acontecimiento abre agujeros en el magma de la existencia sin objeto. No necesito que Ambrose me avise cuando llegan al patio de los locos. Hubo la familiar llamada autoritaria a la puerta, la entrada de la escuadra médica, el ladrido de las órdenes, las risas que seguían a cada grito de dolor. Ambrose corrió hacia mí para anunciarme sin sentido: «¡Llegaron!», y se volvió a toda prisa a su puesto.

Pasó una hora. Oí abrir la puerta y el equipo se marchó por donde había venido. Ambrose, sin poder creérselo, abrió su puerta para ver lo que ocurría, volvió a cerrarla y vino hacia mí. «No sabe -dijo-. Olvidaron usted estar aquí. O mejor vienen mañana.»

Todos los reclusos, incluidos los que están en las celdas de condenados a muerte, han sido vacunados contra la meningitis cerebro-espinal.

Intenté recordar lo que sabía de esa enfermedad. Principalmente que es muy infecciosa y que no es necesario el contacto. El aire lleva los gérmenes. Paseando por la cripta me encontré que involuntariamente miré por encima del muro, como si fuera capaz de detectar y esquivar las esporas de esta última amenaza pasando limpiamente a través de la alambrada para cumplir las esperanzas de los que han ordenado que yo no debo ser vacunado.

Porque sé que no se han olvidado. Era una posibilidad «natural» más de la Solución Final.

Nunca he hecho de carterista en mi vida: un momento, quizá sí. En el colegio se juega a toda clase de cosas. Un relato de espías, una novela policíaca, una película de detectives, cualquiera de esas cosas era suficiente para hacernos probar si nuestros dedos o reflejos eran mejores que los de quienes aparecían en ellas. Junto con nuestros conocimientos últimos de física o de química. Ahora que lo pienso,

recuerdo que he abierto cerraduras y no sólo jugando. Un llavero perdido, etc., por no mencionar la cantidad de veces que la llave de la puerta de atrás fue manipulada para que cayera sobre un periódico cuidadosamente metido debajo de la puerta -otra útil idea procedente de las experiencias escolares. Pero en realidad robar una cartera, no, que yo recuerde. Como mucho, alguna travesura en el colegio.

Sin embargo, hace unas semanas -en realidad tenía que ser la primera cosa que apunté con esta pluma, con toda la eficacia de los mejores alumnos de Fagin-, desvalijé un bolsillo. No cualquier bolsillo, no el bolsillo de sus pantalones, ni el bolsillo de su amplio gabán, sino el bolsillo superior de la camisa de aquel médico. Que esa hazaña no me pareciera excepcional en aquel momento me resulta ahora de lo más extraño. Es una nueva prueba de cómo diariamente, no, mejor dicho, instantáneamente, uno llega a convertirse en un zorro al vivir aislado de la normal existencia civilizada. Por lo que recuerdo en este momento ese episodio es porque el bolígrafo -un Biro barato- ha comenzado a dar sus primeras señales de agotamiento y he descubierto que más bien subconscientemente comenzaba a desear el retorno de ese médico. Al preguntarme por qué, recordé por primera vez el gráfico instantáneo de mi primer acto como carterista.

Por fin llegó el médico. Era una visita de rutina a las celdas, sólo que mi caso no sólo de rutina.

Entre los prisioneros el médico no va escoltado, le acompaña únicamente una enfermera y un ordenanza de la prisión, normalmente un celador subalterno. Estos, más el preso de confianza, destinado en el dispensario, forman el equipo médico de inspección. Al entrar en la cárcel un nuevo recluso tiene que ver al funcionario médico de ésta casi en seguida, desde luego en las primeras cuarenta y ocho horas. Por una parte es él quien prescribe la dieta, decide para qué tareas es apto después de una inspección completa, etc. A pesar de mis peticiones, no vi al médico durante meses.

Al instalarme allí fue el propio superintendente quien me prescribió mi dieta. Llegó por la mañana y me preguntó qué estaba acostumbrado a comer. Cuando hube indicado un par de cosas, me dijo que estaba bien. Desde aquel día hasta la llegada del nuevo interintendente, comí ñame por la mañana y arroz por la tarde. También me traían leche, azúcar, margarina y huevos, la mayor parte de lo cual servía para engordar al limpiador y a mis guardianes, sobre todo a Ambrose.

Y ahora, sin ninguna razón aparente, apareció el médico, acompañado por el superintendente, dos oficiales cadetes, el celador jefe, un celador superior y una



escuadra de celadores subalternos.

La enfermera esperó fuera. Me sometí al examen, contesté a sus preguntas y luego hice una a mi vez:

- Llevo meses aquí. Solo. No tengo libros ni nada que hacer. ¿Cree usted que eso es bueno para mi salud?

Me dio golpecitos en el pecho y se rió.

- Jo, jo. A mí me parece que está usted muy sano. -¿Pero cree usted que eso está bien? ¿Cree que es humano? Porque si no lo cree, debe usted hacer algo. Estoy acostumbrado a utilizar y alimentar mi mente. ¿Está bien que se me someta a un régimen de hambre tan prolongado?

Se volvió completamente inexpresivo. Nunca aborrecí tanto el acento asiático como en aquel momento. Mientras hablaba recordé toda la historia de la incursión indo-pakistaní en la administración nigeriana, especialmente en dos departamentos: los Ferrocarriles y los Servicios Médicos. El difunto Sardauna de Sokoto fue el principal responsable de introducir en el país a todos esos talentos mediocres traídos de Asia. Un caso escandaloso entre miles, afectó a un simple ordenanza de hospital, el sobrino de un anfitrión musulmán durante una de sus misiones islámicas en Pakistán. En uno de sus muchos momentos de generosidad a expensas de la nación, el Sardauna le garantizó a ese ordenanza un trabajo importante en el norte de Nigeria si quería volver con él.

Aceptó y crearon para él el cargo de Funcionario Médico. Se dedicó a la cirugía con los resultados predecibles. Por fin, en 1963, alarmados por el fenomenal porcentaje de muertos bajo el bisturí del cirujano, se abrió una investigación y se descubrieron los antecedentes del favorito. Ni siquiera así la decisión final fue más que eso: prohibición de la cirugía. Este carnicero conservó su cargo como Funcionario Médico Superior y tenía su consulta.

Vi y escuché al médico de la cárcel, con su acento demasiado exagerado para ser verdadero, parte de la duradera escoria de la importación del Sardauna. Al principio creí que era un chiste de mal gusto cuando continuó interpretando mi queja acerca del hambre mental en términos puramente físicos, luego me di cuenta de pronto que hablaba completamente en serio.

- Mis ojos -me quejé-. El harmatán, o algo por el estilo, ha hecho estragos en ellos. Necesito que me los examine.

En un segundo sus dedos cogieron los párpados inferiores de los ojos, uno detrás de otro.

- Sí, sí -dijo apuntando su lápiz óptico a uno después de otro-. Sí, ¿qué pasa con los ojos?

Me parecen muy normales.

- Veo manchas -le miré directamente a los ojos, tratando de obligarle a que entendiera y ejerciera su autoridad-. Debe ser la falta de lectura -me sentía estúpido.

- No, no -seguía mirándome, inspeccionando cada globo ocular con una seriedad total-, Quizá haya leído usted demasiado en el pasado. Sus ojos deben descansar.

Le cogí en el momento en que se había dado la vuelta. Ahora estaba entre yo y el equipo de la prisión. Le agarré la mano en que llevaba la linterna y le dije recalando cada palabra:

- Necesitan leer.

- Sí, sí..., lo siento, ¿están irritados? -contestó rápidamente, apartando con suavidad su muñeca-. Me han dicho que no come usted bien. Ya sabe que debe comer.

Creo que fue en ese momento, sabiendo con certeza que no iba a conseguir nada de esa visita ni de ese hombre, cuando mi mente se fijó en el bolígrafo que llevaba en el bolsillo superior de su camisa. ¡Escribir! Poder poner pensamientos sobre el papel, comenzar una nueva obra teatral, una novela, un cuento, una crónica para uso propio..., todo eso, pero lo más importante era tener algo que hacer. Un bolígrafo y haría algo. El tiempo se iría erosionando poco a poco o en gran escala.

- Manchas -repetí-. Como ahora, las que hay ahí arriba.

Señalé al techo con el dedo, pero a un punto por detrás de él, sobre su hombro derecho. El bolsillo estaba a la izquierda. Detrás de mí era horriblemente consciente de que estaba el personal de la prisión mirando pero intentando no mirar, escuchando pero no escuchando, fingiendo que habían dejado a un recluso en consulta privada con su médico. El asiático se volvió en la dirección de mi dedo y yo me incliné hacia él, le cogí el bolígrafo de su bolsillo izquierdo mientras giraba su pecho, pasándome. Lo puse en la palma de mi mano y luego lo coloqué sobre la

mesa, tapándolo.

- Por supuesto, usted no puede verlas -dije.

- Eso viene de lo mal que come.

Comenzó a recoger su instrumental. Clavé mis ojos en los suyos por si se había fijado, incitándole a acusarme si se atrevía, siendo como era un supuesto miembro de una profesión humanista. Desde luego que no reaccionó.

- Tiene usted que comer bien -es todo lo que me dijo- y entonces no verá esas manchas.

Pensándolo de nuevo, creo que me hubiera gustado que se diera cuenta del robo. Hubiera significado la existencia de una conciencia humana junto a mí, la atenuación de la realidad del aislamiento. Tal vez por esa razón no me sentía orgulloso de la limpieza de esa operación breve e impremeditada. Estaba demasiado interesado en seguir cada una de sus reacciones, esperando contra toda esperanza que se diera cuenta, que fuera consciente de mi necesidad y que incluso se sintiera lo bastante conmovido como para actuar. ¿Por qué otra razón, con la tinta del Biro ya agotándose, deseaba que me hiciera otra visita? Conociéndolo, era muy difícil que volviera con un Biro asomando por su bolsillo. Si vuelve, ¿será porque se dio cuenta y vuelve deliberadamente para que le roben de nuevo?

La tinta se seca. Debería ser posible calcular la progresión aritmética (¿o geométrica?) de la tinta que se seca en un Biro. O quizás sería más adecuado la disminución psicológica (¿hay otra palabra?) de los reclusos bajo los cuidados de un médico Sardauna.

Los gemidos de angustia comienzan inmediatamente después de la hora de la cena. Llegan de la pared que está frente a la entrada de mi celda. La pared tiene dos aliviaderos, ambos tapados por rejillas. La malla es lo suficientemente grande

como para que pase un gato. Por los trozos de piel que quedan colgados de ella sé siempre si ha pasado por la noche. Luego corre como una flecha por el espacio intermedio, tan desnudo y lleno de peligros, buscando desperdicios. Una alcantarilla corre por mis dominios, detrás de la choza. Enlaza el patio de los locos, a través de la cripta, con el recinto de las mujeres. La alcantarilla es el eslabón subterráneo de todas las catacumbas de Hades.

Hay olor a muerte en el aire. No puedo equivocarme. Así que debo de pensar solamente en cosas vivas, no dejar que entre en mis narices el hedor, la súplica de manos esqueléticas a mi impotencia.

Hemos tenido un nacimiento aquí hace unas semanas. Oí los gritos de un bebé y me pregunté cómo podría ser. ¿Un bebé en este infierno? Y era de tarde, casi a la misma hora que empiezan estas molestas quejas. Era difícil que se tratara de una esposa visitando a su marido prisionero, con un bebé recién nacido. ¿No es extraño? Había oído antes las voces de las mujeres, pero creí que eran voces de niños. ¡Pasaron varios meses antes de darme cuenta que mi cripta está colocada entre el patio de los locos y el patio de las mujeres! Las voces eran tan finas como si vinieran a través de una grieta en una caverna distante. Juegan a cosas de niños por la tarde, a juzgar por el sonido y las risas deben ser juegos infantiles. ¿Y esas canciones que yo imaginaba que venían de fuera de la cárcel? En una tarde muy silenciosa hasta podía entender algunas de las palabras:

Hermano					Juanito
Hermano					Juanita
Estás					durmiendo
Estás					durmiendo
Repican	las	campanas	de	la	boda
Repican	las	campanas	de	la	boda
Ding			dong		ding.

Cantaban con ese tono indiferente, sin sentido en el que nuestros escolares cantan las canciones extranjeras - *The Bluebells of Scotland*, *Ash Grove*, *The Lass with her Delicate Air* - impuestas en la enseñanza por misioneros sin imaginación. Las canciones suenan apagadas hasta cuando las acompañan juegos. Las palabras no tienen ningún sentido para ellos, el territorio y los sentimientos les son extraños, pero esa anémica interpretación es todo lo que puede sacar de ellos la mal aconsejada profesora de música. Debió de ser el recuerdo de ese carácter lo que me hizo imaginar durante tanto tiempo que las voces que oía cantando y jugando procedían de los niños que jugaban en el mundo exterior debajo de los mangos. El

mundo más allá del Muro Ámbar; el sol se levanta por detrás.

Hay un camino que corre a lo largo del Muro Ámbar, no muy transitado, a juzgar por los sonidos. O tal vez es que simplemente está tan lejos del muro que los sonidos de los vehículos parecen apagarse. Se produce una cierta distorsión, especialmente en la orientación. Lo que sí es cierto es que hay una amplia faja de tierra entre el muro y la carretera donde está un bosquecillo de mangos cuyas copas se ven. Gruesos enjambres de moscones siguen a los saqueadores humanos a la primera señal de que han madurado los mangos, a la vez que todos los objetos en el amplio catálogo de proyectiles son lanzados contra la fruta. A veces caen en la cripta y oigo al guardián jurar y devolverlos. No me preocupa. Hasta el peligro de que me den en la cabeza con un proyectil tirado al azar durante la temporada de mangos tiene el fuerte sabor de una posibilidad de éxtasis que anime este tedio. Un golpe doloroso en la cabeza es un símbolo de vida, de vitalidad. No creo que me hubiera molestado en absoluto.

Una mañana miré hacia arriba -era mi paseo matinal, inmediatamente después de abrir- y allí, en la rama más alta, en un territorio que yo siempre había creído que no podría soportar más que el peso de la fruta, estaba un muchachito, que intentaba coger los mangos más altos. Su cabeza sobresalía de la copa del árbol; se balanceaba suavemente con el movimiento de la rama. Estaba seguro de que ahí quedaban los últimos mangos del árbol. A veces la copa del árbol se movía, violentamente sacudida por alguno de los saqueadores que estaban en ramas más bajas, pero hasta entonces nadie se había atrevido a subir tanto. Su mano había alcanzado su objetivo cuando miró hacia abajo y se encontró con mi mirada. Se detuvo. Nos miramos mutuamente. Sonreí, pero su respuesta fue de un completo desconcierto. Entonces apartó su mirada y miró hacia otro lado. Vi su mente alerta corriendo y preguntándose porque ahora miraba dentro del recinto atestado que estaba junto al mío. El sol se iba levantando lentamente por detrás de él. demasiado brillante como para que yo pudiera mirar. Seguí mi paseo alrededor de la choza. Cuando volví, él había vuelto a mirar hacia la cripta. Cuando di la vuelta de nuevo, había desaparecido y con él los mangos.

Cuando oí las voces agudas a última hora de la tarde, me lo imaginé junto con otros de su misma edad jugando a la luz de la luna. Por primera vez evoqué, aunque intenté reprimirlos, recuerdos infantiles, una rectoral llena de chiquillos. Hice un último esfuerzo y corté violentamente esa escena. En su lugar me llegó el aroma de las flores, un amanecer, el rasguear de una guitarra, el melancólico final pagano del Orphée Nègre de Cocteau, la danza de la primavera por los dos niños, herederos de esa magia evocadora del amanecer, de la semilla que se despierta en la

tierra bajo su pisada inocente...

Porque ha nacido un niño entre nosotros... Era el llanto del recién nacido, de ese niño. Llevaba dentro la angustiada urgencia que forma todo su nuevo mundo, un tenaz empuje de toda la intensidad de su cuerpecillo. Oí a su madre canturrear y estaba seguro. Otra voz femenina, quejumbrosa y malhumorada, se unió a ella y la escena fue casi humana: la voz de la madre que hay en todas nuestras mujeres ofreciendo ansiosos consejos, tomando partido por el niño. Pero las voces seguían sonando apagadas, las mujeres eran irreales. No eran seres del sol, como los mangos que vibraban contra el amanecer. Eran fantasmas, puros fantasmas ingrátidos que flotaban en cavernas de brumas. Dentro de su mundo subterráneo, el niño es un monstruo chillón, una criatura que ha sustituido a otra. Pienso ahora, con cierta tristeza, que el nacimiento ha ocurrido en mal tiempo: debió de ser en primavera. Pero con todo, si es una muchacha, podemos ignorar el momento y llamarla Perséfone.

Todavía no hay consuelo en el Muro de las Lamentaciones y es casi medianoche. Cerré mi mente para otros sonidos que comenzaron hace unas dos horas, sonidos que se sumieron en el silencio. Los otros reclusos, compañeros del hombre gimiente, habían empezado a gritar pidiendo auxilio, Oí voces histéricas que gritaban: ¡Celador! ¡CELADOR! Durante casi treinta minutos nadie hizo caso. Luego el ruido fue redoblado con puertas, ventanas y cubos. Había por lo menos treinta voces pidiendo auxilio. Y constantemente, por debajo de esos gritos, con un tono y un ritmo que no cambiaban en absoluto, como si su dolor se hubiera sublimado hasta convertirse en ese sonido automático, el gemido continuaba. Oí el sonido de varias botas corriendo. Oí el estrépito de los hierros cuando se abrían las puertas, oí las amenazas, los gritos. Oí la decidida petición de ayuda. Acusaciones. Oí cómo las rechazaban, gritando. Un largo caminar lleno de autoridad hacia la cama del enfermo. Le oí inclinarse y hacer un examen que no le dijo nada. Oí cómo volvían los pasos. El rumor de voces excitadas significaba que se marchaban sin decir lo que iban a hacer. Si es que iban a hacer algo. Creo que entendí cómo se repetía la palabra doctor. Gritó su negativa categórica y coléricamente. Las puertas se cerraron estrepitosamente, las cerraduras dieron un chasquido, las botas se alejaron. Los murmullos de los guardianes que se retiraban eran de hombres ofendidos, de hombres cuyo reposo había sido innecesariamente estropeado.

Los gemidos no cesan ni disminuyen. La prolongación inhumana e insensible de ese sonido de sufrimiento humano es lo más desalentador de todo. No sale de una volición, sino de la inercia debilitada de un pulso que se está apagando. Como si el hombre hubiera dejado su boca abierta y el sonido saliera al respirar.

Fue ya casi en el amanecer cuando el sonido se acabó. De repente. No es que se fuera debilitando, ni que vacilara ni que se hiciera más intenso de pronto. Sé que toda se ha terminado.

Mi cuerpo está en tensión para captar los sonidos más débiles. Un hombre se ha levantado, se ha acercado a ese silencio para averiguar qué pasa. Otros se incorporan en sus lechos, unos cuantos se acercan al primero que está junto a la cama. Un minuto más tarde oigo el murmullo de los rezos.

Los rezos continúan hasta que se van abriendo las puertas. Hay un celador que entra, se detiene y comienza a gritar llamando a su superior.

Pronto llega la hora en que «se despiertan todos los muertos». Cuando la llave gira en la cerradura pregunto al celador qué ha pasado con el agonizante.

«El hombre ha muerto», dice.

Le he dado un nombre a los cuatro muros. El Muro de las Lamentaciones, sobre el que flota tres veces al día un murmullo de fe, y algunas noches los siniestros gemidos de los enfermos y moribundos, flanquea un pasaje raramente usado. Debajo de ese muro hay pequeños aliviaderos para que salga el agua de lluvia. Cuando se puede ver más, percibo el vislumbre de los tobillos desnudos de un preso o los gruesos y familiares zapatos de los guardianes. A veces los zapatos más pulidos de un cadete o de un funcionario superior. Mis alucinaciones también comenzaron ahí.

Un juego de luces, las hojas de una trepadora a través de la rejilla de hierro junto con la debilidad física del sexto día de una huelga de hambre absoluta y vi claramente, enmarcado en el agujero, el inconfundible mechón sobre la frente y el bigotillo del rostro de Adolf Hitler.

Durante unos minutos me senté inmóvil, dejando que el fenómeno se

desarrollara a su gusto. No había ningún cambio, salvo que los estanques oscuros crecieron en intensidad. Cerré los míos, volví mi rostro hacia el muro, respiré lenta y cuidadosamente y me volví para mirar de nuevo. Frente a mí estaba el mismo rostro frío con su expresión sin cambios. Sé que grité y entré de un salto en la celda -estaba sentado en el pasillo al empezar la tarde. Me quedé de pie en la oscuridad hasta que el guardián vino a cerrar las celdas, luego me fui a la cama. Cerré mi mente, rechazando cualquier pregunta. Tardé horas en dormirme, sorprendentemente sin soñar.

A la tarde siguiente, calculando cuidadosamente el momento, volví a la misma posición. Esa vez fue el rostro de Albert Schweitzer. Cambiando de posición descubrí que podía tener un gran repertorio de rostros. Me levanté y caminé lentamente hacia la rejilla, miré cómo se disolvían las sombras, vi cómo la planta trepadora delineaba lentamente sus contornos y recobré brevemente la cordura. Al día siguiente reduje el ayuno total, acepté cacahuets y naranjas. Luego, molesto por la certidumbre continuada de que los rostros giraban, retrocedían y se fijaban en lo que parecía un telescopio de éter que se ajustaba constantemente, retrocediendo a veces tanto que flotaban en el infinito sin piernas o cuerpo, se movían, hablaban y gesticulaban con una insistencia cada vez mayor, esperé un momento oportuno durante el día y corté la planta trepadora. Desde entonces el agujero volvió a ser lo que era, un simple aliviadero. Por fin hasta dejó de existir. Sin embargo, proyectaba una resurrección de una insania más deliberada. Se había librado de las sombras en favor de un juego de sombras más sórdido.

Una procesión esta mañana al otro lado del aliviadero. Sin precedentes. La investigo larga y solemnemente, tobillo tras tobillo, cadena tras cadena. El sonido de las cadenas es real. También es de día. Lentamente, a través de la rejilla, hay una degradación de miembros humanos -arrastrar, reteñir, arrastrar, reteñir, arrastrar, reteñir... Pies descalzos, las cadenas todas visibles y también los tobillos. Eran de la misma clase de las que le pusieron a mis tobillos durante mis interrogatorios en Lagos, voluminosos obstáculos de cadena y cerradura que mordían el hueso a cada movimiento.

Arrastrar los pies es el único movimiento, una colocación sin prisas del pie derecho antes que el izquierdo, el izquierdo después del derecho. No se puede levantar el pie o la piel de los tobillos se pone en carne viva y luego hasta el simple arrastrar de los pies se convierte en una agonía. Las pulidas botas del celador en contraste intentan imitar la danse macabre de los pies arrastrándose de los prisioneros, pero ¿cómo va a poder? No tiene el dominio metálico del paso regular y entumecido. Once presos y dos guardianes en total han hecho renacer el marco



del aliviadero, sustituyendo las máscaras de la muerte de las tardes anteriores por un nuevo desfile cuyo misterio todavía tengo que descubrir. ¿Casos difíciles? ¿Fuguistas crónicos o maniáticos homicidas? Parece extraño que los guardianes hablen con ellos. Las voces de los celadores parecen tener una informalidad ligera y estudiada, una facilidad que parece forzada. No oigo palabras, únicamente voces. Sospecho que cuentan un chiste, algo muy gracioso. Estoy seguro de que las voces que ríen son las de los celadores, pero no percibo crueldad. Con esa intuición arbitraria que se tiene en confinamiento, que busca el indicio y la sensación más mínimas, deduzco que es un chiste sobre los funcionarios, hasta sobre el propio chistoso. Después de la carcajada, silencio; hay una tensión familiar en la pausa antes de que las voces se reanuden. ¿Por qué entonces ese esfuerzo por mostrarse amables? El caritativo intento se transmite a través de las barreras de los muros, hasta a través de los actores sin rostro. Conozco los sonidos amedrentadores de los celadores, los ruidos de amenaza, de chantaje, de sadismo. También los tonos jocosos, apaciguadores. He oído los sonidos de quienes buscan su propia autoridad; los conozco todos. Los sonidos de la tarde después de que se han ido los funcionarios superiores cuando, al menos que el Gran S. o algún ayudante superior haga una inspección por sorpresa, las fronteras entre los carceleros y los encarcelados se borran y comienza esa humanidad que se consuela mutuamente. Hombres mal pagados con gargantuescos problemas de amor, responsabilidades y supervivencia. Sé reconocer las voces de Judas untuosos que confortan al prisionero al que ellos mismos han traicionado. Las reglas de las confidencias entre carcelero-presos son observadas cuidadosamente y sólo cuando es preciso se enfrenta al preso con quien le ha traicionado: conozco la voz de Judas que le acoge después de pasar por el Purgatorio, la voz del hipócrita regañándole por fiarse demasiado de sus compañeros de reclusión. Las voces de los celadores en este paseo tienen matices del tono de Judas, aunque también están llenas de una tímida sinceridad. Es también la voz del consuelo mutuo nocturno pero tensa, como si la visita sorpresiva todos la esperaran, pero que esta vez fuera a tener una entrada mucho más siniestra e inesperada.

Pero sigo sin comprender. Horas más tarde vuelve la procesión arrastrando los pies, el compás característico sonando más fuerte, hasta que los primeros dedos de los pies entran a rastras en el cuadro, colocándose en el mismo centro para ser alcanzados lentamente por otros pies, un talón cuarteado que descansa dentro del marco soportando todo el peso del cansancio del mundo. Esta vez oigo una o dos respuestas de los presos. Los guardianes se han hecho más normales, amables; un relajamiento de los lazos entre los que sufren y aquellos cuyo deber les absuelve del crimen de infligir sufrimiento.

Pasa una semana antes de que se repita la procesión. Se desarrolla más o menos como la otra vez, el mecanismo también es preciso. Pesado, cansado, sordo. Figuras de cartón contra la luz. He clavado mis ojos, forzando mis oídos en dirección al aliviadero desde aquella primera vez, pero de nuevo hay un lapso de unos cuantos días. Tres, creo.

Esta vez hay una cadena de tres días procesionales seguidos. Y hoy, el tercero y último -¡porque ahora comprendo!-, comienza de modo extraño y muy temprano. ¿Qué bloqueos no tendré hasta en mi visión para no darme cuenta del objetivo de esas procesiones? Haber sido tan fiel, tan atento al paso significa, confieso, un conocimiento de algún acto incompleto, el sentido de una pantomima que no era más que un preludeo cruel. Me despierto milagrosamente a mi hora habitual, milagrosamente porque los sonidos que me despiertan no suenan. Al principio me parece haber despertado tarde, pero la posición del sol lo refuta. Me doy cuenta que he despertado dentro de un silencio sepulcral. Faltan todos los sonidos propios del destacamento del desayuno que pasa por la prisión, los limpiadores, el primer turno, el desfile de los celadores y las órdenes a gritos. Es el turno de Ambrose esta semana, pero cuando salgo al patio me encuentro con un joven que no había visto antes. Ni siquiera en ese momento he podido definir la extrañeza de esa mañana como silencio, únicamente como un cierto cambio en la tonalidad del día sobre el cual reflexionaré más tarde. (Se aprende a acaparar, para más tarde digerir, experiencias que la intuición no considera como inmediatamente amenazadoras.) Rechazo ese silencio inhabitual, prolongo mi ducha, luego doy una vuelta despreocupada por el patio. En ese primer paseo no permito que nada me distraiga salvo el movimiento de las hormigas, las moscas, las mariposas y otros pequeños incidentes de la vida de los insectos o de la vida con alas -el día no comienza a hacerse inacabable hasta una hora o dos después de mediodía, y es entonces cuando comienzo a pensar en las experiencias acaparadas.

Seguramente fue ese condicionamiento lo que no me permitió interpretar el silencio sepulcral del amanecer, los pasos pesados de los celadores y los funcionarios, en especial de estos últimos, la presencia de al menos una docena de pasos desconocidos entre ellos, todos igualmente pesados y tétricos y finalmente incluso, en retrospectiva, la atemorizada agitación de mi subconsciente ante la celebración de algún ritual innombrable.

Los pies encadenados cuando pasan no avisan. Ni siquiera el hecho de que hay cinco menos.

Hoy sólo seis pares de pies encadenados se arrastran por el marco. Y esta vez

las voces de los celadores son más fuertes, llenas de dureza nerviosa. Su alegría es marcadamente falsa e intolerable.

Nervioso a mi vez, doy otro paseo alrededor de la choza. Enfrente del muro con los aliviaderos -el Muro de las Lamentaciones- está el Muro Ámbar, sobre el cual se levanta el sol. Si me pongo sobre el Muro Ámbar, veo por encima del Muro de las Lamentaciones y la parte superior de las ventanas de la parte alta del bloque más cercano. En raros momentos, cuando un recluso, un detenido a juzgar por sus ropas, sube hasta el alféizar de la ventana por sus propias razones inescrutables, por fin veo un rostro humano y con audacia, y la suerte de que el guardián esté de espaldas, le devuelvo un furtivo saludo con la mano, y hasta hago un movimiento de cabeza.

Contacto para él y para mí. Un reforzamiento de voluntades.

Hoy todas las ventanas están cerradas y percibo otros sonidos más distantes de otras ventanas bajándose y cerrándose estrepitosamente. Una enorme colmena humana es acallada, cegada. Sigo sin comprender.

El silencio dura tres o cuatro horas. Como cuando se pone la banda sonora de una película, el retorno de los sonidos es abrupto, arbitrario. Y los seis encadenados vuelven ahora. En qué momento por fin tuve a bien comprender no lo puedo decir, ya que el efecto de esa revelación me pegó a la cama, donde me quedé absorbiendo el silencio sin pensar ni moverme. El retorno de las cadenas, más pesadas un momento, luego desconcertadamente más ligeras, no puedo relacionarlo con el momento de la revelación. Una inercia entumecida, una parálisis de sensaciones sigue a la parálisis de pensamiento en la cual fueron absorbidas las primeras horas de silencio. De repente me levanto, olvidándome de mi ley que me impone no tener contactos con nadie salvo la comunicación esencial con mis guardianes. Salgo corriendo a pedirle una innecesaria confirmación al joven celador. Pero se ha ido y en su lugar encuentro a Ambrose, los ojos enrojecidos, las narices dilatadas, los poros bien abiertos con el hedor de la muerte. Ni siquiera me detuve para reconsiderar mi impulso, sino que le dije abiertamente: «¡Habéis colgado a esos hombres!» Dijo que sí con la cabeza. Como si sintiera una necesidad profunda, las palabras fluyeron libremente entre pellizcos de rapé.

- Hombre debe ser fuerte para ese trabajo. Si no fuerte, no durar mucho. Volver cabeza de hombre, hacer hombre volver loco. Rapé ayuda. Tomo antes y después. Cada uno tiene su cosa. Mí, me ayuda rapé. Después dos botellas cerveza y mezclo ginebra ilegal. Bebo toda la tarde. Cuando escuadra de ahorcar tener tarde

libre. Algunos no gustan, a mí no molesta. Cuando hombre matar otra persona, yo no piedad. Asesino es hombre malo, no tener piedad. Mucho mejor matar todos juntos...

Tienen un régimen muy especial, cualquier cosa que quieran tomar. Son como Personas Muy Importantes. ¿Pestilencias Muy Importantes como yo para deshacerse de ellos después de cebados?

Ambrose dice que sí con la cabeza, luego entiende el significado de lo que he dicho y se corrige, rechazando violentamente la idea.

- No, no, usted no asesinar. Cualquiera ser preso político. Puede ser primer ministro mañana.

Le llevé de nuevo hacia la conversación del ahorcamiento... Comen lo que quieren, tienen sus cocineros entre los presos de confianza, el médico les visita regularmente y cambian su menú cuando quieren -juegos, hobbies, todas las inconscientes ironías que parecen tan importantes en el Catálogo del fariseísmo del Sistema. ¿Cadenas? No, nunca llevan cadenas dentro de sus patios. Sólo cuando salen para su examen en el dispensario. Oh, normalmente el médico les visita y les trata en su propio recinto cuando es necesario pero, bueno, no es que realmente salgan para un tratamiento.

Es cierto que van al dispensario, pero a veces ni siquiera les miran. Forma parte del ejercicio. De todas formas, la excursión es buena para ellos. Es lo que ocurre: es muy sencillo...

Cuando se ha terminado el proceso legal y la confirmación final de la sentencia de muerte decretada por la autoridad del momento se recibe por Prisiones, comienzan los subterfugios, pero el juego es transparente. Los condenados lo conocen. Algunos llevan en el patio de la muerte casi cuatro años y han pasado tantas veces por ese juego que lo saben. Después de la primera salida al dispensario ninguno toca su comida. Nadie juega -ludo, damas-, ninguno se acerca a los tableros.

No se hablan entre ellos. Y cuanto más participan en la comedia negra, más a menudo experimentan muerte, porque a medida que no les toca y llegan nuevos reclusos al patio de la muerte, cada salida falsa hace más próximo el turno lógico de los reclusos más antiguos. Es la sencilla ley de probabilidades. Les llevan en grupos al dispensario, nunca son los mismos. Les dicen que para exámenes médicos

periódicos, pero como casi nunca les examinan o como cuando lo hacen es de una manera muy superficial, comprenden lo que verdaderamente presagia. Lo único que queda por resolver es la identidad del próximo en el cadalso. Cada día puede ser el último. Que te lleven hoy al dispensario no significa larga demora. Ser dejado atrás es todavía más terrorífico -para los veteranos. Lo saben. Pero ir con el escuadrón de enfermos puede ser peor. Lo único que significa es que hoy no es el día. ¿Qué pasará mañana? No lo saben hasta que vuelven. Y si no falta nadie puede ser la semana que viene. Hasta dentro de un mes. Meses. El verdugo puede estar enfermo.

Hasta la ley sólo exige una muerte por día. Estos mueren, o tienen que pasar la experiencia de la muerte varias veces, durante ese extraño mecanismo de tortura legal y de asesinato judicial.

Hoy un grupo de nueve, mañana o la semana que viene un grupo diferente. Tal vez tres días sucesivos de procesiones. A algunos siempre les dejan detrás. Ambrose dice que no eran once cada vez, que el número variaba de acuerdo con el día, entre nueve y doce. Tal vez. Yo creí que había contado once cada vez hasta esta mañana. Cuando llega el día son, por supuesto, los condenados los que quedan atrás. Sus celdas se quedan cerradas. Cuando el grupo de «enfermos» se ha marchado, el escuadrón de ahorcamientos entra, dos celadores por cada hombre y les sujetan por detrás.

Algunos se defienden con violencia y es necesario dominarles. Algunos se desmayan y les llevan apenas conscientes a la horca. Por ejemplo, Polifemo...

La revelación no me sorprendió: Polifemo consiguió su primer ascenso como gladiador al servicio del Estado, matando en un combate a un preso que se negaba a ir por su pie a la horca. Una escena de furia elemental, en parte ritual, en parte improvisación medieval. Un hombre había arrojado su guante en el rostro de la Muerte y había exigido un nuevo juicio mediante combate.

Polifemo recogió el guante en representación del Estado y la Muerte.

Ese Bernardine espera en su celda en el Patio de la Muerte de Enugu. Se ha armado contra la muerte con una tapa de cubo de basura como escudo y un mortífero garrote erizado con puntas metálicas, fabricado sin que lo descubrieran. El escuadrón de la Muerte, que nada sospecha, enfrentado con la satánica aparición enloquecida y vociferante, puso pies en polvorosa. El retador se atrincheró y esperó. Nadie se atreve a acercarse. Polifemo es un simple celador subalterno y como es

analfabeto es muy probable que siga siéndolo el resto de su vida. Pero lo que ahora hace falta no son letras, sino su propiedad más impresionante, su físico. Convocado por el superintendente blanco, resulta ser un voluntario entusiasta, toma igualmente escudo y arma y se acerca. Los celadores echan abajo las barricadas y se retiran. Polifemo se acerca al enemigo, los dos gladiadores en una lucha a muerte, el campeón de la ley y el proscrito que defiende su vida. Nadie interviene, nadie puede hacerlo, tal es el ritmo y la escala, la autonomía ritualística de este encuentro. Ni siquiera el superintendente blanco que ronda entre bastidores, el revólver de servicio en la mano, ansiosamente dispuesto a disparar un injusto tiro si es preciso para defender al Estado.

Polífono gana, mata al oponente por estrangulamiento manual. Pero al menos Bernardine se ahorró la cuerda, gracias a Polifemo.

Normalmente, sin embargo, no hay resistencia.

«Les cogemos por los brazos -así-, luego les ponemos los grilletes por detrás. No nos los encadenamos esa vez, únicamente las esposas. Luego entra el superintendente. Le lee a cada hombre la carta que ha recibido del gobernador y les dice que ése es el día señalado. Luego viene un sacerdote y habla con ellos. O un imán, si el condenado es musulmán. Les dice preparaos. Has arrebatado una vida con tus manos y ahora la sociedad dice que debes restituirla con la tuya.

Caminamos hacia el patio de la horca: es al lado de su patio, pero ellos no lo saben. ¿Entiende?, los demás no están ahí, cuando "llega la hora" se les lleva fuera. Nunca saben por dónde vamos. Antes de que construyeran un patio de ahorcamientos en un nuevo lugar tenían que andar más. Y después los cadáveres eran llevados a través del recinto y salían por la puerta principal. A veces los parientes venían a buscar los cadáveres de los suyos, pero lo más frecuente eran los parientes del asesinado. ¿Entienden?, pocos parientes acuden a reclamar el cadáver de un hombre colgado por asesinato -es demasiado vergonzoso. Pero a veces los parientes del asesinado venían y el superintendente salía para decirles, vean aquí el cadáver del asesino de su familiar. El Estado ha exigido una vida por otra, así que dejen de parlotear de su muerte. »Eso ocurría hace muchos años. Ahora, por supuesto, hay una entrada especial por donde sacan los muertos en camiones. No levantan la horca hasta la mañana del día del ahorcamiento; es por lo que a veces tardan tanto tiempo, hasta tres horas, antes de que estemos preparados para recibirles.

Nuestro trabajo es ayudar al verdugo. Les llevamos hasta la plataforma,

luego el trabajo es del verdugo. En la plataforma pueden estar dos a la vez. Cuando el primero está colocado en posición con la cuerda puesta en torno al cuello, preparamos al siguiente. Les cuelgan a la vez cuando el verdugo tira de la palanca. La trampilla se abre y los dos caen adentro. Es que se les rompe el cuello. Se rompe en seguida, pero tenemos que dejarles allí colgados durante treinta minutos. Eso es lo que la ley dice. El verdugo no espera junto a la horca. Somos nosotros. Hay una salita para descansar, a la que va junto a su ayudante. También tiene allí cerveza de malta y bebe mientras espera. Está también allí el médico y un funcionario superior. No, ellos no beben, ¿sabe? Conocí a un médico que usaba un frasco de petaca delante de todos. Nadie le iba a decir nada, ¿para qué? ¿Cree que alguien puede pasar un día como ése sin meterse algo en el cuerpo? A nosotros también nos vendría bien beber algo, pero tenemos que esperar junto a los cadáveres. ¿Robar los cuerpos?

No, no es por eso por lo que nos quedamos ahí. »Nadie puede robar los cadáveres allí. Esperamos para guardar a los condenados que aguardan su turno. Por supuesto que ven lo que está ocurriendo. No pueden hacer otra cosa. Sí, ven cómo van muriendo los primeros, es una buena lección para ellos. Una vez colgamos a once el mismo día: sí, eso es, los asesinos Apalara. Los colgaron aquí en Kaduna. A todos el mismo día. No, el verdugo no baja los cadáveres. Lo hacemos nosotros. Cuando pasan los treinta minutos pasamos por debajo de la plataforma y soltamos las cuerdas. Los bajamos a cajas de madera barata, luego viene el médico y hace una pequeña incisión en la parte trasera del cuello, donde se junta con la cabeza. Saca algo y lo mete en una botella, escribe el nombre del condenado en ella y la guarda en su bolsillo. ¿Qué es lo que saca? Es algo que siempre he querido saber. Algunos de los nuestros dicen que es la cosa que contiene la vida de un hombre. ¿Será verdad?

He hecho un descubrimiento extraño esta mañana. Estoy preñado.

Durante un largo rato miro hacia abajo, a la prueba, preguntándome cómo puede ser. Allí estaba, firmemente redondo y sólido, el huevo de una protuberancia que no tiene por qué estar junto a mi cintura.

Teniendo en cuenta mi sexo, no debía de haberme sucedido. Por supuesto, se sabe que han ocurrido cosas más extrañas. Un cambio de sexo podría irse apoderando lentamente de un hombre, sin que lo notara, dado lo asexuado del ambiente. Primero la atenuación de los genes masculinos, luego la coexistencia hermafrodítica. Batalla de las hormonas y supervivencia de las más débiles. ¿O de las más fuertes? Se supone que los genes femeninos son más fuertes, ¿o quizá más rápidos en la carrera por la matriz? Algo por el estilo. De todas maneras, eso no es lo que importa. He vivido una vida de estricto celibato durante un año. ¿Podría ser kwashi-okor?

No. Las fotografías que he visto de kwashi-okor son de enormes calabazas, que comienzan en la región de la parte inferior del pecho, saliendo como un globo todo igual hacia afuera: se corta a pico antes de llegar al escroto. Mi embarazo comienza justamente debajo del ombligo. Es duro como una piedra, pequeño y compacto. Realmente es como si yo hubiera secretado un huevo grande debajo de mi piel. Es contradictorio porque el resto de mi cuerpo está en los huesos. Es la quinta semana de mi nuevo ciclo de ayuno. He vencido a la debilidad y las alucinaciones, ya siento tensiones sobre mi mente o sobre mi cuerpo. Mi cuerpo mengua, pero sin perder fuerzas; mi mente se expande sin perder claridad. Hasta he recuperado parte de mi perdido sentido del humor.



Decido dar un paseo y reflexionar sobre ese extraño fenómeno de mi cuerpo. El acto de levantarme lo resolvió en seguida. Me di cuenta de que se estaba hinchando mi barriga automáticamente para llenar el enorme hueco de mis pantalones. Cuanto más tiempo ayunaba, por supuesto se hacía mayor el hueco y más se esforzaba la parte inferior de mi barriga por llenarlo.

Parece que al cabo de los meses ha desarrollado los que deben ser, en proporción al cuerpo, los músculos abdominales mayores que existen en el mundo. Mis carcajadas atraen al carcelero, que viene con sus pasos indolentes a ver qué me pasa. Tengo ganas de que pase a verme y me dé un puñetazo en esos músculos anómalos. Por encima de la barriga, cada costilla sobresale con la claridad de la costilla original de Adán antes de que la recubrieran de carne. Los omoplatos y la cerviz se notan tanto que me podrían cubrir de pintura y apretarme contra una superficie plana para hacer ilustraciones en un libro de anatomía. Sin embargo aquí, debajo del ombligo, hay un nudo de ricos y superabundantes músculos, dispuestos a participar en cualquier concurso de Mr. Universo del abdomen. ¿Por qué ayuno? Al avanzar hacia un enfrentamiento que debe seguir adelante, tengo que tener las ideas claras en mi mente. Porque la razón es algo más de lo que está en las cartas que comencé a escribir al comienzo de ese nuevo duelo. En esas cartas a mis guardianes pedía libros, material para escribir, ropa en lugar de los harapos que cubren mi cuerpo. También pido el fin de mi inhumano aislamiento.

Es marzo de 1969. Llevo dieciocho meses en la cárcel. Quince de estos meses los he pasado en Kaduna, en aislamiento. En diciembre del año pasado se firmó una orden para mi liberación. Lo sé porque Mallam D., mi interrogador en Lagos, vino a verme.

Naturalmente, fue una entrevista extraña, al principio no di crédito a mis ojos. Llegó, me acuerdo, durante la segunda mitad de diciembre, acompañado por el Gran Vidente (el nuevo superintendente) y Polifemo.

- He traído alguien a verle -me dijo.

Y apareció el visitante: Mallam D. -¿Cómo está usted? Iba camino de Kano, me han destinado allí. Pero tenía cosas que hacer aquí y pensé que no debía marcharme sin saludarle.

No recuerdo cómo le respondí, pero fue de forma amistosa.

- Las cosas, en general, están mejor ahora..., bueno, creo que usted mismo lo

descubrirá muy pronto. En realidad estoy aquí para ver lo de los detenidos. Hemos soltado a varios ayer y soltaré más mañana. Las cosas se han salido de madre, bueno, usted mismo lo sabe..., las cárceles están de bote en bote. Tanta gente inocente pudriéndose, sin haber hecho nada. Bueno, mire, Wole, intente olvidar todo este asunto cuando salga. Piense que es una de esas cosas que ocurren en tiempo de guerra.

No quería creer en lo que se transparentaba detrás de aquellas palabras. Tampoco la confirmación que podía leer en el rostro del Gran Vidente, cuya boca se abría de par en par en un gesto de alegría. Hasta todo el cuerpo de Polifemo rebosaba de alegría.

Dije:

- Hay cosas que se deben olvidar. Pero no puede esperar que olvide o perdone que me metieron aquí fraudulentamente.

- Yo no estoy pidiendo eso...

Y el Gran Vidente añadió ansiosamente:

- No, no, por supuesto que no. Nadie pide eso. No es fácil.

De repente me pregunté sobre D. No esperaba que me contestara, pero al menos podría estudiar su rostro:

- D., ¿sabe usted por qué me metieron aquí fraudulentamente?

D, tenía un talante poco habitual en un policía. Podía demostrar su embarazo, de modo visible, sin disimulo. Traicionaba sus emociones como cualquier ser humano normal, sobre todo emociones nacidas de la incomodidad moral. Si hubiera sido blanco se sonrojaría, confuso. Estalló repentinamente en un contraataque: -¿Por qué intentó escapar? No sabe usted lo que nos dolió, quedamos decepcionados.

Le miré seriamente. Se lo creía. Pero yo ya había superado la etapa de querer denunciar esa mentira. Ya no podía aceptar la ética del opresor. Le repliqué:

- Supongamos que haya sido cierto. Tenía el derecho de emprender cualquier acción contra un sistema tan moralmente envilecido como para acusar falsamente a un hombre inocente. Si era posible huir, ése era mi primer deber.

Contésteme: ¿sabe por qué me acusaron falsamente?

Dijo:

- Las cosas iban bastante bien. Pensamos que iban muy bien, luego los políticos se metieron en el asunto. -¿Los políticos?

- Oh, Wole, no sabe lo que hemos tenido que aguantar. Cuánto me alegro de poder dejar Lagos.

Al menos antes de marcharme repararé algunas de las cosas que se hicieron. Si supiera cuánta gente hemos soltado últimamente, en Lagos y en otras cárceles, es ahora cuando hemos podido disponer de tiempo para investigar todos esos casos. Hablo de centenares y centenares. Casi todos simplemente están aquí. Nadie sabe por qué. No hay fichas, nada. Están encerrados aquí sin razón.

Nadie sabe nada de ellos, ni la policía., ni siquiera el ejército. Mire, no vamos a hablar del asunto..., intente olvidarlo todo.

- Está bien.

- Ya pasó todo, bueno, lo verá usted mismo. Pero, por favor, intente olvidar.

Se marcharon. Me quedé donde estaba. La visita, sus palabras, el comportamiento de los dos funcionarios de prisiones... Sentí que estaba siendo deshonesto, no sólo demasiado precavido, sino abiertamente deshonesto por rechazar el significado evidente de todo aquello.

El guardián cerró la puerta tras ellos y se me acercó, expansivo.

- Es verdad. Soltaron a unas cuarenta personas ayer. Y aquel hombre y otro de la Seguridad de Kaduna aquí, sentar en despacho superintendente y mirar fichas de detenidos. Es verdad, pero no querer decir antes. Jefe mismo decir que su papel vino. Así que ya verá, dentro de uno, dos días...

Eso era. En palabras sencillas. Libertad.

En las crisis anteriores había aprendido a dominar mi pulso. Sentí cómo la excitación acelerada estaba a punto de comenzar y la refrené hasta que se normalizó. Quieto, me dije, quieto. Borra la aparición de esta mañana. Por completo.

Pero el Gran Vidente volvió. Llegué a sentir un gran afecto por aquel hombre que se permitía que su alegría, por lo demás, saturara su ser sin pudor. Tenía en las manos los periódicos del día.

- Esto le entretendrá... mientras espera.

Se quedó allí un momento y luego se puso solemne.

- Señor Soyinka, todo lo que quiero decirle es que, por favor, nos perdone. Sí, hasta a nosotros, los de la prisión. Perdónenos lo que le hayamos hecho o dejado de hacer, por ser incapaces de ayudarles, por mantenerle encerrado aquí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. -¿Sabe?, puede usted preguntarle al jefe, es el único en quien tengo de verdad confianza; me fío de él. Puede que sea un analfabeto, pero es un gran sabio. Hablo las cosas con él sobre todo cuando estoy desconcertado. Y se lo he contado, poco después de asumir mi cargo. Todo lo que sabía de usted es lo que había leído en los periódicos y los informes del cuartel general. Pero después de observarle durante unos meses, le dije al jefe: Estoy seguro de que ese hombre es inocente.

Pregúntele antes de que se vaya, le dirá que es verdad. ¿Se acuerda?, yo mismo le pregunté su historia, unos dos meses después de asumir este cargo. Bueno, fue al día siguiente cuando pensé que usted es inocente. ¿No fue entonces cuando le dije que creía su historia?

Yo no le había contado nada de las causas subyacentes, únicamente los detalles de mi interrogatorio.

- En este trabajo se aprende a estudiar a los seres humanos. Y no sólo a los criminales. Todos los políticos encarcelados durante la crisis del Grupo de Acción, incluido el propio Awolowo, estuvieron bajo mi responsabilidad en un momento u otro. Pude estudiar a los entregados que había entre ellos, a los simples oportunistas, a los que estaban allí por la aventura y las emociones de la política. Se aprende algo de la naturaleza humana. Francamente, yo estaba convencido de que usted no había hecho nunca esa declaración. Fue por lo que acudí a preguntárselo. Pero, ¿sabe?, pensé que habían cometido un auténtico error en algún sitio. No creí que un ser humano en una posición muy responsable fuera capaz de deliberadamente falsificar una confesión. Tengo que confesar que creí que todo era un error. Incluso ahora -continuó-, si no se lo hubiera oído directamente a Mallam D... -se interrumpió-. Debo volver a la oficina. ¿Quiere usted algo? Creo que

debemos enviarle al barbero. Su pelo está... ¿Le han cortado el pelo desde que está usted aquí?

Dije que no con la cabeza.

- Así perdió Sansón su fuerza.

Se rió. -¿Quiere uno ahora? Realmente parece la selva, señor Soyinka.

Le dije:

- Bueno, envíelo.

Curiosamente, en aquel momento no pensaba en mi pelo, sino en mi cara. No me había mirado desde hacía un año y la imagen que evocó la mención de un barbero fue la de una figura en uniforme carcelario cortando el pelo de otro prisionero, y que ese prisionero seguía de cerca el trabajo del barbero. Tal vez fue una de las últimas escenas que observé antes de mi entrada en la cripta. Se apoderó de mí una repentina curiosidad por ver mi cara.

- Haré que el jefe traiga uno en seguida..¿Y su ropa?

- Debe haber unos pantalones de repuesto en el almacén.

- Voy a ver si están limpios. Cuanto antes los laven, mejor. Buscaré algunas viejas revistas para que pueda verlas también.

Se marchó. El jefe le substituyó poco después, un tipo enorme, de uno noventa aproximadamente, de muecas y guiños cómplices y de insinuaciones aún más claras. Seguía repitiendo:

- A veces tiempo nunca termina, parece. Pero un día Dios oye todos los rezos. ¿A que sí?

El barbero movió la cabeza afirmativamente, haciendo sus preparativos.

Polifemo colocó la silla primero en un rincón, luego en otro. -¿Le da demasiado el sol aquí? No, creo que este sitio es mejor. -Por fin se marchó-. Sí, así es. De pronto llega el día.

Me senté en la silla y noté cómo me ponía la toalla blanca debajo de la

barbilla, atándola por detrás. Cogí el espejo y le di lentamente la vuelta para mirarme la cara.

El pelo era increíble. Estaba preparado, pero aun así me cogió por sorpresa. Era largo y espeso y me pregunté cómo habría podido pasar peines por él durante tanto tiempo. Cogí el peine del barbero y le dije:

- Será mejor que me lo deje hacer a mí.

Pero hasta mientras me peinaba iba mirando mi cara. Tenía los ojos fijos, porque veía en ellos lo que mi mente me había estado susurrando desde la primera insinuación de liberación. Dudas, dudas cada vez más hondas. No ha terminado, todavía no. Y la fase que viene va a ser aún más dura por las falsas esperanzas.

Posé el espejo y me quité la toalla que rodeaba mi cuello:

- Voy a dejar mi pelo como está -dije.

Volví a mi celda y tumbado en mi cama me pregunté: ¿Por qué? ¿Una simple precaución? No, era más profundo. No conocía su origen, nunca se puede; pero sabía que no iba a dejar la cárcel aquellas Navidades. (Las condiciones de mi puesta en libertad eran fáciles de suponer: una amnistía selectiva en Navidad.) Pero aun así una parte de mi mente estaba funcionando demasiado humanamente en otra dirección. Si me soltaban, ¿qué diría o haría? Fuera lo que fuera, sabía que debía tratar con todo desprecio esa payasada de Navidad. Una frase se me vino fácilmente a la mente y me oí gritando con auténtica cólera: «Espero que ésta sea la última vez que alguien intente jugar a Santa Claus con la justicia.» Y eso me calmó. Después de eso clausuré la parte de mi mente que funcionaba en plan optimista y me dediqué a pensar cómo iba a sobrevivir en ese continuado aislamiento, después de esa cruel filtración de luz.

El almacenero llegó. Sí, éstos son mis pantalones. ¿Camisas? Las que ve ahí colgadas. Sí, todas.

Lávelas y a la porra con ellas.

La cripta estaba llena de falsas alarmas. El prisionero de confianza que me traía a diario la comida me miraba como un hombre distinto, un ser tocado y marcado por la vara mágica de su deidad favorita. El celador le seguía como siempre, esta vez no tanto para vigilar una subrepticia comunicación como por un deseo de pontificar acerca de la Providencia, la paciencia, la justicia y el valor,

además de otros temas de una piedad mal digerida. Cuando se fue intenté comer, pero no tenía apetito. Mis premoniciones se hacían más firmes en cada momento.

Final del turno de la mañana. Entraron corriendo en el patio dos celadores, que a veces estaban en servicio de relevo en la cripta.

- No tengo servicio mañana, señor. Digo que debo decirle adiós por si no veo a usted cuando vuelvo.

Otro:

- Todos nosotros felices oga. Pero Dios está. Dios ve todo.

Celadores antiguos, que no había visto en mucho tiempo, aparecieron también. Habían estado de servicio dos, tres, a veces cuatro semanas, o meses, luego desaparecían. Yo creía que aquellos cambios tan frecuentes se debían a alguna precaución de Seguridad. Venían corriendo a darme la mano y decirme: -¿Sabe por qué no nos ve otra vez? No nos gusta este sitio. Hombre sentado aquí durante turno de ocho horas sin nada hacer. Con otros prisioneros poder jugar y hablar, pero aquí está en confinamiento solitario. Todos pedimos traslado para estar con los de fuera.

Luego se marcharon. La tarde tiene su hora de tranquilidad al final del turno de la mañana. Los presos están encerrados en sus celdas y todo está silencioso y pacífico. Me dejé flotar en el silencio, estirándolo para que formara semanas, meses. ¡Ojalá me trasladaran a otro sitio! Un lugar nuevo, olores y visiones nuevas, un nuevo ambiente para ordeñar los fantasmas de la supervivencia. Sí, tal vez ésa debía ser la meta de uno. En la breve excursión hasta mi futuro en la cripta, tropecé con una incurable extensión de agonía, una superficie de fungosidades grisáceas cuyos paliativos eran a su vez manifestaciones de la enfermedad. Al final, no hay redención del espantoso aburrimiento, ninguna novedad que pueda apartar la mente de la contemplación de ese abismo. Mis primeros doce meses habían agotado la normal creatividad de una mente que no recibía abastecimiento de otras fuentes.

Polifemo era el primero que parecía desconcertado. Vino por la tarde, de inspección, vestido de civil, seguro de que yo me había ido. Era la Nochebuena y estaba seguro de que yo iba a estar en mi casa en Navidad. Se imaginaba que me marcharía de la misma manera en que había venido, en un avión especial, aterrizando en el jardín enfrente de mi casa la víspera de Navidad. Por la mañana vino a despedirse y desearme buena suerte. Ahora era casi de noche y le oí en la

puerta, extrañado de encontrar todavía a un guardián en la cripta, y al detenido todavía esperando.

Se rascó la barbilla con cierta irritación,

- De todas maneras, no se preocupe, el día de Navidad no pasó aún, llega mañana a su casa. Eso sé yo seguro. Le ruego que no empiece a preocuparse nada, nada. Poco tiempo llega a casa. Puede ir. Todas esas tonterías yo no sé nada; gentes de la policía, son inútiles.

El día de Navidad no vino nadie salvo el guardián de servicio. Todos los rostros reflejaban el mismo asombro. Los comienzos de la duda. El consuelo. Hace tiempo que no hacía ni caso.

Primer día laboral después de Navidad. Veintisiete. Veintiocho. El desaliento comenzó a desaparecer del personal, para el que el asunto se había convertido en algo suyo. A medida que se acercaba el Año Nuevo, recobraron ánimos. Después de todo la liberación estaría proyectada para la amnistía del Año Nuevo, Estaba claro.

- El día de Año Nuevo no está en Kaduna.

El Gran Vidente reapareció el 29. Abatido.

- Todo lo que sé es que han firmado las órdenes para su puesta en libertad. Los propios hombres de Seguridad me lo han dicho. Usted mismo oyó a D., ¿no?

Su voz se excusaba. Dije:

- Sí. Le oí.

- Enviaron a los dos hombres desde Lagos con la orden. He oído decir que había algunos problemas con respecto a llevarle de vuelta a Lagos. Creo que no podían encontrar un avión, o algo así. De todas formas, que le suelten. ¿Por qué no va a empezar a disfrutar ya de su libertad?

Me tocaba a mí consolarle a él:

- Nunca es tarde cuando la dicha es buena. No se preocupe, saldré de aquí algún día.



- No cualquier día. Estoy seguro de que no le tendremos aquí el día de Año Nuevo. De todas maneras, lo encuentro muy molesto. -De repente alzó su tono de voz, protestando-. Queremos que salga de aquí, señor Soyinka. Créame, queremos que se vaya mucho más rápido de lo que usted piensa. No me malinterprete, usted nos cae muy bien. Ojalá nos hubiéramos conocido en circunstancias diferentes y espero que nos veamos otra vez. Pero es usted la figura más incómoda que cualquier funcionario de prisiones pueda tener a su cargo. En toda mi experiencia jamás he recibido tantos memorándums sobre un hombre. Memorándums del cuartel general, memorándums de la policía. Espías secretos de todas partes. Rumores. Acusaciones. Sencillamente, no tiene idea de lo que es todo esto. No puedo hacer nada. No puedo ofrecerle ni siquiera un nuevo plato sin escribir antes al cuartel general. Y, por supuesto, no recibo contestación. Pero si lo hago, lo averiguan de alguna forma y me interrogan. Créame, en algunos momentos he llegado a pensar en jubilarme o en pedir un traslado. La tensión era excesiva. Cuando se marche usted de aquí, nosotros volveremos a la rutina normal. ¡Rutina normal! Si supiera las ganas que tengo de que se vaya...

Y llegó la víspera de Año Nuevo. Y a pesar de que trataba de no dejar resquicio a la esperanza, me sorprendí pendiente de las pisadas, interpretando la apertura de una puerta a varios metros de distancia, forzando hasta lo imposible el oído para captar algún sonido procedente de las distintas oficinas o de las puertas de la prisión.

Cuando hubo terminado, cuando pasó el período de gracia, final y definitivamente, me sentí contento por perder el contacto con aquella humanidad que me había invadido. Sólo Polifemo entraba de vez en cuando. Le podía escuchar en la puerta diciendo: «¿Todo va bien?», y recibiendo la respuesta de siempre: «Todo está bien, señor.» Una vez reunió el suficiente valor como para acercarse a la celda, acosado por la necesidad de ver cómo me lo tomaba yo. Se movía como si estuviera atado a algo que estuviera más allá de la entrada de mi celda, hizo una ruidosa inspección del objeto. Al volver, parecía decidido a hablarme. Yo estaba tumbado, quieto, mirando el mosquitero. Se detuvo, vaciló y huyó.

Después de los primeros tres o cuatro días, también dejaron de llegar los periódicos. Una vez más el mundo exterior quedó sellado. Lo único que había era la larga extensión de días delante de mí. No había ninguna señal a la vista. A pesar de haber de recordar una y otra vez lo justa que había sido mi intuición y a pesar de que eso me permitió estar preparado, todavía quedaba un residuo de esperanza rota, suficiente para generar abatimiento. ¿Para cuánto tiempo más tenía que estar preparado? ¿Un año? ¿Y en solitario?

No en las mismas condiciones de antes. ¡Necesito ropas, una ocupación, cosas! ¡Debo tener cubiertas las necesidades mínimas de un ser humano! El carcelero pasó. Grité en voz alta.

Eso está mal. No es cuestión de si yo puedo resistir o no. La cuestión estriba en ¿por qué tengo que resistirlo? Si es una exigencia mínima, una necesidad que se concede a los criminales convictos, entonces negarme los medios de utilizar mi mente es una tortura. Alimentar mi cuerpo y negar alimento a mi mente es una deshumanización deliberada. Aceptar eso mansamente es una forma de sumisión. Aceptarlo continuamente es aceptar riesgos cuyas consecuencias ni conozco.

Necesito intercambiar pensamientos no sólo conmigo mismo, sino dentro de una comunidad de otras mentes. No puedo andar dando vueltas indefinidamente a las regurgitaciones de mi pensamiento. Es nefasto. Esos espíritus malévolos están probando mi mente más allá de lo humanamente tolerable. Tengo que terminar esa dependencia de mí mismo. Tengo que romper la cárcel mental en la que me han encerrado.

Pido pluma y papel y escribo mi primera carta con exigencias a Prisiones. Volví a escribir exigiendo libros. Material para escribir. Ropa. Tratamiento médico, sobre todo para mis ojos, final de mi aislamiento o traslado a otra prisión. Eso último se había convertido en algo crucial también por otra razón. Después de la catástrofe de mis expectativas de libertad, sabía que donde antes había estado rodeado por una mezcla de miedo, hostilidad y recelo, una perfecta combinación para reforzar la voluntad resistente, me encontraba envuelto ahora en un lodazal de simpatía que terminaría por destruirme. Vi cómo debilitaría mi voluntad una aceptación cada día mayor de mi destino, cómo terminaría siendo arrastrado dentro de esa sofocante crisálida de lástima y afecto.

Pero impotente. Una lástima impotente. Hombres bondadosos e impotentes. Incapaces de remediar nada. Nada podría ser más insidiosamente subversivo. Quería tener a mi alrededor miradas de odio y de temor para mantenerme en una alerta constante. Si escogía proseguir mis exploraciones de la psique, entrando una y otra vez en el complaciente territorio del escape, volviendo a interrogarme sobre las realidades del dolor y hasta de la temporalidad, era necesario sufrir una prueba dura al volver a la tierra; el vislumbre de la crueldad animal en los ojos de las manos pagadas, la rapidez de sus cerebros para idear inhumanas invenciones. Los que me rodeaban se habían convertido en pies arrastrándose llenos de mala conciencia, esperando aliviar mis apuros con cualquier gesto, hasta con la ayuda material que pudieran darme. Pero la palabra era el poder. Poco podían hacer. La

simpatía es un pobre sucedáneo; y, finalmente, es capaz de erosionar la voluntad.

Pasó un mes por lo menos antes de que recibiera una contestación. El superintendente no quiso enseñármela, pero citó una frase de ella. Era evidente que a él también le había chocado la frase, pero no sabía por qué. El tono era despectivo y jubiloso. Pensé: ¿Cómo es esa gente? ¿De qué están hechos? Ni siquiera era la voz de un torturador. Era el tono de un torturador delegado, un pequeño funcionario envidioso que se hacía valer como hombre ejerciendo su poder sobre formas y fichas inertes. Era un tono lóbrego, tan desesperadamente humano y pequeño, que me produjo una revelación. Un joven, más o menos de mi edad. Tenía un rostro bastante enjuto, los cabellos raleando por las sienes. Tenía la piel muy oscura y largos dedos con uñas cortas. La revelación terminó pero yo seguí viéndole con mi protesta en una mano y riéndose satisfecho. Le vi corriendo obsequiosamente hacia su jefe, lleno de malicia. Le oí decir: «Creo que está empezando a hacerle daño, señor.» Su jefe le da una palmadita en el hombro y le deja con la frase apropiada como respuesta.

Y, sin embargo, había algo excesivo. Algo innecesario, algo injustificable en el tono. Había una alegría que rebasaba la decencia, pero que además no parecía tener causa. Para empezar, no podía entender la palabra «anhelo», es decir, no podía entender el derecho de mis carceleros a emplear esa palabra. Se convirtió en una obsesión menor, parecida a la de «humillación». Miré al superintendente, su rostro traicionaba la explicación. Le pregunté: -¿Envió usted simplemente mis cartas o las acompañó usted con algún escrito?

Había escrito una carta. No había nada de malo en ello, pero vi también la carta que habría escrito. Volví a recordar la mirada de sus ojos cuando hizo la primera visita a mi celda. Sus ojos se bajaron y se clavaron en mis harapientos vaqueros. Llenos de grandes agujeros y remiendos deshilachados. La camisa no estaba mejor. Había visto en él en ese momento una enorme humanidad, y ahora podía leer cada una de las palabras de su carta. Una lacrimosa descripción de mi situación y una petición para que se mejorara.

- No es la primera vez que les he escrito -prosiguió-. Desde la primera vez que se quejó usted de sus ojos comencé a escribir. He hablado incluso con la gente de la Seguridad de aquí para que vinieran a llevarle al hospital. Es la primera vez que se han molestado en responder.

Esos hombres no son solamente malvados, pensé. Son el absurdo del mal hecho carne. Uno no debe caer nunca en sus manos, sino buscar el poder para

destruirles. Son el pus, la bilis, la putrefacción original de la Muerte en formas vivas. Infectan todo lo que tocan e incluso desde el aislamiento de aquí olfateo el hedor de su muerte por el tono de sus palabras. Se engendran a sí mismos, sus tipos, sus mutaciones. Buscar el poder para destruirles es cumplir una tarea moral.

De una manera vaga mi plan de ayunar hacia la nada era una obsesiva búsqueda de ese objetivo.

Se debe probar algo, aunque sea con riesgo de muerte. Debo llegar a ese punto en el que ni mi mente ni mi cuerpo puedan ser tocados, moverme más allá de la capacidad de esos seres pequeños de manchar mi ser o alcanzarlo. No han sido sólo los ayunos. He dejado a mi psique vagar libremente, buscándoles, aprendiendo a destruirles cuando llegue el momento.

Al embarcarme en este nuevo conflicto de la única zona que me dejaban en el campo de batalla de la voluntad, me sentí impresionado por la necesidad de darle una forma tangible. Tenía que ser cuantitativa, no sólo una breve hazaña de aguante cuyo estrepitoso colapso no dejara más posibilidad que la alimentación a la fuerza. Si podía ayunar de manera que evitara los síntomas del colapso, mantener el cuerpo deshaciéndome suavemente de la carne, acostumbrándolo a menos y menos, hasta que por fin nada. Encerrado dentro de la órbita física de su poder podían hacer muchas cosas si se alarmaban. Me pregunté qué haría el Gran Vidente como persona en ese aprieto.

Envié un recado para que viniera y le pregunté: -¿Qué hubiera hecho usted la otra vez si no le hubiera hecho caso a su petición de que abandonara el ayuno?

Contestó, después de muchas vacilaciones:

- No estoy seguro de lo que hubiera hecho. Naturalmente, le hubiera pedido... -¿Me hubiera alimentado por la fuerza?

- Eso dependería del médico. Naturalmente, si las cosas se hubieran puesto muy mal, llamaría al médico. Y si dice que había que alimentarle...

- Voy a ayunar.

- No como la última vez, por favor. No quiero volver a ver a un ser humano consumiéndose de esa manera; nunca más. Es peligroso. Me hubiera gustado hablarle del Islam. El Corán dice que la conservación propia es la primera ley del hombre.

- Cuando hago mis demandas mínimas de una existencia decente, ¿no es eso también para mi conservación?

- Yo he hecho todo lo posible, usted lo sabe.

Le aseguré que lo sabía.

- Pero tendrá que confesar que ya no puede hacer nada por mí.

Mientras hablaba con él tuve la idea de hacer un ayuno gradual. Siguió pidiéndome seguridades y no me dejó hasta conseguir la promesa de que no volvería a hacer un ayuno total. Le aseguré que en principio no, pero fácilmente podríamos encontrarnos yendo hacia él.

La idea que tuve era sencilla. La primera semana estaría un día sin comer, la segunda dos días, la próxima tres... hasta la séptima semana y luego: ¿qué?

Esta es la quinta semana y el último día del ayuno del ciclo de esa semana. Me he comprometido a romper la seguridad que me rodea antes de la séptima semana, la recta final. Me he hecho esa promesa. Alguien fuera debe saber que se está produciendo esta lucha, al menos que el curso se pruebe fatal y saquen del agujero una forma demacrada con un bulto incongruente en el estómago, un embarazo improbable que será diagnosticado como meningitis.

Las sirenas comenzaron ayer alrededor de las cuatro. Seguí los sonidos y tracé un caótico enredo de movimientos. No parecía venir de ninguna dirección en concreto y me entretuve largo tiempo con las posibilidades. No era una sirena de alarma ni de desastre natural. No invadían los bíafreños.

Al contrario, el sentimiento era de excitación y pompa. Me pregunté quién sería. ¿Un dignatario extranjero? ¿Un comité de la OUA? Diagnosticué una reunión internacional, una delegación pan-no sé qué o alguna imposición protocolar por el

estilo. Unos venían por carretera, otros por aire, algunos perdidos y abandonados en la enormidad del país. Eso tenía sentido. Las sirenas no sólo les guiarían a puntos de rescate, sino que advertirían a los ciudadanos que la ciudad pertenecía, debido a esa importante invasión, a los guardianes de la paz. Para nosotros las sirenas tienen un objetivo y un sentido de dirección. Un vehículo viaja, después de todo, desde ningún sitio a algún sitio y si el sonido viene en crescendo, luego en disminuyendo, nos damos cuenta en qué dirección marcha, es decir, mostramos que somos una nación bien entonada.

La psicología de las sirenas se ha convertido en uno de los sistemas más incontestables de coerción no sólo aquí, sino en casi todas nuestras fraternidades continentales. Los matones de Banda hicieron físicamente memorables los riesgos y castigos que implicaba la santificación de la sirena. He visto la versión suavemente articulada de Senghor, en procesión por las calles principales de Dakar. Y aquí vi una vez, en el cruce de la catedral, en la Marina, a los motoristas de Gowon detenerse, sus guardaespaldas salir, arrastrar y pulverizar a un conductor en el barro porque su vehículo fue demasiado lento en responder a los imperativos de las sirenas. ¡No es que no hubiera entendido! ¿Quién se atreve a no entender? Pero los objetos mecánicos a menudo le fallan al hombre pensante, así que allí estaba sentado intentando arrancar y mover el volante cuando eligmolino descendió sobre él. ¡Idiota! Tenía que haber abandonado el cacharro, poniendo pies en polvorosa. Eso ocurrió dentro de los primeros meses de la autoconsolidación de Gowon.

Posteriormente no habría más exhibiciones públicas. Los motoristas pasaron con una dignidad inalterada, salvo aquel pequeño destacamento, un diminuto destacamento que se encargó del malhechor y le «desapareció» en el aire durante meses, volviendo -si es que tuvo la fortuna de volver- como un hombre más triste y más sabio.

Se extendió. Un comisionado asistente de Policía en camino para dar el puntapié inicial del partido de fútbol se consideró digno de una escolta de cuatro motoristas y cuatro furgonetas de policía antidisturbios. En Shagamu, un médico consultor del Hospital Universitario se mostró lento en diagnosticar ese síntoma particular. Los motoristas se detuvieron y los matones uniformados le dieron una paliza. Se extiende.

Sospecho que existe una secreta rivalidad de prestigio entre las dictaduras, sobre todo entre los nuevos arrivistes. ¿Cuántas horas se para el tráfico antes de que yo pase realmente por ahí? Entre Banda, Mobutu y Gowon hay poco que escoger. Les he visto a todas en acción. Senghor, por supuesto, pertenece a una clase aparte.

Pero las sirenas no daban la bienvenida ni se despedían de ningún visitante de estas costas. Las sirenas continuaron durante todo el día siguiente y ya tarde salí a preguntarle al guardián qué gran ocasión había provocado esos ruidos. Extrañamente era, de nuevo, un rostro desconocido. -¿No lo sabe? ¿No sabe que Gowon se ha casado?

- Enhorabuena. ¿Es hoy o eso es sólo un ensayo?

- No. Casó en Lagos. Es para nosotros eso, que no vimos lo de Lagos. Luego de dos días ir a Zaira a otra fiesta.

Yo no entendía nada. ¿Sería una costumbre local que no conocía?

- No, de eso nada. Todo el Gobierno venir a fiesta. Y toda sociedad de Lagos. Empiezan en Lagos, luego aquí. Después, a Zaira. Gran viaje. Para que tú ves todos los soldados que traen a desfilan por la calle. En cada pie un soldado. Ejército por un lado. Aviación por otro, la Marina por otro, la policía antidisturbios por otro..., toda la cosa. Hasta los de Prisión tener revista. Hoy visita soldado herido en el hospital, él y su mujer. -¿Y va a hacer lo mismo en Zaira?

- Seguro que sí. Pero no saber si otra fiesta en Biafra.

Se rió y se marchó. Un tono nuevo. Un armónico dulce y deliciosamente disidente para acompañar a aquella marcha nupcial que llenaba los tubos del órgano de la prestigiosa Christ Church Cathedral donde, sin que me lo hubiera dicho, sabía que se había celebrado la boda. Me pregunté si la complaciente y privilegiada élite no se había equivocado con esa gente, después de todo. ¿Había otros como él? ¿Eran hasta los silenciosos como él?

Envié una nota a mi contacto en la prisión: quería recortes de todo lo que tuviera que ver con la boda de Gowon.

Antes de que llegaran los recortes, el mismo celador me trajo al día siguiente un ejemplar de New Nigerian. «Lea rápido. Gente dice que usted lucha hombre corriente. Nosotros sentados con los que sufran. Nosotros pedir aumento, no recibimos. De atrasos la Comisión Wilnik dice que hay que pagarnos y pasan dos años y no nos han dado. Dice que hay guerra y hay que esperar. Dice que todo el mundo tiene que ahorrar. Nosotros no poder pagar cuentas del colegio ni uniformes de los chicos. Si dicen que hay una guerra, ¿por qué traer ese hombre toda la sociedad de Lagos a Kaduna y tirar nuestro dinero a diestro y siniestro para la boda? ¿Qué dan por esa boda? ¿Me dejan joder a su mujer?»

Se alejó y se sentó junto a la puerta, manteniéndola cerrada. Se levantó y volvió:

- Beber demasiado y querer dormir. Si oír un ruido, esconda el periódico bajo la almohada.

Cuando termine iré a cogerlo. Yo no me mato trabajando. Voy a dormir. Si jefe coger, me echan.

Abrió el periódico y vi una foto en un pequeño artículo de satisfacción a lo führer, rodeado por lo que llaman «dignatarios locales», entre ellos uno de los antaño todopoderosos emires. Pero había una noticia todavía más importante en el periódico. O el guardián no la había visto o no le había dado importancia. Umuahia había caído. Y el victorioso novio anunciaba a los emires esa noticia del siguiente modo: que la caída de Umuahia ¡la habían planeado como su regalo de boda!

Esperé que me llegaran mis recortes de prensa. Esa era la única noticia que de verdad me interesaba ahora. Necesitaba compararla con otras noticias. Quizá fuera una cita equivocada. Podía hasta admitir la arrogancia elitista que formaba la extravagancia nupcial de ese don nadie en el desconcertante proceso de la historia, podía ignorar las idioteces posteriores que fui descubriendo -la deliberada corrupción de impresionables colegiales cuyos precarios poderes de evaluación habían sido explotados por la maquinaria nacional educativa para inducirles a competir por recordar esa arrogante insolencia, podía perdonar la servil competición del Gobierno Estatal de Lagos y su ingenuo jefe, Mobolaji Johnson, un amable pero desdichado personaje que no servía para ese puesto, que consideró que era un deber inmortalizar esa desgracia, que estaría mejor olvidada, cambiando el nombre de una de las calles principales por calle Yakuwu Gowon en honor de la boda; podía reírme como si fuera una de esas bromas de mal gusto mediante las cuales la historia compensa por los trastornos temporales en el pensamiento racional y en la sensibilidad humana, podía reírme de la foto de Gowon en su recepción a la alta sociedad en el Island Club, una foto en la que dirigía alegremente una orquesta durante la devastación de una ciudad nigeriana -allí estaba Yakubu Nerón Gowon en el centro reaccionario de las clases ociosas nigerianas, tocando el violín mientras la nación ardía. Podía aceptar eso y más aún. ¡Hasta la emisión de un sello conmemorativo de la boda! Dos años de poder y durante ese tiempo una historia de genocidio, odio de masas, destrucción y guerra civil, pero tan confiadamente aislado estaba ese individuo, lo bastante humano -menos mal que había que dar gracias a Dios por eso- como para pagar la dote matrimonial al menos cuatro meses antes, tan por encima y desvinculado de las miserias humanas, que



imprimía y lanzaba suntuosas emisiones de sellos conmemorativos de esa corrupción abismal en todas las embajadas del país. También eso era ir demasiado lejos, pero me di cuenta que de una forma u otra podía disculparlo. Podía pensar que era consecuencia de la ofuscación del juicio que provocan esos cortesanos serviles que rodean siempre al poder y cuya importante existencia -una sensación de importancia para unas vidas que de otro modo estarían vacías- se (demostraba con el penumbroso brillo de los excesos del poder central.

Pero dentro del hombre, la muerte de la mente y la insensibilización se resumieron en una revelación final y nada edificante: que la toma de una fortaleza rebelde, incluso la toma de una aldehuela que era defendida con arcos y flechas, no significaba para él la pérdida de vidas por ambos bandos, la mutilación y el sacrificio, ni siquiera el pesado dilema y las angustiosas decisiones sobre el sacrificio humano, sino ¡un regalo de bodas! La glorificación de un vínculo personal y privado entre él y una santidad desconocida e irrelevante. Nada sino una mentalidad feudal dinástica podía haber concebido semejante irreverencia, nada sino la borrachera del poder pudo arrojar semejante vómito grandilocuente sobre el sacrificio de la nación entera.

Debo mucho a la boda de Gowon. El guardián vino unas horas más tarde aquel día para recoger su periódico. Se lo di, pero él siguió esperando; esperaba algún comentario por mi parte.

Miré hacia arriba y me reí:

- Bueno, ¿qué esperas que diga?

Su voz se volvió abruta: -¿Qué dicen que hizo?

Sorprendido, terminé por responderle:

- Usted tiene que haberlo oído. Decían que querían comprar aviones para Ojukwu. -¿Verdad? ¿Lo hizo?

Esa transformación para asumir el papel de interrogador me sorprendió un poco. Desconcertado, negué la acusación.

Me dijo:

- Yo de acuerdo oír decir usted no confesó nada. Nos dicen que usted no confesar nada pero no querer este trabajo. Pero yo quiero saber verdad, si usted lo

hizo.

Le aseguré que no era verdad, fuera cual fuera la acusación.

Dijo:

- Si lo hizo, me alegro de que hiciera. Este servicio gubernamental, lo malo no debemos hablar, es todo. Pero si el hombre llora de lo que ha visto... Yo estar aquí cuando empezaron a matar a los ibos. Lo vi con mis ojos. Lo que éstos hicieron, Dios no les perdonará nunca. Y cuando yo ver esa clase fiesta, boda yanma-yanma mientras ellos sufren aquí..., de todas maneras ellos van al cielo.

Hubo una larga pausa. Yo no sabía cómo reaccionar. Había ocurrido demasiado repentinamente y además era nuevo. ¿Era un espía de la Seguridad que había venido a tomar la temperatura de un caso difícil? De nuevo otra pregunta abrupta: -¿Por qué usted ayunar?

- Es difícil de explicar.

- No, cuénteme. Querer saberlo. Nunca vi personas hacer eso antes. Semana tras semana tras semana. Di del jefe que usted no es musulmán, que no es cristiano. Usted no creer en Dios. ¿Por qué se castiga a usted mismo? Gowon está aquí y tirar nuestro dinero en champán. Hombres morir en el frente y usted matarse para nada. ¿Por qué?

Hacía mucho tiempo que no hablaba con un ser humano curioso, una mente incierta en el sentido de tener unas ideas que no pertenecían a sus necesidades inmediatas ni a sus experiencias. Había caído una máscara, la máscara del carcelero. Leí la insatisfacción, la conciencia amplia, aunque vagamente personal, de la necesidad de unos planteamientos necesarios de igualdad social como norma para cualquier comunidad de seres humanos. Comencé a hacerle preguntas, buscando encontrar hasta qué punto llegaba su descontento. Parecía muy dispuesto a responder, pero yo no podía estar seguro.

Dijo: -¿Sabe?, cuando venir la primera vez el jefe nos habló en revista. Cuando venir una nueva persona, sobre todo una persona importante como usted, nos tienen que contar en la revista de la mañana y dan instrucciones. Nos cuenta que usted es persona peligrosa. Habló mucho tiempo. Dice, si vosotros hablar con ese hombre, no sorprender si te detienen. Hombre listo, hombre importante, pero peligroso. Dice que usted hizo problemas para Akintola, que hace problemas para Sardauna y ahora quiere problemas para Gowon. Nos advierte, él dice, no hacer

más que vuestro trabajo y dejar al hombre. Pero después de un tiempo, él va a hablar, a veces durante descanso. El dice, ese hombre metido en solitario yo no entiendo de ese hombre. Poquito, poquito, poquito, poquito él habla como si empieza usted a caerle bien. Y el jefe, ag, antes que caer bien alguien él ha visto algo...

Le dejé hablar; lo necesitada mucho, sobre todo hablar sobre sí mismo. El cuadro era familiar.

Las primeras ambiciones aplastadas tanto por la aceptación de la realidad social como por sus propias limitaciones personales. Un pariente cercano muerto en la guerra, luchando por la causa federal. El mismo había querido alistarse, en realidad había estado en la lista de reserva, pero su familia le había machacado diciéndole que era el único varón que quedaba en la familia. Aquella familia aumentó al incluir a la de su pariente muerto a principios de la guerra. Sin embargo, sólo unos cuantos meses después de esa muerte fue perseguido hasta su casa por la chusma porque vivía en una casa alquilada llena de sureños. Era norteño, al menos en el viejo sentido de la palabra, pero el propietario era sureño, como lo eran casi todos los inquilinos.

Había algo que no sonaba del todo bien. El tiempo en la cárcel puede hacer juegos extraños con tu memoria, pero sabía que mi recuerdo de la secuencia de aquellos acontecimientos era totalmente claro. Observé:

- Tenía que ser un hombre de convicciones si se alistó para la causa federal después de eso.

Se dio un golpe en el pecho: -¿Yo? ¡Nunca! Después de eso dije, que esos malditos baggas luchar su guerra.

Había una contradicción de tiempo que intenté atrapar. Le pregunté el mes y año exactos de ese incidente.

- Algo como agosto del año pasado... -¿Del año pasado?

- Sí, del año pasado. Todavía no pasan ni siete ni ocho meses...

- Espere un momento, el año pasado ya había guerra.

Explotó:

- Eso es exactamente lo que querer decirle. Es lo que más me molestó. -¿Está seguro? -¿Que si estoy seguro? Gobernador Adebayo mismo viene aquí cuando los yoruba vuelven corriendo a sus casas... Habló por radio.

Por fin pude pegar todos los fragmentos de la historia. Otra acción de la chusma seccional, organizada con el mismo esmero que las de 1966, abarcando a todos los sureños. La queja contra ellos: que habían usurpado los puestos dejados vacíos por los ibos. Kaduna se había despertado una mañana con un bloqueo combinado del ejército y la policía montado por el gobernador militar. Su rápida acción había impedido el pogrom antes de que pudiera comenzar. Pero hubo unos cuantos muertos en Kano. Los carteles de siempre aparecieron por los muros y por los árboles, se distribuyeron octavillas abiertamente, escritas con el mismo lenguaje que anunciaron las matanzas de mayo y septiembre, un ultimátum exigiendo la repatriación de los sureños: ¡y si no! Los gobernadores militares habían actuado con rapidez, pero en varios estados hombres especializados -médicos, ingenieros, etc.- recordaron 1966 y se fueron al Sur. Hasta los chadianos (llamados godo-godo) habían sido afectados y especialmente señalados. Sus ocupaciones favoritas eran los oficios de uniforme -ejército, policía y prisiones.

El hombre escupió con disgusto:

- Mire dentro del ejército, ¿qué encontrar? Que esa gente godo-godo llena el ejército y luego lucha la guerra, pero nuestra gente da al gobernador ultimátum para que hagan maletas del Estado o si no olerán a pólvora como los ibos...

Dos alarmas generales durante la guerra civil. La última amenaza se produjo en septiembre (un ominoso mes, al parecer) de 1968. Fue cuando el gobernador Bako tuvo que sacar las fuerzas.

Hablamos. Le tanteé, aunque ya estaba seguro de él. Fui sacando temas a los cuales podía responder. Por fin le pregunté si estaría de servicio en la cripta durante toda la semana. No, contestó, sólo hasta que se fuera Gowon. Prisiones montaba su propia revista y necesitaba a todos los veteranos para que exhibieran sus cintas y medallas. Al parecer la mayoría de mis guardianes eran antiguos soldados. El día siguiente probablemente sería el último; el espectáculo nupcial tenía que estar en Zaira un día después. Mentalmente tiré a cara o cruz.

La decisión era predecible. Yo no tenía nada que perder.

Mi primera carta, la prueba, era inocua. Envié un poema y pedí libros. Luego

le dije al hombre simplemente: «Quiero que me lo envíe por correo.» Yo mismo había hecho el sobre de un trozo de papel. Lo miró, dándole vueltas en la mano. No podía leer lo que le estaba pasando por la cabeza: hasta que se echó a reír a carcajadas. -¿Quiere decir que usted hacer el sobre?

Le enseñé otros artefactos. Otros guardianes le habían contado cosas por el estilo, pero verlas en carne y hueso: se echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa.

- Yo enviar por usted y si quiere escribir más, mañana traer sobre y papel de verdad.

Le dije:

- No lo olvidaré.

- Pero escriba lo que quiera mañana. Después de mañana volvemos a lo de siempre. Ahora nadie tiene tiempo de inspeccionar cuando no estar aquí. Todos ocupados con la boda de Gowon.

Le deseé a Yakubu Gowon muchas más lunas de miel. Y con el papel que me sobraba de las cartas empecé a trabajar sobre las celebraciones de aquel acontecimiento, La boda de Humbo. Era lo menos que podía hacer por aquel escándalo al que debía tanto.

Dentro de un espacio que es apenas de veintitrés pasos por diecisiete los celadores han conseguido hacer una huerta con varios tipos de vegetales. Es su retiro, un refugio donde pasan sus ratos libres de sus deberes que la mayor parte consideran un castigo por los pecados cometidos en una vida anterior -cuando Dios castiga a un hombre le deja para ese trabajo- o un recurso momentáneo hasta el día en que les toque la lotería. Para unos pocos, o tal vez para los más, el trabajo es la legitimación de instintos sádicos que hubieran encontrado expresión de alguna forma en otros sitios. Pero hasta para éstos la huerta ha servido como un lugar

donde cambiar de personalidad, el santuario donde se quitan y se ponen la máscara. Se lo he visto hacer, quitar y ponerse la máscara, lentamente o en un instante.

La cripta era una cámara de tortura, una palabra quizá demasiado fuerte, pero ¿qué otra palabra puede expresar mejor los crímenes que fueron cometidos y siguen cometiéndose en lugares como éste? Eufemísticamente las llaman celdas de castigo. Aquí traían al prisionero, lo encerraban en una de las celdas y le dejaban gritar hasta que estallaban sus pulmones: nadie le hacía caso. La puerta se cierra contra un pequeño saliente que se levanta unos quince centímetros del suelo -hay que pasarle por encima al entrar. El tratamiento con agua fría consiste en hacer un agujero en el saliente y llenar la celda de agua. Al preso le quitan toda su ropa y le arrojan en la celda. En la temporada de harmatán, que experimenté dos veces, aunque sin el beneficio del agua fría, sé que una noche solo en una celda así puede dejar marcas en la voluntad más dura. Y ésa es sólo una de las variedades punitivas. Hay sesiones de porra. Cinco o seis celadores, sin duda sádicos practicantes en su vida privada, tan evidente era el goce en el rostro de algunos que yo vi en los primeros tiempos en Lagos -esos celadores empezaban con un prisionero y le golpeaban en puntos escogidos del cuerpo, nudillos, codos, tobillos, huesos de la cabeza y los hombros, rápida y continuamente. Una vez el funcionario encargado de la paliza en Kiri-kiri hasta entró para disculparse ante mí por los gritos que nos habían atormentado durante más de una hora. Y el propósito de todo aquello era obligar al preso a confesar dónde había escondido algunos cigarrillos de contrabando metidos en la prisión clandestinamente. El propósito real, por supuesto, era romper su voluntad, sentir el gusto de ver a la víctima, conocida por su dureza, quebrarse ante sus ojos. La sesión continuó a lo largo de siete días.

No se quebró. Esas escenas eran normales en la cripta, antes de que el exceso de presos políticos convirtieran las «celdas de castigo» en receptoras de Personas Muy Importantes. Y así el adjunto Patio del Purgatorio es el nuevo escenario de toda violación humana mientras que la cripta se ha convertido en un breve pasaje de recuperación. He visto la máscara más maligna entrando estrepitosamente por la puerta de la cripta, resoplando por sus recientes esfuerzos en el Purgatorio, luego deteniéndose a hacer una breve parodia a lo Pilatos con agua del cubo contra incendios, convirtiéndose en un gentil duendecillo de granja en un abrir y cerrar de ojos.

Es, por supuesto, muy ilegal. Desde mi instalación como deidad reinante en el bosquecillo de las Puertas del Paraíso han sido cerradas a todos salvo a los ángeles guardianes en cuyo purgatorio se convirtió. Y cuando se da la señal de que viene el superintendente, el diablo con cuernos que entró meneando su rabo

bifurcado y pisando con sus pezuñas, congestionado y respirando hondo por su sesión de flagelación al otro lado del muro, este rompedor de nudillos, blandidor de cinturones con hebillas, pisador de dedos de los pies, quebrador de huesos, gladiador que carga a porrazos, este terror de las celdas de atrás, se pone aún otra máscara, la máscara de delincuente y una cómica truhanería se dibuja en su rostro.

Pero la escena es de lo más idílica, una breve visión de almas salvadas cuidando repollos en los campos del Elíseo. Purgada toda esa violencia, crueldad, alisada la furia de la frente de contención contra los espíritus recalcitrantes del más allá, que deben ser quebrados para ser igualmente salvados. Una llamada a la puerta y entran, uno, dos, hasta tres a la vez para ver los progresos de las cosas que crecen. Las rayas de sus pantalones cortos caqui, demasiado anchos, se levantan como alas cuando se inclinan para remover la tierra, podar hojas muertas, recortar una planta de tomate demasiado extendida, hablar de los retoños de cacahuetes, excomulgar a los lagartos cuyas marcas de dientes en las lechugas jóvenes suele significar la muerte. Cortan y llevan bolsas de hojas de enredadera de verde exuberante, succulentas para un guisado nocturno en casa. Pero la guayaba es lo mejor. Es la fruta prohibida que todos esperan coger, la granada de Hades cuyo sabor no les encadenará, sino que les librerá de esclavitud en el submundo de la prisión.

No podía comprenderlo de otra manera. Tendría que haber mejores guayabas fuera, de mejor sabor y que no fueran objetos de tantas enemistades. A veces escuchaba los gruñidos coléricos cuando el avanzado del amanecer llegaba y veía que otro había llegado antes a la fruta tan cuidada, deseada y esperada. Y un cataclismo atacó al árbol una noche, y esa desgracia fue sentida como nunca hombre alguno se dolió ante un desastre natural. Uno por uno fueron llegando y se quedaron de pie silenciosamente mirándose por encima del árbol violado.

Alrededor del árbol yacían sus frutos malogrados, mordisqueados, mordidos y tirados. Una Bestia de las Tinieblas, un patrullero nocturno no iniciado, había visto lo que para él era únicamente un guayabo. Había probado las frutas una tras otra, no con la mano, sino con esa prueba última, los dientes. Una tras otra, buscando en mano la madurez, había cogido y mordido todas, insensible, asesinamente, escupiendo sus esencias incompletas sobre el suelo desnudo. La puerta se abrió una y otra vez, sin ruido, entraron uno tras otro para el velatorio por la muerte de esa cosecha, sin poder decir una palabra, salvo murmurar: «¿Qué clase de bestia hacer cosa así?» A través de la ranura en su puerta, Plutón les observaba y les compadecía. El guayabo era su árbol de la vida privado, y Kali había hecho su visita mientras dormían.

Eso hizo la acción del Gran Vidente todavía más difícil de resistir cuando llegó finalmente el golpe. No hubo ninguna premonición, ni autopreparación contra él. Yo fui la causa no tan inocente.

Ellos tenían sus guayabas y sus tomates, sus cacahuetses y mijo. Tenía que haber algo en todo aquello para mí. Yo tenía el abono y también el sol.

Los lechos de abono eran vida, porque producían herramientas. Producían metales y abalorios, ampollas descartadas del dispensario, alambres y cuerdas, huesos, muelles, nudos; hasta proporcionaban escarabajos con pinzas cuyo gemido escalofriante era otro de los peligros nocturnos con los que tenía que vérmelas y superarlo -espectral, incesante, un sonido de animal atrapado que parecía emerger de un saco podrido que se caía lentamente. Lo encontré a la luz del día y lo aproveché para una pequeña creación mecanizada hecha de chatarra encontrada en el abono y se lo hice pagar como potencia motriz de un molinillo de rueda. Fue un éxito a medias. Los lechos de abono abrieron nuevas avenidas de ocupación. Gradualmente mis dedos se fueron haciendo más sensibles, mi mente flotaba con ideas frescas y sin fronteras.

La primera herramienta es un cuchillo. Es la herramienta primaria, la matriz de las formas. Es algo aceptado, pero yo lo vi nacer, me desperté una mañana y vi la evolución de la Edad de Hierro y la liberación que ello supuso para el hombre de las cavernas. Se mudó el vegetal pleistocénico y de su crisálida emergí yo, el artesano neolítico. Aquel primer cuchillo, hecho de un trozo oxidado de una banda metálica, fue la Emancipación. Con cuidado lo afilé en el suelo de cemento, le puse un mango, empleando un pedazo de los inútiles palos de fibra de cáñamo que supuestamente sostenían el mosquitero. El acto en sí mismo reveló, no, me recordó la flexibilidad de su corteza, el material habitual de los tejedores de cestas y eso a su vez... la reacción en cadena era interminable.

Comencé a trabajar en Móviles, la creación que más me tranquilizaba en aquel oscuro lugar.

Desde el principio los hice espontáneamente, luego llegué a diseñarlos previamente. El extremo pesado eran los cartones del papel higiénico que apretaba y llenaba de piedras y grava, cubriéndolos con el papel de plata de los cigarrillos para que brillaran al sol. Se sostenían suavemente sobre varios puntos, delicadamente equilibrados. Bailaban y se curvaban en el viento. Nunca me cansaba de mirar la delicadeza de sus movimientos. ¿Y después las formas sencillas de escultura? La entera gestalt artística. Ligeros versos autónomos que volaban al



viento. Canciones de un solo verso, además de invectivas a mis atormentadores (en español, estas últimas siempre escritas en mal español) las bauticé luego esculturas en poesía, musa-en-el-aire, árboles poéticos, esculturas en verso, árboles esculturas, etc.

Hice guirnaldas de madera y de papel, escribí versos y luego los echaba a volar.

Al principio crié lagartos. Por accidente descubrí un nido de huevos en proceso de abrirse, los bebés estaban saliendo de la tierra hacia el aire. Con paquetes de cigarrillos -haciendo túneles con los cilindros del papel higiénico y un bolso de plástico en que traían el pan, construí un entramado de nidos intercomunicados e intenté enseñarles. Les di a comer hormigas y moscas. Esta fase pasó.

Desiertas estaban también las colonias de hormigas, cuyas crueldades naturales exploté para escenificar duelos a muerte -una hormiga roja contra otra negra o equipos de cada grupo que juntos en una botella se mataban mutuamente hasta el último hombre: les llamé Biafra y Nigeria.

Los Móviles llegaron a monopolizar todo mi tiempo, los diseños se iban haciendo más complejos y atrevidos. Al tallo hueco de un girasol le corté dos cilindros e hice una hendidura a lo largo de cada uno. El paso siguiente fue un trozo de papel de retrete que envolvía un palito alisado: ese rollo de pergamino lo introduje en uno de los cilindros. Con cuidado un extremo de ese rollo lo pasé por la hendidura y luego lo metí en la del otro cilindro, donde otro palo redondo esperaba ya cubierto con mi sucedáneo de pegamento.

El palo recogía el borde del papel y lo enrollaba. El rollo de escritura chino estaba terminado.

Atado por trozo ajustable de corteza de cáñamo, servía como contrapeso al restante complejo del nuevo móvil. Cubrí el papel con poemas, dando vueltas a la manivela para poder mostrar un nuevo verso en cada sitio, según mi humor. Otros versos, enmarcados, ondeaban sobre los otros brazos. A veces el viento hacía girar el rollo sin ayuda, el peso seguía siendo igual, ya que ambos rollos habían sido equilibrados sobre la misma unidad. La primera vez que vi el rollo que se desenrolló con el viento y la persistencia del equilibrio perfecto, no tuve más remedio que reconocer los méritos que se debían reconocer. Me volví hacia mí mismo y dije: «Cavernícola, no sólo has creado el Móvil perfecto, sino que has

inventado un nuevo concepto: ¡Genio!»

El primer Móvil hizo irrupción sobre los guardianes súbitamente. De repente apareció ese objeto fabricado, que desde luego se contaba entre los muebles regulados de la celda. Un objeto que también llevaba la marca de una elaboración muy cuidadosa y de materiales extraños. Les espí para ver cuáles eran sus reacciones. Iban desde la incredulidad hasta la admiración. Sin excepción decidieron dejarlos en paz. Vino el celador jefe, lleno de una vociferante admiración, y por último el Gran Vidente llegó de inspección y se quedó parpadeando frente a aquello. Los Móviles recibieron sanción oficial.

El desastre no tardaría, pero los primeros días, incluso las primeras semanas de ese gran despertar mecánico, me permitieron continuar en plena racha inventiva. Cuando ocurrió la gran calamidad, estaba ya cerca un subproducto. Comenzó cuando, cada vez más ansioso por cumplir las inquietudes de mi mente, comencé a planear una turbina en miniatura. En ese reino todo debe servir. Escogí el rincón de mi choza donde el viento entraba de forma más impertinente. ¡Aprovechar al hijo de puta! Ya comenzaba a tener visiones de cómo generar modestamente un poco de electricidad, sólo unos cuantos voltios o al menos hacer funcionar alguna forma de artefacto dotado de potencia. Mi meta era la potencia. Pensé más en el viento que en los móviles.

Mi cabeza estaba llena de turbinas, diseños que hubieran honrado a cualquier museo de prototipos malogrados. Me quedé mirando con fijeza el baile líquido de los móviles -a veces me preguntaba si no me había dejado hipnotizar por ellos porque me daba cuenta de que me había pasado un día entero mirándoles. El viento era suavemente consistente ese día. Sin embargo, pensando en las turbinas, mirando los contramovimientos de los brazos de las esculturas sobre diversos pivotes, pensé de pronto: me pregunto cuántas posibles combinaciones se pueden hacer con los movimientos de esos brazos.

Así nació la época algebraica. Olvidé la turbina. No quedaba nada más que ir a la raíz de las matemáticas, mediante diagramas, por métodos de tanteo pasar días descubriendo lo que debía ser el principio aritmético más sencillo del mundo. Me disculpé ante mí mismo. En el colegio los números habían sido anatema para mí y me sentí más que feliz por despedirme de ellos después de un aprobado raspado en los exámenes finales. Pero ya no. Acababa de redescubrir el mundo de los números. Una vez conseguí el primer avance, comencé a redescubrir una fórmula matemática tras otra. En parte por investigación, en parte gracias a una titánica excavación en el fangoso cementerio donde yacía el trabajo de mis sufridos profesores, atacé una

idea tras otra, probando y volviendo a probar la fórmula conseguida por los sistemas más simplistas de contar. ¡Tenía TIEMPO ! De vez en cuando me despertaba por la mañana pensando en un problema y un minuto después, literalmente un minuto después, el guardián me llamaba a la puerta como señal de que era hora de cerrar las celdas, YO DESTRUÍA el tiempo. Una vez escribí todas las combinaciones posibles de seis dígitos. Al hacerlo descubrí la única forma en que se podía hacerlo para asegurarse, con un simple vistazo, de que no había duplicación u omisión. El resultado produjo un plan tan claro para la estética computada que me dediqué a hacer cuadros sobre papel de retrete y desde allí repetí esas mismas combinaciones con cuadros de colores. (Verde de jugo de hojas, púrpura de una baya, negro de mi tinta -bautizado Soyink - y el blanco del papel de retrete.) El continuum cíclico del resultado me produjo después otra impresión. Uní un extremo del papel a otro y pregunté: ¿Qué tengo ahora?

Tenía un fuerte parecido con los símbolos que hacen las computadoras. ¿Y cómo demonio funcionan las computadoras?

Mi mente era como un montón de abono, lleno de vida, atrancado de fragmentos no digeridos, luchando por mantener el mismo ritmo que el de la irregular fecundidad de sus inquilinos. Era un caos y un oasis cuando el patio fue finalmente arrasado, convertido de nuevo en un desierto.

Tenía la tierra, el abono. Tenía también el sol y eso estaba dentro de mi alcance, aquellos enormes girasoles plantados por los hombres enmascarados. Algunos alcanzaban casi dos metros, un enorme periscopio clavado eternamente en el sol. Era la abundancia de polen lo que les hacía más impresionantes, el polvo del viento semilla del sol que yacía sobre las anchas hojas y llevaba las hendiduras de sus tallos. El girasol era mío de la misma forma que las otras plantas pertenecían a los guardianes. Tácitamente se reconocía que eran míos porque yo era el único que los usaba. (Ni siquiera se dieron cuenta de que hay algunas razas que comen las pipas.) Los habían plantado por su color, por la costumbre. Vi los tallos como flautas, el cuchillo esperaba la maduración.

En cuanto a las flautas, no fueron precisamente un éxito. Logré sacar notas, pero no era capaz de extraer música de aquellos tubos exasperantes. Se abrían donde había hecho los agujeros o se partían en la embocadura. Creé boquillas de muchos objetos ; pero partían el tallo. En mi cabeza sonaban esas dulces notas que llenarían mis noches cuando las flautas consiguieran su perfección.

La perfección se mostraba esquiva: decidí dedicar los tallos de los girasoles a

la fabricación de rollos chinos de escritura, entoné una endecha sobre la música que permanecía para siempre encerrada en el sol. El título estaba claro, era *Flute Manqué*:

Costilla de girasol  
No has cumplido  
Tu promesa de forma lírica  
Las notas confinadas  
En los hilos de tu tallo  
Siguen obsesionándome  
Sueño de las horas de Pan  
En un bosque silencioso  
Pensé tocar himnos  
Al ascenso y caída de  
Tu distante origen  
Y atraer  
Al ardiente demiurgo a la tierra  
Sobre los hielos de un hechizo de maderas  
Sin embargo las armonías  
Vara que sigan siendo sublimes  
Están mejor no cantadas  
Escucho  
Las canciones que podían haber sido  
Cuando el aliento del cosmos  
Remueve la tierra donde  
Una vez estuviste.

El polen no parecía tener la consistencia del polvo. Cada día y cada vez más la cosecha del viento lo transformaba en riachuelos de oro hasta que cedí a mi deseo de recogerlo antes de que volviera a volar con el viento. Tenía un tubo de cristal donde antes guardaba mi cepillo de dientes.

Metí la mano entre las ásperas y anchas hojas y comencé la lenta y sensual tarea de recoger el polen. Seguí. Cada mañana mi primera tarea consistía en recoger el polen que había caído durante la noche, sacudiendo los estambres en un tubo antes de que lo dispersara el viento. Y la última tarea por la noche. Con cariño me dedicaba a sacar impurezas del polen. Lentamente iba creciendo para conseguir la meta deseada: una sólida barra de oro. Tardaría tiempo en hacer una compacta

barra de polen, sin aire, que igualara la sensualidad del tubo de cristal. Los insectos y demás pequeñeces fueron minuciosamente expulsados, el tubo fue vigorosamente sacudido para deshacer las bolsas de aire. Con el tiempo se hubiera convertido en la perfecta barra de oro: tenía tiempo, pero desgraciadamente el sol estaba al borde de un eclipse total. Y el polen no parecía moverse.

Parte de la técnica de la prisión para mantener a los reclusos subyugados es la técnica de desorientación de choque. No se hace nada como entre unos seres civilizados. Si tienen que hacer una inspección, lo hacen como si fueran milicias nazis. Nunca se dan explicaciones de nada; el recluso tiene que mantenerse desequilibrado, para que rumie durante una temporada y reflexione sobre el significado de la última erupción. Luego y sólo entonces vuelven a aparecer los funcionarios, de nuevo en masse, en papel de inquisidores.

Y así llegaron aquella mañana, celadores y prisioneros, armados con hachas, palas, azadones, picos y machetes. Tiraron los limeros, tiraron los girasoles, tiraron el mijo, arrancaron los tomates, los cacahuets, las lechugas y demás. El guayabo fue más que cortado, los picos comenzaron a funcionar y cavaron profundamente para sacar hasta los últimos centímetros de sus raíces. Sin embargo, por alguna razón, el otro escuadrón, tardó unos cuantos minutos más. Vi lo que estaba ocurriendo y supe que en unos segundos pasaría un tornado por mis celdas. Sin reconocer mi acción en lo que era, recogí todas las hojas de lo último sobre lo que había estado trabajando, escondí unas cosas en escondites previamente escogidos, tirando las series de tinta «en maduración», quedándome sólo con una botella, luego salí para contemplar el trabajo de aquella demolición.

Irrumpieron en el patio unos minutos más tarde. Esta vez no intentaron examinar lo que allí había. Vinieron con cestas y cubos, metieron todo, incluidas mis ropas de muda, en sus contenedores. Me sacaron hasta la almohada, punzaron el colchón, los móviles medio acabados (abandonados a favor de un enloquecido proyecto de investigación acerca del Tiempo-Espacio) colocados -con cuidado, he de admitir- en cestas. Las herramientas, todas aquellas preciosas herramientas cuidadosamente labradas durante tanto tiempo, fueron barridas. No hice el menor esfuerzo por salvar la barra de oro y extrañamente, tal vez, porque estaba en el vaso de estaño con un tenedor y una cuchara, fue ignorada. Polifemo era quien dirigía el escuadrón. Al marcharse le dio la última orden a los cosechadores: «Todo, todo quitado.»

Más tarde llegó el Gran Vidente. Sus ojos escrutadores vieron inmediatamente el tubo de polen.

Ordenó que lo cogieran, inspeccionó las celdas con más minuciosidad y recuperó una o dos cosas que habían sido ignoradas. Luego se marchó sin decir una palabra.

Nada que creciera se quedó en el patio. Habían quitado hasta el último pedazo de hoja.

Saqué mi silla fuera, sin deseos de esperar la reanudación de una vigilancia de cerca, lo más taladrador para la mente de un preso. Entró una mariposa en busca de la vegetación de antes. Entró un pájaro volando y se fue al ver que no había ningún lugar donde se pudieran esconder las orugas.

Sólo las hormigas estaban atareadas; salieron en erupción de los innumerables agujeros recogiendo la cosecha de semillas caídas. Al final no quedó nada vivo andando sobre la tierra.

¿Por qué ayuno? No quiero decir, ¿por qué ayuno ahora? Lo he decidido porque estoy en un enfrentamiento continuo. Pero ¿por qué ayuno? ¿Por qué yo en un momento dado decido: debo pasar un tiempo sin comer? Tal vez deba resolverlo en mi mente antes de que quede atrapado en las exigencias fatales de mi autocomplacencia. ¿Autocomplacencia? Una sensual autocomplacencia. Es importante separar el área de fuerza de voluntad de la inmersión drogada en el éter teñido por el arcoiris. Porque sospecho que el verdadero sensual es el que se pone a ayunar con demasiada facilidad.

He leído, pero nunca he experimentado, ni de lejos, la sensación de morirse de frío. Comprendo (que al cabo de un rato el cuerpo deja de sentir el dolor, se va hundiendo dichosamente en el sueño.

Descanso. Creo que ayunar debe ser algo por el estilo. Comienza con ese período crítico que en realidad es un paso muy breve y que se produce durante los primeros tres días. El cuerpo o sucumbe en ese momento o después hasta rechaza el

simple pensar en comida. Creo que lo mejor es provocar ese período lo antes posible. Cuando tomo la decisión de ayunar, sigo pensando en mi próxima comida, dejo que mi cuerpo la desee y dejo que la comida venga a mí. Tengo hambre. Abro los platos, los huelo, concentrándome en el sabor, la masticación, la deglución. Se me llena la boca de agua. Me concentro en la satisfacción de mi cuerpo, en el sueño pesado de un cuerpo saciado que experimentaría si colmara mi hambre. Comienza una feroz protesta en el fondo del estómago y dejo que siga. Armado con el poder de mi veto, me hago a un lado y disfruto del violento conflicto esperando la señal de ejercer mi poder. Llega ese momento y tapo la comida con un movimiento lento y deliberado, diciendo: Este sabor no puede morir. Lo he experimentado y volveré a experimentarlo. El sabor es selección, elección. A mí me niegan la elección, y por lo tanto todo sabor se convierte en noexistente. El placer es también una elección; es realización y elección. Mi existencia está mutilada, la realización se envilece al disponer de un campo limitado. Conseguir placer en una zona de satisfacción otorgada es una autotraición. Comer sin placer es traicionar mi naturaleza. Desde ahora no pienso traicionar mi naturaleza.

Algunas veces, uno o dos días más tarde, los diablillos del estómago salen de nuevo a jugar. Pero miro sus payasadas con desapasionado interés. La comida no puede tentarme, pero me pregunto qué haría si tuviera a mi alcance cápsulas de vitaminas. A veces siento miedo que una de las paredes del intestino se colapse, que enzimas sin alimentación se atrofien y mueran de los daños perpetuos hechos en el cuerpo por los excesos. Sé que es más inteligente beber un vaso de jugo de naranja al día, pero no soy capaz del compromiso. El jugo de naranja es demasiado parecido a la comida. Pero las vitaminas no parecen insidiosos saboteadores de la fuerza de voluntad; nunca he tenido que pasar, afortunadamente, por esa prueba. Así que acepto un vaso de agua al día, que sorbo a intervalos. Me aseguro de que no paso de un vaso diario.

El cuerpo consigue, por supuesto, una verdadera ingravidez. Me sacude la brisa más ligera, el pensamiento o la metáfora lírica más ligeras. El cuerpo es como una cebolla y miro cómo la carne se va pelando como una cebolla, capa tras capa. Y es ese riesgo, es esa condición la que inicia el peligro de la autocomplacencia. Porque en el cuarto día, la voluntad ya no participa. Me siento hambriento de la confrontación, el momento en que debo escoger entre la muerte o la rendición. Me ofende hasta el vaso de agua y comienzo a hacer trampas. Cada día disminuyo en una fracción. Un día no bebí nada. Por la mañana me dije: Beberé al mediodía. Al mediodía comencé a hacer mis trampas, vacilando hasta que decidí que bebería el vaso entero al ponerse el sol. Me quedé tumbado hasta el oscurecer, luego dije: No he visto la puesta de sol. ¿Qué hago durante todo el día? Miro las motas de luz en el

aire. Cuando tengo los ojos cerrados, un universo entero de colores llena la cúpula de oscuridad debajo de los párpados. En ayunos extremos los ojos abiertos ven el mismo espectáculo, pero en una escala más ligera y más vasta. El aire se rompe en remolinos de puntitos de colores. Cada mota de polvo en un rayo solar es un planeta de fuego en la galaxia, su movimiento está sosegadamente planeado, imbuido de inmenso significado. En el disminuir de los sonidos que se apoderan de los sentidos, la mente flota fácilmente en humores trascendentales, borrando el ambiente, la realidad, fragmentándose lentamente hasta que se convierte en una de las motas de polvo del éter.

Sólo las puestas de sol resultan insoportables porque mientras que los sonidos se apagan, los colores se intensifican y las puestas de sol se tornan crudas, canibalísticas, con colmillos y sangrientas como si el demonio babeante del día hundiera los dientes en el regazo de una cortesana chillona y lasciva, apestando a sangre. No pasa eso con las nubes de tormenta, con sus bordes de cobre y sus profundidades de oro claro insinuando cavernas más allá de los pasadizos de los dioses.

Las estrellas se desvanecen en la nada; sólo existe el silencio que las produjo.

Con regocijo veo cómo mengua mi cuerpo. Identifico pero no prohíbo la satisfacción humana que nace del dolor y el temor, la preocupación e incredulidad en los ojos de los carceleros mientras merodean con órdenes de informar sobre la más mínima señal de debilitamiento. Hay algo en mí, un regocijo que reconozco como profundamente humano que se ríe y se muestra condescendiente cuando un celador se detiene para decir: «Por favor, eso no es posible. Debe parar.» Entra el Gran Vidente: «He venido a implorarlo. Piense en su familia, en su esposa, en sus hijos.» Protesto: pero si estoy bien y me siento fuerte. «Usted no puede verse. Yo sí. Todos podemos verle. No sabe el aspecto que tiene. Es usted un esqueleto viviente.»

Es curioso, pero el efecto que tienen todos en mí es el de rechazar hasta el vaso de agua. Cada vez que aparece el Gran Vidente, tiro el resto del vaso. Su preocupación hace que me sienta cada vez más sobrehumano. No necesito ni bebida ni comida. Pronto no necesitaré aire.

Las alucinaciones, los breves desmayos durante los cuales las paredes, la tierra y el cielo giran en torno a mí los acepto y los controlo. Así que sé que no es ninguna ilusión cuando veo el movimiento de un objeto terrestre entre las estrellas. Buscando más allá de las estrellas en la laguna de silencio me fijo de repente en esa



mota fluida, sosegada y segura de sí misma en su órbita predeterminada. ¿Otra alucinación? El pasaje fue breve, ya que sólo pude seguir su movimiento a través de los barrotes de mi ventana. Sin embargo, me siento tan seguro que la espero al día siguiente, al otro y al otro. Y me acuerdo de su identidad. Un cuerpo celestial y un satélite humano. La inmensidad del momento -el momento de la certeza- se convierte en imperecedero. Encerrado y separado por barrotes, una certidumbre humana me ha llegado a través del cosmos, una chispa orgullosa e inextinguible, prometeica entre cuerpos muertos, fantasmas astrales, dioses fracasados, decoraciones de oropel en el espacio vacío. Signo, sonda y pregunta te acepto, incandescente audacia humana. Extensión de mi mente y cuerpos inquietos, te reclamo y te absorbo. Te transmito, poro de mi piel, núcleo electrónico de mi voluntad, vaga..., vaga...

Décimo día de ayuno. Por el día mota de polvo en un rayo de sol. Por la noche, lento viaje en el espacio. Noche...

Una noche clara y la luna llenando mi celda. Pensé: ¿Una mortaja? He vuelto una y otra vez a esa noche de la debilidad y lasitud mayores, a las horas de estar tumbado sobre la rigurosa aceptación y lucidez del pensamiento que decía: es doloroso. El cuerpo se debilita y la respiración va aminorando hasta detenerse. Había desaparecido el temor de que el instinto o impulso vital pudieran hacerme retirar en ese momento. No tenía ningún pensamiento directo de la muerte, sólo de la probable terminación de un curso de acción, sentía la debilidad en las articulaciones de mis huesos y en los propios huesos. Una lengua seca rascaba libremente mi boca. Sentí un gran descanso dentro de mí, una débil paz del mundo y del universo en mi interior. Una paz que verdaderamente sobrepasa «toda comprensión». Escribí:

	Unto		mi		carne
El	pensamiento	es	sagrado	en	el delgado
Aceite		de		la	soledad
Os	convoco,		a	todos,	sobre
Las	terrazas		de	la	lux.
Que	se		retire	La	oscuridad.
Unto			mi		voz
Y		dejo		sonar	después
O	disolverse	sobre	su	solitario	pasaje
En	tu	vacío.		Nuevas	voces
Despertarán			los		ecos
Cuando	el	mal	se	levante	de nuevo.

Unto			mi			corazón
Dentro		de	su	llama		yazgo
Ceniza		consumida		de	tu	odio
Deja	que	muera	o	que	muera	el mal.

El día undécimo no apareció nadie. Me pareció que el carcelero, al echar un vistazo en mi celda, tenía un aspecto cauteloso, hasta asustado. Interpreté mal la causa. Había ocurrido. Estaba ocurriendo incluso en aquel momento. Comprendí entonces por qué el Vidente había arrasado su Paraíso. Lo comprendí cuando asaltaron mi cripta al día siguiente, el duodécimo, haciendo preguntas y amenazando. Me puse entre la pared y la puerta, buscando apoyo, intentando disfrazar mi debilidad. Había un largo camino, una altura muy elevada, desde donde mirar hacia abajo y comprender. Los sonidos, las palabras y los gestos eran claros y a la vez remotos. La presencia de rostros extraños, el del Gran Vidente entre ellos, me incumbía pero no me tocaba. Vi y me dio lástima su desconcierto. Se detenían a menudo, esperando. Pausas de una desesperación cada vez mayor. Les miré pendientes de mi silencio. Pero sólo podía pensar: ¿Pero qué es? ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué tienen que querer algo de mí?

No necesito nada. No siento nada. No deseo nada. ¿Eran éstos los nuevos reinos que buscaba el sabio ermitaño? ¿Los reinos de la nada? ¿O hablaba saciado de su propio ser, despreciando toda objeción exterior?

En el Principio era el Vacío. La Nada. ¿Y cómo la capta la mente? ¿Como desierto? ¿Como desolación? La Nada es fácilmente alcanzada a partir de lo que era. ¿Pero como la nada fundamental, como el nihil positivo, original? ¿Como el descanso inconmensurable en el prepensamiento, preexistencia, preesencia? Pero entonces la mente que conciba eso debe vaciarse hacia adentro, hacia el marco de una vida de referencias acumuladas, debe arrojar desde una plataforma física a un abismo primordial. Dentro del cual, desgraciadamente, yacen las energías creativas «que aborrecen el vacío» todavía más que la naturaleza. El ciclo debe

comenzar de nuevo.

Sin embargo, no habiendo cosa peor que hacer, Plutón intentó descubrir túneles desde el mundo subterráneo de los muertos hasta las profundas entrañas del Vacío. A lo mejor era mesmérico; el funcionamiento normal de la mente atascada, el día se va en una cortés catalepsis. En el peor de los casos estaba dentro del anillo más oscuro de las energías regenerativas, dando vueltas sobre su eje, girando sobre su pista en el polvo de telaraña del infinito...

Lo que existe y siempre ha existido -la Vida, es decir, a lo que Dios dijo: Hágase. ¿Por qué?

Porque siempre había estado dentro de su mente proteica, dentro de una forma que no estaba formada, movimiento que no se movía, tiempo y espacio que no existían, pero eran todos individual y conjuntamente contenidos, enrollados y moldeados dentro del gran origen amorfo, latido, respiración, la fuente andrógina de materia y de esencia. Hasta, sufriendo no busco, encuentro -él ahondó y ordenó: ¡Hágase! Tangiblemente, visiblemente, olfatoriamente y audiblemente... ¿Qué era entonces esa necesidad de materializar, en una pobre segunda copia de moldes, semejantes manifestaciones puramente exteriores de la pura Idea? ¿Por qué romper la crisálida invisible de la esencia, esa única verdad irreductible? ¿La verdad porque no había una copia, ningún duplicado, ningún molde defectuoso, ni siquiera la más mínima proyección de una mente diferente, de esa idea pura? Porque no había otras mentes. Ningún impostor. ¿Qué era esa necesidad de hacerse materialista? ¿Incertidumbre? ¿Ego? ¿Narcisismo? ¿Seguridad? La Soledad, dicen las Sagradas Escrituras. Un miedo de que el Pensamiento sea la Nada, y un miedo a la Nada que sólo puede ser mitigado mediante la expresión del pensamiento.

Cuando al principio llegaron los pichones, Plutón sostuvo sus arabescos de rayos alados en alto, ardiendo como trazadoras incandescentes mucho después de que sus creadores se hubieran ido. Sin embargo, temeroso de que cuando llegara el cambio de estaciones los pichones emigraran para no volver, se volvió en seguida para arrancar la mente de la dependencia de esa estética fortuita. Había una piedra en el suelo, alisada y de forma ovalada sutilmente resquebrajada como si fuera por manos humanas, débiles reminiscencias de la lanzadera. Inerte, pero la saturó con el tapiz de destinos, de estaciones, la perforó hasta su centro y llenó su infinita letargia con infinita creatividad, alejándose de aquella piedra con su pura esencia luminosa. Porque por fin los aros y arcos de los pichones se desintegraron, tanto más rápidamente porque fueron vistos, por ser una actividad en el Tiempo. Los dibujos de plumas se desmoronaron y perdieron sus ritmos formales, volviendo a

caer sobre la tierra en una lluvia de chispas. Y dejó la cripta más oscura que antes.

Es mejor no crear ni pensar. Las pausas dejan a la cripta un poco más oscura que antes. La creación es la confesión de una gran soledad. Centra la mente en un telar de telarañas, descansa la lanzadera alisada por el tiempo en su hogar del infinito.

No necesito nada. No busco nada. No deseo nada.

Ni siquiera la soledad. Una confusión llamada mundo fue creado para arrebatarse la soledad de la única esencia pura. Así lo atestiguan las Sagradas Escrituras, haciendo de ella falsamente una virtud.

La gorda y soñolienta araña, la aborrecida mancha que ensucia las paredes con trampas para moscas y bolsas de huevos, se desenrosca en filigranas limpias y geométricas de repente, a voluntad. Y recoge polvo y suciedad, se llena en seguida de repelentes y asquerosas moscas. La mente debe ser la lanzadera y el telar, pero en reposo total porque en la casa de los muertos el viviente es el único creador. Lo que se agita y lo que se mueve, lo que se manifiesta es seguramente obra de aquella mente. El amanecer, el mediodía, la noche y los satélites hechos por el hombre. Para que los espíritus del mundo subterráneo no sospechen de él ni le desenmascaren, llevará vestimentas de los muertos y, como los muertos, abrazará la forma exterior de la muerte, enfriará su mente al ritmo inaudible de la inercia de la muerte. Una lanzadera en reposo, como en la oscuridad de las manos de una vieja, cuyos pesados párpados caen cada vez más abajo mientras teje la mortaja de la muerte del viejo mundo, los pañales de un mundo que se acaba de despertar, sus cansadas manos dejando la tierra se hundan lentamente en su regazo, ¿Por qué entonces tejer y recoger polvo y suciedad cuando la forma pura e inmaculada reposa en la mente?

No necesito nada. No busco nada. No deseo nada.

Pero aquel ermitaño no le hablaba al vacío y pronunció sus palabras para un alma viviente.

Nada..., nada..., nada, es decir, nada salvo lo que en torno a mí, nada salvo esa breve realización en la posibilidad de una afirmación renovada, simplemente nada..., nada..., nada. Y si no había contestado al preguntador, si no hubiera hablado, si simplemente se hubiera ido, arrojándose aún más profundamente en su luminoso (o camuflado) inconsciente, hasta ese acto de reafirmación, ese «nada se necesita» era -además de tus preguntas- un valioso Incidente. Porque eso sí ocurrió.

Tu necesidad, tu curiosidad humana, tu voz, tus dudas, tu caridad presuntuosa. Además del cielo, la tierra, el grano, la vida y los vivientes -la elección de la voluntad libre de no necesitar nada, no buscar nada, no desear nada. Conozco a los ermitaños. Ni siquiera Malarepa estaba verdaderamente en una existencia de nada; él esquivaba y reprendía activamente (o perdonaba o se vengaba de) amigos, discípulos, parientes y apóstatas. Ni siquiera Juan el Bautista.

Su espíritu se movía entre las nubes cargadas a través de la oscura gestación de las aguas, a través de las aguas desasosegadamente, solitario. Una libélula, un insecto acuático con patitas como ramitas, rayo insustancial de materia, investigando indicios donde la lenta mutación hubiera empezado, excitando aquellos gases inertes que se movían hacia la primera ameba, tocando, sondeando, rogando, esa ligera e inmutable catálisis. Yo creo, yo recreo de acuerdo con lo que se cierra y se abre alrededor de mí. Alba o crepúsculo. La oscuridad o la luz. Barrotes de cemento y puertas de hierro.

Un murmullo asciende de la puerta en el Muro de las Flagelaciones. Vio que eran los anácronas y sus ojos estaban clavados en su espíritu inquieto entre las nubes, y hundían sus cabezas de nuevo, fijándose en la tierra que espera... ¿Nos atrevemos a plantar? ¿Esperará de nuevo el Vidente hasta que esté a punto de dar fruto y luego dará la perversa orden de destrucción? ¿Crees que Dios le habrá castigado bastante por aquella acción nefasta? Miran el lugar desnudo donde antes estuvo el guayabo. Les salió un suspiro. ... Oh, vosotros, los de poca fe. Pero eran sombras y no hombres sustanciales. Sus preocupados murmullos, hablaban, de verdad, en corrientes ocultas de esperanza y cerraban un abismo, una nueva costilla de humanidad saliendo hacia arriba desde su suelo estéril. Pero seguía llamándoles anácronos, diciendo que habían sido formados antes de sus mentes. La mente es tiempo --y sobre aquella iluminación descansaba finalmente el problema del Infinito. La mente es el único coeficiente del tiempo y del espacio. Embózala, Plutón, embózala en espeso e impenetrable algodón.

Una huella mojada en mi frente. La lluvia.

Finalmente, los cielos echan una mano. Literalmente. Sonríe. ¿Se supone que debo creer en la Providencia? Porque al sol fuerte, sentado afuera, mirando a las moscas, un ligero objeto negro baja flotando y se posa a menos de medio metro de mis pies. Miro hacia arriba y ahí, desapareciendo en el horizonte, hay dos cuervos cuyos graznidos había oído sobre mi cabeza unos momentos antes. Ni siquiera me digné en levantarla para mirar a esas criaturas cuya situación en el mundo estaba sólo ligeramente por encima de los buitres. Pero me sobresaltó e impresionó; comprendí el potencial de la pluma de cañón fuerte antes de que llevara un minuto en el suelo. La dejé allí durante toda la tarde, creyendo que realmente debía de creer en la divina Providencia. Solo en ese enorme patio de prisión -mi mundo no iba más allá de eso y no tenía ningún pensamiento sobre el mundo exterior, el alcance sin límites de la libertad-, pero hasta dentro de la prisión es un acto de profunda selección benévola que una pluma suelta fuera a caer en el patio más pequeño a los pies de una persona cuya necesidad era seguramente la más desesperada.

Empiezo, cuando por fin capto ese don, a afilar la uña de mi pulgar en una piedra. Por la noche la uña labra el cañón de la pluma para formar una punta. Desentierro la reserva de tinta que he ocultado durante la inspección y hago una pausa. Añado este pequeño milagro a miles de otras reclamaciones de Dios y la divina Providencia. Es un ejercicio frío y sosegado que dura hasta el silencio de la noche. No hay ni apresuramiento del espíritu ni elevación del alma. Los argumentos son viejos, nada de mucha importancia salvo la caída de la muy necesaria pluma. Y finalmente los gastados caminos de la mente son invadidos por un impaciente tributo al cuervo amable y clemente.

Es la primera tarea de la pluma, estridente como el graznido del cuervo.

Fuego

De	antimonio	en	el	sol
Melena		oscura		corcovando
Desde	establos	de	rezos	no
Dejó				hablados.
Su	único	don	del	caer
Una	lluvia	de	carbones	ardientes
El	ojo	lírico	había	- porque él
- Y				desdeñado
Su	ronco	camino.	Pero	voló
Suena	el	crudo	tema	de
			tu	aureolada
				nuevamente
				garganta

Como trompetas en la elevada brecha  
En los muros de la inmolación.

(Pluma de cuervo)

35

Todas las almas solidificadas. Todas las almas se encuentran en fantasmas grises. Día de los Difuntos. Y la Noche. Todos los difuntos día tras día, bóveda sin aire y lobreguez de catedral.

Nubes de grasa de velas pero ni una llama aleteante, ningún santo pintado en ventanas emplomadas, féretros de plomo, montículos de nubes, pisadas de los enlutados, mortajas grises, el estremecimiento de las almas en los ritos de los cementerios.

Sonidos húmedos y sebosos, un viejo disco rayado que suena en la cámara funeraria de un inundado gramófono, resollando a través de puertos oxidados, filtración muerta de voces muertas, succión de pies palmeados en el cansancio del movimiento, golpes espasmódicos ahogantes de pies sin nervios en cavernas de viscosidad. Y una humedad de esponjas saturadas para absorber los destellos de luz.

El cielo es un pez sin ojos, sin espinas, muerto hinchado, echado en un pantano, una masa gris, inerte, inflada para oscurecer el cielo de la vida. Flácido, un casco muerto sin olor ni hedor, opaca imposición llena de una infinita sombra de sí misma, una resaca gris e indolente, un bulto endeble.

Cede esa cruda pantalla de látex frente a una débil presión de un tilo romo de pensamientos y vuelve a enrollarse pesadamente en su sitio. Nada perfora ese bulto amorfo, nada rompe su piel de eterna somnolencia. Y las reanimaciones de la voluntad son breves, fútiles arranques de corta vida.

Es el día de la lepra, de ulcerosas profundidades sin nombre e impuros

horrores.

El tiempo pasa a través de una coagulación de aire y agua de carroña, flota a través de un cosmos sin conmociones ni fuego, limpio de todo ruido desintegrante, limpio de insulsos hitos de la memoria. Ni la caída libre, ni el horripilante desasosiego de las eternas luces vacilantes que se mueven para calentar el entumecimiento de los dedos, los dientes, los oídos, los ojos y el tanteo de la lengua buscando alivio en una claridad de sonido. No es la rica subsumación todo consciente de las medidas individuales sino un estancamiento acuoso, una pérdida de ancla en las miasmas intrusoras, una derrota de tenues lazos por nada. Desde su elevada negación de toda dirección, el tiempo se ha convertido en un circuito resbaladizo de huellas sucias, derrumbándose en el pasamanos de orientaciones momentáneas, hundiéndose en el fango, descenso gradual, agitación endeble en un vacío silencioso y jaspeado.

Cuevas oscuras, sombríos resplandores difusos en las resquebrajaduras de los muros marítimos alzados contra las marismas. Formas apáticas pasan frente a la entrada de una cueva distante. Un lagarto se aplana en el muro, impotente en la humedad. Un foso rodeando el hoyo del lecho de lechugas, moteado de leña muerta, se vierte por canales erosionados sobre las laderas de un montículo irregular. La resignación se refleja silenciosamente en los ojos del lagarto. Un gong mojado entra y sale con esfuerzos de los bordes de la conciencia, golpes de lasitud que no despiertan nada.

Brillo plomizo en los tejados, lustre engañoso que parecía chorrear en gotas de gris plomizo mucho después de que la lluvia hubiera cesado. Una fruncida esponja de zinc chupando la humedad del aire ha sustituido al horizonte desaparecido y al cielo tragado. Se siente una plancha congelada, una presencia opresiva acurrucada que carece, como mi mundo este día, de garra o definición en el espacio no existente.



una tarde y un sonido de granizada. Es el final del harmatán. El graznido cae durante una hora, luego el viento se despega corriendo hacia el Sur. Queda atrás una tierra mojada y una tonificante dulzura en el aire.

Desde su larga hibernación emergen escarabajos, hormigas voladoras, moscas, polillas, una violenta manada de alas frágiles que luchan por la solitaria bombilla sobre la caña. Es un zumbido ciego y feroz, ferozmente tumultuoso después de un sueño largo y silencioso. Como odres en un recién resucitado oasis, los canales de toda la vida comienzan a hincharse. Aguijones. Garras. Talones secos adquieren tensión. Los aguijones se hinchan preparándose y los caparazones toman brillo. La vida les está armando para la larga ronda de rapacidad.

Entra el Señor de la Selva. Es excesivo, ese regio espectro, ese tiburón furtivo entre pececillos inquietos. Desgraciadamente es cierto, ¡sólo tiene un ojo! Le he oído antes, incluso entreví su ambiguo ser. Pero únicamente como sombra en la noche, una mancha salvaje aterrorizada por Cronos, un monarca de los lapsos de tiempo en el mundo subterráneo. Para él yo era tan letal como la bota que sentía con frecuencia, una patada irritada de Ambrose mientras andaba husmeando en las sobras. Había aprendido la ley de la selva de aquel noble mayoral de las sobras, Ambrose, aprendiendo a sacar la cabeza lentamente, primero una pata y después otra a través del aliviadero, alerta a cualquier sonido u olor hostil, luego corriendo como una flecha por el muro hasta la remota oscuridad, dejando su peaje de pelos caídos en la rejilla de hierro. Con las lluvias el Rey Leo hace valer sus méritos, más atrevido y degenerado, el rey de un ojo en el mundo de los insectos. Observo esa farsa de degradación felina.

Un gato, salvaje o doméstico, se mueve con una majestuosidad que no tiene par en el mundo animal. Una señorial alternación de músculos gira sobre el hombro y un flujo continuo de pulso elástico hasta en sus momentos de inmovilidad. En la oscuridad un gato es una presencia de pelusa vibrante, imponente detrás de sus esmeraldas ardientes, hipnótico en la sombra...

Tigre, Tigre, ardiente resplandor... ¡Oh, Blake, pobre Blake, deberías mirar al Rey Leo! En esta selva de muros donde todos estamos restringidos por los juegos de la supervivencia, con su figura rala pero exacta y bien proporcionada, Leo avanza majestuosamente desde la punta de su morro hasta su vibrante e indagadora cola. Pero con su perfil izquierdo. El derecho es el de un siniestro rufián pirata, con un parche de ojo opaco que escarnece a sus antepasados bucaneros.

Se acerca cautelosamente. Se encoge. Salta. La caza -un escarabajo. O una

mantis religiosa.

Pero nada hay peor que el ruido de su señorial banquete. Un crujido con un gusto de gourmet y -os lo juro- un distante chasquido de labios después de demoler la última ala del insecto. Ese pesar de un ojo después de su nauseabundo chasquear de sus mandíbulas, mentalmente acaricia su barriga; puede que sea sólo una conjetura, pero juro que es la verdad. Levanto mis ojos hacia el tejado para borrar el espectáculo.

Sobre la viga del tejado hay otro predador estirándose a la espera. Una salamanquesa de muro, de ojos como abalorios que mira fijamente y con fascinación a la inconsciente víctima. Su cabeza, que resalta la bombilla, la remonta a sus antepasados, los brontosaurios. Ojos grandes y resplandecientes de Viejo Marinero. Una por una vienen las moscas hacia ella, sin resistencia, entran en la órbita de esos ojos magnéticos, sus mandíbulas chupándolas para adentro.

Su compañera comienza a arrastrarse lentamente hacia la mantis religiosa, los ojos como faros de un tanque acorazado. Yace quieta sobre una superficie plana de la viga, pero esta superficie está en ángulo recto a la mantis que se mece sin darse cuenta. Su problema es ese ángulo, franquearlo con suficiente rapidez como para que la mantis no se alarme, manteniéndose a la vez agarrada a la viga.

Debajo, el tigre, tigre, ardiendo más débilmente ahora, continúa su majestuoso acecho a los escarabajos. De repente dos objetos fuertemente agarrados caen por su lado bueno -la salamanquesa y la mantis. Asustado, Leo da un salto hacia atrás para huir. La salamanquesa, que nunca se siente segura sobre la tierra, se recupera instantáneamente, pero sube corriendo el muro dejando atrás un paracaídas verdiblanco malamente disparado durante el vuelo detenido de la mantis. Leo, desde una distancia prudente, se siente seguro. Sin embargo, pasa por todos sus movimientos de caza hasta para esta presa lisiada. Acecho. Acecho. Crujido. Crujido. ¡Chasquido!

Las recogedoras trabajan sin cesar. Chinchas, hormigas veladoras, cucarachas, escarabajos muertos y moribundos que descuidó el pirata son arrastrados por incansables ejércitos de hormigas a cavidades subterráneas. Marchan por encima de montículos de arena fina, dirigidas por los soldados de grandes cabezas. Un montón de alas no queridas yacen a las puertas de sus cuevas, alzándose ligerísimamente cuando hay brisa, como vigilantes fantasmas de las entradas al mundo subterráneo. El movimiento de las alas disminuye en torno a las bombillas encendidas. Ahogados en el cubo contra incendios, chupados por las

salamanquesas, tragados por el pirata, muertos por sus propios esfuerzos de zumbidos sin sentido, una ruidosa prodigalidad de potencia de vuelo despertada por la llamada de las lluvias disminuye hasta que queda un solo insecto gateando en la bombilla. Por fin ha sido llevado el último de los cadáveres sobre hombros invisibles a almacenes no vistos, una sola ala se cae sobre el montón de la puerta para utilizar en planes de edificación posteriores.

Un objeto, una polilla paradójica se ha mantenido aparte del festival de luz. Una presencia gruesa, polvorienta y complaciente sobre el muro. Se ha quedado en ese sitio, sin hacer caso de todo el movimiento a su alrededor. Los ojos de la salamanquesa están ya cerrados por fin, el bulto de su barriga satisfecha se extiende sobre la viga. La ronda nocturna de la primera lluvia ha terminado.

### 37

El día trae a un hombre de gracia infinita, un lagarto macho. Una enorme cabeza de papiermache en un color naranja evidentemente artificial. Un traje índigo hasta el rabo tiene también una punta de naranja descolorida. Indigno en su caza, carente hasta de la majestuosidad fracasada del pirata, corre sin orden ni concierto detrás de una mosca, pero de repente se da una vuelta completa y se dedica a un flirteo inconcluyente con una lujuriosa hembra. Ella le provoca y le seduce con su rabo levantado y su orificio humeante, su espalda levantada en una mezcla de expectación y precaución.

El volverá a ella otra vez, pero en ese momento pasa volando una mariposa, kilómetros por encima de su cabeza. Mueve su cabeza a un lado, luego a otro, da vueltas primero a un ojo, luego a otro, como si estuviera a la espera de un bocado que nunca estuvo ni siquiera remotamente a su alcance.

Copulan incesantemente, la cripta se ha convertido en un orgiástico espectáculo de sexo. Sería también un santuario para los lagartos, pero Ambrose, cuando se apodera de él el espíritu del aburrimiento, les caza con una piedra y la porra, matando a veces tres o cuatro en una sola tarde. Le pregunto. No, no odia a los lagartos. Amontona los cuerpos y señala orgullosamente la caza del día.

Cabeza de Naranja hace la parodia de la salamanquesa. Sube corriendo la planta de limón, aplanándose contra una rama al estilo de la salamanquesa, chafa la breve emboscada al ir corriendo a la rama vecina para mantenerse a la misma altura que la mariposa, que continúa revoloteando sensatamente más allá de su alcance. Realmente esconde la cabeza debajo de unas hojas, ya que conoce todos los trucos del camuflaje. Se olvida, naturalmente, de su piel escamosa de un azul sucio y del naranja flagrante de su rabo. La mariposa ya desapareció hace mucho. Cabeza de Naranja, su visión completamente oscurecida por un camuflaje demasiado perfecto, continúa esperando.

Por fin baja, se consuela con la lechuga nueva que prueba mordisqueándola con una especie de deleite nervioso. Y entonces -¿confundiendo al naranja entre el verde con una flor desde aquella distancia?- una mariposa desciende a un par de centímetros de distancia, se da cuenta de su error y trata de retirarse. Demasiado tarde. Desde la antena hasta la punta del ala, Cabeza de Naranja mastica ese don divino, desde luego no fruto de su habilidad ni de su astucia, moviendo nerviosamente la cabeza en todas las direcciones. Recoge un trozo de ala caída y luego vuelve a la lechuga.

Hay razones, sin duda, en el folklore de por qué el lagarto cabecea continuamente. O la mantis religiosa. Sea cual sea el trauma ancestral que sigue afectando al lagarto, espero que algún día sea exorcizado en alguna gran reunión de lagartos. El espectáculo de una reunión tribal de ancianos seniles tomando el sol en sus escamas, abandonadas sus sensuales barrigas al contacto de la tosca cosquilla del muro, moviendo sus cabezas de calabacín aplastado, equilibrándose ebriamente como si fueran en un carro en una rústica procesión, les arrebató su lugar entre los predadores superiores.

Cuando se «aplana» es sólo un niño que juega al escondite.

Sin embargo, sobre la parte superior de los muros, Cabeza de Naranja es una bestia en transformación masiva. Transformado y transportado hasta aquel reino preglaciario escondido, entre los feroces cardos de las botellas rotas, en todos los tonos de aguamarina ámbar y verde, un monstruo anfibio levanta su cabeza de plancha alcanzando fácilmente las copas más altas de los árboles cuando se alza sobre sus patas delanteras para observar los cielos y las marismas. Esas cabezas cónicas de punta roma se combinan con la tierra cubista de los monstruos, un paisaje de gradaciones de verde en variedades geométricas de cactus, vegetaciones prismáticas que echan sus puntas dentadas para formar una silueta erizada. Una repentina cuña de acero naranja y azul forma rápidos ángulos entre los prismas

amontonados. Desde este rascacielos llega la música más extraña de la bóveda, un tintineo oriental de tubos huecos cuando las escamas del lagarto golpean las teclas de cristal velozmente, casi todas ya aflojadas en su lecho de hormigón. Cuando hay un duelo entre los monstruos -siempre hay una parte de golpes, otra de huida y persecución-, la melodía se sostiene largo tiempo, una verdadera música de esferas que se mueven a través de filtros de sol de tonos sutiles, armonizando mientras las escalas golpean claves simultáneas en una lucha elemental.

El sol se ha hundido y se ha puesto al nivel del muro, perdiéndose gradualmente de vista. Sus apagados rayos están entonados con el concierto, una sinfonía del crepúsculo de los lagartos gigantes, el amanecer de la primera edad de hielo.

Estoy sentado ante la muerte del mundo. Un cielo de rojo cobrizo con sus profundidades azul grisáceas refleja las distantes y ocultas marismas primordiales. Los glaciares han comenzado su subrepticio crecimiento, enormes carámbanos brotan del lado escarpado del valle, un frío ejército de conos que va siempre hacia adelante en una despiadada puja por la vida hacia un silencio final.

Prismas ámbar, verde, aguarina y amarillo pálido, retienen el sol moribundo, lo debilitan y lo desangran a través de mil refractores.

Un cazador, Ambrose el Anácrono, entra, camina furtivamente junto al muro. Los lagartos gigantes han corrido hasta la seguridad de los cardos de hielo, donde saben que no puede seguirles.

No le comprenden, pero ya temen al Hombre. Una delicadeza suave y lamentosa sale extrañamente de su huida, una serie de melancólicas notas de sensuales tubos de órgano. Mientras el Hombre les persigue, dando saltos y azotando con la correa de un palo liso, se sueltan más glaciares y caen en las profundidades del valle con un penoso tintineo. Ahora Ambrose se ha puesto furioso. Corre arriba y abajo a lo largo de los muros, obligando a los lagartos a correr para adelante y para atrás entre las espinas de los carámbanos. Un compañero de caza les hace volver hacia atrás cuando huyen buscando refugio en otro lado. Una rápida sucesión de notas, chirridos timpánicos, una frenética carrera de escamas hacia la puesta del sol. Ambrose calcula mal una brecha en el cristal, dispara. Alto contra el cielo explota una discordia mortífera en impulsos de nuevos colores, una desintegración cromática deslumhra y ensordece, haciendo caer una lluvia de fragmentos mojados y primordiales de las últimas percusiones recuperadas del sol.

Lázaro se levanta, entra en la cripta interior y espera que pongan la piedra en su posición nocturna.

En algún punto mis juegos matemáticos debieron ir demasiado lejos. Me dirigía a absurdos cada vez mayores y me arrojé en algún punto desde el margen de los principios racionales a regiones evidentemente insalubres. Mis recuerdos de esa fase son borrosos y un tanto asustantes. Desde la mera fascinación del Tiempo como medida, como bestia de carga, la matriz y la tumba, el Tiempo comenzó a tejer nuevas fantasías alrededor de las cifras y símbolos de mis ejercicios algebraicos.

Empezó creo, con la idea de que el Tiempo debe estar relacionado integralmente a su compañero en el infinito: el Espacio; requería sólo el descubrimiento del principio matemático correcto. Que eso estaba muy dentro de las posibilidades humanas no se discutía, tan sólo era una cuestión de tiempo antes de su descubrimiento, y el tiempo era un artículo del que disponía de sobra. Desgraciadamente no podía recordar la fórmula de la Teoría de la Relatividad de Einstein, pero me consolé pensando que trataba de un aspecto demasiado estrecho del Tiempo. Desde el punto de vista del consumo del Tiempo era un problema ideal, ya que era imposible de resolver; para una mente infectada por tendencias hacia una concentración sostenida y exclusiva, la idea de relacionar el tiempo con el Espacio, matemáticamente, dentro del concepto de Infinito, era casi una fantasía peligrosa.

Siempre estaba a punto de descubrirlo. Perdí horas de sueño durante las cuales se pudo aprovechar mucho más sanamente el tiempo. Incluso ahora mismo sigo sin estar seguro de cómo se acabó; el garabateo frenético y obsesivo por las noches y los cálculos cada vez más descuidados durante el día, la milagrosa huida del tiempo, la erradicación de la realidad, el ambiente concreto y todo lo que te rodea, el rechazo de la comida y la pérdida de la conciencia de mi propia persona.

Esta fantasía conceptual se ahonda profunda y ampliamente en el abono de

mi mente, germinando en tubérculos ponzoñosos que estallan de vez en cuando y difunden humos corrosivos por los pasillos de ésta.

De alguna forma terminó. Y un día, mucho tiempo después, buscando en mi escondrijo algunos versos perdidos, descubrí montones de papel de retrete, cajetillas de cigarrillos y otras preciosas superficies cubiertas de ecuaciones que no entendía, símbolos que no podía relacionar con ningún concepto ni valor cuantitativo, ni ningún recuerdo de cuándo o cómo los había escrito, y mucho menos en qué momento de ese camino tortuoso los escondí. Aterrorizado, destruí algunos de los trozos más alarmantes y comencé un período de vigilancia de mis pensamientos, acciones e impulsos, observando a los guardianes también para ver si se había producido algún cambio en su manera de mirarme.

39

Entran cuatro criaturas. Microbios, pero dotados del don de hacer preguntas. ¿Qué buscan?

Mi mente es una conciencia algodonosa, que todo lo absorbe pero nada crea. En la mortandad de la cripta, me siento inmóvil al sol y espero.

Los buscadores se han ido; llegaron haciendo preguntas, sondeando, insistiendo. Están buscando el pájaro que ha volado. No necesito nada. No busco nada. No deseo nada.

Gritos. Amenazas. Lisonjas. Qué microbios tan tercos. Algún muy importante papel cruje en sus manos.

Disminuyen. Hasta que por fin sólo viene el Gran Vidente. ¿Piensa usted que juega limpio?

Protege usted a alguien, pero ¿ha pensado a quién destruye en el proceso? Tenía usted un correo.

Sabemos que es uno de los... ¿Angeles guardianes con porras flamígeras? Hasta las puertas del infierno se pueden quebrar. El pájaro voló, ni siquiera ahora descansará. ¿Se puede poner sal en su rabo?

Me he portado muy bien con usted. He hecho un gran esfuerzo para hacer este sitio más habitable. Sentí lástima por sus apuros y le concedí Privilegios. ¡Privilegios! Por fin había abierto una brecha. Mi rabia es divina, pero le hago caso. Y me acuerdo de él. El digno, no el Gran S., aquella vaciedad sonriente.

Escucho:

- Ha traicionado mi confianza. Me está diciendo que hice mal por haber sido tan humano. Sabe usted en qué condiciones le encontré aquí. Creo que ningún ser humano debería vivir en semejantes condiciones. Las mejoré hasta donde pude. Lo único que he conseguido es que me interroguen. Le puedo enseñar el archivo, está todo lleno de indagaciones. No sé qué espías hay aquí o quién difunde los rumores de las libertades que le he permitido desde que yo estoy aquí. Un grupo de investigadores ha sido enviado desde el cuartel general, llegaron con historias de que yo le permitía andar entre los otros reclusos, que daba clases y que enseñaba filosofías subversivas. Les dije que circularan por ahí hablando libremente con los celadores. Les invité a que lo hicieran inmediatamente y sin compañía y fueran adonde usted está y juzgaran por sí mismos. Se negaron.

He sido perseguido por el trato que le he dado a usted. En la última carta que recibí de ellos me advirtieron severamente de que no debía de dejar que mis sentimientos prevalezcan sobre mi sentido del deber. Me gustaría poder enseñarle la carta. Me advierten diciendo que debo llevar a cabo las instrucciones acerca de usted al pie de la letra. Pero no he permitido que eso se interfiera con mi concepto de lo que debe ser la decencia. Usted es un ser humano. Es usted un ser inteligente.

Así se le debe tratar. Pues entonces, se lo suplico como ser inteligente. ¿Es justo para mí que al encubrir a un hombre que deliberadamente ha traicionado su cargo, tenga que destruir mi carrera, provocándome tantos problemas? Dice usted que es un luchador por la justicia. Le pregunto: ¿es eso justicia? ¡Casuística! Casuística, maldito funcionario. ¡Maldito seas! ¿Es un privilegio este infierno?

Se marchó furioso. En este nuevo estado de ser el legislador examina tranquilamente las reclamaciones de justicia. Tengo que hacer unos nuevos mandamientos; tengo tiempo. El que piensa que el tiempo es un tirano debe aprender a tener paciencia -como yo.



Pero volvió muy pronto. Eso, no lo entendía Plutón. Parecía una gallina inquieta y aturdida. ¿Cuál era ese inmenso problema que había catalogado con tanto sofoco? En cada visita se fue haciendo más humano y eso comenzó a hacer alguna impresión. Porque el Gran Vidente iba tan inmaculado por fuera como por dentro de su mente penetrante y observadora. Los botones de su uniforme relucían, al igual que sus insignias, su cinturón y su gorra parecían cuidados por un par de criados, y su fusta daba gusto mirarla. Un hombre devoto e interiorizado que amaba el Corán. Y ahora llegaba sin su gorra, la chaqueta desabrochada, el traje demasiado holgado y parecía que sus pantalones necesitaban o un cinturón o tirantes. No llevaba la fusta y sus zapatos de punta estaban cubiertos de polvo -seguramente por haber andado puerta tras puerta. ¿De qué puertas y de qué oficinas? Por último, sin afeitar; la barba en su rostro tenía por lo menos dos días y por fin me di cuenta de por qué se le caía el uniforme: ¡el Gran Vidente había perdido peso!

- He venido a preguntarle si ha cambiado de opinión. ¿Me dará la información que necesito?

Plutón subió a la tierra, para contemplar a un ser humano. Un ser que pedía que le salvaran, pero que a la vez pedía la condena de otro ser humano. Con la boca abierta miró fijamente y se extrañó, experimentando de nuevo el choque y la conmoción del dilema humano. Hasta en aquel lugar abismal, carente de identidad, de volición, herido y encadenado y eliminado de la actividad humana, exigen que yo escoja entre dos destinos humanos. ¿Quién se atreve a imponer esa carga moral?

Dentro de nuevo del ciclo de predatoriedad humana en busca de la seguridad. Traición. Sustitución del cordero expiatorio. El más pequeño por el más grande. El que no tiene voz por el que tiene una posición. Pero yo no juzgaba ni condenaba porque el miedo era grande y real. De repente el problema apareció pequeño, despreciablemente pequeño, así que lo que necesitaba era únicamente una imaginación mundana. Me reí. Bueno, sigue siendo la misma gente la que nos incomoda, la misma vieja tiranía.

Dijo:

- No le comprendo; pero creo que debo decirle que esa gente está convencida de que fui yo quien saqué los papeles para usted. En realidad buscan desesperadamente el original porque quieren comprobar si el papel procedía de mi oficina. Les enseñé todo el papel que le hemos confiscado, les he enseñado su botella de Soyink o como usted la llame. Pero siguen creyendo que soy yo quien le

ayuda en todo este contrabando. No comprendo cómo usted ha podido romper los dispositivos de seguridad. Le digo que hay momentos en que me parece que tienen razón, porque no entiendo cómo lo han hecho. Hasta cacheamos a los celadores antes y después de su servicio. ¿Quién le ha ayudado, señor Soyinka? Díganos quién ha sido y le prometo que nada grave le va a ocurrir a él.

Un sonido extraño en ese momento: ¿qué era? Un sonido que había desaparecido hace mucho, que provoca una redefinición humana. ¿Señor Soyinka? Sí, lo había olvidado. Todavía soy Soyinka, de la raza humana.

- Está bien. Déme tiempo para pensarlo.

Levantó los brazos.

- Pero ¿qué tiene que pensar? Esta gente está detrás de mí... -¡Por favor! Después de todo llevamos días dándole vueltas al mismo tema. Sólo pido unas horas. -¿Cuánto tiempo entonces? ¿Cuánto tiempo?

- Dos horas.

- Está bien. Ahora son las once. Estaré aquí a la una. Y traeré conmigo a los hombres de la Seguridad, que deben oírlo con sus propios oídos. No quiero oírle yo y luego decírselo a ellos. Son capaces de acusarme de estar conchabado con usted. Sólo les diré que ha pedido usted verme a la una para confesarlo todo.

- Yo no he dicho nada de una confesión.

- Señor Soyinka, quiero decirle una cosa. Sinceramente espero que cuando me detengan me pongan en la celda de al lado de la suya. Sí, lo voy a pedir especialmente. Porque quiero que me vea usted todos los días y se vea obligado a pensar lo que ha hecho usted. Voy a pedir a esos hombres que vengan conmigo aquí a la una. Lo único que espero es que prevalezca su sentido de la justicia.

En torno a la puerta había gran animación -en ningún momento de crisis los guardianes que no están de servicio se atreven a entrar en ella-, los anácronos se comunicaban a través de las rendijas y consideraban la situación como una venganza divina contra el superintendente por su destrucción de la cosecha, olvidando o simplemente incapaces de concebir que la destrucción del huerto estaba relacionada a la primera o temprana infracción dentro de los muros de la prisión. Oí el mezquino tono humano de expectación, la excitación que se produce ante la caída de otro hombre.

Había ocurrido. Lo que era más, sentía y no tenía ninguna duda en absoluto sobre el efecto de mis mensajes sobre el mundo viviente. Era el momento de terminar con mi ayuno. La lucha había terminado, la lucha por un confinamiento humano. Llamé a mi guardián, que andaba chismorreando en la puerta, para que le diera un recado al cocinero.

Era absurdamente sencillo, una vez que la pasión de aquel bondadoso ser humano hubiera perforado mi largo desinterés, las fungosidades de la indiferencia que se extendían y cubrían la piel de los sentimientos hasta el punto de empañar la capacidad de reconocer durante un tiempo. El legislador se fue a dormir y salió el zorro, preguntándose cómo esos sabuesos de la injusticia podían crear y empeñarse en un dilema que no tenía por qué existir. El zorro prisionero olfateó el aire, abandonando su agujero de invierno.

Llegaron a la una en punto dos funcionarios de la Seguridad, el superintendente, el celador jefe, un cadete, unos cuantos celadores superiores como testigos. El hombre de la Seguridad rebosaba de alegría.

- Bien, señor Soyinka. Cuánto me alegro de saber que ha decidido usted cooperar. Le aseguro que el hombre recibirá simplemente un aviso...

Le corté en seco e hice mi declaración.

- Un hombre de la patrulla nocturna sacó la nota.

Se produjo un suspiro que onduló, sí, que literalmente onduló entre los reunidos. -¿Puede decirnos su nombre?

- No lo sé. -¿Cuándo fue? ¿Lo recuerda?

- No.

- Aproximadamente. Denos una idea, ¿hace tres semanas? ¿Cuatro? ¿Cinco?

- Uno pierde todo el sentido del tiempo aquí.

Después de pasar un tiempo es difícil distinguir entre una semana y un mes. ¡Estúpidos! ¿Cómo pudieron creer que yo iba a caer en eso? -¿Puede describirlo?

- Es difícil. Fue después de estar encerrado por la noche, así que no pude verle claramente. -¿Cómo le conoció?

- Hablando. Solía preguntarme si estaba bien y todo eso. El tercer día tuve la idea de que podía resultarme útil en ese sentido. Tenía voz amable. -¿Era joven o viejo?

- Es difícil de decir. Ni una cosa ni otra. -¿Puede describir su rostro? Debió de ver su rostro por encima del marco.

- Oh, no hay mucha luz en los pasillos, ¿saben? Y siempre llevaba la gorra puesta. Eso lanza una sombra sobre el rostro. Si mira a la bombilla...

- Pero seguramente usted llegaría a conocerle bien. No iba a confiar usted unas cartas a alguien que acababa de conocer. Debieron de hablar mucho. Debió de llegarle a considerar totalmente fiable. Realmente, señor Soyinka, no esperará usted que creamos que le dio sus mensajes a un desconocido. -¿Por qué no? No había nada peligroso en lo que yo escribí. Sólo un deseo humano de comunicarme con el mundo exterior. Yo me arriesgaba. Podía ser una trampa.

- Pero habrá visto una parte de su cara. Por lo menos un vago perfil.

- Oh, eso sí. -¿De qué tribu procedía?

- Hablamos en un inglés chapurreado.

- Pero seguramente usted...

- No soy tribalista. La tribu de un hombre no me interesa.

La Gestapo y la Prisión se consultaron brevemente. La propuesta siguiente la podía haber adivinado hasta un idiota drogado.

- Bueno, supongamos que nosotros preparamos un desfile de identificación, ¿podría señalarle usted?

- Fácilmente...

Saboreé ese momento que excedía cualquier proporción. Hacía tiempo que no podía marcarme un tanto contra la Gestapo. Así que esperé a que descendiera la animación, luego añadí: -... si ustedes me hubieran permitido ir a un oculista. Llevo un año exigiendo tratamiento para mis ojos. Ahora no podría ni reconocer a mi padre. -¡Señor Soyinka...!

- Ahora, escuchen. ¿No querrán ustedes que señale a un inocente, no? Pregunten al superintendente. Comparte mis opiniones sobre la justicia.

40

¿Cómo describir una hoja limpia, virgen de papel de escribir a máquina? ¿Un tabloide de espacio, intocado, inmaculado, sin dobleces ni arrugas? ¿Con qué lo puedo comparar para que se pueda comprender plenamente esa sensación? ¿Un manantial? ¿Un oasis cuando la esperanza ha desaparecido y la lengua está pegada a sus raíces? ¿A un vino? No, no a un vino, ni siquiera el vino después de años de privación se puede comparar con el olor y el tacto de una cuartilla con toda su pureza inviolada. Como una hermana mucho más joven, a la que se quiere tiernamente, a la que gusta ver un hermoso vestido y pequeños pendientes de plata, como una hermanita vestida para la Primera Comunión, frágil y vulnerable, más santa que la madre de Cristo y más adorable. Pero no era una hoja tan sólo, eran centenares. Y allí estaba yo, sentado, obligado a numerarlas una tras otra ...50, 51, 52, 53, 54... 103, 104, 105... 207, 208, 209... Dolía. Escribí con la letra más pequeña posible en la esquina de cada página. La idea de numerarlas era para garantizar que yo no utilizara ningún papel de esos para enviar mensajes ilegales. Un funcionario permaneció junto a mí mientras llevaba a cabo esa tarea criminal filistea. De 219 pasé hacia atrás 120, un despiste que podía resultar bastante natural si lo detectaban. No se dieron cuenta. Al final el número quedó en 375. Le pedí que le dijera esa cifra al Gran Vidente porque según el paquete había 500. Le dije que no quise mencionarlo hasta comprobarlo, ¿pero se ha dado usted cuenta de que la envoltura estaba rota?

Nada más salir él empecé a quitar el fajo que estaba numerado dos veces. No tenía por qué haberme apresurado. Me aceptaron la cifra.

Pero no he descrito todavía la belleza de una cuartilla pura. ¿Tan vasta como una extensión de playa después de un naufragio, cuando uno es el único superviviente? Quizá. Pero, entonces, la existencia a la deriva ha debido de durar tanto tiempo que ha creado dudas en la mente de ese desdichado en lo que respecta

a su identidad humana. Debe haber regresado a través de los orígenes amébricos del hombre, identificándose con las diversas mutaciones oceánicas y siendo llevado a la playa como un mero ectoplasma que necesita la garantía de sus huellas sobre las arenas. Sí, sí, creo que nos acercamos a una metáfora remotamente adecuada. Pero el olor de esa resma virgen no pertenecía a ninguna experiencia adulta. Pertenecía puramente a la infancia -el olor de las cosas recién sacadas del horno en la pastelería, la dulzura de un montón de hierba cortada después de la lluvia, las hojas de limonero y abuela abriendo su lata de rapé. El tacto era el primer sabor de los labios adolescentes.

Pero no sólo había papel. Había lápices y plumas. Bolígrafos de todos los colores. ¡Un archivador, un archivador si le parece! Y no sólo uno sino dos. ¡Había papel CARBÓN! CARBÓN para copias. Espera un momento, puede -ni siquiera me atrevo a pensarlo- ¿podrá venir eso después? Me dejó pasmado, ¡UNA MAQUINA DE ESCRIBIR! Y pronto. Habían dado el permiso pero ella quería saber qué marca quería.

Una máquina de escribir. Había perdido la cuenta de las veces que había dicho, si tuviera una máquina de escribir.

Y libros. Y periódicos. Libros recién impresos, que parecían haber salido del horno de la esquina. ¡Libros! ¡Vi aquellos objetos-libros! Pero un preso no es un ser humano. El acto de ser preso no es ni siquiera un proceso sino una metamorfosis instantánea. Ya no es humano, se acerca, creo, a una nueva invención, el radar humano. Le crecen ojos donde no debería tenerlos, su superficie corporal se convierte en una masa de ojos. Mientras el Gran Vidente se ocupaba de hacer el recuento de la lista de periódicos y libros, que llevaría a mi celda, yo convertía dos o tres periódicos en uno. Dábamos un título pero eran tres los periódicos o libros que terminaban en el montón. Polifemo ayudaba, así que el proceso no era difícil. Mientras ellos se ocupaban de mi ropa, yo había ocultado varias plumas.

Mi esposa había acudido al propio jefe de la División «E». No habían marcado un límite para la duración de las visitas ni para el número de éstas. Debía de pasar la noche en Kaduna para comprobar mi salud y todas las demás quejas que se habían difundido ampliamente. No quise volver a verla. En la cárcel la paz es un estado de aislamiento, que no aguanta demasiada intromisión del mundo de los vivos. Le pedí que se marchara y no volviera. Pero también pedí un par de zapatillas -las traería al día siguiente y se las dejaría al Superintendente. Nos despedimos.

Una hora después de que ella se hubiera marchado de la cárcel, entró una escuadra y sacaron todas las cosas que me habían dado, ¡ TODAS ! L O esperaba. No podía explicarlo. Sólo podía ser por haber vivido tanto tiempo en las mentes de esos torturadores, imaginando su mezquindad, siendo destruido y comido por el mal que había en ellos, por lo que podía esperarlo. Por grandes que fueran las tentaciones ni siquiera encendí la radio. El guardián había dado la vuelta más de cien veces, lanzándome sugerencias impropias sobre sus programas favoritos, lo que estaban poniendo en ese momento y en qué emisora. No hice caso de aquel tonto. Lo más difícil de todo era ignorar mis propios deseos, prohibirme sintonizar con un pequeño mundo de música que mi ser había añorado con todas sus fuerzas durante tanto tiempo con una pasión nueva en mí. La radio seguía intocada cuando llegaron. Oí los pasos desde lejos y sabía lo que significaban. Escondí unas cuantas cosas más, entre ellas la parte de dentro de varias revistas. Las arranqué. Sabía también que esa no sería una inspección detallada, simplemente era para quitar unas cuantas cosas que acaban de serle permitidas a un tonto que no lo esperaba. Los metí bajo el colchón.

Me permití un discurso por todo lo alto denunciando aquella traición y exigí que viniera el Gran Vidente.

El Gran Vidente apareció, tal como debía ser. Después de echarle un vistazo me sentí lleno de lástima por su papel. Esas eran las Ordenes. Aquel anónimo engendrador sin rostro de todas las viles instrucciones. Pero no podía dejar de pensar en el sexto sentido que me había dado aquellas advertencias en su despacho. Le pregunté: «¿Tenía usted esas órdenes cuando mi mujer estaba en su despacho? ¿Mientras estaba allí?»

Tuvo que confesar que sí.

Le pregunté: «¿Las órdenes eran de que me tuviera a mí también engañado? Toda esa pantomima, la lista de artículos -libros, papeles, periódicos-, ¿formaba parte de las órdenes del cuartel general? ¿Que usted despertara mis esperanzas y luego las aplastara y me devolviera a una existencia de vegetal? ¿Era actuación estrictamente para el mundo exterior?»

Comenzó a protestar...

«¡Usted montó una farsa! Quiso que mi mujer se fuera pensando que recibía un trato humano por su parte. Hizo una función que casi duró dos horas. Se las arregló para que me viera salir hacia mi celda con libros y papeles. Hasta una radio.

Luego llegan sus matones y me lo quitan todo. Quiero saber, Mallam E, si eso formaba parte de sus órdenes.»

El Gran Vidente me sorprendió y escandalizó. El subterfugio era idea completamente suya.

Primero recibió un aviso de la División «E» y de su oficina en Lagos de que mi mujer venía a visitarme y me traería esos objetos. Pero llegó otra carta de su cuartel general la misma mañana de la visita, con instrucciones de que no se debía de cambiar en absoluto mi situación.

Desconcertado en cuanto a lo que debía de hacer, decidió hacer algo a favor de sus superiores.

Un funcionario leal, Mallam A. estaba hipersensibilizado ante la reciente mala publicidad que había sufrido su departamento por mi caso. Esa lealtad a su departamento le había dictado que debía, por todos los medios, hacer que mi mujer se marchara satisfecha con mi nueva situación de encarcelamiento. En realidad sus órdenes del cuartel general eran que no permitiera esa visita, pero aquí, afortunadamente, tenía dos órdenes directamente contradictorias. También yo era un detenido al que la Policía tenía derecho a acceder cuando quisiera. Mi esposa llegó acompañada por un funcionario de la Seguridad; Mallam E. no tenía más remedio que permitir que me visitaran. Para sus adentros, sin embargo, había silenciosamente tomado la decisión de quitarme todos los objetos traídos por mi mujer tan pronto como ésta se hubiera ido.

Mi nota fue deslizada en las manos de mi mujer cuando salió del taxi delante de la puerta de la prisión trayendo las zapatillas. Esta vez los torturadores de la cárcel habían exagerado. Volvió en avión a Lagos y buscó al jefe de la División «E». Para él todo aquello era un misterio. ¿Qué tenían que ver exactamente con eso Prisiones? Le aseguró a mi mujer que nunca había puesto objeciones a que yo dispusiera de libros o de material para escribir. Nunca puso reparos a que yo estuviera lo más cómodo posible. Juró que imaginaba que yo recibía el mismo trato que cualquier detenido. Por último expresó sorpresa porque me hubieran tenido aislado durante todo ese tiempo.

Le creí y sigo creyéndole. Hay muchas cosas que Yesufu no sabía, hasta de su propia división, mucho menos del brazo político Gestapo, dirigida por Yisa Adejo. Lo que Yesufu hizo, y con efecto inmediato, fue poner a Prisiones en su sitio. Y al decir eso es esencial distinguir entre los sádicos burocráticos que habitaban en el



cuartel general de ese departamento y que son agentes de actividades gubernamentales más siniestras, y los funcionarios de Prisiones sobrecargados de trabajo, muchos de los cuales son seres equilibrados, humanos y eficaces. Es esencial reconocer a los sádicos naturales, que fueron los que dieron la mayor parte de las órdenes con respecto a mi trato en la prisión, que dieron órdenes revocando las de la División «E» en agosto de 1969 y que servían en el mismo comité de demolición de la mente que Kem Salem, Yisa Adejo y Giwa Osagie.

En todos los asuntos que me concernían durante mi encarcelamiento, ese triunvirato del mal tuvo mucho que hacer y que decir.

## 41

- Prepárese -dijo Polifemo-, ir al Hospital.

La caravana estaba formada por ocho automóviles: cinco de Seguridad y tres de Prisiones, uno de los cuales era el del Superintendente. Perdí la cuenta del número de celadores de la prisión y la legión de policías de paisano que salieron de aquellos coches. Cuando el primer coche paró en el espacio de estacionamiento delante de la clínica -a última hora de la tarde, una hora especialmente escogida, porque había menos gente- las puertas se abrieron y salieron en tropel, filtrándose a través de escaleras, suelos y pasillos del edificio y desaparecieron por las cerraduras. Yo me sentía muy agradecido por semejante función; llevaba mucho tiempo sin entretenerme viendo una coreografía elegante, aunque fuera de la variedad policíaca. Con gentileza, aunque con firmeza, el oculista redujo su número en la sala de consultas a una cantidad tolerable.

Los pobres celadores, que eran la contribución del Gran Vidente a esa gran excursión, el primer desempaquetamiento de la momia, esos pobres guardianes de palacio fueron eclipsados, rebasados y superados por los derviches de paisano. El había perdido la discusión anterior que se produjo fuera de las puertas de la prisión cuando insistió en que esa salida de seguridad tan masiva no sólo no era necesaria sino embarazosa. Su renqueante Land Rover no podía igualar a los suaves Peugeot de la escuadra de Seguridad. Hasta su propio sedán particular cedía ante la

fragancia del poder del Servicio Secreto.

Cinco días y dos visitas más tarde, todavía en una serie de exámenes exigidos, al parecer, por el propio Gran Hombre, mis accesorios de poder habían menguado hasta un simple Land Rover de la prisión y un automóvil de la policía. Protesté por esa pérdida de categoría, amenacé con no cooperar al menos que clasificación como hombre peligroso fuera elevada a su antigua posición. El funcionario prometió mencionar el asunto en el sitio apropiado.

Con la quinta visita, la última, mi degradación llegó a lo más bajo. Seguridad no envió ningún vehículo y sólo mandaron a un funcionario. Llegó a pie. Entonces le tocaba al dentista y fuimos en el asmático sedán del Gran Vidente, acompañados por un agente del Servicio Secreto, evidentemente aburrido. Me quejé al Gran Vidente de que la gente de Seguridad ya no me tomaba en serio. Pero mi humillación aún no era completa. Sentado en el sillón del dentista, de repente se apagaron las luces. Esperaba que el policía se lanzara a la acción, sacara la pistola y me mandara quedarme quieto o que se echara sobre mí por si intentaba moverme. En lugar de eso salió simplemente de la consulta en busca de luz suficiente para seguir leyendo su periódico. Hasta cerró la puerta. Es de lo más triste dejar de ser considerado un hombre peligroso.

El Gran Vidente siguió mostrándose triste en lo que respecta a la atención prestada a mi salud.

Consciente y sensible de la imagen de su departamento, se lamentó:

- Eso es lo que deberíamos haber hecho desde el principio, entonces no hubiéramos tenido que soportar todas esas intromisiones de la prensa extranjera e incluso de nuestra propia gente.

Cardiogramas, presión arterial, pruebas de sangre y de orina, reflejos... en la penúltima visita al hospital llovió. El diluvio fue un despertar extraño e irreal. Me había olvidado de que el viento y la lluvia torrencial eran ciudadanos de los espacios abiertos. Caía agua limpia de primavera, vigorizada en el cosmos infinito, no ya el frío veneno de un agujero rodeado de hierro en el cielo.

Hasta ahora había mantenido a raya toda intrusión de ese espacio que empezaba a ser tan amplio en mi mente, considerándolo extraño y peligroso, hostil al futuro que había después de esa breve excursión a una libertad simulada. Ni siquiera hacía caso a las mujeres que iban por la calle mientras pasábamos en coche,

negándome a que mi cuerpo hubiera hecho una brecha física en los muros de la prisión. Al someterme a la presión pública en ese aspecto, esos hombres depravados podrían buscar venganza de otra manera por esa única rendición mía. Por lo tanto, mi excursión seguía siendo un presagio ambiguo. Me negué a darme placer con la sensación de respirar un aire más libre.

Hasta que las lluvias apartaron la barrera de aislamiento. Una tempestad estimulante penetró todas las defensas físicas y mentales, aplastó la cápsula liberando así el aroma dulce y silvestre de la libertad. Me rendí ante ella, convirtiéndola en la fuerza de mil determinaciones combativas que fueron saliendo una tras otra. Calado hasta los huesos, azotado por el viento y la lluvia mientras huíamos por los largos pasillos descubiertos del hospital, me sentí conmovido de repente por los fenómenos de ese salvaje, libre pero a la vez dominado movimiento de los elementos y de nosotros y su contraste con la primera marcha fúnebre hasta la tumba artificial. Y con la sombría figura de Polifemo corriendo muy delante de nosotros, cogido a su capa, como si perdiera una batalla con el viento, experimenté una convicción tan aguda y cierta como la intuición pesimista de principios de año, sólo que ahora era una revelación positiva. Tenía que ver con la libertad pero no con la consecución de ésta. Era una afirmación apasionada del espíritu libre, un conocimiento de que debido a ese amor, mis adversarios habían perdido la batalla. Que no importaba a la postre cuánto tiempo más iban a maniobrar para mantener mi cuerpo detrás de los muros, al final no podrían hurtarse del destino de los derrotados. A manos de todos los que están aliados y entregados al principio liberador de la vida.

## Apéndices

## APÉNDICE A

*Los (verdaderos) beneficios de la guerra*

**EXTRACTOS DE UN DISCURSO DE BIENVENIDA DIRIGIDO AL JEFE  
DEL ESTADO Y**

**COMANDANTE EN JEFE**

**DE LAS FUERZAS ARMADAS NIGERIANAS,**

**GENERAL DE DIVISIÓN YAKUBU GOWON, POR LOS JEFES,  
CONSEJEROS Y GENTE**

**DE LA DIVISIÓN IKOM, CON MOTIVO DE LA PRIMERA VISITA A  
IKOM**

*(Fecha 20 de febrero de 1971)*

¡Excelencia, nuestro leal saludo!

Nosotros, jefes, consejeros y gente de la División Ikom, sumamente honrados por la visita de nuestro jefe del Estado y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, General de división Yakubu Gowon, en el día de hoy. Es esta una ocasión única porque es la primera vez en la historia que hemos tenido la oportunidad de dar la bienvenida a un Jefe del Estado en este país. Nos sentimos felices por conocer en persona al hombre que nos redimió de las nefastas manos de los «señores» de la antigua Nigeria Oriental y estamos aquí reunidos para rendirle nuestro homenaje. Nuestra felicidad no conoce límites ni tampoco nuestro afecto al expresar nuestra gratitud a Su Excelencia por haber hecho posible esta visita a pesar de la mala carretera que tuvo que utilizar con los miembros de su séquito. Esta es la ocasión que hemos esperado durante tanto tiempo y estamos aquí reunidos para rendir homenaje a Su Excelencia.

## 2. ABUSOS PERPETRADOS ENTRE LA POBLACIÓN CIVIL POR LOS SOLDADOS:

Los ciudadanos de la División Ikom tienen fama de ser pacíficos y respetuosos de la ley.

Estamos orgullosos de ello porque nunca ha habido un caso de desorden ni desobediencia en Ikom desde los días coloniales hasta el último gobierno civil. Cuando estalló la guerra civil en 1967 nos levantamos como un solo hombre y luchamos al lado del Ejército de Liberación. Dándonos cuenta del sacrificio que nuestros soldados hacían por nuestro bien, nunca tuvimos malas intenciones hacia ellos. Pero la altanería de algunos de estos soldados nos ha asombrado y nos ha dejado sin aliento.

Por citar unos cuantos ejemplos; permítanos mencionar al señor Dennis Okparaku Edim de Okanga, quien en 1968 fue tiroteado sin causa en su casa, el señor Ajom Agvor, que fue muerto en Nkum en 1969 por no permitir que su hija colegiala fuera violada, y la señora Aggie Ntue, que fue apuñalada hasta la muerte. Recientemente, un estudiante de tercero de la Escuela Secundaria de Ikom, señor Agbor Nohor, murió apaleado cuando la escuela fue sitiada por un grupo de soldados armados. La única razón fue que las autoridades de la Escuela les habían negado el permiso de utilizar el recinto de la escuela secundaria para apacentar el ganado. Además de esto, los alumnos, profesores e incluso sus esposas, fueron objeto del trato más despiadado imaginable, con muchos libros y otras propiedades valiosas destruidas. En todos estos casos de muerte los culpables no han sido procesados para servir como escarmiento para que el hombre común se dé cuenta de que la ley protege su libertad ante un trato inhumano como ha ocurrido en otras

partes del país. Hay casos a diario de hombres, mujeres y a veces niños que son apaleados indiscriminadamente, heridos y encerrados en celdas del ejército después de un horrible corte de pelo que no se lleva a cabo por causa alguna justa (véanse, adjuntos, los textos de algunas de las víctimas). Rogamos que Su Excelencia utilice sus buenos oficios para garantizar nuestra libertad para movernos y vivir sin miedo, para que podamos contribuir al engrandecimiento de esta nación. La vida se está volviendo intolerable para nosotros como resultado del trato de que somos objeto por parte de los soldados a diario. En todo el Estado del Sudeste, Ikom es la única ciudad en la que los Puntos de Control en las Carreteras no han sido levantados desde el final de la guerra civil. Hay tres controles de carretera dentro de la ciudad y dos en la frontera con Camerún y las peores atrocidades que se cometen con la población civil proceden de ahí. Los soldados saquean cosas como vino de palma y hasta comida de los peatones y ciclistas cuando pasan por esos Puntos de Control. Algunos se han negado a pagar la comida o bebida que compran y con frecuencia los vendedores son apaleados cuando pretenden que se les pague. Han obligado a algunos civiles a llevar sus bicicletas sobre sus cabezas y durante quince minutos o más por estos Puntos de Control. ¡Qué terrible!

## **APÉNDICE B**

### ***EXTRACTOS DE UN INFORME SOBRE ACTOS***

### ***DE INTIMIDACIÓN Y VICTIMIZACIÓN***

### ***EN LA DIVISIÓN IKOM DEL ESTADO SUDESTE TBE***

### ***DURANTE LA VISITA DEL GOBERNADOR DEL ESTADO***

### ***A LA DIVISIÓN***

***Con fecha 11 de marzo de 1971, y enviado a Yakubu Gowon en el Cuartel Dodon, Lagos.***

5. Su Excelencia comenzó preguntando al señor Ogar si había tomado parte en la redacción de la bienvenida en vista de la fluidez con que la leyó. El señor Ogar negó haber tomado parte en la redacción de la bienvenida y se le permitió marcharse. Su Excelencia entonces se volvió hacia los Jefes a los que tachó de «jefes tontos y analfabetos que permitís que os engañe la gentuza». Los Jefes negaron haber sido engañados y confesaron que la bienvenida fue un verdadero reflejo de sus sentimientos y deseos, por lo cual la firmaron.



6. Su Excelencia se volvió luego hacia los miembros del Comité que habían redactado la bienvenida y después de muchas preguntas ordenó a los soldados que azotaran a los señores H. E.

Eyaba, de cuarenta y dos años, secretario general del Sindicato de Granjeros de la División Ikom y Philip Ntui, de treinta y seis años, hombre de negocios. Esos dos hombres fueron inmediatamente desvestidos y tumbados delante de Su Excelencia y en presencia del séquito de éste, los jefes locales y los periodistas, recibieron cincuenta bastonazos cada uno. El gobernador también ordenó que el otro miembro del comité que había redactado la bienvenida, el señor Ralph Tatey, que accidentalmente no estaba presente, fuera buscado, arrestado, castigado y encarcelado de la misma forma que los otros dos. Dio órdenes de que se impidiera que el señor Tatey (que se había puesto a salvo escapando a Lagos) enviara un ejemplar de la bienvenida a la Liga de la Comunidad de Ogoja, que dijo podría utilizarlo para sus propósitos.

7. Los señores Eyaba y Ntui fueron llevados por la policía al Ikom Join Hospital, donde fueron tratados de las graves heridas provocadas por la flagelación.

### ***GOBERNADOS A BASTONAZOS***

8. Su Excelencia, lamentamos observar que azotar públicamente ciudadanos honestos y respetuosos de la ley, como si fueran delincuentes, no sólo es vergonzoso y degradante sino que está en conflicto con los principios que representa usted. El incidente de los bastonazos mencionado aquí y otros actos similares se están convirtiendo rápidamente en norma del gobierno del Estado del Sureste. Recordamos que hace algún tiempo, un tal señor Hogan, un funcionario federal de servicio en Calabar fue igualmente azotado y le cortaron el pelo al rape antes de que pudiera escaparse a Lagos.

## APÉNDICE C

### *EL HOMBRE HA MUERTO*

#### *(Extractos de declaraciones personales)*

«Nos mandaron para hacer un reportaje sobre una fiesta que daba el Jefe Oni. Nos negamos a aceptar el trabajo debido a una orden anterior de la oficina del Gobernador que prohibía que fotógrafos de prensa y televisión fueran a hacer reportajes a las fiestas a las que asistiría. Luego un funcionario superior de nuestra emisora nos dio garantías de que el gobernador había levantado la prohibición para esa fiesta en particular.

Así que fuimos.

En la fiesta nos sentamos en un rincón, lejos de todo el mundo, hasta que el Jefe Olusola pidió que comenzáramos a filmar. La fiesta se celebraba en un salón. En el momento de la detención trabajábamos alejados del gobernador, aunque la esposa de éste estaba bailando con el Oni. De repente, la mujer salió de la pista de baile y se fue a quejar al gobernador de que los chicos de la televisión la estaban insultando. Entre tanto, el jefe Oni se irritó por ser así tratado, es decir dejado solo en la pista.

Lo que ocurrió después fue que el Ayudante de Campo del gobernador gritó:  
-¿Dónde están los chicos de la casa de la televisión?

Nos pusimos de pie y entonces él dijo:

- Salgan de aquí, inmediatamente.

De modo que recogimos nuestro equipo y bajamos. Tan pronto como hubimos salido vimos que el gobernador estaba allí, esperándonos.

Nunca supimos lo que le contó su mujer, pero estaba tan agitado que se puso a gritar por todo el jardín lo mal educados que éramos, etc. Entonces mandó que nos llevaran directamente a su casa.

Nos llevaron allí y allí permanecimos, a punta de pistola, hasta que él llegó un cuarto de hora más tarde.

Al llegar dijo:

- Llevaos y dadles una buena tunda y me los traéis aquí por la mañana. Si alguno intenta hacer algún truco, pegadle un tiro.

Afortunadamente, el oficial encargado de nosotros era un hombre de Dios y así, en lugar de llevarnos al cuartel, nos llevó a la comisaría de Iyaganku. Nos ordenaron que nos desvistiéramos y los chicos de la policía móvil comenzaron a saltar sobre nosotros con sus pesadas botas. Estábamos tirados en un suelo de cemento.

Después de pegarnos nos metieron en una celda atestada por duros criminales... ... a las nueve de la mañana siguiente nos llevaron de vuelta al gobernador. Lo primero que nos dijo fue: -¿Os ha gustado vuestro castigo?

A lo cual sólo uno de nosotros (el mayor), un conductor, respondió que sí. El gobernador dijo entonces que podíamos volver a nuestra oficina, donde el director general nos contaría más sobre su decisión.

Al volver a la oficina, la dirección, sin escuchar nuestra versión, ordenó que fuéramos suspendidos.»

Los informes de las otras víctimas vivientes corroboran este informe en todos sus detalles. El informe siguiente es de un miembro de mi equipo de investigación sobre el que ha muerto.

La familia de ese hombre nunca supo más que le habían dado una paliza y que fue enviado a Inglaterra y que ahora está muerto. De sus colegas y amigos he conseguido extraer un relato incompleto de lo que le ocurrió.

Fue una de las cuatro personas de la Casa de Televisión que recibió una paliza por órdenes del gobernador. Durante la paliza le aplastaron el tobillo. La dirección de televisión negó toda responsabilidad en su hospitalización y tratamiento aduciendo que no tenía la culpa de su «accidente».

Le llevaron al Hospital de Adeoyo para ser tratado. Como el hospital no podía curarle del todo fue trasladado al University College Hospital. Desde allí fue llevado a un hospital misionero en Ogbomosho. Después de pasar por varios hospitales en el Oeste fue enviado a Inglaterra.

Se dice que los fondos para este tratamiento fueron conseguidos o por el ministerio de Educación o por el de Desarrollo Económico. Nadie puede decir con exactitud qué ministerio fue.

En Inglaterra empezó la historia de la amputación. Primero, por debajo de la rodilla, luego por encima, luego toda -desde la cavidad- fue amputada. La herida estaba muy infectada (gangrena) y pronto sus pulmones se dañaron. Cuando los ingleses ya no pudieron hacer más fue enviado a casa, como caso terminal. Llevaba sólo seis semanas en casa cuando murió.

26/27 COIIRTFIELD GARDENS

LONDON: S.W.S.

WARDEN: The Reverend Christopher J. Hayward, M.A.

Telephone 01-37367206

Sr. Wole Soyataka

*4 diciembre 1973*

c/o The Guardian

192 Gray's Inn Road

LONDRES, W.C.1

Querido señor Soyinka:

Me te sentido muy interesado al leer en «The Guardian», hace una semana, acerca de usted y su nuevo libro «The Man Died». Me resultó especialmente interesante ver que en ese artículo mencionaba a Según Sowemimo, ya que muchos de nosotros, en este Lee Abbey Hospital, llegamos a tratarle mucho mientras permaneció en Inglaterra.

Me pregunto si sabe usted lo que le pasó a Según después de Irse de Nigeria. Fue una historia larga y trágica de una enfermedad continua y cada vez más grave. Según vino a vivir aquí hace unos tres años, después de que le amputaran la parte inferior de su pierna izquierda en el Roehampton Hospital. Aprendió a andar utilizando una pierna artificial y, con mucho valor, comenzó a ir a la Universidad. Era muy conocido y querido aquí, y nos entristeció ver cómo aumentaban sus sufrimientos. Por fin se puso tan enfermo que los médicos no podían hacer nada por él, así que decidieron que debía volver con su familia a ingería. Supongo que fui la última persona que le vio en Inglaterra.

He seguido en contacto con su familia y de vez en cuando he recibido noticias de su padre o de su tía, pero muy poco tiempo después de volver a Nigeria murió.

Puede ser que conozca usted toda la historia del tiempo que pasó aquí en Inglaterra y que nada de lo que le cuento sea nuevo para usted. Sin embargo, sea como sea, me gustaría recibirle aquí y conocerle, si alguna vez quiere visitarnos en Lee Abbey.

Deseándole mucha suerte, mientras piensa en volver o no volver a Nigeria, sinceramente.

C. J. Hayward Warden